

LIBRO 1

KIRK

OSCURO Y PELIGROSO

Bilogia Tú y Yo

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

KIRK

OSCURO Y PELIGROSO

Bilogía Tú y Yo

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

KIRK

OSCURO Y PELIGROSO

Bilogía Tú y Yo

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.
Kirk: oscuro y peligroso. Bilogía “Tú y yo”
Dylan Martins. Janis Sandgrouse
©agosto, 2024
©Imagenes por AdobeStock y Freepik
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Kirk: oscuro y peligroso. Bilogía “Tú y yo”

Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©agosto, 2024

©Imagenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39

Capítulo 1



¿Has tenido alguna vez la sensación de que tu mundo se desmoronaba? ¿De que por más que intentaras seguir hacia adelante, había algo que te lo impedía? Algo invisible para el ojo humano, pero tan real como si alguien te oprimiera en el pecho sin darte la oportunidad de respirar.

Yo sí, una vez me sentí así, y el miedo, ese algo invisible para el ojo humano, me oprimía tanto en el pecho que n veía luz en ese momento de sombras y oscuridad.

Y ahora, tantos años después, estaba volviendo a sentirlo.

Permitidme empezar por básico en una presentación, por favor, que estaba tan necesitada de soltar ese miedo, que no he sido todo lo educada que debería, tal como mis padres siempre quisieron.

Me llamo Cloe, tengo veintiséis años y acabo de quedarme sin trabajo. No, no es lo peor que podría pasarme, desde luego, pero cuando de mí y de un sueldo depende no solo mi existencia, sino la de la persona más importante para mí, hacedme caso que es normal que me esté dando un ataque de ansiedad en estos momentos.

Vamos con el principio de esta historia, comenzando por mis orígenes…

Nací en el seno de una familia muy, pero que muy acomodada en la sociedad neoyorquina. John, mi padre, era hijo de un importante magnate del petróleo y a la edad de veinticinco años tomó las riendas del imperio Davenport, convirtiéndose en el hombre más joven, rico, poderoso y codiciado de la ciudad.

Muchas madres con hijas en edad de casarse merodeaban a su alrededor como si el joven John Davenport fuera u buen montón de billetes con piernas. Alto, guapo, de cabello castaño y ojos marrones, elegante y con una sonrisa de esas que arrancaban suspiros a cada paso, hasta que conoció a mi madre cinco años después en una entrega de premios.

Cuando la hermosa Esther, rubia de ojos verdes, rasgos que yo heredé, cruzó la mirada con mi padre, él se encaprichó de tal manera que no paró hasta conseguir tenerla en su vida, se casaron un año después y al siguiente, nací yo.

Ambos tenían treinta y dos años, eran guapos, ricos, con clase, y esa familia perfecta que muchos de los amigos d mi padre envidiaban y querían tener.

Me criaron entre algodones, como solía decirse, nunca me faltó nada y a pesar de que no fui una niña ni adolescente caprichosa, me consentían y querían cada día.

Siempre supe que, como hija única, pues no tuvieron más descendencia, algún día sería la dueña del imperio Davenport, hasta que escuché una conversación entre ambos en la que mi padre decía que cuando me casara, mi marido dirigiría todo.

Menos responsabilidades para mí, fue lo primero que pensé a mis dieciocho años, pero me sentí dolida porque llevaba toda mi vida preparándome para aquello.

Con quince años entendí que lo que yo deseara en la vida no tendría importancia, jamás, pues eso de estudiar empresariales y demás temas relacionados nunca me llamó la atención, pero era lo que debía hacer para ser la heredera Davenport, así que, con dieciocho años comencé mis estudios universitarios en empresariales.

Allí fue donde conocí a Jane, una loca y adorable morena de ojos verdes que, tras nuestro primer choque en el pasillo, se convirtió en mi mejor amiga.

Pocas amistades tenía del instituto, mi círculo se reducía a los hijos de otras familias adineradas y amigos de mis padres, así que encontrarme con ella y convivir en la misma habitación de la residencia, fue un soplo de aire fresco que no sabía que necesitaba, hasta ese momento.

Ella era hija única, al igual que yo, venía de una buena familia también, solo que se había quedado huérfana con catorce años tras un trágico accidente de sus padres y quedó a cargo de su tía Molly, una enfermera que tenía catorce años más que ella.

Como decía, Jane y yo nos hicimos inseparables, al punto de que en muchas ocasiones mentía a mis padres para no ir a visitarlos los fines de semana alegando que tenía mucho que estudiar, y me iba a casa de la tía de Jane con ellas.

Pasé a llamarla tía Molly yo también, y ella encantada, decía que nunca pensó que tendría hijos y ahora se encontraba con dos, pues así nos consideraba.

Para mis padres, aunque Jane fuera de buena familia, tuviera una posición y un apellido importante, no era suficiente y la consideraban una mala influencia, algo que me dolió pues durante aquel año ella fue todo para mí.

Durante el segundo año conocí a un chico, bueno, ya le conocía desde el primer curso y él era un par de años mayor que yo, y no pensé que se hubiera fijado en mí hasta aquella tarde, en la que, para mi sorpresa, me estaba esperando fuera de nuestro edificio para invitarme a una fiesta esa noche.

e

Jane me dio un codazo en el costado que aún podía recordar, la muy bruja qué daño me hizo, pero consiguió sacarme del estupor que me había provocado y acepté.

Fuimos las dos a la fiesta, él se mostró verdaderamente encantador conmigo, y desde ese momento comenzamos a salir.

Todo era perfecto, me sentía bien y hasta mis padres estaban encantados con que estuviera saliendo con aquel chico de buena familia, si hasta podía imaginar a mi padre viéndolo sentado en su despacho, ese que algún día le cedería a mi futuro esposo.

Hasta que unos meses después, y por primera vez en mi vida, mi mundo comenzó a desmoronarse.

Me había quedado embarazada, a seis meses de cumplir veinte años, en la etapa final de mi segundo año de universidad.

Cuando me enteré en casa de la tía Molly, pues les dije a ellas que llevaba un tiempo sintiéndome mal y no me bajaba el periodo, lloré de tal modo que la tía Molly tuvo que darme un calmante suave para que me quedara dormida.

Al primero que se lo conté después de ser consciente de la noticia, fue a mi novio, el padre del bebé que estaba esperando, y lejos de que me dijera que todo estaría bien, que no pasaba nada y que cuidaría de nosotros, se desentendió del problema, pues eso era para él, un problema.

No quería atarse al matrimonio siendo tan joven, pues a eso nos llevaría aquello, por no hablar de que me dijo que no estaba enamorado y que yo no había sido más que un entretenimiento universitario, que él tenía sus planes hechos y ni yo, ni un bebé, entrábamos en ellos.

Me dejó, estando embarazada de casi dos meses, y tuve que enfrentarme sola a mi familia.

Sobra decir que la noticia en casa tampoco fue bien recibida, que mis padres se llevaron las manos a la cabeza y me llamaron de todo, palabras que por respeto no pienso reproducir, pero que podréis imaginar, y me dieron de lado.

No quisieron saber nada más de mí, mucho menos de su nieto, que, para ellos, al igual que para el que ya era mi exnovio, no era más que un problema, y me repudiaron, así sin más, como si nunca hubieran tenido una hija.

Ni siquiera se hicieron cargo del resto de mi curso universitario, ni mucho menos de los siguientes, me dejaron sola, me prohibieron ir a su casa y me dijeron que no los volviera a buscar en mi vida que, para ellos, había muerto.

Por suerte tenía una cuenta con algunos ahorros a los que ellos no tenían acceso y aunque no podría pagar la universidad, sí me daba para vivir, por no hablar de que conté con la ayuda de Jane y la tía Molly para subsistir.

En la universidad me ayudaron a conseguir una beca y un par de préstamos estudiantiles, esos con los que me endeudé hasta que cumplí los veinticuatro años, pero ya estaban pagados, Jane y la tía Molly se entregaron en cuerpo y alma a mí y a mi pequeña, a la que llamé Lily, y que era mi vida en esos momentos.

Habían pasado seis años desde que nació, y era la niña más buena y cariñosa que pudierais imaginar. A veces pensaba en todo lo que se estaban perdiendo mis padres, pero esa fue su elección, no la mía.

Estaba sola con mi niña, sola con la ayuda de dos mujeres que nada tenían que ver conmigo, pero que no dudaron en darme la mano, jamás me dieron la espalda y sabía que nunca lo harían.

Nos habíamos convertido en una pequeña familia de cuatro mujeres luchadoras y fuertes que no se dejarían vence por nada, ni por nadie, pero en ese momento estaba viendo que mi mundo volvía a desmoronarse.

—¿Quieres tranquilizarte, Cloe? —me pidió Jane— No es el fin del mundo, ya lo sabes.

—Un año, Jane, un año he estado en ese trabajo, y me han despedido.

—A ver, os han despedido a todos.

Era cierto, todo el personal de mi planta estaba en la misma situación y lo lamentaba por ellos, pero joder, yo no podía quedarme sin trabajo, para mí era un drama. Si cobraba un mes, no pagaba el alquiler, no daba de comer a mi hija, y me moriría.

—También es una putada que hayan decidido prescindir de tu departamento en la empresa, y podían haberte reubicado en otro lugar, que eres una buena secretaria, no solo haces fotocopias.

—Pues no lo han hecho, no. Nos han puesto a los veinticinco de patitas en la calle, y gracias a que nos han dado una buena indemnización, pero vamos, que como no encuentre trabajo pronto, me como los ahorros.

—Sabes que la tía Molly y yo estamos para ayudar, cariño —sonrió al tiempo que me acariciaba la mejilla.

—Lo sé, pero no puedo depender toda mi vida de vosotras, Jane. ¿Qué clase de madre sería si no pudiera atender por mí misma a mi hija?

—La mejor madre del mundo, que pareces tonta. Cuántas quisieran ser como tú, sin ir más lejos, la que te trajo al mundo a ti.

—Fue una buena madre —contesté.

—Sí, durante diecinueve años. Pero, ah, cuando la necesitabas de verdad, ¿qué hizo? Decirte que ahí quedas con el problema y no vuelvas. Lo siento, Cloe, pero tu madre no es mi persona favorita en el mundo. Que tu padre dijera aquello, mira, pues tiene un pase porque a veces los hombres son unos gilipollas neandertales, que para meter el pájaro en la jaula muy bien, pero luego allá tú con el resultado, pero una madre, nena, una madre no da la espalda de ese modo.

—Lo sé.

—Bueno, mira, es viernes, la niña está con su tía, que la consiente como si fuera su nieta —sonrió, y yo con ella —, y nosotras tenemos vino en la nevera —me hizo un guiño y fue a la cocina de mi apartamento.

Sí, vivía con Lily en un apartamento pequeño no muy lejos de Central Park, algo modesto y económico que podía permitirme, al menos hasta ahora porque igual tenía que pensar en instalarnos en un motel de esos donde las paredes se caían a pedazos. En el apartamento tenía salón con cocina americana, cuarto de baño y una sola habitación, pero bastante amplia por lo que allí estaban mi cama y la de Lily instaladas.

—Aquí está el, quitapenas —dijo sentándose de nuevo en el sofá, dejando ambas copas en la mesa y sirviendo el vino—. Vamos a buscar en Internet que, seguro que hay cientos de ofertas de trabajo, pero, ya mañana, ahora vamos a bebernos esta botella. Puedo hablar con mi jefe, si quieres, quizás pueda darte un puesto en alguno de los departamentos.

Jane era secretaria del director financiero de una multinacional de alto nivel, llevaba tres años en la empresa y su jefe la adoraba, decía que no sabía qué haría sin ella.

—No, no, buscaré algo por mi cuenta, seguro que hay variedad, como has dicho —sonreí cogiendo mi copa para dar un sorbo.

—Ya verás como sí —chocó ambas copas—. No es el fin del mundo, cariño, eso lo vaticinaron los Mayas y no llegó a pasar. Esto no es más que otro bachecito en el camino, y lo sabes.

—Pues que se acaben pronto, que con cada bachecito pierdo años de vida —volteé los ojos.

—¿Sabes lo que te vendría bien?

—Miedo me das —la miré de reojo.

—Un polvo, nena, que eso también quita las penas, y en tu caso, hasta las telarañas. Siete años sin que te den una alegría al cuerpo, lo tuyo es de récord Guinness, vamos.

—Serás hija de… —le tiré un cojín a la cara, por suerte no tenía su copa en la mano o aquello habría sido un

desastre.

—Uy, ¿guerra de cojines? —Abrió los ojos— Te vas a enterar.

En cuanto la vi coger el cojín, dejé mi copa en la mesa evitando así un gran desastre, no tardé en notar el golpe en la parte trasera de la cabeza, y aquello acabó como solía acabar a veces, con las dos riendo, agitadas y agotadas por los cojinazos.

—Si nos viera la tía Molly diría que somos peores que dos niñas —reí.

—Nah, pero nos quiere mucho —me miró con una sonrisa.

—Gracias, Jane —me abracé al cojín.

—¿Por qué?

—Por todo, pero principalmente, por estar conmigo siempre.

—Te dije desde que nos conocimos que a ti y a mí, nos separaron al nacer.

—¿Y por eso tú naciste dos meses antes que yo?

—Siempre te ha gustado dormir más que a mí —se encogió de hombros.

—Ojalá hubiera nacido en tu familia.

—Habrías perdido a tus padres.

—Los perdí igualmente, pero habría sido menos doloroso soportar una muerte, a lo que hicieron.

Jane me pasó el brazo por los hombros y me dio un beso en la mejilla, adoraba a esa loca pizpireta y sabía que siempre, siempre, podría contar con ella.

—¿Más vino? —preguntó cogiendo la botella.

—Y algo de comer, o acabaremos borrachas.

—Esa es la idea, beber y olvidar, al menos por esta noche —hizo un guiño, sonreí, y la vi llenar las copas de nuevo.

Si había algo que agradecía en esta vida, era tenerla a ella.

Capítulo 2



Había pasado los últimos cinco días buscando trabajo en todas las webs que encontraba, enviando currículums y esperando una llamada que sabía que, tal vez, no llegaría.

Pero como decía la tía Molly, no debía perder la esperanza, que seguro que en alguno de esos empleos les interesaba mi currículum y daba el perfil adecuado para el puesto.

Lo malo era que me veía el resto del verano esperando un nuevo empleo, y solo estábamos a mediados de junio.

Era el último día de colegio de Lily, tenía su fiesta de despedida y la función de cada año. Recordaba esa época en la que todos en clase nos disfrazábamos para la ocasión y representábamos alguna obra de teatro para nuestros padres, era el segundo año que mi hija la haría y sus abuelos no estaban para verla.

Quienes sí estaban eran Jane y la tía Molly, mi mejor amiga no perdía la ocasión de ver a su sobrina actuar y le había pedido a su jefe el día libre por asuntos propios, y es que en palabras de Jane: “no había mejor asunto propio para ella que ese, su querida Lily”.

La tía Molly seguía trabajando como enfermera en uno de los mejores hospitales de la ciudad, pero este mes le tocaba el turno de noche en urgencias, así que tampoco quería perderse la obra de mi niña.

Me encontré con las dos en la puerta y salvo por el color de cabello, pues la tía Molly lo tenía castaño, ese par de mujeres bien podrían pasar por hermanas de lo mucho que se parecían.

—Aquí está mi segunda sobrina favorita —dijo la tía Molly, que no aparentaba los cuarenta y dos años que tenía.

—Solo tienes dos, no es un gran mérito —Jane volteó los ojos.

—Tengo tres, y debo decir que Lily es la primera.

—Lo que te deja a ti en último puesto —le dije a mi amiga, que arqueó la ceja indignada.

—Ya veo que la sangre no te importa, a ver si esto va a ser como Juego de Tronos, y el día que la espiches, me

voy a tener que pegar con ellas por la herencia.

—Mira que eres bruta —reí—. A nosotras más vale que no nos deje nada, o me enfadaré.

—Os dejaré lo que me dé la real gana, que para eso soy vuestra tía también. Y ahora vamos a entrar, que tengo el móvil a tope de batería para hacerle fotos a mi niña.

Jane y yo queríamos a mi hija con locura, pero la tía Molly sentía auténtica adoración por ella. Y era mutuo, pues mi pequeña la sentía también por ella.

Entramos en el colegio y seguimos al resto de padres hacia el aula donde se celebraba la obra. Lily me había dicho que representarían el cuento de Peter Pan y ella sería una de las hadas amiga de Campanilla.

Cuando todos los familiares ocupamos nuestros asientos, las luces se apagaron y un foco iluminó el escenario, el telón se abrió y vimos el cuarto de la casa de Wendy y sus hermanos.

No tardó en aparecer Peter Pan y desde ahí, la obra fue a más.

En el momento en el que vi a mi pequeña vestida de hada, con un trajecito en azul celeste, sonreí y le hice una foto, al igual que la tía Molly.

Y fue ese, y no otro, el momento elegido por quien fuera la persona que me llamaba. El móvil empezó a vibrar y me levanté para ir hacia el pasillo y hablar lejos del ruido.

—¿Sí? ¿Diga? ¿Hola?

—Buenos días, preguntaba por la señorita Davenport, Cloe Davenport —dijo una voz femenina y agradable al otro lado de la línea.

—Sí, sí, soy yo —respondí acelerada, mirando hacia la puerta de la sala donde me estaba perdiendo la función de mi niña.

—Señorita Davenport, la llamo por el puesto de secretaria para el que ha enviado su currículum a nuestra empresa —contestó, y pensé en cuál de todas ellas era la que me llamaba.

—Ajá, sí, dígame.

—Quería citarla para mañana en nuestras oficinas, haremos entrevistas a las candidatas al puesto y usted es una de ellas.

—¿En serio? Ay por Dios —grité, mostrándome demasiado entusiasmada, y carraspeé antes de seguir hablando

—. Por supuesto, estaré encantada de ir.

—Bien, le enviaré un e-mail con el lugar y la hora, así como todo lo necesario que deba saber. Ha sido un gusto saludarla, señorita Davenport. Buenos días.

—El placer ha sido mío, adiós.

Colgué, pletórica de emoción por haber recibido al menos la llamada de una de las veinte empresas a las que había enviado el currículum.

Y tan entusiasmada estaba con la noticia que ni había preguntado qué empresa era, ni el nombre de la mujer que acababa de llamar.

Pero daba igual, no era importante ni relevante en ese momento, dado que lo importante era que iba a ir a una entrevista de trabajo y si tenía suerte, mucha suerte debía admitir, quizás incluso me acabaran contratando.

Regresé a la sala, Jane y la tía Molly me miraron con el ceño fruncido al verme sonreír, y les conté la noticia.

—Eso es maravilloso, cariño —dijo la tía Molly.

—Hay que celebrarlo que, a partir de mañana, dejarás de estar en el paro —susurró Jane.

—No celebro nada hasta que no tenga el puesto, a ver si por adelantarme a los acontecimientos, me voy a quedar compuesta y sin empleo.

—Si vas con esa negatividad, seguro que no te cogen —Jane resopló al tiempo que volteaba los ojos, y me eché a reír.

Seguimos disfrutando de la función y cuando mi niña miraba hacia nosotras, sonreía y yo la saludaba con la mano

Como decía la tía Molly, se parecía mucho a mí, también era rubia como yo, pero los ojos, esos eran de su padre.

Cuando me miraba no podía evitar recordarlo a él, ese que a sus veintiocho años era el dueño y señor de la empresa familiar de su padre y seguía soltero, viviendo la vida de manera despreocupada sin importarle lo más mínimo que su hija tuviera o no un plato caliente que llevarse a la boca.

Sabía de él por lo que salía en las noticias, y es que, en nuestro mundo o, mejor dicho, en el que antes era mi mundo, la prensa se hacía eco de las noticias importantes, así como de los chismes y cotilleos amorosos.

Tampoco me interesaba saber mucho más, y nunca le pediría ayuda puesto que mi hija, era mía, y solo mía.

No tardó en llegarme la notificación del e-mail con los datos necesarios para ir a la entrevista al día siguiente, así

como el nombre de la persona por la que debía preguntar, la misma que me había llamado por teléfono.

Estaba feliz como una perdiz, como decía Jane, y sí, desde luego que aquella llamada era un buen motivo para celebrar, pero no quería cantar victoria todavía pues seguro que de entre todas las candidatas, habría más de una y más de dos con cualidades superiores a las mías.

Cuando acabó la función todos los familiares nos pusimos en pie y aplaudimos a los niños de todas las edades que habían representado la obra hasta que se cerró el telón definitivamente.

Salimos a los pasillos a esperarles y cinco minutos después llegó mi niña corriendo y gritando.

—¡Mami, mami! ¿Me has visto?

—Mi niña, pues claro que te he visto —la cogí en brazos—. Eras el hada más bonita de todas —susurré y a ella se le escapó una sonrisilla.

—¿Por qué has salido? —Frunció el ceño.

—Es que me han llamado por teléfono, cariño. Mañana tengo una entrevista de trabajo.

—¿De verdad? —abrió los ojos y la boca, emocionada.

—Ajá.

—Entonces esta noche hay que tomarse el cacao de la suerte —me dijo, cogiéndome ambas mejillas.

—Eso está hecho, mi niña —le di un beso y ella me abrazó.

Nada más que ella era mi motor, lo que hacía que cada mañana me despertase y siguiera adelante, ella lo era todo, absolutamente todo para mí.

Saludó a sus tías, que no dejaron de halagarla y decirle lo bien que había actuado, y salimos del colegio para ir a su hamburguesería favorita a comer.

Y mientras comíamos nos estuvo diciendo que una de las niñas que hacía de hada se había puesto tan nerviosa que acabó tropezando con un árbol del decorado, se dio en la frente y le había puesto una diadema más baja porque tenía un buen golpe ahí.

Mi niña era una parlanchina, y adoraba contarnos las historias del colegio. Y leer, le encantaba leer cuentos de bosques encantados, de magia y animales fantásticos, por eso siempre tenía un cuento en las manos antes de irse a dormir.

Era muy lista, Jane decía que había salido igual a mí y que esa niña llegaría lejos, que algún día incluso podría dominar el mundo. Lo dicho, mi mejor amiga estaba loca.

Después de comer la llevamos al parque, comimos helado y montamos en los columpios, bueno, ella montó, las adultas nos quedamos mirando…

Mentira, Jane y yo no pudimos reprimirnos y acabamos sentadas en un columpio, meciéndonos como hicimos má de una vez en nuestra época universitaria.

Nos despedimos de ellas, que me pidieron que las llamara en cuanto saliera de la entrevista, subimos al coche y pusimos rumbo a casa.

—Mami.

—Dime, cariño —la miré por el espejo retrovisor.

—¿Podemos ir el fin de semana a la piscina?

—Claro que podemos, y seguro que la tía Jane viene con nosotras.

—Vale —sonrió—. Es que quiero estrenar los manguitos que me regaló la tía Molly.

Sonreí, porque no había duda de que mi hija adoraba a su tía Molly.

Alguna vez me había preguntado dónde estaba su papá, pues sus amiguitos y amiguitas del colegio tenían una mamá y un papá, o dos mamás, o dos papás, y ella solo tenía una mamá, una tía loca y una tía adorable.

Le dije que no tenía papá, que siempre habíamos sido solo nosotras dos y las tías, pero nunca pude darle una explicación a la ausencia de la figura paterna en nuestras vidas, como tampoco le había dado una por no tener abuelos, simplemente le dije que no tenía.

¿Cómo se le podía decir a una niña que ni su padre ni sus abuelos la quisieron al enterarse de que la llevaba en mi vientre? Eso era tan cruel que preferí simplemente decir que no tenía.

No había vuelto a preguntar, pero sabía que en algún momento lo haría, y no tendría más remedio que armarme d valor y decirle la verdad.

s

ɜ

Capítulo 3



Me habían citado a las nueve en las oficinas de la empresa donde podría acabar trabajando, eran las nueve menos diez cuando entraba por la puerta de aquel edificio alto y de fachada acristalada.

Los de seguridad me saludaron como harían con cualquier otro empleado, y fui hacia el mostrador de recepción donde se encontraba un chico que no debía tener más de treinta años, y eso como mucho.

Me identifiqué, le dije que venía a la entrevista, echó un vistazo a la pantalla del ordenador y asintió.

—Debe llevar la acreditación de visitante —dijo entregándome una para que la colocara en la solapa de mi camisa —. Suba hasta la cuarta planta, allí le espera la señorita Banks.

—Gracias —sonreí, me puse la identificación y caminé hacia la zona de ascensores.

Aquella no era mi primera entrevista, ya había pasado por aquello en un par de ocasiones, la primera cuando me contrataron de becaria en una empresa de transportes, y la segunda en mi anterior empleo.

Pero aun así no podía evitar estar nerviosa, según me había dicho por teléfono la señorita Banks, había otras candidatas, por lo que tal vez no me cogieran.

El ascensor se abrió, entraron varios hombres y mujeres trajeados, y no hubo más espacio para mí y los demás que esperaban, por lo que tuvimos que subir en el ascensor contiguo.

Suspiré quedando en el fondo, pero iba tan distraída con mis propios pensamientos, que no vi al hombre que había entrado un poco antes que yo.

—Ese suspiro no parece bueno —dijo, y me giré mirándolo con los ojos abiertos.

Era alto, de cabello rubio y unos ojos azules tan claros como el cielo despejado de un día de verano.

Llevaba un traje azul marino hecho a medida, y olía a *after shave* y perfume.

—Visitante —señaló mi identificación—. ¿Eres comercial? —preguntó metiendo ambas manos en sus bolsillos.

—No, no soy comercial. Vengo a una entrevista de trabajo.

—¿Para el puesto de secretaria? —curioseó con la ceja arqueada.

—Ajá, sí.

—*Fiu* —dejó salir un leve silbido—. Buena suerte con eso, preciosa —hizo un guiño y me señaló la puerta del ascensor cuando este se abrió y vi que estábamos en la tercera planta.

—Eh… gracias, supongo —contesté frunciendo el ceño y salí.

El repiqueteo de mis tacones era lo único que rompía con el silencio de aquel pasillo, hasta que llegué a una mesa de recepción donde había una chica morena, más o menos de mi edad, hablando por teléfono.

Esperé pacientemente a que terminara y cuando lo hizo, sonrió.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó.

—Soy Cloe Davenport, vengo a la entrevista.

—Ve hacia aquella puerta, y espera a que te llamen.

—Gracias —sonreí de vuelta y caminé hacia donde me había indicado.

Sabía que habría más candidatas esperando por aquel puesto, pero no imaginaba que serían tantas, y todas ellas parecían modelos sacadas de alguna revista.

No había investigado la empresa ni sabía a qué se dedicaba, mal hecho porque a lo mejor esto era una especie de agencia de modelos y yo no daba el perfil.

Altas, esbeltas, con piernas kilométricas, senos visiblemente operados, y con sonrisa de anuncio de pasta de dientes.

Yo, medía apenas metro sesenta, mis piernas eran más bien cortas, mejor no hablaba de mis senos, y en cuanto a la sonrisa, sí, era bonita y podría haber salido en un anuncio de clínicas dentales. Ellas iban maquilladas como recién salidas de un salón de belleza, con sus sedosas melenas, y yo…

Yo tenía ojeras que disimulaba con el corrector, me maquillaba de manera sutil y el cabello prefería llevarlo recogido en una coleta alta, cosas de ser madre…

Suspiré mientras me sentaba en una de las sillas y comprobé por enésima vez mi ropa. Falda lisa, sin pelusas ni arrugas, tampoco tenía manchas, y la camisa estaba igual de decente.

Crucé una pierna sobre la otra y miré a mis rivales, porque por el modo en el que se miraban unas a otras, eso éramos todas, rivales, competencia para las demás, y aunque no pensaba sentirme inferior a ninguna de ellas, no podía evitar pensar que estar ahí igual era una tontería.

Abrí el bolso y busqué un caramelo, necesitaba un poco de azúcar en ese momento, y sonreí al encontrar algo que definitivamente, no debería estar ahí.
Lily me había guardado una hoja doblada varias veces, y al abrirla, encontré un montón de tréboles de cuatro hojas y corazones dibujados.

«Esto te va a traer mucha suerte, mami. Te quiero. Lily»

Era para comérmela, de verdad que sí. Lo volví a dejar donde estaba, cogí un caramelo y vi a una mujer pelirroja entrar en la sala, llamando a una de las candidatas al puesto.

Las siguientes dos horas la pelirroja venía en busca de una de nosotras, que nos mirábamos como si ese fuera un concurso de televisión y nos llevaran nominadas a una zona diferente en la que dirían: “debes abandonar las oficinas”, en lugar del clásico, “ya la llamaremos”.

Para ese momento solo quedaban tres chicas esperando conmigo, y yo empezaba a desesperarme, hasta que apareció de nuevo la pelirroja, con su falda blanca perfectamente planchada al igual que la camisa azul celeste qu llevaba.

—Cloe Davenport —dijo mi nombre y noté que me daba un vuelco el corazón.

—Sí —sonreí poniéndome de pie.

—Acompáñame, por favor —me pidió con una cálida sonrisa.

La seguí por el pasillo, ambas haciendo que el repiqueteo de nuestros tacones pareciera la melodía de alguna canción en ese silencioso pasillo, y cuando abrió la puerta pensé que allí estaría esperándome la persona que iba a hacer la entrevista, pero no había nadie. Ella entró, cerró la puerta y señaló una de las sillas frente al escritorio de cristal que había junto a los ventanales.

—Soy Nancy Banks, hablamos ayer por teléfono —dijo tras sentarse.

—Encantada, señorita Banks.

—Vi en tu currículum que no hace mucho que estás sin trabajo —miró hacia los papeles que tenía delante.

—Así es. La empresa en la que trabajaba prescindió de todo el departamento, y en vez de reubicarnos…

—Mal hecho, considero que siempre se puede hacer algo por la plantilla con la que se cuenta. Salvo cuando no hay más remedio que aceptar que una buena secretaria se jubila —sonrió mirándome—. Y por eso estás aquí.

—No me alegro de que ella se jubile, pero sí de que pueda optar al puesto.

—Me gusta cómo piensas, cielo. Bien, veamos… Ajá, perfecto, hum, interesante… —iba diciendo según leía mi currículum, al mismo tiempo que asentía como si le gustara lo que estaba viendo.

Yo estaba que me comían los nervios, de verdad, pero no iba a decir nada, no quería interrumpir su momento de deleite con mi experiencia como secretaria.

—De todos los currículums, el tuyo es el mejor, Cloe, eres la persona que encaja con el puesto.

—Muchas gracias —sonreí.

—¿Disponibilidad? —preguntó.

—Inmediata, mañana mismo puedo empezar.

—Bien. ¿Tienes problemas de horarios? Me explico —levantó la mano al verme abrir la boca—. Serás la secretaria personal del dueño, y en ese puesto no hay horarios. Puede que tengas que salir de casa un día a las seis de la mañana para acompañarlo a un desayuno a primera hora en alguna de las ciudades de por aquí cerca, o que t pida que te quedes trabajando hasta tarde redactando un discurso.

—No es problema, me amoldo al horario —sonreí.

—Genial, muchas mujeres con hijos no pueden amoldarse a eso, y te lo digo por experiencia porque hemos tenido dos secretarias tras la jubilación de Mary, y ninguna podía dejar desatendidos a sus hijos.

En ese momento entré en pánico. Si hablaba de mi hija estaba jodida, podrían descartarme sin darme siquiera la oportunidad de ponerme a prueba una semana, y tendría que volver a empezar a buscar trabajo.

—¿Conoces *Industrias Blackwell*? —curioseó mientras cruzaba las manos sobre el escritorio.

—Si le soy sincera, señorita Banks, no.

—Oh, alguien que no ha mirado en Internet acerca de la empresa, y tampoco sobre el dueño. Me gusta —sonrió

—. *Industrias Blackwell* es una empresa del sector de la tecnología, dedicada al desarrollo de dispositivos médico innovadores para mejorar no solo la atención médica, sino también la calidad de vida de las personas —dijo de un modo serio, formal, como si estuviera dando una ponencia ante cientos de personas.

—¿Qué clase de dispositivos? —curioseé yo.

—Tenemos equipos médicos, dispositivos de monitoreo de la salud, también trabajamos en soluciones de telemedicina y plataformas digitales para la gestión de datos de salud.

—Sí he oído hablar sobre ello, y, ahora que recuerdo, el apellido Blackwell también lo escuché en alguna noticia, pero, si le soy sincera…

—No me lo digas —sonrió con sinceridad—, al no ser un sector en el que te muevas, no le prestaste demasiada atención. Te entiendo, le pasa a mucha gente.

—Sí, lo lamento, la verdad.

—No te disculpes, cielo, no tienen que interesarnos todos los temas del mundo. Por ejemplo: a mí, no me interesa para nada el deporte, ningún deporte, vaya. Ni siquiera voy al gimnasio, solo tengo una cinta para caminar en mi casa y con eso para mí, es suficiente.

—Si me cogieran para el puesto, le aseguro que pondría interés en la empresa.

—No tengo la menor duda. Entonces, ¿no tienes familia a tu cargo? Aunque, vaya pregunta la mía, con lo joven que sé te ve —sonrió y vi que miraba el currículum—. Veintiséis años, nueve menos que yo, quién pudiera volver a antes de los treinta.

Sonreí, mortificada por lo que estaba a punto de hacer, pero era eso, o perder la posibilidad de tener un trabajo con el que pagar el alquiler y dar de comer a mi hija, mi mayor tesoro en la vida, el motor de mi mundo.

—No tengo nadie a mi cargo, así que no se preocupe por los horarios —dije, con todo el dolor de mi corazón.

La señorita Banks asintió, y apenas unos minutos después nos levantamos, me acompañó a la puerta y me pidió que fuera a una sala que había a la derecha de su despacho.

No dijo más y fue hacia la sala donde había estado antes con las demás chicas, caminé hasta el lugar que me había indicado, y vi que allí no había nadie más.

Tomé asiento y esperé, cogí otro caramelo para matar el tiempo y unos quince minutos después el sonido de los tacones se acercaba a mí.

s—Cloe —miré hacia la puerta y vi a la señorita Banks sonriendo—. Bienvenida a *Industrias Blackwell*, el puesto es tuyo.

Me quedé sin palabras y con la boca abierta. ¿De verdad acababa de decir lo que había escuchado? ¿No estaba soñando? ¿Había dicho que el puesto era mío? Oh, por Dios, esto era lo mejor que me podía haber pasado.

—Vamos, te presentaré al señor Blackwell —dijo, indicándome con un leve gesto de cabeza que la siguiera.

—Sí, sí, por supuesto… —murmuré al tiempo que me ponía de pie.

Esto era un milagro.

—Cloe —miré hacia la puerta y vi a la señorita Banks sonriendo—. Bienvenida a *Industrias Blackwell*, el puesto es tuyo.

Me quedé sin palabras y con la boca abierta. ¿De verdad acababa de decir lo que había escuchado? ¿No estaba soñando? ¿Había dicho que el puesto era mío? Oh, por Dios, esto era lo mejor que me podía haber pasado.

—Vamos, te presentaré al señor Blackwell —dijo, indicándome con un leve gesto de cabeza que la siguiera.

—Sí, sí, por supuesto… —murmuré al tiempo que me ponía de pie.

Esto era un milagro.

Capítulo 4



Nancy, pues me había pedido que no la llamara señorita Banks nunca más, me llevó en el ascensor hasta la última planta del edificio, donde se encontraban los despachos del dueño y su mano derecha.

Cuando llegamos vi la mesa que ocuparía cuando me incorporara al puesto, ese que la propia Nancy me había dicho que debía ocupar a partir del lunes, puesto que el señor Blackwell se ausentaba durante el fin de semana por temas personales y no estaría al día siguiente, que era viernes.

Llamó a la puerta con un par de golpecitos y tras ella, escuché una voz varonil y ligeramente rasgada que hizo que me estremeciera. Solo esperaba que no fuera un viejo cascarrabias que me hiciera los días insoportables, dado que había decidido ocultar que tenía una hija para conseguir ese puesto.

Nancy abrió la puerta y se dirigió a él en un tono de lo más formal, nada de sonrisas como me había estado dedicando a mí.

—Señor Blackwell, su nueva secretaria está aquí —le dijo.

—Hazla pasar —respondió y, por Dios, que esa voz infundía respeto.

—Pasa, cielo —murmuró sonriéndome—. Nos vemos el lunes para firmar tu contrato.

—Gracias Nancy.

Se hizo a un lado, di un paso al frente, y entré en aquel despacho, de paredes grises y suelos y muebles negros, como era el resto del edificio, y vi un hombre sentado ante un escritorio de madera bastante grande.

Cabello negro, rostro serio, ojos negros y semblante que imponía, sin duda alguna haciendo ver al resto del mundo que debían temerlo, o al menos, respetarlo.

Y era joven, diría que unos cuarenta años, o tal vez menos, por lo que no iba a trabajar para un viejo cascarrabias y de cabello canoso como esperaba.

—Así que es usted la señorita Davenport —dijo mirándome fijamente, y escuché que se cerraba la puerta tras de mí.

—Davenport, sí —respondí—. Cloe.

Ante mi torpeza para hablar, fruto de los nervios debido a que mi nuevo jefe me miraba fijamente, arqueó la ceja. Genial, ahora pensaría que habían contratado a una idiota.

—Cloe Davenport, señor Blackwell —dije sin parecer idiota—. Encantada de conocerle.

—Tiene modales, al menos —apartó la mirada y se centró de nuevo en lo que fueran esos papeles que tenía delante—. Nancy dice que su currículum es excelente, espero que lo sea también su profesionalidad —no me miraba.

—Soy profesional, señor Blackwell, se lo aseguro.

—Ya lo veremos. Espero que le haya quedado claro que no tendrá horarios, puedo solicitar sus servicios en cualquier momento, y usted deberá estar disponible.

—Ha quedado perfectamente claro, señor Blackwell —respondí.

—No quiero excusas si le pido que se quede trabajando hasta tarde, si su novio, amante, prometido o marido la ha invitado a cenar, lo cancela.

—Puede estar tranquilo en ese aspecto.

—¿Su pareja aceptaría una cancelación de última hora? —preguntó escéptico, arqueando la ceja al tiempo que me miraba.

—Repito, puede estar tranquilo si me pide que me quede hasta tarde, es lo único que debe saber.

—Señorita Davenport… —dijo poniéndose en pie de un modo lento y peligroso, y me llamó la atención que todo su vestuario, era negro, traje, camisa y corbata, ¿estaría guardando luto? — Deje que le aclare algo —caminó hacia donde yo seguía parada, y tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo, debía medir algo más de metro ochenta, tal vez metro ochenta y cinco—. Nadie, escúcheme bien, absolutamente nadie me habla de ese modo y se va como si nada.

—Yo…

—No me interrumpa, es algo que no tolero —me advirtió sin apartar esos negros y fríos ojos de mí—. Soy el jefe, yo mando, yo ordeno y usted, obedece.

—Sí, señor Blackwell —respondí sin apartar la mirada de él, y me pareció ver un destello de algo en sus ojos, pero no sabría decir de qué.

—Si le pido que se quede trabajando conmigo hasta tarde y tiene un compromiso, usted, ¿qué hará?

—Cancelarlo, no se preocupe.

Se me quedó mirando con atención y curiosidad, y eso hizo que yo tragara con fuerza porque me estaba poniendo un poquito nerviosa, para qué iba a mentir.

El señor Blackwell exudaba peligro por cada poro de su piel, además de poder que era algo evidente.

Y olía muy bien, era de la clase de perfume que no solo se quedaba en su cuerpo o su ropa, sino que llenaba aquel despacho.

No apartaba los ojos de los míos, no vi una sola vez que se desviaran ni tan siquiera un poco a otra parte de mi rostro, y ahí estaba yo, luchando con mi vergüenza para mantenerle la mirada a pesar de querer dejar de contemplar aquellos ojos negros y difíciles de descifrar, al menos para mí lo era.

—Nancy me ha dicho que empieza usted el lunes —dijo al fin, pero sin apartarse, por lo que yo seguía con la cabeza inclinada hacia atrás mirándolo.

—Así es —contesté, y asintió.

—La quiero aquí a las siete y media.

—Nancy dijo que…

—Siete. Y. Media —insistió, dejando claro que él era el jefe, daba las órdenes y yo las obedecía, sin importar que Nancy me hubiera dicho que me esperaba en su despacho a las nueve menos cuarto para firmar el contrato.

—A las siete y media será, señor Blackwell.

—Eso me gusta más, señorita Davenport —se apartó sin dejar de mirarme y volvió a su asiento—. El lunes encontrará en su mesa el teléfono móvil que debe llevar siempre encima para que yo la localice, una Tablet conectada con la mía para mantener al día siempre las citas de mi agenda, y un ordenador portátil que podrá llevar a casa para trabajar en los documentos o e-mails que le envíe yo, o cualquiera que deba revisar antes de hacerme llegar a mí —cruzó las manos sobre su escritorio, mirándome fijamente—. ¿Alguna duda, señorita Davenport? — Arqueó la ceja de manera casi imperceptible.

—No, señor Blackwell.

—Bien, nos veremos el lunes entonces.

—Que tenga un buen fin de semana, señor Blackwell —dije girándome para ir hacia la puerta.

—Señorita Davenport —me llamó, y giré a mirarlo de nuevo—. El café me gusta solo, muy cargado, sin leche, crema ni azúcar —dijo mientras seguía concentrado en los papeles que tenía delante, sin dirigirme una sola mirada.

—Café muy cargado, solo y oscuro, como usted, entendido —abrí la puerta, pero antes de irme, escuché sus últimas palabras.

—Ese descaro suyo puede traerle consecuencias, señorita Davenport, advertida queda.

Salí cerrando la puerta sin decirle nada más, y caminé hacia el ascensor, pulsé el botón y esperé a que este llegara, y entonces me sobresalté al escuchar una voz a mi espalda.

—Pero mira a quién tenemos aquí —giré y vi al hombre rubio del ascensor, sonriendo, caminando con las manos en los bolsillos—. ¿Te has perdido?

—No, vengo de hablar con mi nuevo jefe.

—¿Así que vas a ser su nueva secretaria? —preguntó con los ojos muy abiertos, y volvió a silbar— Veo que Nancy tiene buen criterio. Bienvenida a *Industrias Blackwell*, soy Cody, Cody Prescott, mejor amigo y mano derecha del hombre de negro —me tendió la mano y se me escapó una risita mientras se la estrechaba—. Veo que te has dado cuenta de que el apodo le va como anillo al dedo.

—Sí. Soy Cloe, Cloe Davenport.

—Un verdadero placer conocerte, Cloe Davenport.

—Cody —la voz rasgada de mi jefe resonó en aquella silenciosa estancia, y me sobresalté—. Tenemos cosas que hacer.

—Sí, sí, ya voy. Solo estaba dando la bienvenida a nuestra nueva secretaria.

—¿Voy a ser secretaria de los dos? —curioseé.

—Solo será mi secretaria, señorita Davenport —me aclaró mi jefe.

—Como siempre, acaparando todo —Cody suspiró de manera dramática, lo que me hizo sonreír. Me gustaba ese hombre, parecía simpático—. Me alegra saber que nos veremos a menudo por aquí —me hizo un guiño antes de alejarse—. ¿Qué prisas te han entrado? —dijo acercándose a mi jefe, que no me apartaba la vista de encima y tenía el ceño ligeramente fruncido— La reunión no es hasta dentro de veinte minutos.

—Tenemos puntos que aclarar —respondió cuando Cody entró en el despacho, pero seguía mirándome.

Y yo a él, para qué iba a negarlo, no podía apartar los ojos de aquel hombre, el hombre de negro como le había llamado su amigo y mano derecha, como si una fuerza me atrajera hacia él.

—¿Qué miras con tanto…? Oh, eso —Cody se asomó a la puerta y sonrió al verme a mí—. No me extraña.

—Cierra la boca, y siéntate —le dijo mi jefe, apartando su mirada de mí, al fin.

Las puertas del ascensor se abrieron y entré, olvidando que en aquella planta del edificio se quedaba mi jefe.

Su aura era peligrosa y dominante, y el modo en el que me miraba, de lo más intimidante. Se notaba que como CEO de una de las empresas más en auge del sector de la tecnología, como había dado a entender Nancy, era un hombre acostumbrado a infundir miedo y respeto a partes iguales.

Me apoyé en la pared del fondo del ascensor, cerré los ojos y cogí aire liberando un poco esos nervios de antes de la entrevista.

Nancy era una mujer agradable, y Cody parecía simpático, por lo que, si los veía a ambos a menudo por allí, al menos tendría un poquito de respiro sin el poder de mi jefe para ordenar y ser obedecido.

Qué diferente era del señor Wilson, mi anterior jefe, un hombre de cincuenta y cinco años de lo más entrañable e incluso paternal, enamorado hasta la médula de su esposa y que adoraba a sus dos hijas adolescentes, pues él ya era mayor cuando conoció al verdadero amor de su vida, se casó y tuvo a sus hijas.

Salí del ascensor en la planta baja y fui directamente al mostrador de recepción, donde me despedí del chico que me había dado la acreditación de visitante.

Una vez en la calle, sonreí sintiéndome de nuevo con esa energía que me daba saber que volvía a tener un empleo y un sueldo con el que pagar el alquiler y mantener a mi hija, ahora solo me quedaba contárselo a Jane y a la tía Molly.

Lily estaba con ella, con la tía Molly, por lo que en cuanto subí al coche marqué el número de mi mejor amiga, que no tardó en descolgar.

—¿Cómo ha ido? —preguntó sin ni siquiera decir hola.

—Bien.

—¿Y? ¿Te llamarán?

—El puesto es mío —sonreí.

—Espera, ¿qué? ¿Tienes ese trabajo? ¿Te han contratado ya?

—Sí —reí—. Hice la entrevista después de varias candidatas, cuando acabamos me hizo esperar en una sala y cuando regresó, me dijo que era la nueva secretaria del jefe.

—Secretaria, ¿del jefe? Chica, eso es un puestazo, sin ninguna duda. ¿Y qué empresa es? No te pregunté ayer al final.

—*Industrias Blackwell* —respondí.

—¿Blackwell? ¿El de los dispositivos médicos?

—¿Lo conoces? Joder, debo ser la única tonta de todo Nueva York que no sabía de qué es la empresa para la que solicité un puesto de trabajo —suspiré mientras me paraba en un semáforo.

—¿Así que eres la secretaria de Kirk Blackwell?

—No sé su nombre, solo el apellido.

—Lo que estoy segura que has podido comprobar es que vas a tener unas vistas buenísimas, ese hombre es un bombón.

—Jane, por si se te ha olvidado, voy allí a trabajar —suspiré.

—Lo sé, lo sé, pero no me dirás que no echarás un vistazo rápido al jefe de vez en cuando.

—Con no meter la pata en ningún momento y que sepan que tengo una hija…

—¿Por qué dices eso? —Era como si pudiera verla ante mí con el ceño fruncido.

Suspiré y le acabé contando lo de los horarios, el comentario de Nancy y lo que el jefe me había dicho, por lo que acabé optando por no decir que tenía esas temidas cargas familiares o de pareja.

—Bueno, lo has hecho por conseguir el trabajo y mantener a Lily, no te fustigues por eso, cariño.

—Lo sé, pero mi niña es mi mundo.

—Y ella lo sabe. ¿Vas a recogerla ya?

—Sí, estoy llegando.

—Bien, dile que la veré mañana y dale un besito.

—Vale, adiós Jane.

—Adiós, cariño.

Aparqué frente al edificio en el que vivía la tía Molly, abrí con la copia de las llaves que ella misma me había dado, y subí hasta la sexta planta en el ascensor.

Cuando entré en la casa, el olor a lasaña me llegó desde la cocina.

—Qué bien huele —dije asomándome.

—¡Mami! ¿Tienes el trabajo? —preguntó mirándome fijamente cuando la cogí en brazos.

—Tengo el trabajo, mi vida —sonreí.

—¡Bien! Sabía que mis tréboles te darían suerte.

—Mucha, me han dado mucha suerte.

—Me alegro de que te hayan contratado, cariño —dijo la tía Molly, abrazándome—. ¿Cuándo empiezas?

—El lunes, pero hay algo… —miré a mi hija, que estaba entretenida con la masa de las galletas, y la tía Molly hizo un gesto para que fuéramos al salón, sabía que quería hablar sin que me escuchara la niña.

—No las hagas muy grandes, preciosa —le pidió a la niña, que asintió.

Fuimos al salón y tras sentarnos, le dije lo que me preocupaba, lo que había hecho con tal de conseguir el puesto, y me tapé el rostro con las manos.

—Soy una madre nefasta —murmuré.

—Eres una madre de diez, eso que no se te olvide —dijo mientras me apartaba las manos del rostro—. Y no es

nada del otro mundo lo que has hecho, necesitabas un trabajo y esa empresa ha sido la única interesada, no podías perder la oportunidad. En cuanto a Lily, no te preocupes, Jane y yo cuidaremos de ella.

—Pero, tía Molly, Jane trabaja por las mañanas, y tú estás a turnos. Debería decir que no, contar la verdad…

—Ni se te ocurra. Cloe, hace tiempo que estoy pensando en pedir un cambio fijo al turno de noche, y este es el empujón que necesitaba. Yo me quedaré con la niña durante las mañanas, y Jane lo hará el resto del día. Problema resuelto.

—No puedo pediros eso, tú apenas dormirás.

—Dormiré por las tardes, tranquila que estoy acostumbrada. Ya sabes que somos las mosqueteras, Lily es la pequeña D'artagnan —me hizo un guiño.

—No sé qué haría sin vosotras, de verdad que no lo sé.

—Te las habrías arreglado, estoy segura. Pero recuerda que, ni Jane, ni yo, te daremos nunca la espalda —me abrazó, y como siempre ocurría, la tía Molly consiguió que mis pesares se disiparan.

Comimos con ella, tomamos café con las galletas que había amasado mi pequeña, y quedé en dejarle a Lily el domingo por la tarde en casa, pues ella tenía libres los viernes y los fines de semana, de modo que el lunes a las siete y media de la mañana podría estar en la oficina, tal como había pedido mi jefe, el hombre de negro, el señor Blackwell.

nada del otro mundo lo que has hecho, necesitabas un trabajo y esa empresa ha sido la única interesada, no podías perder la oportunidad. En cuanto a Lily, no te preocupes, Jane y yo cuidaremos de ella.

—Pero, tía Molly, Jane trabaja por las mañanas, y tú estás a turnos. Debería decir que no, contar la verdad…

—Ni se te ocurra. Cloe, hace tiempo que estoy pensando en pedir un cambio fijo al turno de noche, y este es el empujón que necesitaba. Yo me quedaré con la niña durante las mañanas, y Jane lo hará el resto del día. Problema resuelto.

—No puedo pediros eso, tú apenas dormirás.

—Dormiré por las tardes, tranquila que estoy acostumbrada. Ya sabes que somos las mosqueteras, Lily es la pequeña D'artagnan —me hizo un guiño.

—No sé qué haría sin vosotras, de verdad que no lo sé.

—Te las habrías arreglado, estoy segura. Pero recuerda que, ni Jane, ni yo, te daremos nunca la espalda —me abrazó, y como siempre ocurría, la tía Molly consiguió que mis pesares se disiparan.

Comimos con ella, tomamos café con las galletas que había amasado mi pequeña, y quedé en dejarle a Lily el domingo por la tarde en casa, pues ella tenía libres los viernes y los fines de semana, de modo que el lunes a las siete y media de la mañana podría estar en la oficina, tal como había pedido mi jefe, el hombre de negro, el señor Blackwell.

Capítulo 5



Estaba terminando de preparar la pizza cuando escuché las llaves en la puerta, Jane no tardó en abrir y anunciar su llegada.

—¡Ya estoy en casa, amores míos!

—¡Tía Jane! —los pasos de mi niña corriendo me sacaron una sonrisa, quería a su tía con locura.

—Aquí está mi niña. Pero qué guapa, por favor.

—Es nuevo, me lo ha dado mami esta mañana.

—Y tú no podías esperar a ponértelo, ¿eh? —dijo, y mi chiquitilla empezó a reír.

No, mi hija no podía esperar para estrenar un pijama nuevo, y me había hecho bañarla a las siete y media para ponérselo. Era de pantalón corto y camiseta de tirantes, en color amarillo pastel con un osito en el centro, sonriendo y mirando hacia una mariposa.

—Hola, cariño —Jane entró en la cocina, me dio un beso en la mejilla y dejó la bolsa en la encimera—. Cuando llego aquí me siento como si fuéramos un matrimonio.

—La madre que te parió —reí.

—¿Ya vas a meter la pizza en el horno?

—Ajá.

—Bien, pues yo voy preparando los snacks. He traído patatas fritas, gusanitos y palomitas. Ah, y una tarrina de helado de fresa.

—Sí vamos, lo que viene siendo el pack guarro al completo para una noche de sábado.

—No, cariño, el pack guarro completo lleva sexo.

—No tienes remedio —volteé los ojos—. ¿Sigues con ese chico de tu empresa?

—¿Richi? Ese ya es historia —le quitó importancia con un gesto de la mano—. Hace meses que se acabó, ¿no te lo dije? —Frunció el ceño mientras guardaba el helado en la nevera.

—Puede, pero se me olvidaría.

—Oye, tenemos que salir a celebrar que tienes un nuevo trabajo. ¿El próximo sábado?

—Ya veremos. Por cierto, tenemos que hablar.

—Mientras no me digas que me dejas, que eso me partiría el corazón —hizo un puchero.

—En serio, ¿qué hago siendo la amiga de una loca como tú?

—Pues porque loca y todo me quieres, no te hagas la que no. ¿Qué me ibas a decir?

Metí la pizza en el horno y mientras preparábamos los platos de snacks entre las dos, le comenté lo que habíamos hablado la tía Molly y yo la tarde anterior sobe mis horarios de trabajo, y estuvo de acuerdo con ella en que por la tardes se quedaría con la niña.

—Me habéis salvado la vida tantas veces ya, que he perdido la cuenta. El día que me pidáis pagar las deudas…

—¿Qué pagar ni pagar, criatura? Vamos, lo que faltaba. Mira, eres como mi hermana, y lo que pueda hacer por ti, lo haré. Quién sabe, igual algún día es al contrario y me tienes que ayudar tú a mí —se encogió de hombros.

—Mami, ya he puesto la peli —dijo Lily entrando en la cocina, y no dudó en coger una patata del plato.

—¿Frozen? —curioseó Jane, y mi niña sonrió— Si hacen casting para llevar esa película al teatro, te juro que me presento. Me sé los diálogos de memoria.

—Serías una gran Anna, desde luego —comenté.

—Y tú, Elsa, con ese pelo rubio eres ideal para el puesto.

—Vamos a ir poniendo la mesa, anda —dije cogiendo platos y vasos.

Mientras se terminaba de hacer la pizza picamos los snacks viendo el principio de la película, esa que sí, tanto Jane como yo nos sabíamos de memoria cada diálogo, al igual que Lily, y la pequeña acababa cantando como

Elsa, dándolo todo a pleno pulmón.

Saqué la pizza para servirla y como solía ser habitual, apenas duró unos minutos en la mesa, y es que mi niña no comía, devoraba la pizza casera que le hacía su mami, le encantaba.

El móvil de Jane empezó a sonar y se fue hacia la cocina para hablar tranquilamente, cuando regresó tenía una ligera sonrisilla en la cara.

—¿Quién te ha llamado, que se te ha quedado cara de tonta? —curioseé.

—Joder, qué piropos más bonitos me dices —resopló—. Era un amigo, preguntaba si me animaba a salir a tomar con él.

—Amigo, amigo, o… amigo —elevé ambas cejas en un movimiento rápido mientras sonreía.

—Amigo —respondió con el mismo gesto que el mío.

—Anda, ve y diviértete —le dije cogiéndole la mano.

—No, no, ya le he dicho que hoy no puedo, que estoy con mis chicas.

s

—Jane, en serio, suficiente es que yo no tenga relaciones con otros seres humanos más que las del trabajo.

—Porque no quieres, Cloe. Una noche podías aceptar salir conmigo y conocer a mis amigos.

—¿Pero tú cuántos amigos tienes?

—¿Eh? Pues… algunos —noté que se sonrojaba.

—A ver si ahora vas a ser como el famoso Casanova y no me había enterado.

—Tanto no, tanto no —rio.

—Vete, que de verdad no pasa nada.

—Que no me voy a ir, ya me verá otro día. El próximo sábado, y así te vienes —me hizo un guiño.

—Jane, no me vas a convencer para salir contigo y tus amigos, capaz de llevarme a una orgía.

—Te divertirías, te lo digo yo.

Menos mal que mi niña estaba ya tumbada en el suelo viendo la película y no nos escuchaba.

Fui a la cocina y le puse un poco de helado en un cuenco, sonrió al verlo y le hice un guiño.

Jane y yo comimos directamente de la tarrina, mano a mano con una cuchara cada una, mientras seguíamos viendo la película que llegaba el punto álgido, ese en el que mi pequeña se puso de pie, y…

—¡Suéltalo, suéltalo! —comenzó a cantar.

—Deberías pensar en llevarla a uno de esos concursos de talentos, seguro que ganaba y acababa haciendo musicales en Broadway.

—Cuando sea mayor, que haga y sea lo que quiera, no voy a condicionar a mi hija como mis padres me condicionaron a mí.

—También es verdad. ¿Has visto las noticias de hoy? —preguntó, y sabía a qué se refería.

—Sí, prefiero no opinar al respecto.

—Quién lo iba a decir.

—Podría habérmelo imaginado, no tiene más hijos, así que es normal que haya tomado esa decisión.

—Pero esa empresa debería ser tuya.

—Pero es la empresa de mi padre, así que puede hacer con ella lo que le dé la gana.

—Y la pone en manos del hijo de su mejor amigo, manda narices —resopló.

Sí, de eso precisamente hablaban en las noticias esa mañana. Cuando escuché el nombre de mi padre, John Davenport, puse un poco más de interés en lo que decían, por suerte Lily estaba en la habitación viendo los dibujos, o habría preguntado si ese hombre era pariente nuestro, dado que ella se apellidaba como yo.

Mi padre tenía solo cincuenta y ocho años y ya había metido en la empresa a Nick Stanton, hijo de su mejor amigo, para que un día heredara todo el imperio petrolero de mi abuelo.

No me lo podía creer, pero tampoco me había extrañado puesto al quedarme embarazada dejé de ser su hija y única heredera.

Eso por no hablar de que alguna vez escuché a mis padres y los de Nick hablar de lo bueno que sería para ambas familias que nosotros nos casáramos.

—¿Sabes, cariño? —Jane me cogió la mano y la miré— Tengo claro que algún día llegarás a ser alguien importante y tus padres tendrán que besar el suelo por donde pises. Y si reclamas tu derecho de heredera, se darán cabezazos contra la pared.

—Muy alto miras tú —sonreí.

—No miro alto, solo sé que lo que la vida te ha quitado hasta ahora, te lo acabará devolviendo con creces. Recuerda mis palabras, Cloe, porque seguro que, en algún momento, serás la dueña de todo lo que puso en pie tu abuelo. Ni tu padre, ni ese Stanton, podrán evitarlo.

Tal vez tuviera razón, quizás en un futuro fuera yo quien realmente dirigiera la empresa de mi abuelo, pero a día de hoy no era algo que contemplara, ni tampoco pensara en ello.

Por el momento me limitaría a seguir con mi vida, a trabajar en *Industrias Blackwell* y mantener a mi hija, que era lo que más me importaba en la vida.

Cuando acabó la película acostamos a Lily, y Jane y yo nos quedamos tomando un gin tonic, ella insistió en que a menos tomáramos una copa, así que acepté.

Y sí, también acabé aceptando salir con ella el sábado siguiente a cenar y conocer a un par de amigos suyos.

—Espero que no consideres esto una especie de cita a ciegas con alguno de ellos.

—No, no, tranquila —me aseguró—. Solo vamos a cenar y tomar una copa, prometido.

—¿Te acuestas con los dos? —curioseé.

—Mira qué pillina —rio—. Solo me acuesto con uno, el otro es su amigo y ha salido con nosotros alguna vez, nada más.

—Jane, nada de dobles citas, por favor.

—Que no, tú, tranquila. Aunque igual el amigo te acaba gustando y…

—No, no me va a acabar gustando, ya te lo digo.

—No estés tan segura, nena —rio de manera misteriosa, pero no seguí su juego.

Conociéndola, aquello no sería solo una cena y una copa, sino una tremenda encerrona por su parte para que conozca a alguien y salga de casa.

Capítulo 6



Lunes, siete de la mañana, y salía de casa tras tomarme un café.

Era mi primer día de trabajo y tal como había pedido mi nuevo jefe, estaría a las siete y media en mi puesto.

Llevaba una falda lápiz en color gris, una blusa de raso blanca sin mangas, y los zapatos de tacón negros que destinaba únicamente al trabajo.
Subí al coche y cuando lo puse en marcha, se conectó la radio.

—*Buenos días, Nueva York* —dijo la voz del locutor—. *Lunes, siete y cinco de la mañana, y se prevé un día soleado en la ciudad. Como es habitual, el tráfico a esta hora en la quinta y en las calles contiguas a Manhattan va algo lento, por lo que os aconsejamos paciencia. Pero no os preocupéis, que animamos vuestra espera en los semáforos con las mejores voces de todos los tiempos. Soy Alen, y os deseo un feliz inicio de semana.*

Que el tráfico fuera ligeramente caótico en esas zonas, al igual que en muchas otras a lo largo de todo el día, no era nada nuevo, pero me conocía suficientemente bien los atajos para llegar a mi destino como para no tener que preocuparme.

A las siete y veinte estaba entrando en el parking del edificio, por suerte ya tenían mi nombre y el guarda de seguridad me dijo dónde estaba la plaza que me había asignado Nancy.

Aparqué el coche, subí al ascensor, y llegué a la última planta del edificio a las siete y veintiocho minutos.
Chúpese esa, señor Blackwell.

Tal como me dijo, sobre la mesa encontré un móvil, una Tablet y el ordenador portátil, pero aún no había rastro d mi jefe por ningún lado.

Guardé el bolso en el cajón de mi escritorio, me senté, y cogí el papel en el que estaban anotadas las claves de acceso de todos los dispositivos, así como la dirección y contraseña de mi correo electrónico corporativo.

Entré en todos y los configuré del modo más cómodo para mí, eché un vistazo en la agenda de la Tablet y vi que el propio señor Blackwell había anotado en la agenda una reunión para esa misma mañana, a las nueve y media,

en la cafetería de la sexta avenida.

Perfecto, me daba margen a revisar el documento que me había hecho llegar por e-mail, cambié algunas palabras, imprimí dos copias y metí cada una de ellas en una carpeta de la empresa.

Cuando quise darme cuenta eran las ocho y cuarto de la mañana, y mi jefe seguía sin aparecer.

Pensé en llamarlo, de hecho, debería hacerlo, pero tal vez se hubiera retrasado por el tráfico.

A las nueve menos veinte escuché el ascensor, estaba terminando de comprobar la agenda para esa semana, y al mirar vi aparecer al señor Blackwell, vestido completamente de negro igual que el día que lo vi.

—Buenos días, señor Blackwell —saludé.

—Buenos días.

—¿No se suponía que nos encontraríamos aquí a las siete y media? —pregunté, confundida.

—No, señorita Davenport —contestó, acercándose a mi escritorio, apoyando una mano en él mientras la otra permanecía en su bolsillo, y me miró fijamente—. Usted debía llegar a las siete y media, para familiarizarse con e puesto.

—Pero, yo creí…

—No le pago para creer nada, sino para obedecer —me cortó, y noté que me llenaba de ira.

—Tiene las dos carpetas para la reunión de las nueve y media en su mesa, señor Blackwell —dije poniéndome en pie—. Ahora, si me disculpa, voy a firmar mi contrato.

—No le he dado permiso para abandonar su puesto.

—Me espera la señorita Banks para firmar, y voy a ir. Porque le advierto, señor Blackwell, si no firmo ahora mismo ese maldito contrato, no pienso seguir aquí sentada trabajando hoy para usted.
e

Pasé por su lado y recé para que no me pusiera de patitas en la calle en ese mismo instante por semejante impertinencia, y tuve suerte de que no me hiciera volver a mi escritorio.

Entré en el ascensor y fui hasta la planta en la que estaba el despacho de Nancy, responsable del departamento de Recursos Humanos, y cuando llegué la vi con un café en la mano yendo hacia el despacho.

—¡Cloe! Buenos días, cielo —saludó de lo más sonriente.

—Buenos días, Nancy.

—Qué puntual eres, el jefe lo valorará mucho.

—El jefe es idiota —murmuré, y ella comenzó a toser tras dar un sorbo con el que casi se ahoga.

—¿Qué ha hecho ya para ganarse todo tu afecto? —rio.

Suspiré y le estuve contando lo del día que nos conocimos, y la jugarreta de hacerme llegar esa mañana mucho antes de lo que debería.

—Muy pronto te ha puesto a prueba para ver si de verdad seguirías sus órdenes, raro en él —frunció el ceño—. Bueno, sea como sea, ese puesto es tuyo. Aquí tienes el contrato, cielo —me puso un montón de papeles delante, cogí el boli que me ofrecía y tras echar un vistazo rápido, comprobando que iba a tener un sueldo mucho mayor que el que tenía en mi anterior trabajo, firmé cada una de las hojas—. Ahora sí, bienvenida a *Industrias Blackwell* oficialmente —sonrió.

—Gracias.

—Te llamaré de vez en cuando para tomar café juntas, si te parece bien.

—Claro, eres la única que conozco en la empresa, además de al jefe y su socio.

—¿Conoces a Cody? —preguntó, y le conté cómo nos habíamos conocido— Es un hombre divertido, pero ya lo irás conociendo —sonrió.

—Eso me pareció, sí. Será mejor que vuelva a mi puesto, no sea que al jefe le apetezca un café y no pueda hacérselo él.

—De hecho, no se los hace él —rio—. Creo que Kirk va a comprobar que eres la horma de su zapato.

—Mientras no me despida por ser una impertinente —me encogí de hombros.

—No lo hará, cielo, pero estoy segura de que… —se quedó callada— Olvídalo, el tiempo me dará o no la razón en lo que creo. Que tengas un buen primer día de trabajo.

—Eso espero yo también, adiós Nancy.

—Adiós, Cloe.

Regresé al ascensor para volver a mi puesto, y cuando llegué, la puerta del despacho de mi jefe estaba abierta. No se oía nada, salvo el repiqueteo de mis tacones, y pensé que se habría ido para no llegar tarde a esa reunión.

—Señorita Davenport, venga aquí ahora mismo —dijo en ese tono que no permitía un no por respuesta.

Suspiré, cerré los ojos, y supe que ese hombre no me iba a poner las cosas fáciles.

—¿Sí, señor Blackwell? —pregunté asomándome.

—¿Ha modificado el documento? Estaba redactado, yo mismo lo hice, y aquí hay palabras cambiadas.

—Sí, las he cambiado. Creí que sonarían mejor de ese modo.

—¿Tengo que recordarle para qué le pago, señorita Davenport? —Frunció el ceño.

—No señor, no es necesario. Simplemente pensé que un cambio vendría bien.

—Recoja sus cosas, salimos ya —dijo poniéndose en pie mientras cerraba la carpeta y cogía las dos.

—¿Tengo que ir con usted?

—¿Acaso se olvida que es mi secretaria? —Arqueó la ceja.

—No señor.

—Pues vamos, coja sus cosas o llegaremos tarde.

—Sí, señor —asentí y fui a mi escritorio.

Metí el portátil, la Tablet y el móvil en el maletín que había en el escritorio, saqué mi bolso del cajón y, tras colgármelo al hombro, fui al ascensor siguiendo a mi jefe.

Dentro de aquel reducido espacio el olor al *after shave* y al perfume que usaba se sentía mucho más, y debía admitir que me gustaba cómo olía mi jefe.

Una vez en la planta baja del edificio, salimos a la calle donde nos esperaba un chico de unos treinta años junto a un coche, abrió la puerta de la parte trasera y mi jefe me cedió el paso a mí primero.

—No sabía que tenía chófer —dije cuando este cerró la puerta.

—Solo para los días de trabajo.

—Ajá.

—¿Dónde, señor Blackwell? —preguntó el chófer cuando ocupó su asiento.

—A la cafetería de la sexta avenida, Jim.

Jim asintió, puso el coche en marcha, y mientras él conducía, mi jefe se centró en leer el documento que yo había modificado.

Vale, igual no debería haberlo hecho, pero si quería que ese hombre accediera a comprar el producto que le estaba ofreciendo, debíamos adornar un poquito algunos puntos.

Yo pasé el tiempo con mi móvil, hablando con la tía Molly sobre Lily, que se había levantado con ganas de preparar un bizcocho de limón para mí, y en eso estaban las dos.

—Estamos llegando, señorita Davenport —dijo y se me borró la sonrisa de los labios—. Le aconsejo que se centre en el trabajo, y deje de hablar con su pareja.

—¿Por qué da por hecho que es mi pareja?

—Pocas personas en la vida de alguien hacen que aflore una sonrisa así —contestó, pero no me estaba mirando, por lo que no entendía cómo había visto mi sonrisa.

—Al menos sonrío, que usted debe pensar que, si lo hace, sé le caerá el rostro a pedazos —murmuré y acabé resoplando.

—Otro consejo, señorita Davenport —me sobresalté al escuchar su voz demasiado cerca de mi oído—. Guarde sus comentarios e impertinencias, o le aseguro que tendrá consecuencias.

—Si me despide, lo consideraré un despido improcedente y lo denunciaré.

—No es precisamente el despido lo que tengo en mente —lo miré con el ceño fruncido sin entender a qué se refería, y vi en sus ojos ese brillo que no sabía cómo interpretar.

—Hemos llegado, señor —anunció Jim, desde su asiento antes de parar el coche y salir.

—Por su bien, espero que ahí dentro no me dedique alguna de sus impertinencias —dijo mi jefe, antes de que Jim abriera su puerta.

Salimos del coche, caminamos hacia la puerta de la cafetería, y cuando entramos una de las camareras nos llevó

hasta la mesa donde esperaba el cliente, un hombre de unos cincuenta años que sonrió al vernos.

Me limité a sonreír, escucharlos hablar, tomar notas de algunas peticiones que hacía aquel hombre a mi jefe, y disfrutar de un delicioso café con leche y azúcar.

Cuando acabamos la reunión una hora después, mi jefe lo hacía con la seguridad de que, en unos días, ese hombre firmaría con *Industrias Blackwell* un contrato de miles de dólares.

Sonreí una vez nos sentamos en el coche, satisfecha de haber hecho aquellos cambios en la redacción del documento, me di palmaditas en la espalda y me dediqué aplausos a mí misma por el buen trabajo.

—De nada, señor Blackwell —dije cuando Jim puso el coche en marcha.

—¿Disculpe? —Lo miré y tenía la ceja arqueada.

—He dicho, que, de nada —sonreí.

—¿Acaso le he dado las gracias?

—No, no lo ha hecho, pero tal vez debería. El cliente ha quedado muy satisfecho con el informe.

—Informe que yo redacté, por si lo había olvidado.

—Y que yo he modificado para que fuera un poco más atractivo, por si lo había olvidado.

—¿Cómo podría? —resopló— Tengo que hablar con Nancy y preguntar qué vio en usted para contratarla como mi secretaria. Seguro que, de las otras candidatas, habría varias que no serían tan impertinentes.

—Posiblemente, pero no serían tan eficientes y eficaces como yo —me encogí de hombros, sin saber cómo había acabado dándome el valor a mí misma para decir aquello.

—¿Por qué tengo la sensación de que usted siempre querrá ser la última en pronunciar una palabra?

—No lo sé, eso es percepción suya —volví a encogerme de hombros.

—Increíble —suspiró.

—Si usted lo dice —miré por la ventana para que no me viera sonreír, tal vez eso lo sacaba de sus casillas.

—¿Ve a qué me refiero?

—¿A qué?

—Déjelo.

—Perfecto, como usted diga señor Blackwell.

—Oh, Jesús —sonreí de nuevo, pero no dije nada más.

Llegamos a las oficinas, Jim abrió la puerta y entramos allí siendo saludados por varios empleados.

Subimos a la última planta y, una vez allí, él entró en su despacho cerrando la puerta sin dirigirme la palabra, y yo me acomodé en mi escritorio.

El resto de la mañana mi jefe se comunicó conmigo a través del teléfono o escribiéndome al e-mail, enviándome documentos que revisar.

Cuando llegó la hora de comer recogí mis cosas, lo vi salir y se fue tras decirme adiós.

Al menos no compartiría el ascensor otra vez con él.

Fui a comer a una cafetería cercana y cuando acabé, regresé a la oficina para continuar con los informes que debía revisar, esos que imprimí y metí en carpetas para dejar sobre la mesa de mi jefe, quien no había vuelto, no había aparecido en toda la tarde.

Cuando acabó mi jornada apagué todo, comprobé que su despacho estaba en orden, y me marché para ir a casa de Jane a recoger a Lily, estaba deseando ver a mi niña y que me diera uno de esos abrazos reconfortantes que tanto me gustaba recibir cada día.

—¿A qué?

—Déjelo.

—Perfecto, como usted diga señor Blackwell.

—Oh, Jesús —sonreí de nuevo, pero no dije nada más.

Llegamos a las oficinas, Jim abrió la puerta y entramos allí siendo saludados por varios empleados.

Subimos a la última planta y, una vez allí, él entró en su despacho cerrando la puerta sin dirigirme la palabra, y yo me acomodé en mi escritorio.

El resto de la mañana mi jefe se comunicó conmigo a través del teléfono o escribiéndome al e-mail, enviándome documentos que revisar.

Cuando llegó la hora de comer recogí mis cosas, lo vi salir y se fue tras decirme adiós.

Al menos no compartiría el ascensor otra vez con él.

Fui a comer a una cafetería cercana y cuando acabé, regresé a la oficina para continuar con los informes que debía revisar, esos que imprimí y metí en carpetas para dejar sobre la mesa de mi jefe, quien no había vuelto, no había aparecido en toda la tarde.

Cuando acabó mi jornada apagué todo, comprobé que su despacho estaba en orden, y me marché para ir a casa de Jane a recoger a Lily, estaba deseando ver a mi niña y que me diera uno de esos abrazos reconfortantes que tanto me gustaba recibir cada día.

Capítulo 7



Jueves, y los dos días anteriores en el trabajo no habían sido muy diferentes del primero.

Sobraba de decir que mi jefe conseguía sacar lo peor de mí, no, no lo peor en el sentido malo, sino que me hacía ser imprudente en mi modo de contestarle. Pero es que era un poquito insufrible, de verdad.

Siempre tan serio, con sus miradas severas, con la manera de dar órdenes y querer que me mostrara como si no fuera más que un robot obedeciendo.

Paciencia, eso me había dicho la tía Molly, y sí, iba a tenerla, no me quedaba otra porque no quería perder el trabajo y volver a pasarme días enviando currículums en busca de algo decente que me ayudara a pagar el alquiler y a mantener a mi hija.

Era por ella, todo lo que hacía era por mi pequeña Lily.

Se acercaba la hora del café y no había ni rastro del señor Blackwell, sabía que tenía citas ineludibles, así lo había dicho él mismo la tarde anterior, y ni siquiera él sabía si vendría por la oficina.

Escuché el ascensor y no tardé en oír la melodiosa y cantarina voz de Nancy, lo que me hizo sonreír. La pelirroja había tomado por costumbre venir en mi busca para que hiciera un descanso, algo que a nuestro jefe no le había parecido buena idea, pero parecía tener en alta estima a la responsable de Recursos Humanos, y me permitía ir con ella.

—Hola del café, señorita Davenport.

—Por Dios, Nancy —reí al escuchar el tono empleado al llamarme así, como si fuera nuestro jefe.

—No ha sonado igual, ¿verdad? Vaya —chasqueó la lengua—. ¿Tengo que tocar su puerta también para decirle que vienes conmigo? Es como estar de nuevo en la adolescencia pidiendo permiso a los padres de mi amiga del instituto.

—No está, no sé siquiera si vendrá. Pero, tranquila, que me ha dejado tarea pendiente —toqué el montón de

carpetas que había dejado sobre mi mesa el día anterior, cuando ya me había marchado.

—Pues vamos a tomarnos ese descanso.

Recogí mis cosas y fui con Nancy a la cafetería que había justo al lado de las oficinas. Pedimos un par de desayunos, como los días anteriores, y cuando nos los sirvieron me preguntó si tenía planes para el fin de semana.

—Se casa una amiga que vive en Boston, y no quiero ir sola —dijo tras dar un sorbo a su café.

—Te acompañaría, pero mi mejor amiga me obligó a aceptar salir con ella y unos amigos el sábado. Dijo que no, pero sé que es una especie de doble cita, y la mía será a ciegas —volteé los ojos.

—Así que tu mejor amiga es de las mías, buscando ligues a las amistades —rio.

—Lleva intentando la misma táctica, seis años —suspiré.

—¿Seis años? —frunció el ceño, y entendí que había hablado de más— ¿Pero desde cuando no sales con un hombre?

—Es que lo pasé muy mal por mi novio de la universidad, y…

—Cloe, ¿me estás diciendo que no sales con nadie desde la universidad? Dios mío, dime al menos que no sigues siendo virgen.

—No, no, la perdí justo allí.

—¿Tanto te marcó ese chico? —curioseó cogiendo su tostada.

—Demasiado, a decir verdad —suspiré.

—Pues creo que deberías darte la oportunidad de conocer a alguien, cielo. Quién sabe, igual ese chico que va a presentarte tu amiga es el adecuado.

—Es que realmente no estoy lista.

—¿Después de tantos años? Entonces sí que te marcó, sí.

El móvil del trabajo empezó a sonar en ese momento y suspiré, no podía ser otro que mi querido jefe, y ahí estaba su nombre en la pantalla.

—¿Sí, señor Blackwell? —pregunté.

—Señorita Davenport, le he enviado al e-mail un documento que necesito que revise e imprima, pasaré a recogerla en veinte minutos.

—Estoy en mi tiempo de descanso.

—Veinte minutos —y colgó.

—Dios mío, este hombre es insufrible —resoplé.

—¿Qué quería?

—Me ha enviado un documento y me recoge en veinte minutos, eso puedo decirte —contesté mientras me terminaba el café de un sorbo—. Voy a tener que anotar en su agenda mis momentos de descanso.

—Eso quiero verlo —rio, acabó su desayuno rápido y se levantó para acompañarme.

—Nancy, por Dios, quédate y desayuna tranquila.

—Cielo, llevo demasiado tiempo desayunando sola, para una amiga de verdad que hago en la empresa…

—Al final me harás llorar, que yo solo tengo a mi amiga Jane y su tía Molly.

—Pues ya me tienes a mí —hizo un guiño y salimos de la cafetería para regresar a las oficinas.

Nos despedimos en su planta y subí hasta la mía, abrí el e-mail, revisé el documento, corregí algunas cosas, imprimí dos copias como me había pedido y las metí en las carpetas para volver a bajar hasta la calle.

De los veinte minutos me sobraron dos, y agradecí que así fuera porque justo en ese momento vi aparecer frente a edificio el coche donde iba mi jefe.

Me acerqué a él y abrí la puerta antes de que Jim tuviera que bajar a hacerlo, ganándome una de esas miradas con la ceja arqueada de mi jefe.

—Aquí tiene el informe —dije tras sentarme.

—Podía haber esperado a que Jim le abriera la puerta, es su trabajo.

—Hacerlo yo era más rápido, imaginaba que tendría prisa para llegar a donde sea que vamos —contesté.

—A una reunión con un cliente, allí vamos —suspiró abriendo la carpeta para leer el informe, y me ignoró el rest

del camino.

Cuando Jim paró el coche, bajó para abrirnos y seguí a mi jefe hasta la cafetería donde le esperaba su cliente.

Al igual que en la reunión de mi primer día de trabajo, sonreí, escuché, tomé notas y me bebí un café.

El señor Blackwell le aseguró al cliente que tendría todo el sistema médico de su clínica renovado en el plazo de un mes, y este quedó encantado, por lo que concertaron una cita al inicio de la siguiente semana para firmar el contrato.

Anoté dicha cita en la agenda de la Tablet, y me sentí tentada a apuntar mis horas de descanso en esos días, pero no lo hice, al menos de momento.

—Mañana tengo que coger un vuelo a Chicago a primera hora —dijo mientras escribía algo en su móvil—, no iré a la oficina en todo el día.

—Bien, adelantaré el trabajo de las carpetas que me dejó ayer —me limité a contestar.

Él no dijo nada, y el resto del trayecto lo hicimos en silencio. Llegamos a las oficinas y en cuanto salimos del ascensor en nuestra planta, él fue a ver a Cody a su despacho y yo a mi puesto para seguir trabajando.

No volví a verlo hasta que llegó la hora de comer.

—¿No sales a comer, Cloe? —preguntó Cody, mientras pulsaba el botón del ascensor.

—Sí, en cuanto recoja mis cosas.

—¿Te unes a nosotros?

l

—¿Eh? —Lo miré con los ojos muy abiertos, y vi a mi jefe cerrar los ojos como si pensara que su amigo y mano derecha no tenía remedio— Que si comes con nosotros.

—No, ya he quedado —mentí.

—Otra vez será —me hizo un guiño.

Los vi entrar en el ascensor y aproveché que estaba sola para llamar a la tía Molly y hablar con Lily, mi niña estaba encantada con poder quedarse con ella porque se pasaban el día haciendo dulces.

—Mami.

ɔ

—Dime, cariño —pulsé el botón del ascensor y esperé a que llegara.

—¿Podemos cenar perritos calientes esta noche?

—Claro que sí, antes de ir a buscarte paso por el super a comprar el pan y las salchichas.

—Vale, y trae gofres para desayunar el sábado, porfi.

—Vale —sonreí—. Luego te veo, cariño. Te quiero.

—Y yo, mami. Un beso.

Colgué justo en el momento en el que se abrían las puertas del ascensor y entré, cerrando los ojos y suspirando po haber tenido que ocultar a la empresa que tenía una hija.

Con el tiempo, cuando mi jefe viera y se diera cuenta de que era una secretaria eficiente y que estaba disponible si así lo solicitaba, lo contaría, porque un hijo no era nada malo ni algo que se tuviera que ocultar al mundo como si ser madre soltera fuera un gran crimen.

—Dime, cariño —pulsé el botón del ascensor y esperé a que llegara.

—¿Podemos cenar perritos calientes esta noche?

—Claro que sí, antes de ir a buscarte paso por el super a comprar el pan y las salchichas.

—Vale, y trae gofres para desayunar el sábado, porfi.

—Vale —sonreí—. Luego te veo, cariño. Te quiero.

—Y yo, mami. Un beso.

Colgué justo en el momento en el que se abrían las puertas del ascensor y entré, cerrando los ojos y suspirando por haber tenido que ocultar a la empresa que tenía una hija.

Con el tiempo, cuando mi jefe viera y se diera cuenta de que era una secretaria eficiente y que estaba disponible si así lo solicitaba, lo contaría, porque un hijo no era nada malo ni algo que se tuviera que ocultar al mundo como si ser madre soltera fuera un gran crimen.

Capítulo 8



Un último vistazo ante el espejo, y cogí el bolso para bajar a la calle donde ya me esperaba el taxi que me llevaría esa noche de sábado al restaurante donde había quedado con Jane.

Me envió un mensaje para avisarme que iba de camino y yo le contesté que también iba hacia allí.

No iba a fingir que no estaba nerviosa ni preocupada por el hecho de que aquello fuera una posible encerrona por parte de mi mejor amiga, pero sabía que en algún momento lo habría hecho.

Llevaba seis años diciéndome que tenía que conocer a alguien, aunque solo fuera para mantener una amistad, perc me conocía yo lo que era a veces una amistad para ella.

Jane era muy abierta en cuanto a sexo, liberal y dispuesta a experimentar, mientras que yo lo que conocía del sexc era lo que viví en la universidad con el padre de Lily, y lo que leía en algunas novelas cuando me quedaba por la noche tomando un chocolate caliente en invierno o un té helado en verano después de acostar a mi pequeña.

Para esa noche había escogido un vestido azul marino de tirante ancho, entallado hasta la cintura y con la falda de caída ligera, unos zapatos de tacón, maquillaje natural y el cabello suelto y con algunas ondas que me apetecía hacerme.

Llegué al restaurante y al entrar vi a mi amiga en la barra, con un vestido negro que le hacía una figura espectacular, charlando con dos hombres trajeados que me daban la espalda.

—¡Cloe! Ya estás aquí —dijo sonriendo, y me dio un abrazo sin soltar su copa de vino.

—Espero no llegar tarde.

—No, cariño, llegas justo a tiempo. Ven, deja que te presente —me llevó ante los dos hombres, que resultaron ser bastante guapos—. Este de aquí es Peter Sinclair —señaló al moreno de ojos verdes—, y él es Mike Devlin —miró al castaño de ojos azules—. Chicos, ella es mi mejor amiga Cloe, más como una hermana —sonrió.

—Encantada de conoceros —dije con una leve sonrisa.

—El placer es nuestro —contestó Peter.

—Jane se ha quedado corta al decir que eras guapa, eres realmente preciosa —me dijo Mike, con una sonrisa de medio lado, que hizo que me sonrojara.

—Gracias.

—¿Qué quieres beber, cariño? —preguntó Jane.

—Vino está bien.

—Ahora te pido una copa —sonrió besándome en la mejilla.

—Jane nos ha contado que os conocisteis en la universidad —comentó Peter.

—Sí, por un choque involuntario —reí—. Y desde ese día, la loca y yo somos amigas.

—Que te he oído —protestó.

—Por eso lo he dicho —volví a reír—. ¿De qué la conocéis vosotros?

—A eso respondo yo —dijo ella—. Toma, tu vino —me entregó la copa—. Peter es el responsable del departamento de compras de mi empresa, y Mike, de Recursos Humanos.

—No sabía que trabajaban contigo.

—Ahora ya lo sabes —sonrió—. ¿Vamos a la mesa?

Asentimos, y aprovechando que ellos iban detrás, pero no podían escucharnos, le pregunté con cuál de los dos tenía esa amistad íntima.

—Con Peter, Mike está disponible —me hizo un guiño.

—Por Dios, Jane, ¿qué te dije?

—Estaba de broma, cariño, relájate porque no estás aquí para que ese hombre te lleve al cuarto de baño a echar un polvo. O sí, eso ya como vosotros veáis.

—Jane.

—Qué poco aguantas mis bromas, en serio.

Nos sentamos, y durante la cena me dijeron que Peter tenía treinta y seis años y Mike treinta y cinco, llevaban en la empresa trabajando ocho años y se conocían desde el instituto.

—Fue una suerte que nos contrataran en la misma empresa —comentó Mike, tras dar un sorbo a su copa.

—O una desgracia, según se mire. No me libro de él —Peter volteó los ojos.

—Serás desagradecido —rio Mike.

Al verlos interactuar me di cuenta de que eran muy parecidos a Jane y a mí. Peter era el más alocado, mientras qu Mike, se mostraba más comedido.

Y sí, Peter y mi amiga estuvieron tonteando como si se encontraran solos en la mesa.

—Señorita Davenport, qué sorpresa verla por aquí —me sobresalté al escuchar la voz de mi jefe, y al mirar hacia arriba, ahí estaba él, tan serio e impecablemente vestido de negro como siempre.

—Señor Blackwell, buenas noches —me fui a poner en pie, pero me detuvo.

—No se preocupe, solo pasaba a saludarla. Espero que disfrute de la cena.

—Gracias, usted también.

Asintió y se fue hacia la mesa en la que vi a Cody, que no dudó en saludarme levantando la mano con una sonrisa y un guiño de ojo.

—¿Conoces a Kirk Davenport? —curioseó Mike.

—Es mi jefe.

—Lleva solo una semana trabajando para él, pero sí, es empleada de *Industrias Blackwell* —añadió Jane.

—Tiene fama de serio —dijo Peter.

—Doy fe de eso, no lo he visto sonreír una sola vez —volteé los ojos.

—Bueno, pero no hablemos de trabajo —pidió mi amiga—. ¿Dónde queréis ir después?

—Hay un local que está bastante bien no muy lejos de aquí —comentó Peter.

Y mientras ellos hablaban, yo me sentía observada. Eché un vistazo rápido a la mesa en la que estaban mi jefe y Cody, solo para encontrarme con los ojos negros del siempre serio señor Blackwell, mirándome fijamente.

—¿Todo bien, Cloe? —preguntó Mike a mi lado, y noté que me pasaba el brazo por los hombros.

—Sí, sí, todo bien —sonreí mirándolo.

Pasé el resto de nuestra cena charlando con ellos, riendo con lo que decía uno y otro, y no me pasó desapercibida la mirada y la sonrisa pícara de mi mejor amiga cuando veía a Mike con el brazo sobre mis hombros.

Ya me encargaría de aclararle que no tenía que hacerse ilusiones porque no entraba en mis planes tener nada con él, nada más que una amistad normal, quería decir.

—Estaba todo buenísimo —dije tras acabarme el postre.

—Lo que más te ha gustado ha sido el postre, que lo sé yo —sonrió Jane.

—¿Eres más de dulce? —curioseó Mike.

—Me gusta el dulce, sí, pero, ¿a quién no? —Me encogí de hombros.

—Venga, vamos a tomarnos una copa —dijo Jane poniéndose en pie.

—Madre mía, qué prisas tienes —protesté.

—Siempre es así, no te preocupes —rio Peter.

—¿Salís los tres muy a menudo? —pregunté cuando cogí el bolso para ir hacia la puerta.

—Algunos sábados, sí. Cenamos, tomamos una copa, y me dejan tirado como una colilla para irse a casa de uno o del otro —respondió Mike.

—¿Ya te vas, preciosa? —me giré al escuchar la voz de Cody, y sonreí al verlo.

—Sí, vamos a tomar una copa.

—Ah, eso está bien, hay que divertirse, no va a ser todo trabajar para el hombre de negro —murmuró haciéndome un guiño—. ¿Dónde vais?

—Pues, no sé, donde ellos me lleven —reí.

—Diviértete. Nos vemos el lunes.

—Sí, adiós.

Giré y fui hacia donde me esperaban los tres, y Mike me puso la mano en la parte baja de la espalda, un gesto que me hizo sonreír cuando lo miré.

Salimos del restaurante y Jane fue con Peter a su coche, por lo que yo acompañé a Mike al suyo para ir al local, puesto que para ir hasta allí caminando quedaba un poco lejos.

—Mike.

—Cloe.

Nos miramos y acabamos riendo al haber hablado al mismo tiempo.

—Empieza tú, por favor —me pidió.

—No sé qué te habrá contado Jane, pero yo no busco nada con nadie.

—¿Tampoco una amistad?

—A ver, eso sí, pero algo más serio, no.

—Voy a ser sincero, me has gustado y mucho, pero no forzaré las cosas.

—Te lo agradezco, de verdad.

—Un café de vez en cuando sí me aceptarás, ¿no?

—Claro —sonreí.

—Pues listo —me hizo un guiño y sonreí.

Cuando llegamos al local aparcó no muy lejos de la entrada y vimos a Peter y Jane esperándonos. Mi amiga sonrió al verme y no tardó en colgarse a mi brazo.

—¿Y bien? —preguntó cuando nos quedamos detrás de ellos.

—Jane, ya te lo dije.

—Pero, cariño, se nota que le gustas.

—Y él es muy guapo, y simpático, pero sabes que no Jane, no estoy pensando en esto ahora.

—Dime que al menos aceptarás una cita con él.

—Hemos hablado —la miré—. Le he dicho que no quiero nada, y lo acepta. ¿Café? Por supuesto que tomaremos, pero no habrá nada como lo que sea que tenéis Peter y yo.

—Follamos, y nos va bien así por el momento —se encogió de hombros.

—Pues me alegro por los dos —le di un beso en la mejilla—. Y, por favor, deja de intentar emparejarme con alguien.

—Vale, se acabó buscarte alguien que te quite las penas con un poco de sexo, seguiremos bebiendo vino en tu casa.

Reí, entramos en el local y fuimos a la barra. Pedí un gin tonic, igual que Jane, y ellos un bourbon.

El ambiente estaba bien, la gente bailaba en la pista y había grupos riendo y charlando por cada rincón.

Después de un rato allí empezó a sonar una canción que solía escuchar alguna que otra vez en casa mientras limpiaba. Jane estaba ya en la pista con Peter y yo cogí a Mike de la mano y lo arrastré conmigo.

—¿Qué estamos haciendo? —rio.

—Vamos a bailar, a no ser que me digas que tienes dos pies izquierdos.

—No, tengo uno izquierdo y otro derecho, lo que no sé es si bailaré bien.

—Tú solo déjate llevar, como hago yo.

La voz de la cantante del grupo *Cannons* resonó por el local y como hacía en mi casa, cerré los ojos moviéndome de un lado a otro, sintiéndome libre, a pesar de que esa canción me recordaba en algunas estrofas a lo que viví con el padre de Lily.

"I was alive with you… Wish I never met you… My heart just dropped…"[1]

Giré dejándome llevar por la música, sintiendo el dolor de la letra y el sentimiento con el que ella lo cantaba todo.

Noté unas manos en la cintura, me sobresalté y al mirar por encima del hombro vi a Mike sonriéndome. Le devolví el gesto y seguí bailando con él, que no lo hacía nada mal.

Cuando volví a mirar hacia el frente me encontré la oscura mirada de mi jefe, ¿qué hacía él allí? Estaba en la barra, mirándome fijamente, y cuando Mike se acercó más a mí para decirme algo que no escuché al oído, me pareció que apretaba la mandíbula antes de beberse el contenido de su vaso de un trago.

Cody estaba a su lado, le dijo algo y él negó. Cody miró hacia mí y fue cuando aparté la mirada para girarme de nuevo y centrarme en bailar con Mike, que sonreía.

—Se nota que te gusta esta canción —dijo en mi oído.

—La escucho a veces en casa.

—Te sientes libre —no lo estaba preguntando, sino que lo decía con seguridad.

—Algo así —sonreí.

—¿Una ruptura dolorosa? —curioseó.

—Demasiado.

—Lo siento —me acarició la mejilla, y sus ojos se quedaron fijos en los míos.

—Fue hace mucho.

Cuando acabó la canción y volvimos a la barra, vi que mi jefe y Cody ya no estaban allí. Pedimos otra copa y tras eso, le dije a Jane que me iba a casa.

—¿Ya? Pero, cariño, si aún es pronto.

—Tú tienes planes, que lo sé —sonreí al tiempo que le daba un golpecito en la nariz—. Hablamos mañana. Te quiero —le di un beso en la mejilla.

ı

Me despedí de Peter y Mike se ofreció a llevarme a casa.

—No, no, tú quédate.

—Estos me van a dejar tirado en cualquier momento —rio.

—Vale, entonces acepto.

Le dijimos adiós a la parejita y salimos del local, no tardó en poner la mano en la parte baja de mi espalda y al llegar a su coche me di cuenta de que mi jefe estaba por allí, observándome en la distancia junto a Cody.

No entendía nada, pero tampoco iba a darle mayor importancia.

—Señorita —miré a Mike, que esperaba con la puerta abierta.

—Qué caballeroso eres —reí.

—No siempre —me dedicó una sonrisa de medio lado cuando entraba en el coche.

Eché un vistazo hacia donde había visto a mi jefe, y se estaba subiendo al coche que conducía Cody. Se marcharon de allí y yo seguía sin saber qué estaba haciendo en ese local.

Mike puso el coche en marcha, le di mi dirección y mientras me llevaba, fuimos hablando de nuestros amigos, quienes llevaban unos tres meses viéndose.

—Gracias por traerme, Mike —dije cuando paró el coche.

—Ha sido un placer. ¿Me das tu número? Solo para preguntar de vez en cuándo cómo estás, y si quieres tomar un café.

—Claro —sonreí, le di mi número de teléfono y tras teclearlo en su móvil, escuché que el mío sonaba en el bolso.

—Ahí tienes el mío —sonrió—. Cuídate, preciosa.

—Y tú, adiós Mike —le di un beso en la mejilla y salí del coche.

No se marchó hasta que no entré en el edificio, momento en el que escuché el claxon del coche a modo de despedida.

Cuando crucé la puerta de mi apartamento me quité los zapatos y caminé descalza hasta la habitación. Lily estaba con la tía Molly e iría a recogerla por la mañana.

Pensaba en Mike y sonreía, ese hombre era un encanto, además de simpático, seguro que algún día encontraría una mujer dispuesta a estar con él.
Pero no, esa no era yo, y no porque no quisiera volver a estar con alguien, pues a pesar de lo que le decía a Jane, había veces en las que sentía que necesitaba un abrazo de esos que solo el amor de tu vida podría darte para hacerte sentir bien.

Desde que nació mi pequeña, mi vida giraba en torno a ella, y eso no iba a cambiar.

Desde que nació mi pequeña, mi vida giraba en torno a ella, y eso no iba a cambiar.

Capítulo 9



El lunes llegué a las oficinas cinco minutos antes puesto que, a primera hora de esa mañana, mi jefe y su amigo, y mano derecha tenían una reunión que el propio señor Blackwell había anotado en la agenda el día anterior.

Sería allí mismo, en las oficinas de *Industrias Blackwell*, en la sala de reuniones que había en la planta donde estaban sus despachos.

No ponía nada sobre esa reunión, no sabía si yo debía estar también en ella o no, pero al menos quería dejar agua y café para los tres asistentes.

Dejé todo listo y cuando regresaba a mi puesto, el ascensor se abrió y de él salió mi jefe. ¿Es que no tenía más colores de ropa en su armario que el negro?

—Buenos días, señor Blackwell —saludé con una leve inclinación de cabeza.

—Buenos días —dijo en tono serio, y pasó por mi lado para ir al despacho.

—He dejado agua y café en la sala de reuniones —dije, y él me miró por encima del hombro con el ceño fruncido —. Vi ayer que agendó una reunión para hoy a primera hora, y he pensado…

—Sí, gracias —me cortó y emprendió el paso para ir al despacho.

—¿Tengo que estar en la reunión? No lo ponía en la agenda.

—Si no lo pone, es que no tiene que estar. Limítese a hacer el trabajo que le ordene, nada más —entró y cerró con un sonoro portazo que hizo que diera un respingo.

Pues sí que se había levantado con el pie izquierdo, sí, qué humor gastaba para ser un lunes a primera hora.

Regresé a mi puesto, encendí el ordenador y comencé a revisar los e-mails que habíamos recibido esos días. Algunos eran de publicidad, había otros del equipo de diseño que requerían la atención del jefe y se los reenvié a él, y me topé con una invitación a una cena que daba una de las clínicas para las que *Industrias Blackwell*

fabricaba y suministraba dispositivos médicos.

También se lo reenvié al jefe y me centré en las carpetas que tenía en la mesa, momento en el que escuché la llegada del ascensor.

—Buenos días, preciosa —me saludó Cody, y sonreí.

—Buenos días, señor Prescott.

—Uf —hizo como que temblaba—. Me acabo de convertir en mi padre, que en paz descanse.

—Lo lamento.

—Ya tenía algunos años, no te preocupes —sonrió—. ¿El jefazo ha llegado? —Miró hacia la puerta del despacho

—Sí, lleva ahí encerrado media hora. Y tiene un humor, que mejor ni lo saludes.

—Ah, es por la reunión —suspiró—. Suele reaccionar así cuando su padre quiere hablar de la empresa.

—¿Su padre? —fruncí el ceño, puesto que en la anotación que vi solo había unas iniciales y no sabía a qué se refería.

—Ajá, Phillip Blackwell, fundador de *Industrias Blackwell*.

—Claro, PB, las iniciales que anotó en la agenda. Pero, el CEO es él, ¿no? —señalé la puerta del despacho.

—Así es, solo que el viejo no termina de desvincularse del todo. Al menos una vez al mes le pide a su hijo una reunión para que le contemos cómo va todo. En fin, voy a ver al niño y quitarle el cabreo, que seguro que ya tiene un vaso de whisky en la mano.

—¿A esta hora? —Abrí los ojos como platos.

—Sí, es el llamado efecto PB —se encogió de hombros—. Si llega el viejo antes de que salga con él, nos avisas.

—Claro —sonreí. Y cuando lo vi caminar hacia el despacho, pensé que tal vez esa era mi posibilidad de pregunta —. Señor Prescott —lo llamé, suspiró y se giró para mirarme.

—Puedes, no, en realidad, debes llamarme Cody cuando no nos escuche nadie. Lo de señor me pone veinte años encima, y solo tengo treinta y ocho.

—Vale, al menos lo intentaré.

—Menos es nada —sonrió.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Sobre el sábado? —arqueó la ceja, y pensé que si tan fácil era de leer para él. Tan solo asentí— Teníamos planeado ir a ese a lugar, y te vimos, eso es todo.

—Entiendo. Lamento haber sido tan curiosa.

—No te preocupes —hizo un guiño y fue hacia el despacho, dio un par de golpes en la puerta, abrió y saludó a su amigo—. Buenos días, socio. ¿Cómo ha amanecido hoy lo más bonito de la empresa? —preguntó, me miró y sonrió de nuevo, haciendo que yo también sonriera.

.

—No me jodas, Cody —escuché que le decía mi jefe, antes de que él cerrara la puerta.

Era bueno saber que la presencia de su padre le hacía tener ese mal humor, al menos ahora prestaría más atención a las reuniones en las que las iniciales PB estuvieran apuntadas.

Seguí con mi trabajo y al cabo de veinte minutos sonó de nuevo el ascensor, miré de manera disimulada y vi salir a un hombre alto, de cabello oscuro con algunas canas, ojos verdes y un traje azul marino hecho a medida. Sin duda alguna era el padre de mi jefe, pues se notaba en el rostro el gran parecido entre ambos.

—Buenos días, ¿es usted la nueva secretaria? —preguntó en un tono calmado, para nada iracundo o insolente como el de su hijo.

—Buenos días, así es —sonreí—. Usted debe ser el señor Phillip Blackwell.

—El mismo. ¿Y su nombre es…?

—Cloe, Cloe Davenport.

—Espero que sea tan eficiente como lo era Mary, esa mujer fue mi secretaria durante años, y después la de mi hijo.

r

—También lo espero, señor Blackwell —sonreí—. Daré todo de mí para no defraudarles.

—¿Está mi hijo en su despacho? Teníamos una reunión.

—Lo sé, yo misma he preparado la sala de reuniones. Deje que avise a su hijo y al señor Prescott —me puse en pie y vi que el padre de mi jefe me miraba de arriba abajo.

Llevaba una falda azul marino y una camisa en un tono azul cielo junto a mis tacones negros, esos que a cada pas en aquel suelo reluciente repiqueteaban rompiendo el silencio de la estancia.

Llamé a la puerta, esperé a que me respondieran, y abrí asomando la cabeza.

—Señor Blackwell, ha llegado su padre para la reunión —anuncié, y mi jefe se limitó a asentir.

Mientas iba a cerrar la puerta vi que se ponían los dos en pie, por lo que la dejé abierta y al girarme para regresar a mi puesto, me encontré con la mirada del padre de mi jefe puesta en mis piernas y mi trasero.

Fruncí el ceño, él me miró a los ojos y vi un brillo desconcertante en ellos. Tomé asiento y justo en ese momento salieron Cody y mi jefe del despacho.

—Padre —lo saludó él.

—Phillip, cada día te veo mejor —dijo Cody.

—Me ha dicho tu secretaria que ha preparado la sala de reuniones —me miró de nuevo.

—Sí —contestó mi jefe.

—Pues vamos, tengo otros asuntos que atender después —se giró y fueron los tres hacia la sala de reuniones.

Yo me quedé allí trabajando, y cuando llegó la hora de mi descanso aún no habían salido, por lo que decidí enviarle un mensaje a mi jefe.

Cloe: *Señor Blackwell, disculpe que le moleste, pero es mi hora del descanso y me preguntaba si va a necesitarme. Puedo no tomarlo hoy, si quiere que vaya a tomar notas o a llevarles algo.*

Esperé con el móvil en la mano hasta que vi leía el mensaje, y poco después de que los puntitos de que estaba escribiendo aparecieran, vi su respuesta.

S. Blackwell: *Si pudiera irrumpir aquí diciendo que ha habido una emergencia, le daría el resto del día libre, pero sé que no hay emergencias y mi padre es demasiado perro viejo para saber que sería una mentira. Vaya a su descanso, señorita Davenport, la veo a la vuelta.*

No sabía qué había querido decir con aquello y, por Dios, que si no supiera que mi jefe era un hombre serio y que no haría bromas conmigo nunca, juraría que eso había sonado a broma.

Recogí mis cosas y bajé a buscar a Nancy a su despacho, donde estaba hablando por teléfono con alguien y esperé

en el pasillo a que acabara.

—¡Ya voy, cielo! —me gritó desde dentro, y unos minutos más tarde salió con el bolso— Tenemos a tres empleados del departamento de contabilidad de vacaciones, y los otros tres no dan abasto para sus tareas y enseña a los becarios que están con las prácticas de verano. Todos se quejan a mí, necesito ya mis vacaciones —suspiró.

—¿Cuándo te vas? —curioseé tras pulsar el botón del ascensor.

—Un par de semanas en agosto, todavía me queda.

—Bueno, el tiempo pasa volando —reí.

—No, te aseguro que este tiempo se me va a hacer interminable —volteó los ojos—. ¿Qué tal ha empezado tu semana? —preguntó cuando entramos en el ascensor.

—Genial, con el jefe de un humor de lo más suave —ironicé.

—¿Y a qué se debe?

—Tenía una reunión con su padre, y según Cody eso es lo más normal.

—Oh, sí, sí que lo es. La presencia del señor Blackwell padre, no es del agrado de su hijo. Hace ya siete años que Kirk está al mando de *Industrias Blackwell*, desde que tenía treinta y un años, y lleva trabajando aquí desde cumplió los veinticinco, son trece años en la empresa y sabe más que de sobra cómo funciona todo, pero parece que su padre no quiere soltar las riendas del todo. Y eso que se jubiló de manera anticipada cuando Kirk se hizo cargo de todo —se encogió de hombros.

—Yo creí que se llevaban bien.

—No, algo hay entre ellos que hace que Kirk reaccione así, pero yo no sé qué es, la verdad. En fin, vamos a olvidarnos del trabajo mientras desayunamos —dijo cuando llegamos a la planta baja, y se colgó de mi brazo—. Cuéntame, ¿qué tal tu fin de semana?

Sonreí, y le conté cómo estuvo el sábado con Jane y sus amigos, y después ella me estuvo hablando de la boda, esa en la que acabó riendo al ver al novio caerse al lago que había en el recinto donde habían celebrado todo.

Se me pasó por la cabeza comentarle que había visto a nuestro jefe y su amigo en el restaurante y después en el local de copas, pero no lo hice, tal como dijo Cody, aquello no había sido más que una coincidencia.

Después del desayuno regresamos a las oficinas y al llegar a mi planta vi que la puerta del despacho de mi jefe seguía abierta, por lo que me asomé a ver si estaba allí, pero el lugar estaba vacío.

Sentí curiosidad por saber si seguiría reunido con su padre, pero como el repiqueteo de mis tacones era tan escandaloso, decidí sentarme en mi escritorio y continuar trabajando.

r

No tardé en escuchar la voz de mi jefe proveniente del otro lado del pasillo, y después una puerta cerrándose. Cuando lo vi aparecer, entendí que venía del despacho de Cody, por lo que debía hacer tiempo que su padre se había marchado.

—Señorita Davenport, venga a mi despacho —me pidió al pasar por delante de mí, eso sí, sin dedicarme una sola mirada.

Me puse en pie, fui hacia el despacho y cuando entré me pidió que cerrara la puerta.

—¿Qué necesita, señor Blackwell? —pregunté al ver que no decía nada mientras se servía una copa de whisky.

—He visto los e-mails que me ha enviado —dijo y se giró—. La cena de la clínica es este sábado, quiero verla all —dio un sorbo a su vaso—. Puede ir acompañada, no hay problema por ello.

—Pero, yo no…

—Es mi secretaria, y como tal, debe acudir a los eventos a los que yo vaya.

—Entendido.

Se quedó mirándome de ese modo escrutador que tan nerviosa me ponía, y no entendía por qué. Se acabó el whisky, dejó el vaso en el escritorio y caminó hacia mí, quedando tan cerca que tuve que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo.

—Mañana tenemos una reunión con otro cliente, el dueño de una de las clínicas que suministramos, quiere hablar sobre un nuevo pedido. Almorzaremos con él.

—¿Quiere que lo acompañe? —pregunté en un hilo de voz, mirando fijamente esos ojos negros como la noche.

—Debe hacerlo, señorita Davenport —susurró en un tono que me pareció de lo más sensual mientras pronunciaba mi apellido, pero quizás solo eran cosas mías.

Hasta que sentí su mano en mi brazo desnudo, acariciándolo despacio, bajando por él hasta mi muñeca, donde se detuvo unos instantes antes de acariciar el interior, y eso hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

—Señor Blackwell, ¿qué está haciendo? —Fruncí el ceño, pues aquello no era para nada normal.

Pero no contestó, se limitó a sonreír de medio lado sin apartar la vista de mí. Hasta que escuché que sonaba mi móvil, que había llevado conmigo sin darme cuenta. En la pantalla vi el nombre de Mike, y él también lo vio, prueba de ello era bufido que escuché salir de sus labios.

—Si me disculpa —dije girándome para salir del despacho, y descolgué—. Hola —saludé con una leve sonrisa.

—Hola, preciosa. ¿Cómo llevas la mañana?

—Bien, ¿y tú?

—Tranquila. Me preguntaba si aceptarías salir a cenar conmigo mañana por la noche. Sin compromiso, de verdad, si no puedes…

—Suena bien —respondí, pensando en que debía hacer caso a Jane y salir más con otros seres humanos que no fueran ella y la tía Molly.

—Genial, pues si te parece bien, te recojo en tu casa.

—Perfecto, sí. ¿A las ocho? —contesté mientras me sentaba.

—Por mí, genial.

—Ok, pues nos vemos mañana a las ocho. Adiós.

—Adiós, preciosa. Que vaya bien el resto del día.

—Igualmente.

Colgué y escuché la puerta del despacho cerrarse con un portazo que hizo que me sobresaltara, puesto que pensaba que la había cerrado mi jefe cuando salí de allí.

Seguí con el trabajo hasta la hora de comer, lo vi marcharse sin decirme nada y recogí mis cosas para irme también.

Me envió un mensaje para hacerme saber que no estaría en la oficina por la tarde, así que esas horas las pasé sola, tranquila y adelantando el trabajo pendiente.

,

Capítulo 10



Pasé esas primeras horas reorganizando la agenda con mi jefe, pues les habían surgido varias reuniones, además de las que ya tenía y debíamos encajarlas bien entre horas.

Cuando acabamos, recogimos todo para ir al almuerzo con el dueño de la clínica con el que tenía la reunión esa mañana, y Jim nos esperaba en la calle con el coche.

Como venía siendo habitual en el trayecto apenas hablamos, tan solo intercambiamos algunas frases sobre la reunión y poco más, cosa que agradecía porque no entendía bien por qué, cada vez que hablábamos terminábamos con él frustrado por mis impertinencias.

Jim nos abrió la puerta del coche cuando llegamos al restaurante, bajamos y mi jefe puso una mano en la parte baja de mi espalda al llegar a la puerta de este, para dejarme entrar primero.

Noté un leve estremecimiento cuando sentí que la movía un poco hacia abajo, y lo miré con disimulo por encima del hombro, pero él seguía con la mirada al frente, imperturbable, y el rostro serio, como era habitual en él.

—Bienvenidos —dijo uno de los camareros—. ¿Tenían reserva?

—Sí, a nombre de Kirk Blackwell —contestó él.

—Acompáñenme, por favor.

Lo seguimos hasta una de las mesas, nos acomodamos y él pidió una botella de vino mientras esperábamos a que llegara el dueño de la clínica.

—Les dejo la carta, para que echen un vistazo mientras esperan.

—Gracias —contestó mi jefe.

Abrí la carta y miré entre todas las opciones que había, que eran muchas, y solo por el nombre se me hacía la boca agua, y decidí que pediría una ensalada con aguacate y el plato de carne en salsa.

El camarero regresó con la botella de vino, sirvió nuestras copas y la dejó en el centro de la mesa antes de retirarse. Unos minutos después llegó el dueño de la clínica, el señor Tayler, y cuando miró la carta, mi jefe llamó al camarero para que nos tomara nota.

Pasamos la hora de la comida hablando de esos nuevos dispositivos que quería para la clínica, al parecer había reformado un ala entera recientemente que aún tenía aparatos viejos, y quería renovarlos todos.

Después del café nos pusimos en pie para despedirlo, pues tenía un poco de prisa, y mi jefe llamó al camarero par pedirle una copa de whisky.

—¿Quieres tomar una? —me preguntó.

—No, gracias, estoy bien —sonreí mirando al camarero, que asintió para retirarse e ir por la bebida de mi jefe.

Mi móvil sonó en ese momento y vi que era un mensaje de Jane, acababa de recoger a Lily en casa de la tía Molly y me enviaba una foto de mi pequeña con un plato de galletas con pepitas de chocolate, sonreí de manera boba como siempre, y escuché un carraspeo al otro lado de la mesa.

Miré a mi jefe y guardé el móvil en el bolso.

—Cuando lleguemos a la oficina quiero que se ponga con el contrato para los nuevos dispositivos de la clínica —dijo.

—Por supuesto.

—Bien —su móvil sonó, echó un vistazo a la pantalla y se puso de pie—. Disculpe.

—No se preocupe.

Lo vi ir hacia la puerta y me centré de nuevo en mi móvil sabiendo que durante unos minutos me dejaría a solas.

Estuve hablando con Jane, escuchando los audios que me enviaba mi hija y me hacían reír, ya sabían las dos que se quedaría allí esa noche porque tenía una cena, y aproveché también para responder a Mike, que me envió un mensaje para confirmar que me recogía para ir a cenar.

El camarero dejó el whisky de mi jefe en la mesa y poco después apareció él, sentándose de nuevo y cogiendo el vaso para dar un buen trago.

—Me ha surgido una reunión de última hora —me dijo—. La llevaremos a las oficinas antes de ir a ella.

—¿No me necesita?

—No, tiene que preparar el contrato.

—Muy bien.

Se hizo el silencio entre nosotros, aparté la mirada concentrándome en la calle, pero me sentía observada por él, cosa que me ponía de lo más nerviosa.

a

Cuando se acabó el whisky, salimos del restaurante y tal como había dicho, le pidió a Jim que me llevara a las oficinas, donde pasé el resto de la tarde preparando el contrato con todos los dispositivos y equipos médicos que l clínica quería adquirir para el ala reformada.

Recogí mis cosas y me fui a casa para prepararme, donde pasé cerca de media hora disfrutando de un baño mientras escuchaba música y me relajaba.

Escogí un vestido sencillo, pero de esos veraniegos y cómodos, me maquillé con tonos suaves, me dejé el pelo suelto y tras ponerme los zapatos eché un vistazo al móvil para comprobar la hora y vi que faltaban quince minutos para que llegara Mike.

En ese momento empezó a sonar el móvil que mi jefe me había dado, y suspiré sin poder creérmelo, ¿en serio estaba pasando eso?

—¿Sí, señor Blackwell? —respondí.

—La espero en mi despacho dentro de una hora, señorita Davenport, tenemos trabajo.

—Pero, tengo un compromiso desde ayer y…

—Creí que le había quedado claro que, cuando le pidiese quedarse trabajando fuera del horario, lo haría.

—Quedarme trabajando fuera del horario, sí, no que me llamara una vez que llevara en mi casa una hora y media.

—La quiero en mi despacho dentro de una hora, o puede darse por despedida —y colgó.

Maldije a mi jefe y el hecho de haber tenido que mentir cuando me dieron el puesto, pero ya no podía hacer nada más que cancelar mi cena con Mike e ir a las oficinas.

—Hola, estoy en un atasco, pero de camino a tu casa —fue lo que dijo Mike cuando descolgó.

—Lo siento mucho, Mike, pero mi jefe me acaba de llamar, necesita que vaya a las oficinas por algo urgente del

trabajo —suspiré—. De verdad que lo siento, pero tendremos que dejar la cena para otro día.

—Vaya, pues, qué pena. Bueno, no pasa nada, cuando quieras me llamas y quedamos.

—No sabes cuánto lo siento, Mike.

—Tranquila, son cosas que pasan —noté que sonreía.

—Gracias por entenderlo.

a—Espero tu llamada, ¿de acuerdo?

—Claro. Adiós.

—Adiós.

Pensé en cambiarme, pero así lo único que conseguiría sería salir más tarde de casa y no llegar a tiempo a las oficinas.

Bajé a la calle, cogí el coche y conduje hasta Manhattan, donde estaban las oficinas de *Industrias Blackwell*, y entré tras saludar a los de seguridad.

Subí en el ascensor y comprobé en el reloj que llegaba quince minutos antes de tiempo, por lo que me di palmaditas mentales en la espalda de modo que no haría esperar al jefe, que de seguro ya estaría esperándome en su despacho.

Al salir en la última planta, caminé en la silenciosa y oscura estancia y vi que la puerta del despacho estaba abierta. Me acerqué, y juraría que había escuchado un ruido dentro.

Lo que no esperaba encontrar al asomarme por la puerta, era a mi jefe de pie, apoyado en el escritorio, y a una mujer de cabello castaño arrodillada ante él con su miembro en la boca como si saboreara un helado.

—¡Mierda! —mascullé, mi jefe miró hacia la puerta, y al notar sus ojos en mí me giré para ir hasta mi puesto.

Por el amor de Dios, no debería haber llegado antes de tiempo.
Escuché unos tacones acercándose y no quise mirar, pero no me quedó más remedio cuando escuché la voz de aquella mujer al pasar por mi lado.

—Todo tuyo, querida —sonrió haciéndome un guiño y yo fruncí el ceño. ¿Qué coño se pensaba que iba a hacer yo allí?

Entró en el ascensor y solo entonces, y suponiendo que mi jefe habría guardado sus vergüenzas en su sitio, fui al despacho.

—Ha llegado pronto, señorita Davenport —dijo al verme cuando me lo encontré en su puerta.

—Supuse que era un asunto urgente y que así acabaríamos antes. Si llego a saber que iba a tener compañía, habría esperado —contesté con rabia.

Y no sabía de dónde me venía esa rabia, porque a ver, celos no podían ser, ¿no? O sí. ¿Estaba celosa porque mi jefe…?

No, no podía ser, yo no sentía nada por Kirk Blackwell, ¿cierto?

Pero entonces mi mente comenzó a trabajar de un modo rápido y sin control, rememorando momentos en los que habíamos estado juntos y no nos habíamos tirado los trastos a la cabeza.

Cuando estábamos solos y notaba su mirada en mí, me estremecía, por no hablar de que me sonrojaba, y el modo en el que rozó mi piel el otro día, cuando sentí ese estremecimiento, al igual que cuando posó la mano en la parte baja de mi espalda…

Ay Dios, que me sentía atraída por mi jefe.

—¿Está bien, señorita Davenport? —preguntó con la mano en mi brazo, y sentí que me estremecía de nuevo, por lo que opté por apartarme.

—Sí, perfectamente. ¿Para qué quería que viniera?

—Mañana a primera hora tenemos una reunión con la directiva de un hospital que quiere adquirir nuestros dispositivos, y necesito que elaboremos un informe de lo que podemos ofrecerle.

—Bien, voy por mi portátil —contesté y salí hacia mi escritorio, donde había dejado todas mis cosas después de encontrarlo con su miembro en la boca de esa mujer.

Regresé al despacho, me senté frente al escritorio y por primera vez desde que trabajaba para él, fui consciente de que me ponía más nerviosa de lo que pensaba en su presencia.

Por no hablar de las veces que, de manera distraída mientras redactaba algo, el señor Blackwell rozaba mi hombro o mi brazo con la yema de sus dedos, haciendo que todo mi cuerpo se erizara por completo.

o

Cuando terminamos, dos horas después, me despedí de él con prisa y salí del despacho sin mirar atrás, entré en el ascensor y cogí aire mientras me apoyaba en la pared del fondo con los ojos cerrados.

No podía ser, no estaba pasándome aquello, no podía ser cierto que me gustara mi jefe hasta el punto de que, al verlo con esa mujer, sintiera celos.

Esto era de locos, de verdad que sí, porque, ¿en qué momento había pasado sin que me diera cuenta?

No podía ser, no estaba pasándome aquello, no podía ser cierto que me gustara mi jefe hasta el punto de que, al verlo con esa mujer, sintiera celos.

Esto era de locos, de verdad que sí, porque, ¿en qué momento había pasado sin que me diera cuenta?

Capítulo 11



De todos los días que llevaba trabajando con el CEO de *Industrias Blackwell*, ese miércoles había sido sin lugar a dudas el que más incómoda había estado.

Ya no solo por el hecho de que la tarde anterior lo encontré en una posición indecorosa que una secretaria no debería haber visto, sino porque yo misma me sentía atraída por mi jefe.

Y lo peor de todo es que me había pasado las pocas horas de sueño de las que disfruté, soñando con él. Es decir, imaginando que ese hombre serio y completamente vestido de negro, me tomaba en su jodido despacho.

Durante la reunión con la directiva del hospital noté su mirada puesta en mí en más de una ocasión, lo que hacía que me pusiera nerviosa hasta límites que nunca antes había sentido. Mis mejillas incluso ardían cuando me encontraba con su mirada y mi maldita mente viajaba hasta su despacho, hasta la oscuridad y privacidad que nos ofrecería, y me preguntaba qué se sentiría al tocarlo, cómo besaría.

Cuando acabamos la reunión me pasé el trayecto en coche mirando la Tablet y comprobando las reuniones del resto de la semana, el señor Blackwell había anotado esas a las que debía acompañarlo, y mientras él iba solo a las que no me había apuntado, me quedaría en las oficinas trabajando.

Allí pasé el resto de la tarde hasta la hora de salir, momento en el que me encontraba ahora, recogiendo mis cosas para marcharme a casa.

Hasta que escuché el ascensor llegando a esa última planta del edificio.

—Ey, preciosa, ¿ya te vas? —preguntó Cody, y cuando giré, vi que mi jefe estaba con él.

—Sí, ya he acabado por hoy —sonreí—. Y me están esperando.

—Aún no ha terminado, señorita Davenport —dijo mi jefe, con ese tono que no daba opciones a réplica.

—Socio —escuché que murmuraba Cody, pero cuando él lo miró, tan solo suspiró y levantó una mano—. Nos vemos mañana, preciosa —me hizo un guiño y sonreí.

—A mi despacho —ordenó al pasar por mi lado.

—Señor, sí señor —contesté como si estuviéramos en el ejército, él se giró como a cámara lenta para mirarme con esos ojos negros y furiosos que parecían atravesarme, y en ese momento escuché a Cody soltar una sonora carcajada, por lo que mi jefe lo miró entonces a él.

—Lo siento, socio, pero no me dirás que no ha tenido un buen punto —dijo sin dejar de reír.

—Ya hablaré contigo —le señaló, y volvió a mirarme.

No hizo falta que repitiera esa orden, dejé mis cosas en el escritorio y lo seguí hasta su despacho.

—Cierre la puerta —me pidió, y obedecí.

Lo vi acercarse al mueble bar, se sirvió un vaso de whisky y bebió el contenido ambarino de un solo trago. Me quedé mirando el modo en el que su nuez de Adán bajaba y subía por su garganta, tenía los ojos cerrados y parecí disfrutar de aquel trago como sin duda disfrutó de lo que le estaba haciendo la mujer de la noche anterior.

Mierda, tenía que dejar de pensar en eso. Aparté la mirada centrándome en un punto cualquiera del despacho, y escuché que dejaba el vaso de nuevo en el mueble.

Seguíamos en silencio, y me estaba poniendo nerviosa el no saber para qué me había hecho ir con él.

—Señor…

s

—¿Va a seguir haciendo como si ayer no hubiera visto nada, señorita Davenport? —me cortó, y lo miré.

—¿Disculpe?

—Sabe a lo que me refiero.

—No me interesa hablar de eso, debí hacerle saber que estaba aquí antes de asomarme.

—Le excitó lo que vio —dijo, pero no era una pregunta.

—¿Cómo dice? —Fruncí el ceño— No sé qué pretende insinuar, pero…

—No insinúo nada, señorita Davenport, lo afirmo —contestó acercándose a mí—. Le excitó verlo.

—Ni por asomo —negué.

—Su mirada no miente —noté el dorso de su mano en la mejilla—. No solo le excitó lo de anoche, sino que mi presencia la perturba, la excita —susurró mirándome fijamente, y cuando deslizó el pulgar por mis dedos, no pude evitar cerrar los ojos notando ese cosquilleo en ellos—. No puede mentirme, señorita Davenport, sé que se excita, aunque sea de manera inconsciente, cuando estamos a solas y la observo —seguía susurrando, y eso me ponía aún más nerviosa.

—No es verdad —mierda, me temblaba la voz.

—¿No desearía que la tocara? —preguntó en un susurro ronco y sensual mientras llevaba la mano hacia mi cuello — Respóndame, señorita Davenport.

—No —era incapaz de abrir los ojos, y el mero hecho de que hablara con ese tono, de que me estuviera tocando y mi mente imaginara otras cosas, estaba haciendo que notara la zona entre mis piernas ligeramente húmeda.

—Vamos a comprobarlo, entonces.

Lo siguiente que siguió fue su mano agarrándome por la nuca, y sus labios impactando en los míos.

Comenzó con un beso rápido, algo breve, y continuó con uno más intenso en el que sus dientes mordisqueaban despacio y su lengua se abría paso hasta adentrarse en mi boca.

Por el amor de Dios, qué manera de besar. Estaba perdiendo la cordura por completo y dejándome llevar por ese beso, correspondiéndole incluso, y seguía sintiendo que mi zona íntima y olvidada desde hacía tanto tiempo, se humedecía más y más.

Me escuché gemir levemente y juraría que noté sus labios formando una sonrisa, una clara señal de victoria por su parte.

Cuando noté su otra mano en mi cadera, agarrando con fuerza y atrayéndome hacia él, abrí los ojos ante la sorpresa de lo que acababa de sentir. Pero él no se apartó, seguía besándome con los ojos cerrados mientras clavaba sus dedos con fuerza en mi cadera y me mantenía sujeta por la nuca.

Dios mío, estaba excitado, podía notarle duro bajo la tela de su ropa. Y lejos de importarle que estuviera notando aquello, parecía que le gustaba que así fuera porque me acercó aún más a su pelvis y sentí cómo su miembro palpitaba ante el roce con mi cuerpo.

Volví a cerrar los ojos envuelta en ese momento de sensualidad y deseo. Mi jefe llevó la mano desde mi cadera hacia el bajo de la falda y me estremecí al notar las yemas de sus dedos subiendo lentamente por la piel desnuda de mi muslo.

Debería detenerlo, pedirle que parase, pero no podía, era como si mi jefe tuviera el control sobre mí en ese instante.

Llegó a mi entrepierna, hizo a un lado la tela de mi ropa interior, y…

—Está excitada, señorita Davenport —murmuró sobre mis labios al tocar justo el centro de mi deseo.

Tragué con fuerza y volvió a besarme mientras deslizaba el dedo entre mis pliegues, llegando hasta la entrada de mi sexo y llevándolo hacia dentro sin pudor alguno.

—Tremendamente excitada —añadió volviendo a penetrarme con el dedo al mismo tiempo que su pulgar tocaba mi clítoris—. Se lo dije, no puede mentirme.

—Señor Blackwell —jadeé—, esto…

Me silenció con sus labios apoderándose de los míos, gemí y me estremecí de pies a cabeza mientras dejaba que hiciera aquello. Y sí, debería pararlo, pero no podía, deseaba que siguiera.

Abandonó mis labios, caminó alrededor de mí sin dejar de tocar mi clítoris y penetrarme con el dedo, y se situó a mi espalda. Inclinó la cabeza y comenzó a besarme la clavícula, el hombro, la suave y sensible piel de mi cuello, e hizo que me estremeciera aún más.

No tardé en ser consciente de que la mano que tenía libre desabrochaba los botones de mi blusa, apartando la tela hasta colar la mano en ella y, haciendo que me sobresaltara excitada, acarició uno de mis pechos con la palma de su gran mano por encima del encaje del sujetador, hasta que lo retiró liberando el pecho y comenzó a pellizcarme el pezón.

No, no iba a mentir más y decir que no estaba excitada, porque lo estaba, y mucho. Mis jadeos y leves gemidos se escuchaban en el silencio del despacho de mi jefe, y cuando no pude más, mientras movía lentamente mis caderas haciendo que la dureza de su miembro rozara mi trasero, sentí que alcanzaba el clímax.

—Jodidamente perfecto, señorita Davenport —susurró con la voz ronca y cargada de ese mismo deseo que me había invadido al escuchar que me corría y gritaba.

Llevó la mano que tenía en mi pecho hasta mi barbilla e hizo que lo mirara para besarme de nuevo de un modo autoritario. Estaba como en otro mundo, como subida a una nube, envuelta en ese deseo que él había provocado en mí, y cuando se comenzó a esfumar ese subidón de adrenalina y el furor del orgasmo, recobré la cordura.

—Por Dios, ¿qué hemos hecho, señor Blackwell? —dije, con los ojos sumamente abiertos y mirando fijamente a esos dos iris negros como el ónix.

—Lo que deseaba hacer, señorita Davenport.

—Ha sido un error —me aparté de él, y dándole aún la espalda, acomodé mi ropa.

—¿Seguro que ha sido eso, señorita Davenport? —preguntó con ese tono ronco y sensual mientras notaba sus manos en mis caderas al tiempo que acercaba la pelvis rozando su miembro erecto en mi trasero.

—Esto no puede volver a pasar, señor Blackwell —me aparté girándome para quedar frente a él, y ante mis ojos tenía su más que evidente erección bajo los pantalones.

Cuando lo miré a los ojos vi que seguía esperando más, me observaba con la mirada velada por el deseo y la lujuria, pero no podía ceder ante eso.

—Debo irme —dije pasando por su lado, y me cogió de la muñeca para detenerme.

—Error o no, señorita Davenport, le he dado lo que deseaba —dijo mirándome fijamente antes de dejar que me marchara.

Recogí mis cosas y fui al ascensor, entré con la respiración agitada, me apoyé en la pared con los ojos cerrados y en mi mente se agolparon todos y cada uno de los instantes que acababa de vivir en el despacho de mi jefe.

Maldito fuera mi cuerpo, mi estúpido cuerpo traicionero que había cedido y sucumbido a las artes de seducción del CEO de *Industrias Blackwell*, Kirk Blackwell, mi oscuro, peligroso y atractivo jefe.

—Lo que deseaba hacer, señorita Davenport.

—Ha sido un error —me aparté de él, y dándole aún la espalda, acomodé mi ropa.

—¿Seguro que ha sido eso, señorita Davenport? —preguntó con ese tono ronco y sensual mientras notaba sus manos en mis caderas al tiempo que acercaba la pelvis rozando su miembro erecto en mi trasero.

—Esto no puede volver a pasar, señor Blackwell —me aparté girándome para quedar frente a él, y ante mis ojos tenía su más que evidente erección bajo los pantalones.

Cuando lo miré a los ojos vi que seguía esperando más, me observaba con la mirada velada por el deseo y la lujuria, pero no podía ceder ante eso.

—Debo irme —dije pasando por su lado, y me cogió de la muñeca para detenerme.

—Error o no, señorita Davenport, le he dado lo que deseaba —dijo mirándome fijamente antes de dejar que me marchara.

Recogí mis cosas y fui al ascensor, entré con la respiración agitada, me apoyé en la pared con los ojos cerrados y en mi mente se agolparon todos y cada uno de los instantes que acababa de vivir en el despacho de mi jefe.

Maldito fuera mi cuerpo, mi estúpido cuerpo traicionero que había cedido y sucumbido a las artes de seducción del CEO de *Industrias Blackwell*, Kirk Blackwell, mi oscuro, peligroso y atractivo jefe.

Capítulo 12



Llegué a casa de Jane y cuando entré, escuché las risas de mi pequeña en la cocina, donde fui y la encontré preparando una pizza con mi amiga.

—¡Mami! —gritó al verme.

—Hola, mi niña —la abracé con fuerza y me la comí a besos—. ¿Estáis preparando pizza?

—Sí, para la cena —sonrió.

—Venga, ve a ver los dibujos que ya la ayudo yo.

—Vale —la dejé en el suelo y salió corriendo para ir al salón.

—¿De qué tenemos que hablar? —me preguntó Jane, mientras seguía colocando tiras de bacon sobre la pizza.

—¿Por qué tendríamos que hablar de algo? —Fruncí el ceño mientras me quitaba los zapatos.

—Porque solo cuando hay algo que quieres contarme, envías a la niña fuera de la cocina. ¿Qué ha pasado?

—Mi jefe me ha besado —dije así, como quien arrancaba una tirita de un tirón.

—¿Qué has dicho? —Me miró con los ojos muy abiertos.

—Bueno, ha hecho algo más que besarme.

—Cariño, que lo de que te quiten las penas con un buen polvo, era para que lo hiciera Mike, no tu jefe.

—No, no, no ha sido eso. Bueno, creo que porque me he ido antes de que fuera eso lo que quisiera hacer conmigo

—Vamos a ver, empieza por el principio porque me va a estallar la cabeza —me pidió mientras se limpiaba las manos y metía la pizza en el horno.

Suspiré, serví dos vasos de té helado que encontré en la nevera, y le conté todo, pero absolutamente todo, desde lo que había visto la noche anterior, puesto que cuando llegué para recoger a Lily solo le dije que no había cenado con Mike, sino que tuve que ir a las oficinas por una urgencia, y lo que descubrí a raíz de eso y de lo que hasta ese momento no había sido del todo consciente.

—Y si ya me sentía incómoda por lo que vi anoche, imagina después de lo de hoy.

—Cloe, cariño, una pregunta.

—Dime —suspiré.

—¿Sigues sin haber leído nada sobre Kirk Blackwell?

—No, ¿por qué?

—A ver cómo te digo yo esto.

—¿El qué? Jane, no me pongas más nerviosa, ¿quieres?

—Está casado, mi niña, Kirk Blackwell está casado, así que tal vez la mujer de anoche era su esposa.

Sentí que me mareaba, ¿mi jefe estaba casado? Y yo pensando que esa mujer no era más que una amante.

—No, pero la mujer de anoche me dijo que era todo mío, por lo que si fuera su esposa no pensaría que yo iba allí para lo mismo que ella —le dije, o me lo dije más bien a mí misma, pero lo dije en voz alta.

—Pues entonces no entiendo nada. ¿Está casado y se acuesta con otras?

—No me he acostado con él.

—Pero te ha dado un señor orgasmo como hace años que no te dan, hija de mi vida —protestó—. Y una cosita, si no quisiera follarte no se habría puesto duro como el mármol, amiga mía.

—Por favor, Jane, no digas eso. ¿De verdad está casado?

—Sí, y desde hace tiempo, por lo que sé.

.

—Madre mía —me pasé la mano por la frente—. Si es que tenía que haber leído más sobre él —comencé a caminar por la cocina, de un lado al otro—. Mañana no voy —dije seria—. Me quedo en casa, una fiebre repentina o qué sé yo, algo me inventaré.

—Cloe, no me seas cobarde.

—Pero, ¿cómo quieres que lo mire a la cara después de lo que ha hecho, y sabiendo que está casado? Dios mío, qué vergüenza —me bebí el té helado de un sorbo, necesitaba sentir el frío en mi garganta.

—Igual tienen problemas o están en trámites de divorcio, habría que investigar…

—No, no vas a investigar nada. No busques en Internet ni nada de eso, por favor, prefiero no saber nada al respecto. Iré a trabajar como si esto no hubiese pasado y si por casualidad sale el tema, seguiré diciendo que fue un terrible error y omitiré el hecho de que sé que está casado.

—Pues suerte con eso, cariño —me dio un golpecito en la espalda.

—Sí, la voy a necesitar —murmuré—. Por cierto, el sábado tengo que ir a la cena que da una de las clínicas a las que *Industrias Blackwell* vende sus dispositivos, ¿me acompañas? No quiero ir sola.

—¿Una cena elegante? Pues claro que te acompaño —sonrió—. ¿Qué vas a ponerte?

Y así fue como cambiamos de tema y mientras se terminaba de hornear la pizza, estuvimos hablando de qué nos pondríamos para asistir a esa cena el sábado y después ir a tomar algo juntas, aprovechando que la niña se quedaba en casa de la tía Molly, incluso dijo que podíamos llamar a Peter y Mike para vernos en algún local, cosa que me pareció bien.

—¿Vas en serio con él? —curioseé mientras sacaba los platos y los vasos.

—No sabría decirte, la verdad. Estoy bien con Peter, me hace reír, congeniamos y nos entendemos a la perfección pero… Es algo complejo, cariño —sonrió, pero decidí no preguntar al respecto porque no estaba segura de si mi mejor amiga querría hablar de ello.

—¿Está casado?

—No —rio—, es soltero como yo.

—Se os veía bien juntos, por si te sirve de algo el punto de vista de alguien que no lo conoce a él.

—Gracias, Cloe. De momento esto es lo que hay, dentro de un tiempo, pues no sé, ya se verá —se encogió de hombros—. Venga, vamos al salón que la pizza está diciendo: “cómeme”.

Avisamos a mi hija de que íbamos con la pizza y no tardó en levantarse de sofá y sentarse en una de las sillas esperando que le lleváramos.

Cenamos mientras Lily me contaba cómo le había ido el día y ya le dije que el fin de semana se quedaría a dormir en casa de la tía Molly porque tenía que ir a una cena por trabajo el sábado por la noche, cosa que a ella le encantó la noticia. Como ya dije, adoraba a su tía Molly.

Después de cenar ayudé a Jane a recoger todo y nos despedimos de ella para volver a casa, estaba deseando quitarme los tacones y la ropa del trabajo, darme una ducha y ponerme el pijama para meterme en la cama.

Cuando llegamos envié a Lily a lavarse los dientes y ponerse el pijama mientras dejaba las cosas del trabajo en la mesa del salón. Al sacar el móvil para ponerlo a cargar vi que tenía un mensaje de mi jefe.

S. Blackwell: *Buenas noches, señorita Davenport. Mañana no iré a la oficina, tengo varias citas ineludibles. Le he dejado trabajo en su escritorio. Nos vemos el viernes.*

No contesté, dejando que viera que me daba por informada cuando el mensaje le apareciera como leído.

Bueno, al menos iba a estar un día entero sin verlo, lo que me dejaba un poco de margen para hacerme a la idea de que tenía que olvidarme de lo que había pasado y de que no podía volver a repetirse tamaño error.

¿Cómo fui tan insensata de sucumbir a sus encantos? Por Dios, y encima estaba casado. ¿En qué lugar me dejaba eso a mí?

Si mis padres se enteraran de aquello, se escandalizarían tanto como cuando les dije que iba a ser madre soltera. Y me parecía estar escuchando la voz de mi padre diciendo su frase favorita de aquel entonces…

—*Eres la vergüenza de la familia Davenport*.

Cenamos mientras Lily me contaba cómo le había ido el día y ya le dije que el fin de semana se quedaría a dormir en casa de la tía Molly porque tenía que ir a una cena por trabajo el sábado por la noche, cosa que a ella le encantó la noticia. Como ya dije, adoraba a su tía Molly.

Después de cenar ayudé a Jane a recoger todo y nos despedimos de ella para volver a casa, estaba deseando quitarme los tacones y la ropa del trabajo, darme una ducha y ponerme el pijama para meterme en la cama.

Cuando llegamos envié a Lily a lavarse los dientes y ponerse el pijama mientras dejaba las cosas del trabajo en la mesa del salón. Al sacar el móvil para ponerlo a cargar vi que tenía un mensaje de mi jefe.

S. Blackwell: *Buenas noches, señorita Davenport. Mañana no iré a la oficina, tengo varias citas ineludibles. Le he dejado trabajo en su escritorio. Nos vemos el viernes.*

No contesté, dejando que viera que me daba por informada cuando el mensaje le apareciera como leído.

Bueno, al menos iba a estar un día entero sin verlo, lo que me dejaba un poco de margen para hacerme a la idea de que tenía que olvidarme de lo que había pasado y de que no podía volver a repetirse tamaño error.

¿Cómo fui tan insensata de sucumbir a sus encantos? Por Dios, y encima estaba casado. ¿En qué lugar me dejaba eso a mí?

Si mis padres se enteraran de aquello, se escandalizarían tanto como cuando les dije que iba a ser madre soltera. Y me parecía estar escuchando la voz de mi padre diciendo su frase favorita de aquel entonces…

—*Eres la vergüenza de la familia Davenport*.

Capítulo 13



Ni el jueves, ni tampoco el viernes, vi a mi jefe en las oficinas.

Sí, me sentía aliviada al no tener que lidiar con el hecho de que me había hecho gemir y gritar presa del orgasmo al que me llevó poco a poco, pero sabía que en algún momento debería verlo y eso sí que no podría evitarlo.

Como por ejemplo esta noche de sábado, en la cena que daba la clínica a la que el señor Blackwell había sido invitado y quiso que yo también asistiera.

Me había puesto un vestido que eligió Jane, entallado hasta la cintura, con falda ligera y por debajo de las rodillas con un solo tirante en el hombro izquierdo y de color blanco con un cinturón negro y ancho, a juego con los zapatos de tacón y el bolso.

No, no tenía ese vestido entre mi ropa, sino que la loca de mi mejor amiga me lo había hecho llegar a casa esa misma mañana. Es que era para matarla, de verdad.

Eso sin olvidarme de que, a modo de exigencia, que no de sugerencia, me había dicho que utilizara el labial rojo que me regaló la Navidad anterior. Cosas de Jane.

Estaba lista justo a la hora en la que pedí que viniera el taxi a buscarme, bajé a la calle y le puse un mensaje a mi loca amiga para avisarla que iba de camino, a lo que respondió que ella también.

La cena sería en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad, propiedad de un empresario hotelero, dueño de varios repartidos a lo largo y ancho de Estados Unidos.

En el camino recibí un mensaje de Mike, diciéndome que Peter le había dicho que nos veríamos después, y que le apetecía mucho, ya que aún seguía esperando que le dijera cuándo iría a esa cena que teníamos pendiente.

Cuando el taxi paró frente al hotel, uno de los empleados abrió la puerta y bajé tras pagarle.

—Bienvenida, señorita —me dijo con una leve inclinación de cabeza.

—Gracias —sonreí.

Fui hacia la entrada y no tardé en ver a Jane esperando. Llevaba un bonito vestido amarillo de tirantes anchos, entallado hasta la cintura al igual que el mío, y con la falda de esas que tenían algo de vuelo que quedaba por encima de las rodillas.

—Pero mírate cariño —sonrió—, estás preciosa.

—Tú, también luces increíble.

—Vamos, me muero por una copa de vino —dijo al tiempo que se colgaba de mi brazo.

Fuimos hacia el salón donde tendría lugar la cena y de todos los asistentes algunas caras me resultaron familiares. Jane se encargó de ponerme al día de quiénes eran muchos de ellos, pues se trataba de personalidades públicas, periodistas, actrices y actores de renombre, así como algunas modelos que habían sido clientes de la clínica que daba la cena.

Pero también me pareció reconocer a varias personas del entorno en el que solían moverse mis padres, aunque habían pasado muchos años desde la última vez que ellos me vieron y estaba segura de que no me reconocerían. Solo esperaba que mis padres no asistieran a esa cena.

Cogimos una copa de vino cada una y nos quedamos en un ladito observando todo y a todos en silencio, hasta que vi un rostro conocido y él sonrió al verme a mí.

—Hola, preciosa —dijo Cody, inclinándose para darme un beso en la mejilla—. Estás mucho mejor así vestida que con el traje de secretaria.

—No es para tanto, es solo un vestido —sonreí.

—Madre mía, lo que le cuesta recibir piropos —Jane volteó los ojos.

—Ya lo veo. Soy Cody —le tendió la mano a ella.

—Jane, la mejor amiga de la tímida señorita aquí presente —rio ella, al tiempo que se la estrechaba.

—No pensé que fuera a venir alguien más de la empresa, además de Kirk y yo —me dijo Cody.

—A mí me dijo que, como su secretaria, debía ir donde él fuera —me encogí de hombros.

—Tengo una duda, cariño —miré a Jane—. Si tu jefe va al cuarto de baño… ¿tienes que acompañarlo?

Cody comenzó a toser tras dar un sorbo a su copa al escucharla, yo la miré queriendo asesinarla, y ella se encogió de hombros.

—Solo es una duda —alegó, y Cody empezó a reírse.

—Por favor, disculpa a mi amiga —le pedí al socio de mi jefe—, no se ha tomado las pastillas de la locura hoy.

—No tomo pastillas, Cloe.

—Cállate, Jane.

—Sois muy divertidas las dos —dijo Cody con una sonrisa.

Y entonces miré hacia la puerta y lo vi. Mi jefe entraba en ese momento, como siempre, vestido completamente d negro, serio y con esa mirada fría e inescrutable, llevando de su brazo a una mujer alta, esbelta, de cabello negro y ojos azules que camina con altivez y seguridad, como si aquel lugar fuera el salón de un castillo y ella, la reina.

—¿Esa es su mujer? —le pregunté a Jane en un susurro, y ella asintió— Pues no es la que estaba con él la otra noche en su despacho.

—¿No? —Frunció el ceño.

—No —negué—. Y no parece que estén en trámites de divorcio tampoco.

—Pues solo me queda una cosa —susurró acercándose más a mi oído—. Que sean una de esas parejas abiertas, ya me entiendes…

Sí, la entendía, y si ese era el caso, el señor Blackwell ya podía olvidarse de que yo fuera una de sus amigas fuera del matrimonio.

—Disculpadme, voy a saludar al jefe —dijo Cody, y tras hacerme un guiño, se fue a ver a su amigo y socio.

La mujer ni siquiera sonrió al verle, pero es que él cuando se acercó, tampoco es que la saludara de manera muy efusiva o amistosa, algo raro puesto que ella era la mujer de su mejor amigo.

No tardaron en avisar de que podíamos ir ocupando nuestros asientos y Jane y yo lo hicimos en una de las muchas mesas individuales que había para dos personas.

Y sentí su mirada, esa oscura, pero sensual mirada que me hacía estremecer de pies a cabeza.

Miré hacia donde él se había sentado con su mujer y su socio, y ahí estaban esos ojos negros fijos en mí. Dio un

sorbo a su copa y siguió mirándome con un brillo en esos iris que había visto la tarde que estuvimos tan cerca en su despacho.

Le retiré la mirada y me centré en mi amiga y en la cena, esa que no tardaron en servir y que disfrutamos mientras hablábamos de las operaciones que tenían algunas de las mujeres invitadas al evento, y que eran más que evidentes.

Tras la cena, el dueño de la clínica dio un pequeño discurso en agradecimiento por haber asistido a esa celebración, concretamente la del decimoquinto aniversario de que la pusiera en marcha, y acabó con un brindis levantando su copa.

Cuando regresó a su mesa vi que mi jefe se levantaba, abrochaba el botón de su chaqueta y ponía rumbo hacia la puerta de la sala que daba al pasillo, dedicándome una mirada de las suyas.

—Me da que quiere que vayas —me dijo Jane.

—Pues que espere sentado —me encogí de hombros.

Bebí de mi copa de champán y cuando la estaba dejando en la mesa me llegó un mensaje al móvil de la empresa, que había llevado por si mi jefe necesitaba que tomara nota de algo, cosa que sabía que no iba a ser necesaria.

S. Blackwell: *La espero en la sala de reuniones.*

Resoplé, Jane echó un vistazo a la pantalla y me dio un codazo.

—Anda, ve, no seas tonta.

—No voy a ir allí, Jane. Es más, esto ya se ha acabado y no sé qué hago aquí, además de verlo a él con su mujer. ¿Nos vamos?

—Peter y Mike ya deben estar esperándonos.

—Pues vamos con ellos.

Nos levantamos, vi que Cody miraba hacia mí, frunció el ceño y me abstuve de contestar o hacer nada.

Jane y yo salimos del hotel, el empleado que estaba en la puerta nos paró un taxi, y fuimos hacia el local donde nos esperaban Peter y Mike.

Entramos y los encontramos en la barra, el abrazo sincero y lleno de cariño que me dio Mike fue como un soplo de aire en ese momento.

—Estás preciosa, Cloe —me dijo con una sonrisa.

—Gracias.

—¿Me vas a sacar a bailar hoy también? —curioseó con la ceja arqueada.

—Quién sabe —reí.

—Yo estoy dispuesto, que lo sepas.

—Lo tendré en cuenta.

Y así pasaron las tres horas siguientes, entre copas, risas, charlas y bailes, incluso quedé con Mike en que nos veríamos la siguiente semana para esa cena que aún teníamos pendiente, hasta que Jane y Peter dijeron que se iban, y él me llevó a mi casa.

—Estás preciosa, Cloe —me dijo con una sonrisa.

—Gracias.

—¿Me vas a sacar a bailar hoy también? —curioseó con la ceja arqueada.

—Quién sabe —reí.

—Yo estoy dispuesto, que lo sepas.

—Lo tendré en cuenta.

Y así pasaron las tres horas siguientes, entre copas, risas, charlas y bailes, incluso quedé con Mike en que nos veríamos la siguiente semana para esa cena que aún teníamos pendiente, hasta que Jane y Peter dijeron que se iban, y él me llevó a mi casa.

Capítulo 14



Después de pasar el domingo con mi niña en Central Park, la llevé de vuelta a casa de la tía Molly y cené con ellas.

Me costaba mucho separarme de ella, pero al menos no la hacía madrugar todos los días para dejarla con ella ante de irme a trabajar.

Había veces en las que pensaba en mis padres y en que, si hubieran sido de otro modo en vez de optar por darme la espalda cuando los necesitaba, sería mi madre quien cuidara de su nieta.

No tendría vida suficiente para agradecer a la tía Molly lo que hacía por mí y por Lily, se comportaba como una auténtica abuela o madre con mi pequeña, al igual que Jane.

De verdad que, de no ser por ellas, no sabía qué habría sido de nosotras.

Me acabé el café como cada mañana observando la ciudad desde los ventanales del salón, cogí mis cosas y salí de casa para ir hacia las oficinas de *Industrias Blackwell* y enfrentar una nueva semana de trabajo como la secretaria del siempre serio señor Blackwell.

Tras poner el coche en marcha se conectó la radio automáticamente y la melodía de piano de una canción que había escuchado más veces de las que podía contar, rompió el silencio del interior.

Y cada vez que la escuchaba, hacía mía la letra a la que Jonathan Roy daba forma y voz en cada una de las frases con las que me identificaba pensando en mis padres.

"Breakin' every chain that you put on me… 'Cause I will never be what you wanted… Making me believe I couldn't do without you…"[2]

Cuando les dije a mis padres que estaba embarazada, y que no pensaba renunciar a mi bebé, fue precisamente mi padre quien me dijo que no llegaría a conseguir nada sin él.

Si pudiera verme ahora, si pudiera ver que no solo conseguí acabar la carrera, sino que salí adelante sin él, sin

ellos. Ojalá algún día vean que, tal como les dije, no los necesitaba. Aunque hubiera veces en las que pensara en ellos y en que no estaban viendo crecer a su nieta.

Saludé al chico de seguridad a la entrada del parking, dejé el coche en mi plaza y subí hasta la última planta para ocupar mi puesto.

Como siempre, estaba en silencio, roto en ese momento por el repiqueteo de mis tacones. La puerta del despacho de mi jefe estaba abierta y antes de acomodarme en mi puesto, me asomé solo para comprobar que no había llegado aún.

Dejé todo en el escritorio, encendí el ordenador y comencé a revisar la agenda en la Tablet. Fruncí el ceño al comprobar que no había ni una sola de las reuniones que había apuntado para esa semana, salvo las tres de hoy.

s¿Cómo era posible? El sábado estaban todas ahí, apuntadas con sitio y hora. No me lo podía creer. Eché un vistaz a las semanas siguientes y ahí estaban, reubicadas.

—Joder, jefe, podía haber avisado —murmuré mientras cogía mi agenda de papel y tachaba todas las reuniones d la semana para cambiarlas a los días en los que él las había anotado.

Acababa de terminar de anotarlo todo cuando escuché el ascensor, y tras abrirse las puertas, oí la voz de Cody hablando con mi jefe, miré hacia ellos y el rubio me dedicó una sonrisa y un guiño.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días —sonreí, y entonces vi la mirada gélida de mi jefe.

—A mi despacho, ahora —ordenó al pasar por delante de mí.

Suspiré, cogí la Tablet, una libreta y entré tras él, que me esperaba junto a la puerta, esa que cerró tras de mí.

—Cuando le diga que haga algo, o que vaya a un sitio, usted tiene que obedecer, señorita Davenport —dijo mientras pasaba por mi lado, parándose ante mí, mirándome con sus negros y fríos ojos.

—En lo que a cuestiones de trabajo se refiere, sí, señor Blackwell.

—En todo, cualquier cosa que le ordene, usted, obedece —recalcó mientras se cernía completamente sobre mí, haciendo que inclinara la cabeza hacia atrás para mirarlo, y tragué con fuerza antes de hacer mi pregunta, esa que me rondaba la cabeza desde la noche del sábado.

—¿Por qué quiso que fuera a la cena de la otra noche, si usted iba a asistir con su mujer? —no lo esperaba, prueb de ello era que estaba apretando los dientes con fuerza— Iba como su secretaria, pero ni se acercó a mí, ni me

pidió que hiciera nada de trabajo.

—Le pedí que fuera a verme, y no lo hizo.

—¿Era para algún tema de trabajo? Porque no lo creo, me lo habría dicho allí, delante de todo el mundo.

—Sí, era para un tema de trabajo. Imagino que habrá visto que las reuniones para el resto de la semana las he aplazado.

—Sí, lo he visto.

—No me interrumpa —apretó los dientes—. Si hubiera ido a reunirse conmigo, sabría el motivo de esos aplazamientos, por no hablar de que no habría tenido que retrasar el viaje a mañana, como he hecho.

—¿Qué viaje? —pregunté casi con un hilo de voz, entrando en pánico.

—Haga una maleta, me acompañará unos días a Boston, tengo varias reuniones allí. Y no, antes de que me diga nada al respecto, no están apuntadas en la agenda.

—No puedo ir —contesté.

—Señorita Davenport —se acercó aún más, y el olor de su perfume hizo que desconectara el mundo, al igual que sus ojos, fijos en los míos—. Si no puede cumplir con sus obligaciones de secretaria, dígamelo para buscar a otra que sí pueda.

Mierda, no podía perder el trabajo, si lo hacía tendría que volver a enviar currículums a tantas empresas como pudiera. Mi jefe me miraba fijamente, sus ojos se movían rápido, yendo de uno al otro de los míos, e incluso me pareció ver que se desviaban en algún momento a mis labios.

—Salimos mañana a primera hora, la recogeremos en su casa a las siete y media —dijo, y fue hacia la puerta, saliendo sin decir una sola palabra más.

Suspiré, y solo cuando escuché el ascensor llegando a nuestra planta, fui a mi puesto y me dediqué el resto de la mañana a trabajar sin parar.

Era cierto que no había ni una sola reunión en Boston anotada en la agenda, tampoco encontré reserva de billetes de avión o de hotel en el correo, por lo que antes de salir a comer fuera le mandé un mensaje.

Cloe: *¿Hago reserva de billetes de avión y de hotel para ir a Boston?*

No tardó en responder y, siendo su secretaria, y por ende la persona encargada de hacer esas gestiones, no

esperaba que me diera aquella contestación.

S. Blackwell: *Ya está todo organizado.*

No sabía ni cómo lo habría hecho, pero no indagué más en el asunto.

Fui a comer a la cafetería de la esquina y aproveché para hablar con mi pequeña, que estaba encantada porque había pasado toda la mañana coloreando un libro nuevo que la tía Molly le había comprado.

—Pásame a la tía, anda —reí.

—Vale, adiós mami.

—Adiós, cariño.

—Dime, cielo —contestó la tía Molly.

—La consientes demasiado, ¿es que no tiene suficientes libros para colorear?

—Sabes que le encanta, y se los acaba enseguida —argumentó—. Además, si no la consiento a ella, ¿a quién, entonces? Vosotras ya sois mayores para que os consienta.

—Hace contigo lo que quiere —sonreí.

—Pues sí, para qué te lo voy a negar. ¿Qué tal la mañana?

—Bien. Quería comentarte algo.

—¿Es grave?

—No, bueno, no sé. Mi jefe me ha dicho que mañana vamos a Boston, tiene varias reuniones allí, y no puedo decirle que no.

—Tranquila, mañana cuando me la traiga Jane vamos las dos a tu casa por más ropa para ella.

—Gracias, tía Molly.

—Deja de darlas, Cloe, somos familia.

Sonreí, me despedí de ella poco después y regresé al trabajo mientras pensaba que en esos años desde que supe que estaba embarazada, la tía Molly y Jane, se habían vuelto más familia mía, que mis propios padres.

Mi jefe no volvió en todo el día a las oficinas, y tampoco había visto a Cody, por lo que supuse que estaban juntos en las reuniones que había anotadas en la agenda y que, como no fui a verlo en el hotel, no había aplazado.

Mi jefe no volvió en todo el día a las oficinas, y tampoco había visto a Cody, por lo que supuse que estaban juntos en las reuniones que había anotadas en la agenda y que, como no fui a verlo en el hotel, no había aplazado.

Capítulo 15



Llegué a casa de Jane y al entrar escuché a las dos cantando a todo pulmón mientras sonaba de fondo la canción del Rey León.

"Hakuna matata, vive y sé feliz…"

Sonreí, cerré la puerta y fui hacia el salón donde estaban las dos mirando hacia la televisión en la que se reproducía la película. Ellas seguían ajenas a mi presencia, y verlas allí a las dos siendo esas locas que adoraba, me quitaban más penas que una copa de vino o un poco de sexo, como diría Jane.

"Ningún problema, debe hacerte sufrir. Lo más fácil es, saber decir, Hakuna matata…"

Bailaban una detrás de la otra, despacio, de un lado a otro, diciendo eso de "Hakuna matata" y simulando tocar un saxofón.

—¡Bravo! —grité mientras aplaudía y se giraron a verme.

—¡Mami! —Lily vino corriendo y se lanzó a mis brazos, rodeándome por los hombros— Vamos a cenar sándwiches calientes de queso fundido.

—Hum, qué ricos —le di un beso en la mejilla y la dejé en el suelo.

—En serio, cariño, deberíamos apuntar a la niña a un concurso de talentos.

—Jane, por Dios —reí.

—Y ahora que ha llegado mamá, tú quédate viendo la película que nosotras preparamos la cena —le dijo a Lily, que asintió y fue a sentarse al sofá—. Nena, no hay quien pueda seguirle el ritmo a tu hija —suspiró—. Quedándome con ella me ahorro las clases de *spinning*.

—¿Desde cuándo vas a clases de *spinning*? —Arqueé la ceja.

—No voy, por eso digo que me las ahorro.

—Estás loca —volteé los ojos.

"Es la noche del amor…"

Las dos miramos hacia el salón y vimos a mi niña sentada en el sofá, cantando esa bonita y romántica canción de la película.

—¿Ves? Tiene oído y sabe cantar —me pasó el brazo por los hombros—. Te lo digo, Cloe, esa niña nos haría montarnos en el dólar.

—Por Dios, Jane, no voy a explotar de ese modo a mi hija.

—Ya lo sé, tonta, es broma. Pero vamos, que, si de mayor quiere ser cantante, no se lo prohíbas, te prohíbo prohibírselo —me señaló con el dedo.

—Vale, vale —reí.

Empezamos a preparar los sándwiches y mientras lo hacíamos le hablé de la conversación que habíamos tenido m jefe y yo en su despacho, bueno, del modo en el que me dejó más que claro que era más que una simple secretaria

—Prácticamente es como si tuviera que rendirle pleitesía como si fuera un rey, y yo, su lacaya —volteé los ojos —. Pero claro, si hubiera ido el sábado cuando me pidió que lo hiciera…

—Vale, ya está —dijo para hacer que me callara—. No te castigues por no haber acudido a la llamada de tu jefe en tu tiempo libre, que te hubiera dicho en ese mensaje que era para hablar de trabajo. Y si el rey oscuro y peligroso se ha enfadado, que se desenfade —se encogió de hombros.

—Mañana me recogerá temprano para irnos a Boston, así que…

—¿Me quedo con la niña esta noche? —sonrió.

—Sí. La tía Molly ya sabe que me voy. Debería dejar el trabajo, Jane.

—Ni se te ocurra, vamos. Si lo dices porque nos tengamos que quedar nosotras con la niña, sabes que no nos importa.

—Precisamente por eso, no debería dejarla a cargo de nadie más, soy su madre.

—Y nosotras sus tías. Cariño —me acarició la espalda—, la vas a dejar con nosotras porque tienes un viaje de

trabajo, no es como si te fueras a una orgía o algo así —hizo un guiño.

—Madre mía, Jane, no tienes remedio, en serio.

—Lo sé, pero soy tu mejor amiga, y me quieres.

—Mami, tengo hambre —escuchamos a Lily acercándose—. ¿Están ya los sándwiches?

—Casi, preciosa, nos faltan un par de ellos por hacer —contestó Jane.

—Vamos mi niña, vamos a poner la mesa —le dije y ella sonrió.

Le di la botella de zumo y la de agua que saqué de la nevera, llevé los vasos, cogió las servilletas y abrió uno de los armarios bajos de la cocina de dónde sacó una bolsa de patatas fritas.

—Lily, ¿dónde vas con las patatas? —Arqueé la ceja.

—Unas poquitas para acompañar los sándwiches —puso un puchero, y desde luego que a esa carita nadie, y mucho menos yo, podía decirle que no a mi hija.

—Cuando tenga nuestra edad, conseguirá lo que quiera del pobre chico que la conquiste —dijo Jane.

—Como hizo su padre conmigo. Tiene sus ojos —le recordé.

—Pero ella es mejor persona que esa cucaracha a la que no puede llamársele padre. Ese fue como si hubieras ido a una clínica de fertilidad, cielo. Solo que peor, porque allí todo es anónimo y él supo lo que había hecho. ¿Y qué hacemos hablando de él? No merece ni un segundo más de nuestros pensamientos, así que, pasado pisado, cariño.

Asentí, terminamos de preparar los sándwiches y los llevamos al salón para cenar las tres, mientras terminábamos de ver la película. Después de la cena, Jane apareció con una tarrina de helado de vainilla y tres cucharas, algo que a mi hija le sacó una de sus pícaras sonrisas.

Normalmente a ella le poníamos un poco de helado en un cuenco, pero le gustaba meter su cuchara en la tarrina grande cuando se lo acababa, así que alguna que otra vez le permitíamos comerlo de ella directamente.

Aproveché para contarle que se quedaba a dormir con su tía Jane y que ella la llevaría y la recogería de casa de la tía Molly los siguientes días hasta que yo volviera de mi viaje a Boston.

—¿Me quedo con ellas? —preguntó tras llevarse una cucharada de helado a la boca.

—Sí, y tienes que prometerme que te vas a portar bien —la señalé.

—Sí, sí, como siempre. Y tú, ¿me llamarás para hablar?

—Claro que sí, mi niña, después de comer y antes de que duermas tu siesta, ¿qué te parece?

—Vale. ¿Me traerás algo de regalo?

—Ya veremos —sonreí.

—Eso es que sí —le dijo a Jane en un susurro.

Después de comer el helado fui a darle un baño, le puse el pijama y me quedé con ella en la habitación donde dormía contándole un cuento.

La tenía pegada a mi costado, le acariciaba el brazo con la mano y ella mantenía su cabeza recostada en mi pecho.

Cuando noté su respiración más calmada y vi que se había quedado dormida, le di un beso en la frente y la abracé antes de acomodarla en la cama.

—Mi niña, no olvides nunca que mami te quiere con todo su corazón —murmuré acariciándole la frente y el cabello—. Eres mi mundo, Lily, mi vida no valdría nada si no te tuviera. Jamás pensé en renunciar a ti, y si volviera a pasar por aquello, no renunciaría. Fuiste el mejor regalo y lo mejor que he hecho, cariño. No importa si tu padre y tus abuelos no te quieren, yo nunca, nunca, dejaré de quererte como te quiero.

—Lo sabe —miré hacia la puerta y vi a Jane sonriendo—. Y ella te adora, cariño —me dijo, y retiré las lágrimas que me caían por las mejillas.

Le di un beso en la frente a mi chiquitina y salí de la habitación.

—Eres una madre cojonuda, Cloe —me sostuvo ambas mejillas retirando las lágrimas con los pulgares—. Y no porque hayas obviado que tienes una hija para este trabajo, eres mala madre.

—No quiero fallarle como lo hicieron su padre y los míos.

—No lo harás, porque a diferencia de ellos, tú sí darías tu vida por esa niña, y ella lo sabe. Anda, vete a casa que tienes que hacer la maleta, o al final tu jefe es capaz de llevarte con lo puesto y tenerte desnuda en la habitación todo el día.

—Ay, Jane, por favor —volteé los ojos, riendo.

—Así me gusta, verte reír, que llorando te pones de un feo, hija mía —resopló.

—Si puedo llamarte antes de que se acueste, te llamaré.

—Tranquila, que, si no llamas, no va a dejar de quererte por eso. Venga, vete y descansa.

—Gracias —la abracé—. Gracias por estar siempre ahí, Jane.

—Y seguiré estando, cariño, eso ni lo dudes —me dio un beso en la mejilla y me acompañó hasta la puerta cuand recogí mis cosas.

Nos despedimos y me marché a casa, tenía que preparar la maleta y darme una ducha antes de acostarme.

—Si puedo llamarte antes de que se acueste, te llamaré.

—Tranquila, que, si no llamas, no va a dejar de quererte por eso. Venga, vete y descansa.

—Gracias —la abracé—. Gracias por estar siempre ahí, Jane.

—Y seguiré estando, cariño, eso ni lo dudes —me dio un beso en la mejilla y me acompañó hasta la puerta cuando recogí mis cosas.

Nos despedimos y me marché a casa, tenía que preparar la maleta y darme una ducha antes de acostarme.

Capítulo 16



Acababa de cerrar la maleta cuando me llegó un mensaje al móvil de la empresa.

S. Blackwell: *Cinco minutos.*

Bonita manera de avisarme, sin un mísero buenos días para comenzar, en fin…

Me colgué el bolso, cogí el maletín con el ordenador portátil y la Tablet, y salí de casa arrastrando mi maleta hasta el ascensor. No me había dicho cuánto tiempo estaríamos fuera, por lo que había empacado un par de pijamas, algo de ropa cómoda de la que usaba para estar en casa, tres faldas y otras tres blusas sin mangas para ir a las reuniones, además de unas deportivas y los zapatos de tacón que llevaba puestos.
Esperaba que fuera suficiente.

En el momento en el que salí del edificio vi el coche aparcado en doble fila y a Jim, el chófer, esperando junto a este.

—Buenos días, señorita —saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Buenos días, Jim —sonreí.

Abrió la puerta trasera del coche para que me subiera, y ahí estaba mi jefe, completamente vestido de negro, mirando el móvil y rodeado por el aroma de su perfume, ese resultaba tan embriagador.

—Buenos días —dije tras acomodarme, cuando Jim cerró la puerta.

—Veo que ha sido puntual —fue su respuesta.

—Menudo viaje me espera —murmuré con un bufido mirando hacia mi ventana.

—¿Decía algo, señorita Davenport? —preguntó, y cuando lo miré tenía la ceja arqueada.

—Oh, sí. Que veo que está más simpático de lo habitual —ironicé.

—Le aconsejo dejar sus impertinencias ahí fuera estos días —señaló la calle a través de la ventana—. No le gustaría verme siendo aún menos simpático, se lo aseguro.

—No lo jure —volteé los ojos.

—¿Es que siempre es así?

—Así, ¿cómo? —me crucé de brazos, esperando su respuesta con curiosidad.

—Como el aceite, quedando siempre por encima, teniendo que decir la última palabra.

—¿Sabe? Es curioso, pero es usted quien provoca y saca lo peor de mí —contesté volviendo a mirar por la ventana.

—En eso coincido, usted me provoca a cada segundo del día, y saca lo peor de mí.

—Perfecto.

—Oh, por Dios —lo escuché resoplar, y sonreí con disimulo.

Jamás en mi vida había sido así, nunca hablé de este modo a mi antiguo jefe, ni siquiera a mis profesores o a mis padres, vaya, a estos últimos mucho menos, pero con el oscuro y peligroso señor Blackwell, es que me salía solo.

Y oye, que tenía sus ventajas esto de ser como el aceite, como él decía, que, si conseguía sacarle un poquito de quicio, aunque solo fuera la mitad de lo que me sacaba él, pues me daba por satisfecha, la verdad.

Después de guardar mi maleta, Jim ocupó su asiento y puso el coche en marcha para ir hacia el aeropuerto, y el silencio nos acompañó durante todo el camino.

Cuando llegamos, Jim entró por una zona que no conocía, hasta que vi un letrero indicando que iba hacia una zona privada del aeropuerto. Recorrió algunos metros más y paró junto a un jet negro que había en una de las pistas.

—¿Vamos a saltarnos todos los controles? —pregunté.

—Vamos a subir en el jet de la empresa —contestó, y él mismo abrió su puerta para bajar, algo que no esperaba, así que hice lo mismo.

Debí imaginar que ese medio de transporte era propiedad de *Industrias Blackwell*, tenía la misma apariencia oscura y seria que él.

Jim bajó poco después y fue hacia el maletero para sacar nuestro equipaje, en el momento en el que puso mi maleta en el suelo, fui a cogerla, pero una mano se me adelantó y vi que era un empleado de la tripulación.

—Puedo llevarla yo misma —le dije.

—Descuide, señorita, yo la subiré a bordo —respondió con una sonrisa amable, así que me limité a dejar que lo hiciera.

Vi que mi jefe ya estaba llegando a la escalera mientras hablaba por teléfono, así que me apresuré a seguirle.

El chico de la tripulación me cedió el paso y asentí a modo de agradecimiento. Sabía que hasta Boston no teníamos un viaje largo, pero el simple hecho de estar en ese jet con él, me ponía al límite de mi paciencia.

Nos acomodamos en esos sillones de piel en color negro, cómo no, dejé mi maletín de trabajo y el bolso en el asiento de al lado, puesto que al jefe lo tenía justo enfrente, y no tardaron en avisar que despegaríamos en unos minutos, por lo que me puse el cinturón.

Miré por la ventana y vi el recorrido que hacíamos por la pista hasta llegar a la zona de despegue, poco a poco fuimos levantando el vuelo y en cuestión de minutos estábamos sobrevolando la ciudad de Nueva York, momento en el que me desabroché el cinturón.

—¿Les sirvo el desayuno, señor? —preguntó la azafata, una morena de unos treinta años bastante guapa que miraba a mi jefe con una sonrisa de esas que dejaban claro que se conocían muy bien, no solo porque ella fuera la azafata.

—Sí, por favor —respondió, pero no le dedicó ni una sola mirada.

Ella asintió al tiempo que fruncía el ceño, y vi que me dedicaba una mirada de reojo, como si me considerara una amenaza o algo así. Decidí no reírme para que no me tomaran por loca, porque yo no era una amenaza para nadie, vaya.

a

Cinco minutos después teníamos café, zumo y un plato de huevos con bacon en la mesa.

Comimos en silencio y cuando él acabó, sacó el portátil de su maletín y se puso a trabajar en él.

Así que el viaje iba a ser igual de silencioso que el camino desde mi casa, pues perfecto.

Saqué los *earpods* del bolso, los conecté al móvil y puse una de mis listas de reproducción, en ese caso, una con ritmo y que levantaba el ánimo.

Subí el volumen a todo lo que pude para perderme en mi mundo y dejé que la melodía de *Can't stop the feeling* y

la voz de Justin Timberlake me acompañaran durante unos minutos.

"I can't stop the feeling. So just dance, dance, dance…"[3]

Me movía en el asiento con los ojos cerrados y canturreaba, como hacía en mi casa, olvidándome por completo de que no estaba sola.

—*Feeling good, good, creeping up on you…*[4] —canté, y al abrir los ojos, me encontré con la mirada oscura y juraría que lujuriosa de mi jefe, observándome fijamente, mientras apretaba la mandíbula.

Carraspeé apartando la mirada y noté que me sonrojaba. Por Dios, ¿cómo se me había olvidado que él me escuchaba? Y yo cantando que disfrutaba moviéndome sobre el cuerpo de alguien, Virgen Santa.

Vi que se levantaba e iba hacia una puerta al fondo, volví a fijar mi vista en la ventana y apenas unos segundos después vi por el rabillo del ojo a la azafata ir hacia la misma puerta, esa que abrió sin llamar, y fruncí el ceño.

Genial, ahora mi jefe iba a tener sexo rápido con la azafata, fantástico. Resoplé volteando los ojos y cuando creí que no los vería salir hasta antes del momento de aterrizar, la puerta se abrió de nuevo y ella salió con el ceño fruncido y preguntando algo, él negó con la cabeza y pude leer en sus labios que le decía que se había terminado.

Ah, así que yo tenía razón y ella era algo más que una azafata de vuelo para la empresa. Ella me miró, le dijo algo que no pude leer en sus labios y cuando él dijo que no lo buscara más, noté que volvía a mirarme con mucha más furia de la que antes me hubiera dedicado.

Cogí la Tablet y me puse a revisar la agenda de la semana siguiente mientras seguía escuchando música. Así estuve hasta que mi jefe llamó mi atención dando unos golpecitos en la mesa.

—Cinturón —dijo cuando me quité uno de los *earpods*, y asentí.

Me abroché el cinturón, apagué la música y guardé el móvil y los *earpods* en el bolso, así como la Tablet en el maletín.

Tras el aterrizaje nos levantamos, cogimos nuestras cosas y vi que el mismo chico de cuando llegamos al aeropuerto se encargaba de bajar nuestro equipaje. La azafata estaba en la zona de cocina, pero no perdió la oportunidad de mirarme con esos ojos que parecían lanzar llamaradas, como si yo tuviera la culpa de que el señor Blackwell, hubiera roto lo que fuera que tuviera con ella.

En la pista nos esperaba un coche negro con un chófer que abrió la puerta de la parte trasera para que nos acomodáramos en ella.

Después de que el chico guardara el equipaje, el chófer ocupó su asiento y puso el coche en marcha para llevarnos al hotel.

De nuevo el camino fue sumamente silencioso entre mi jefe y yo.

Una vez llegamos al hotel uno de los empleados se hizo cargo de nuestras maletas mientras nosotros íbamos al mostrador de recepción donde hicimos el registro. El hombre que lo hizo nos entregó una llave a cada uno y el empleado nos acompañó en el ascensor hasta la última planta, donde nos alojaríamos.

Primero paramos en mi habitación, abrí la puerta y él dejó mi maleta justo a la entrada.

—En cinco minutos, abajo, salimos para la reunión — dijo mi jefe, y asentí.

Los vi ir hacia la habitación contigua a la mía y allí entró él. Cerré mi puerta y arrastré la maleta hasta la cama, donde la coloqué y abrí para sacar mi neceser.

Antes de entrar al cuarto de baño eché un vistazo a la habitación, era amplia y acogedora. Tenía una cama de tamaño extragrande en el centro, con dos mesitas de noche, una cómoda con espejo, armario de dos cuerpos, una mesa con dos sillas junto a la puerta del pequeño balcón, cuyas vistas daban a un bonito jardín, y el cuarto de baño.

Me refresqué un poco, cogí el bolso y el maletín, y salí de la habitación para ir a encontrarme con mi jefe en la recepción, donde ya me estaba esperando, hablando por teléfono.

Después de que el chico guardara el equipaje, el chófer ocupó su asiento y puso el coche en marcha para llevarnos al hotel.

De nuevo el camino fue sumamente silencioso entre mi jefe y yo.

Una vez llegamos al hotel uno de los empleados se hizo cargo de nuestras maletas mientras nosotros íbamos al mostrador de recepción donde hicimos el registro. El hombre que lo hizo nos entregó una llave a cada uno y el empleado nos acompañó en el ascensor hasta la última planta, donde nos alojaríamos.

Primero paramos en mi habitación, abrí la puerta y él dejó mi maleta justo a la entrada.

—En cinco minutos, abajo, salimos para la reunión — dijo mi jefe, y asentí.

Los vi ir hacia la habitación contigua a la mía y allí entró él. Cerré mi puerta y arrastré la maleta hasta la cama, donde la coloqué y abrí para sacar mi neceser.

Antes de entrar al cuarto de baño eché un vistazo a la habitación, era amplia y acogedora. Tenía una cama de tamaño extragrande en el centro, con dos mesitas de noche, una cómoda con espejo, armario de dos cuerpos, una mesa con dos sillas junto a la puerta del pequeño balcón, cuyas vistas daban a un bonito jardín, y el cuarto de baño.

Me refresqué un poco, cogí el bolso y el maletín, y salí de la habitación para ir a encontrarme con mi jefe en la recepción, donde ya me estaba esperando, hablando por teléfono.

Capítulo 17



Salimos del hotel y el mismo coche que nos había llevado hasta allí estaba esperándonos. Subimos y él pasó el camino revisando su portátil.

Cuando llegamos a la clínica en la que tendría lugar la reunión, noté su mano en la parte baja de mi espalda al ir a entrar y lo miré con disimulo. Él caminaba sin inmutarse, con la mirada al frente y el rostro serio como de costumbre.

Yo, por el contrario, comencé a sentirme nerviosa por ese simple gesto. Y es que mi mente volvía a aquella tarde en su despacho, cuando sus manos me tocaron de mil maneras hasta hacerme gritar presa del orgasmo, y sus labios…

—¿Todo bien, señorita Davenport? —preguntó haciendo que volviera al presente, dejando a un lado mi ensoñación.

—Sí —contesté mirándolo, él asintió y seguimos caminando hacia el mostrador de recepción.

—Buenos días, soy Kirk Blackwell, tengo una reunión con el director Paterson —le dijo a la enfermera que había allí.

—Enseguida le aviso, señor Blackwell —contestó ella.

Volvió a poner la mano en la parte baja de mi espalda y nos apartamos, quedándonos a un lado del mostrador.

—Tiene en el correo todo lo que vamos a comentar en la reunión —me informó—. Pero solo tiene que tomar notas de lo que el director de la clínica pida, cambios y demás.

—Entendido —asentí sin tan siquiera mirarlo.

—Señorita Davenport —tragué con fuerza al escucharlo, y lo miré, sus ojos se quedaron fijos en los mío, esperé que dijera algo, pero no hablaba, simplemente me observaba.

Y cuando iba a preguntarle qué quería decirme, la voz de un hombre hizo que ambos miráramos hacia nuestra izquierda, por donde llegaba un hombre de unos cincuenta años, de cabello negro y ojos azules con una sonrisa de lo más amable.

—Señor Blackwell, soy el director Paterson —le dijo, tendiéndole la mano, que mi jefe aceptó y estrechó.

—Ella es mi secretaria —le informó, sin dar nombre y tampoco apellido.

—Bienvenidos a mi clínica. Por favor, síganme.

Fuimos con él hasta la sala de juntas de la clínica, situada en esa misma planta, y durante la siguiente hora y medi me limité a escucharlos hablar sobre los dispositivos y demás sistemas médicos que mi jefe le ofrecía, y tomar nota de las peticiones del director Paterson.

Cuando nos despedimos, quedando en que le haríamos llegar el contrato a nuestra vuelta a las oficinas, subimos a coche y el chófer nos llevó a una cafetería que había a un par de calles de allí.

—Creí que volvíamos al hotel —dije al bajar.

—Vamos a tomar un café, la siguiente reunión es dentro de media hora —me informó.

—Sería de agradecer que hubiera anotado estas reuniones en la agenda, vamos, un detalle por su parte —protesté tras sentarme en la mesa de la cafetería.

—El detalle habría sido que usted fuera a verme cuando le pedí que lo hiciera durante la cena del sábado.

—Y usted tendría que haberme dicho que quería hablar de trabajo —contesté de vuelta.

—¿De qué otra cosa podría querer hablar, señorita Davenport? —Arqueó la ceja.

—Pues no sé, ¿tal vez se le habría ocurrido hacer lo mismo que en su despacho?

—Hacer ¿qué, exactamente? —Me miraba con sus ojos oscuros y perversos, tal como él era.

—No se haga el tonto, que no le pega —resoplé.

Por suerte se acercó un camarero a tomarnos nota, pedimos dos cafés y nos quedamos en silencio de nuevo, hasta que nos sirvió y él volvió a ir a ese tema que yo no quería tocar.

—No puede negar que lo que hice en mi despacho le gustó, señorita Davenport —dijo con ese tono de voz ronco y sensual.

—Fue un error, no debió pasar —me limité a responder y di sorbo a mi café.

—¿Tanto le cuesta admitir que lo deseaba?

—Por el amor de Dios —dejé la taza en la mesa con un golpe seco—. ¿Podríamos olvidarnos de eso, señor Blackwell?

—Podríamos, pero no lo haremos —contestó dando otro sorbo a su café—. Es imposible que olvide algo así.

Tragué con fuerza al ver el modo en el que me miraba, y maté el tiempo que estuvimos allí en la cafetería mirando mi móvil y leyendo los mensajes que me había enviado Jane, en los que me decía que mi pequeña se había desayunado un tazón de yogur con cereales y frutos rojos como ella, y le había gustado.

—Bonita sonrisa —le escuché decir y cuando lo miré, él seguía observándome de ese modo que me ponía nerviosa—. ¿El hombre de la otra noche?

—No es de su incumbencia —me acabé el café y me puse en pie para irnos, pero él seguía sentado.

Al pasar por su lado me cogió por la muñeca, miré hacia abajo y después a él directamente a los ojos, arqueando la ceja esperando que me soltara, pero no lo hizo.

—Todo lo que tenga que ver con usted, señorita Davenport, es de mi incumbencia —contestó, y tras soltarme se puso en pie.

Regresamos al coche y fuimos hasta la siguiente clínica, donde nuevamente noté su mano en la parte baja de mi espalda cuando entramos, saludamos al director, lo seguimos hasta la sala de juntas y, al igual que en la primera clínica, pasamos una hora y media hablando de lo que ellos necesitaban y lo que *Industrias Blackwell* tenía para ofrecerles.

Tras acordar que le enviaríamos el contrato para que lo firmara cuando estuviéramos de vuelta en Nueva York, nos despedimos y abandonamos la clínica para subir al coche, que nos llevó de vuelta al hotel.

—El restaurante está por aquí — dijo mi jefe, con la mano en la parte baja de mi espalda, señalando hacia la derecha de la recepción—. Hay una mesa reservada para comer.

—Pues disfrute de la comida, yo me voy a mi habitación.

—¿No va a comer? —Frunció el ceño.

—Pediré algo al servicio de habitaciones —me aparté un poco.

—Señorita Davenport —serio y frío, como de costumbre.

—¿Qué? ¿Esto también lo va a considerar desobediencia por mi parte? Voy a comer sola, no me necesita en estos momentos. Soy su secretaria, nada más.

Fui hacia el ascensor, entré y subí hasta la última planta. Si quería enfadarse por eso, que se enfadara, no tenía por qué obedecer todo lo que él quisiera que no fuera por trabajo.

Entré en la habitación, me quité los zapatos y tras dejar el maletín y el bolso en la cama, cogí el teléfono para pedir algo de comer.

Mientras esperaba deshice el equipaje, y cuando lo tenía todo colocado llamaron a la puerta. Abrí, y ahí estaba la chica sonriendo con un carrito en las manos.

Lo dejó junto a la mesa y cuando me quedé sola, disfruté de mi comida, una ensalada y un delicioso entrecot muy hecho con patatas.

Tras tomarme el café cogí el móvil y llamé a la tía Molly.

—Hola, cielo. ¿Qué tal ha ido el vuelo?

—Hola, tía Molly. Bien, muy tranquilo. ¿Cómo se está portando Lily?

—Súper bien, como siempre —noté que sonreía—. Deja de preocuparte por eso, anda.

—Vale —sonreí—. ¿Está despierta?

—Ajá, y esperando la llamada de su mami —no esperaba que fuera así, pero me alegraba.

No tardé en oír la dulce e infantil voz de mi niña, y me sacó una carcajada cuando fue directa al grano, sin decirme hola siquiera.

—¿Qué me vas a comprar, mami?

—Pero bueno, ¿es que debería comprarte algo?

—No vas a estar aquí conmigo en muchos días. Mira, el papá de mi amiga Gina viaja mucho por trabajo, y siempre que vuelve a casa le lleva un regalo.

—Es la primera vez que salgo de la ciudad por trabajo, cariño —le recordé.

—Y voy a estar muchos días sin verte.

—No es como si no fuera a volver nunca, jovencita —le reñí, sin poder evitar sonreír—. Veré que puedo llevarte, ¿vale?

—Vale. Mami.

—Dime, mi vida.

—Te quiero mucho.

—Oh, y yo a ti, cariño.

Se me saltaron las lágrimas, pero no lloré, me armé de valor para no hacerlo y hablé con ella un poco más, hasta que le dije que fuera a echarse la siesta hasta que la tía Jane fuera a recogerla.

Me despedí de la tía Molly, quedando en llamarla al día siguiente otra vez, y tras colgar, fui a darme un baño relajante antes de cambiarme.

—Y voy a estar muchos días sin verte.

—No es como si no fuera a volver nunca, jovencita —le reñí, sin poder evitar sonreír—. Veré que puedo llevarte, ¿vale?

—Vale. Mami.

—Dime, mi vida.

—Te quiero mucho.

—Oh, y yo a ti, cariño.

Se me saltaron las lágrimas, pero no lloré, me armé de valor para no hacerlo y hablé con ella un poco más, hasta que le dije que fuera a echarse la siesta hasta que la tía Jane fuera a recogerla.

Me despedí de la tía Molly, quedando en llamarla al día siguiente otra vez, y tras colgar, fui a darme un baño relajante antes de cambiarme.

Capítulo 18



Estaba ya con el pijama puesto echando un vistazo a la carta de comida del servicio de habitaciones, cuando llamaron a mi puerta y fruncí el ceño porque no esperaba a nadie.

Al abrir me encontré con mi jefe, con un pantalón vaquero negro, al igual que la camiseta que llevaba.

—¿No tiene más colores en su vestuario? —curioseé arqueando la ceja.

—No —respondió—. Cámbiese, vamos a cenar.

—No voy a bajar con usted, me quedo aquí sola —fui a cerrar la puerta, pero lo impidió con su gran mano en la madera, abrió y no tardó en colarse en mi habitación—. ¿Qué hace?

—Quedarme a cenar aquí con usted —dijo caminando hacia la mesa donde estaba la carta.

—¿Y si no quiero que se quede?

—No me gusta comer solo —se encogió de hombros, pero no me miraba.

Suspiré, volteé los ojos y cerré la puerta pensando en qué sería lo que yo había hecho para ganarme un jefe tan desquiciante.

—¿Qué le apetece cenar? —preguntó.

—Lo que sea, me da igual —me senté en la silla mirando por el balcón, que tenía abierto, y por el rabillo del ojo lo vi sonreír de medio lado.

Maldito hombre que se creía que podía hacer y deshacer todo cuanto me rodeaba.

Cogió el teléfono y lo escuché pedir una botella de vino blanco, unas tostas de queso y salmón, y pescado para los dos. Menos mal que no era delicada para las comidas, porque de lo contrario, le habría mandado a paseo por pedir aquello.

—Bonito pijama —dijo sentándose frente a mí.

—Estoy en mi habitación, y no pensaba salir, así que… —Me encogí de hombros.

—Le sienta bien, se amolda a todas sus curvas —me miraba con la cabeza ladeada, y sentí que me estremecía al ser objeto de aquellas miradas cargadas de deseo y lujuria, porque era eso lo que veía en sus ojos, no me cabía la menor duda.

—¿A qué hora salimos mañana para la siguiente reunión? —pregunté, cambiando de tema.

—A las ocho la espero para desayunar en la cafetería, saldremos para el hospital a tiempo de reunirnos a las nueve con el director.

—Perfecto.

Y nos quedamos en silencio, ese silencio al que mi jefe me tenía tan acostumbrada, hasta que fue roto por la llamada a la puerta y él se levantó para ir a abrir.

El camarero dejó el carrito con la cena junto a la mesa, y cuando nos quedamos de nuevo a solas, comimos con ese mismo silencio. Al menos no nos tirábamos imprudencias o indirectas el uno al otro.

En cuanto a comida se refería, mi jefe tenía buen gusto, estaba todo delicioso.

Cuando acabamos de cenar sirvió de nuevo vino en nuestras copas y tras dar un sorbo, me levanté al escuchar el sonido de llegada de mensaje a mi móvil.

Sonreí al ver la foto que me había enviado Jane, en la que ella y mi hija tenían la cara llena de harina, y donde me explicaba que habían estado haciendo un bizcocho de chocolate.

Cloe: *No quiero ni imaginar cómo ha quedado la cocina. Dale un beso a mi niña de mi parte. Os quiero.*

Dejé el móvil de nuevo en la mesita de noche y, cuando me giré, vi a mi jefe a solo unos pocos pasos.

—Por Dios, ¿quiere matarme de un susto? —exclamé con la mano en el pecho.

—Por supuesto que no. ¿Malas noticias? —preguntó señalando el móvil.

—No, solo era mi amiga.

Asintió, dio un sorbo a su copa de vino y se quedó allí delante de mí, observándome con sus ojos fijos en los míos

esos que de vez en cuando y con muy poco disimulo bajaban hasta mis labios.

Me ponía nerviosa que me mirara de ese modo, fui a apartarme, pero evitó que lo hiciera cogiéndome de la muñeca.

—¿Por qué quiere huir de mí, señorita Davenport?

—No estoy huyendo —fruncí el ceño, y quise seguir hablando, pero no me dejó.

—Lo hace, constantemente quiere huir de mí. ¿Acaso me tiene miedo?

—No.

—¿Teme que intente hacer algo?

—No es que tema nada, simplemente intento evitar que ocurra algo.

—Algo, como… ¿esto? —preguntó en un susurro ronco y sensual mientras se inclinaba, posando sus labios en los míos.

Por Dios Santo, precisamente esto era lo que quería evitar, pero no sabía qué tenía ese hombre que me hacía imposible alejarme de él y romper aquel beso.

Cerré los ojos en el momento en el que noté que su mano abandonaba mi muñeca y me envolvía la nuca con ella, acercándome aún más a su boca, a ese beso dominante y posesivo, evitando que me alejara.

Cuando al fin se apartó y nos miramos fijamente, sentí algo que no podía describir con palabras. Pero él estaba casado, y yo era su secretaria.

—No vuelva a hacer eso —dije sin apartar la mirada de él.

—Es inevitable, señorita Davenport.

—Está casado, y si el asunto es que usted tiene una relación de pareja abierta con su mujer, me parece bien, cada quién es dueño de su vida y de vivirla como quiera. Pero yo no soy esa clase de mujer.

—¿Qué clase de mujer? —preguntó mirándome fijamente, con la mano aún en mi nuca— ¿De las que disfrutan plenamente de su sexualidad?

—De las que se meten en medio de un matrimonio —sentencié.

—Como bien dice, señorita Davenport, mi relación de pareja es abierta, y usted no solo puede, sino que debe entrometerse en ella —susurró de ese modo sensual que me hacía estremecer, y volvió a besarme.

Mi cabeza me pedía a gritos que dijera algo, que me negara a eso, le decía a mi cuerpo que se apartara, y este sencillamente parecía dispuesto a querer desobedecerme en cada petición.

No me di cuenta de en qué momento había dejado su copa de vino en la mesa, por eso el hecho de sentir su otra mano adentrándose bajo la tela de mi camiseta, hizo que me sobresaltara con un leve respingo.

Notaba cómo todo mi cuerpo se estremecía bajo el contacto de la yema de sus dedos en mi piel, y cuando la mano cubrió por completo mi pecho desnudo, no pude evitar dejar escapar un leve gemido.

Masajeó el pecho, deslizó el pulgar sobre mi pezón con movimientos lentos y circulares, haciendo que este se fuera endureciendo y hasta quedar erecto, al igual que noté el otro sin que le hubiera tocado.

Abandonó mis labios para besar el cuello, noté su lengua deslizándose en una lenta lamida por esa zona delicada y sensible, extremadamente sensible debía admitir a juzgar por cómo me excitaba, y no tardó en coger la camiseta del pijama y quitármela.

Estaba perdida en ese momento de lujuria, viendo cómo mi jefe, con su gran altura, se inclinaba hasta llevar uno de mis pechos a su boca. Cerré los ojos y me mordí el labio ante aquello, mientras él succionaba y lamía el pezón con la lengua, mientras masajeaba el otro, el cual no tardó en atender de ese mismo modo.

Llevó una mano a mi vientre, deslizándose muy lentamente por él hasta colarla en la tela del pantalón y la braguita, y el calor que sentí que emanaba de la palma cubriendo mi sexo por completo, hizo que gimiera de nuevo.

Noté que sonreía ante tremenda victoria con sus labios aún en mi pecho, y volví a pedirle a mi cuerpo que obedeciera y se apartara, pero no lo hizo, y me quedé allí inmóvil y temblorosa mientras mi jefe lamía mis pezones y tocaba mi zona íntima y, para qué mentir a estas alturas, excitada y húmeda.

Deslizó el dedo entre mis pliegues, despacio, sin prisa, de un modo casi tortuoso, hasta que sentí su dedo corazón penetrándome despacio, y gemí esta vez más alto y sin pudor.

Todo mi cuerpo temblaba, estremeciéndose ante el placer que sentía, a pesar de que yo sabía que esto no estaba bien, que por mucho que él mantuviera una relación de pareja abierta con su mujer, yo no debería estar así con él, pues era mi jefe.

Comenzó a penetrarme un poco más rápido y noté que sus labios bajaban en un camino de besos húmedos por mi vientre, abrí los ojos y lo miré, él parecía tan concentrado en lo que fuera que estuviera pensando en hacer a continuación que no se dio cuenta que estaba observándolo.

Miraba mi cuerpo al tiempo que lo acariciaba con la mano libre de un modo que me llamó la atención, era como s fuera una especie de pieza única que él quería tener en ese momento.

Llegó al borde del pantalón y noté que lo cogía con los dientes y tiraba de la cintura un poco, lo soltó y entonces me miró fijamente con esos ojos negros y brillantes, cargados de lo que a todas luces era deseo, puro y carnal deseo de tenerme esa noche.

Sin apartar la mirada de la mía, cogió la cintura del pantalón, así como de la braguita y bajó ambas prendas, tragu con fuerza al verme expuesta y desnuda ante él, y no puse resistencia cuando me quitó la ropa, separando mis piernas después, y quedando, literalmente, de rodillas ante mí.

Volvió a llevar la mano a mi entrepierna, gemí al notar cómo cubría todo con ella y en el momento en el que me penetró, dejé caer la cabeza hacia atrás mientras gemía.

Lo siguiente que sentí fue su lengua entre mis pliegues, lamiendo una y otra vez sin el más mínimo pudor, sin la intención de detenerse, y ante el estremecimiento por la excitación que me había provocado, tuve que apoyar ambas manos en sus hombros.

Clavé las uñas en ellos y lo escuché jadear mientras lamía sin descanso.

Me encontraba perdida por completo en ese mar de sensaciones que provocaba en mí, y cuando noté que aumentaba el ritmo y me penetraba más rápido y profundo al tiempo que lamía más y más rápido, me abandoné por completo al placer y la lujuria de lo prohibido y grité mientras liberaba el clímax.

No se detuvo, no paró de lamer y penetrar hasta que me corrí con más fuerza de la que podía recordar de las veces que tuve sexo con mi ex, y apreté con tanta fuerza la carne de sus hombros, que temía que le hubiese dejado marcadas las uñas profundamente.

Lamió una última vez mientras me miraba a los ojos y tragué con fuerza al ver el resultado de nuestro encuentro en sus labios, esos que brillaban por mis fluidos.

—No voy a permitir que no se entrometa en mi matrimonio, señorita Davenport —dijo mirándome fijamente, mientras mi cabeza quedaba inclinada hacia atrás para poder verlo—. Sea una entrometida, y disfrute de todo lo que tengo para darle —me besó, y cerré los ojos presa del deseo y la excitación.

Pensé que iba a tomarme en ese momento, que acabaría llenándome con su enorme y prominente erección, esa que me hacía temblar al notarla en mi vientre, pero se apartó.

Rompió el beso y me miró una última vez fijamente a los ojos antes de alejarse de mí, e ir hacia la puerta, dejándome allí sola y desnuda, preguntándome qué era lo que ese hombre pretendía de mí.

¿Acaso tan solo se saciaba con darme placer a mí?

Sacudí la cabeza para dejar de pensar en lo que no debía, cogí mi ropa y fui al cuarto de baño para darme una ducha rápida, volví a vestirme y me metí en la cama maldiciendo lo tonta que había sido al dejar que volviera a pasar.

Pero no podía evitarlo, ese hombre tenía algo, no sabía qué, pero algo en él me atraía a dejarme llevar, a sacar un lado que no conocía, y no solo a que me volviera una contestona con él, cuando se ponía en ese plan de jefe mandón que sacaba lo peor de mí.

Deseo y lujuria, tenía claro que eso sentía cuando estábamos a solas, cuando sus labios y sus manos se adueñaban por completo de mi cuerpo y dejaba de ser mío, para ser únicamente de él.

Debía pararlo, estaba claro que eso era lo que debía hacer, pero no podía ni sabía cómo hacerlo, puesto que cuando el oscuro y peligroso Kirk Blackwell me envolvía con su presencia y magnetismo, me olvidaba de todo y me entregaba a él.

Estaba casado, era mi jefe y a juzgar por sus evidentes erecciones que había notado, me deseaba tanto como yo a él. Por lo tanto, me preguntaba: ¿podía ser esa mujer entrometida en su matrimonio que él quería y deseaba que fuera?

¿Acaso tan solo se saciaba con darme placer a mí?

Sacudí la cabeza para dejar de pensar en lo que no debía, cogí mi ropa y fui al cuarto de baño para darme una ducha rápida, volví a vestirme y me metí en la cama maldiciendo lo tonta que había sido al dejar que volviera a pasar.

Pero no podía evitarlo, ese hombre tenía algo, no sabía qué, pero algo en él me atraía a dejarme llevar, a sacar un lado que no conocía, y no solo a que me volviera una contestona con él, cuando se ponía en ese plan de jefe mandón que sacaba lo peor de mí.

Deseo y lujuria, tenía claro que eso sentía cuando estábamos a solas, cuando sus labios y sus manos se adueñaban por completo de mi cuerpo y dejaba de ser mío, para ser únicamente de él.

Debía pararlo, estaba claro que eso era lo que debía hacer, pero no podía ni sabía cómo hacerlo, puesto que cuando el oscuro y peligroso Kirk Blackwell me envolvía con su presencia y magnetismo, me olvidaba de todo y me entregaba a él.

Estaba casado, era mi jefe y a juzgar por sus evidentes erecciones que había notado, me deseaba tanto como yo a él. Por lo tanto, me preguntaba: ¿podía ser esa mujer entrometida en su matrimonio que él quería y deseaba que fuera?

Capítulo 19



Esa mañana no bajé a desayunar con él, me quedé en la habitación a solas necesitando ese momento para mí, para pensar en lo que había ocurrido ya en dos ocasiones con mi jefe, con mi jefe casado para más martirio mío.

Y tras haber pasado gran parte de la noche sin dormir, dando vueltas en la cama, rememorando lo que había sentido en sus manos, el modo en el que me miraba y cómo se había marchado, con esa prominente erección bajo los pantalones, me preguntaba si recurrió a su propio alivio o, por el contrario, llamó a alguien.

Confesó tener una relación de pareja abierta con su mujer así que no sería de extrañar que, teniendo muchos clientes en esta ciudad, también tuviera amantes en ella y hubiese llamado a alguna.

Por qué pensaba en eso y me mortificaba el hecho de saber que tocaba a otras como me había tocado a mí, era algo que aún seguía sin comprender, salvo que era evidente que de algún modo me sentía atraída por el señor Blackwell.

Tras un último vistazo a mi atuendo, ese formal y de secretaria decente que siempre llevaba, cogí el bolso y el maletín de trabajo y bajé a la recepción donde lo encontré esperándome, mirando algo en su móvil.

Como si fuera capaz de adivinar cuándo estaba en la misma estancia que él sin necesidad de verme, apartó la vista del móvil y miró hacia mí. Sus negros ojos me hicieron estremecer de pies a cabeza y sentí una punzada de deseo indescriptible en mi zona íntima.

Maldito fuera mi cuerpo que reaccionaba a él de ese modo, a pesar de que mi cabeza se empeñara en no hacerlo.

Caminé con la cabeza alta sin mirarlo más de la cuenta hasta pasar por su lado, esperando que mi voz no sonara diferente de como solía hacerlo, no quería que nada me delatara, que él supiera que, sin necesidad de tocarme, mi cuerpo reaccionaba.

—Buenos días —saludé lo más seria que pude y continué caminando hacia la puerta del hotel, saliendo a la calle donde ya nos esperaba el chófer con el coche que nos había recogido en el aeropuerto y que nos llevaba a las reuniones.

Al verme llegar, el chófer hizo una leve inclinación de cabeza al tiempo que abría la puerta de la parte trasera, sonreí dándole los buenos días y tomé asiento en mi lugar, pegada a la puerta contraria y dejando mis cosas en el centro, a modo de barrera como separación de mi jefe.

Él, se acomodó apenas unos segundos después, serio e imperturbable, y al igual que el día anterior el silencio nos acompañó durante el viaje.

La primera parada fue en un hospital, nos reunimos con el director, expuso lo que necesitaban sus instalaciones y el señor Blackwell le ofreció lo mejor para ellos.

Tras dos horas de escucharlos hablar y tomar notas, nos despedimos y regresamos al coche, para bajar un par de calles después y tomar un desayuno que me pasé revisando la Tablet y respondiendo con monosílabos a mi jefe.

La segunda reunión tuvo lugar media hora más tarde en una clínica privada, y después de una hora y media con el director de esta, volvimos al coche para que nos llevara al hotel.

De nuevo el silencio entre ambos como compañía, hasta que el chófer bajó del coche y mi jefe cerró las puertas ante mi estupor.

—¿Qué hace? —Fruncí el ceño.

—Dado que parece que no quiere hablar conmigo delante de nadie más, he tomado medidas —contestó.

—Deje que el chófer abra, o pensará que usted…

—Me importa un carajo lo que piense —apartó mi bolso y el maletín, que cayeron a nuestros pies, y tiró de mi brazo hasta quedar pegada a él, con su mirada oscura y poderosa fija en la mía—. Podría hacer ahora mismo lo que deseo, lo que usted desea, y nadie diría nada —dijo con voz severa, pero con absoluta seguridad—. No intente fingir que no siente nada, porque sé que lo siente absolutamente todo. Sé que necesita lo mismo que yo, que lo quiere tanto como yo, y le aseguro que me lo acabará pidiendo, señorita Davenport —murmuró, con los labios a escasos centímetros de los míos, esos que lamí de manera inconsciente, provocando que mi jefe mirara hacia ellos con los ojos velados por el deseo, y se lanzó a ellos devorándolos sin pudor alguno—. Usted me pedirá que la folle —susurró al apartarse, con los ojos fijos en los míos—, se lo oiré decir antes o después.

—Jamás —dije en un hilo de voz—. Jamás pediría algo así —traté de sonar convincente, pero si mi cuerpo me traicionaba de ese modo y él lo sabía, no me creería nunca.

—Eso ya lo veremos —contestó antes de quitar los seguros de las puertas y abrir ligeramente la suya para que el chófer supiera que íbamos a bajar.

Lo hice detrás de él, tras coger mis cosas, y por el calor que sentía en las mejillas sabía que estaba sonrojada.

Apenas si miré al chófer por el rabillo del ojo, pero él no me estaba mirando, cosa que agradecí, y me despedí con un rápido y apenas susurrado adiós.

Una vez entramos en el hotel, mi jefe se detuvo a ver qué hacía yo, si lo seguía hasta el restaurante para comer juntos o, como el día anterior, me iba a mi habitación. Yo tenía claro que optaría por esta segunda opción, así que me retiré sin siquiera mirarlo.

Tras quitarme los zapatos cogí el teléfono y pedí al servicio de habitaciones algo rápido para comer, hablé con la tía Molly y con mi pequeña Lily mientras me tomaba el café, y pasé el resto de la tarde trabajando en la redacción de los borradores del contrato para el hospital y la clínica.

Fue a eso de las ocho cuando decidí parar y tomar un baño, uno de esos relajantes mientras escuchaba algo de música y disfrutaba de la tranquilidad.

Tranquilidad que se vio interrumpida por unos leves golpes en la puerta.

Fruncí el ceño al ver que volvían a llamar por segunda vez y salí de la bañera, me puse el albornoz y por un momento pensé que tal vez mi jefe había pedido la cena para mí, algo que agradecería, pero que también me molestaría.

Pero no era nadie del servicio de habitaciones a quien encontré al otro lado, esperando en el pasillo, sino a él, a mi jefe, vestido completamente de negro como esa mañana, con el traje, la camisa y la corbata, el pelo ligeramente revuelo y esa mirada oscura y pecaminosa que ahora recorría mi cuerpo apenas cubierto con el maldito albornoz.

—¿Qué hace aquí? —pregunté en un tono neutro.

—Cenar con usted, le dije que no me gusta comer solo —contestó apartando la puerta y haciendo que yo me tuviera que ir hacia un lado para que pasara.

—Claro que sí, adelante, como si estuviera en su habitación —protesté indignada.

—Podría serlo, la estoy pagando yo, de hecho —dijo metiendo ambas manos en los bolsillos mientras se giraba para mirarme.

—La empresa —corregí cerrando la puerta—. La está pagando la empresa.

—Yo soy la empresa, señorita Davenport. Yo soy, *Industrias Blackwell*.

—Sí, sí, disculpe por olvidar ese pequeño dato —pasé por su lado para ir hacia el cuarto de baño con una necesidad imperiosa de vestirme, y él me cogió por la muñeca en un movimiento rápido.

—Odio que sea como el jodido aceite, quedando siempre por encima —dijo en un tono bajo mientras me miraba fijamente—. Si tan solo estuviera encima en otro aspecto, señorita Davenport.

Me miraba con deseo y lascivia, ya no tenía la menor duda. Ese hombre quería más de lo que ya había tomado de mí, y eso hacía que me sintiera deseada, sí, y al mismo tiempo avergonzada por el hecho de querer que mi jefe me hiciera todas esas cosas que mi mente nublada por el deseo la noche anterior imaginó sin mi permiso.

Quise hablar, por Dios qué sí, pero no pude, y mucho menos cuando él tiró de mí, hasta rodearme con el brazo por la cintura y asegurarse con la mano en mi nuca de que no me apartaba de él mientras devoraba mis labios en un beso rudo, posesivo y caliente como el mismo Infierno.

Gemí en su boca notando mi cuerpo temblar, estremeciéndome de pies a cabeza bajo la tela del albornoz que me cubría, pero a pesar de tenerlo me sentía desnuda ante él.

Apretó aún más su agarre clavando ligeramente los dedos en la carne de mi cadera, lugar en el que reposaba su gran mano, esa que desprendía un calor abrasador y podía sentir incluso a través de la tela.

Me mordisqueó el labio una vez, volvió a besarme con lo que a todas luces era desesperación pura y dura, para dejar otro suave mordisco en mi labio.

Noté el momento en el que su erección palpitaba bajo la ropa que la cubría golpeando mi vientre, gemí en respuesta y mi jefe dejó escapar un gruñido bajo que salió de lo más profundo de su ser.

—Detenme —dijo en un tono bajo y desesperado con los labios a solo unos milímetros de mi boca—. Detenme, Cloe.

Tragué con fuerza aún con los ojos cerrados, los abrí para mirarlo y vi que los suyos estaban observándome con ese brillo que había visto otras veces.

Debía detenerlo, sí, lo sabía, pero ese algo que me hacía sentir mi jefe me impedía decirle que parara.

¿Qué hice en su lugar? Llevar mi mano a su nuca, acariciarla despacio con las yemas de mis dedos y ver cómo el hombre serio y poderoso que tenía delante cerraba los ojos ante aquella leve caricia, incluso noté que se estremecía ligeramente, y cuando tiré de él para acercarlo a mí, no opuso resistencia.

Nuestros labios se unieron en un beso de los que él me daba, desesperado, urgente, salvaje y necesitado, y gemimos al unísono a sabiendas de que los dos estábamos seguros de lo que iba a pasar a continuación entre mi jefe casado y yo.

Capítulo 20



Mi jefe me cogió por la cintura en un rápido movimiento alzándome en brazos y mientras se sentaba en el borde de la cama, me colocaba sobre sus muslos a horcajadas, todo ello sin romper nuestro apasionado y desesperado beso.

Mantenía la mano en mi nuca evitando que me apartara, y noté que con la otra deshacía el nudo del cinturón del albornoz con el que me mantenía cubierta. Sentí una leve brisa en la piel cuando hizo la tela a un lado, y no tardé en estremecerme ante el contacto de la yema de sus dedos deslizándose por mi cuello, bajando hasta alcanzar uno de mis pechos.

Jugó con el pezón entre sus dedos, despacio, pellizcándolo, tirando de él hasta hacer que mis leves jadeos pasaran a ser gemidos agónicos.

Apartó los labios de los míos y fue dejando breves besos en mi cuello, el hombro, el torso y acabó llevándose el pecho a la boca con avidez.

Yo tenía los ojos cerrados mientras mis dedos permanecían entrelazados en su cabello, suave como la seda debía admitir, y gemí con más fuerza al notar el leve mordisco que dio a mi pezón.

No pude evitar moverme sobre él, rozar mi sexo desnudo y excitado sobre la más que evidente y gruesa erección que se ocultaba entre sus piernas, lo que hizo que un gemido desesperado saliera de mis labios al mismo tiempo que él dejaba escapar un sonido ronco y gutural.

Continuó bajando la mano por mi vientre, haciendo que este se me contrajera en un acto reflejo ante la caricia, y cuando deslizó dos dedos entre mis ya más que húmedos pliegues, gemí con desesperación mientras me agarraba con más fuerza a su cabello, acercándolo a mí de tal modo, que su ávida y lasciva boca abarcó con lujuria mi pecho en su interior y lamió el pezón con descaro.

Moví de nuevo mis caderas sobre su erección y me atrevería a decir que aquello le gustaba, por el modo en el que movió su pelvis hacia arriba haciéndome gritar.

Sentí uno de sus dedos penetrándome despacio, llegando tan hondo como podía, saliendo de nuevo y haciendo el

mismo movimiento una y otra vez.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y noté un escalofrío recorriéndome el cuerpo entero, ese hombre sabía cómo hacer que una mujer vibrara entre sus brazos.

Me penetró una y otra vez, despacio, sin prisa, como si quisiera prolongar aquella agonía durante horas, mientras yo seguía gimiendo, gritando y tirando de él, que lamía ahora el otro pezón y lo mordisqueaba llevándome directa al borde del abismo.

Notaba cómo mi cuerpo se estremecía entre sus manos, cómo parecía prepararse para lo que inevitablemente iba a ocurrir en cuestión de minutos, y cuando sentí que el orgasmo se hacía aún más notorio para mí, retiró los dedos y lo miré con el ceño fruncido.

—Esta vez no será como las anteriores, pequeña —susurró, mirándome con los ojos completamente oscurecidos.

Se llevó un dedo a la boca, y al ver cómo lo saboreaba, sentí que me moría de vergüenza. Noté las mejillas ardiendo al ver cómo sus ojos parecían aún más oscuros mientras saboreaba el fruto de lo que me había hecho, y me sorprendió aún más cuando escuché que gemía.

Sin apartar la mirada de mí, y tras lamer su dedo con auténtica gula, a mi modo de ver, acercó el otro a mis labios y los acarició levemente unos segundos hasta que lo detuvo en el centro, tiró del labio inferior hacia abajo y me incitó a abrir la boca, momento en el que introdujo el dedo en ella.

—Eres jodidamente deliciosa —murmuró con los ojos negros como la noche, brillantes, lascivos y perversos, dejando claro que no había terminado.

Me encontré a mí misma lamiendo su dedo, saboreando mi esencia sin apartar los ojos de él, algo que jamás había hecho ni pensé nunca que haría, mientras él me miraba como si estuviera pensando en mil formas de devorarme como si fuera un lobo, y yo una simple pieza que cazar.

Seguí lamiendo su dedo y noté su erección palpitante en mi centro, sobre mi clítoris excitado y anhelante, y cerré los ojos disfrutando de lo que hacía cuando lo escuché gemir a él. Sin duda por su mente había pasado lo mismo que por la mía, que era otra parte de su cuerpo la que yo tenía en mi boca en ese momento.

Volví a sentir su palpitante y masculina virilidad en mi centro, y gemí en respuesta, él jadeó y noté una punzada de deseo recorriéndome por completo.

Nunca antes me había sentido así, y cuando noté que llevaba la otra mano a mi sexo, volviendo a penetrarme de nuevo, gemí de placer.

—Tu cuerpo no puede negar lo que desea, pequeña —murmuró acercando los labios a mi oído. Lamió el lóbulo

despacio, de manera lasciva y lo siguiente que sentí fue un leve mordisco en él antes de ir a la parte sensible del cuello, esa que lamió y besó—. Me lo vas a pedir —dijo, y abrí los ojos para encontrarme con su mirada negra como la noche, al tiempo que retiraba el dedo de mi boca y acaricia el labio inferior con el pulgar—. Me vas a pedir que lo haga esta noche.

Hablaba con tanta seguridad que mi cabeza incluso le daba la razón. Volvió a besarme con lujuria mientras sus dedos se adentraban rápido en mi vagina, tirando hacia él para arrancarme un gemido tras otro, sin perder en ningún momento esa fiereza posesiva en el beso.

Estaba a punto de correrme de nuevo y él se detuvo, lo miré frunciendo el ceño y con la respiración agitada y él sonrió de medio lado.

—Me lo vas a pedir, pequeña.

—¿Quiere que le pida que me permita correrme? —pregunté, confusa.

—No, eso te diré yo cuándo puedes hacerlo.

—Está de broma.

—No bromeo en esto —me dio un beso rápido—. Lo que me vas a pedir es que te folle —aseveró con los ojos oscuros y lascivos fijos en los míos.

Me quitó el albornoz, ese que acabó en el suelo junto a sus pies, y volvió a lamer mis pechos y morder los pezone haciendo que gritara por el dolor y el placer que eso me había provocado.

—¿Por qué no puedo correrme sin que me lo permita? —pregunté cuando me besaba el cuello y el hombro— No irá a decirme que hasta en el sexo el señor Blackwell tiene que estar al mando.

—Yo no lo habría dicho mejor —me miró, y llevó la mano a mi cabello para colocarme un mechón tras la oreja —. No imaginas lo mucho que me place que me llames así, Cloe —acarició mi labio con el pulgar sin apartar la mirada de mis ojos.

—¿Ya no soy la señorita Davenport? —Arqueé la ceja.

—Siempre serás la señorita Davenport, pero me gusta más llamarte por tu nombre. ¿Alguna vez escucharé el mío salir de tus labios? —curioseó, mirándolos con ese anhelo que había visto antes.

—Tal vez —susurré sin poder evitar llevar mis manos a su cabello, enredar los dedos en él y moverme sobre su erección mientras me penetraba con un dedo y torturaba mi clítoris con el pulgar.

—Recuerdas lo que te dije cuando te contraté —murmuró llevando el pulgar a mi boca, y no dudé en acogerlo y lamer despacio, haciendo memoria, hasta que él habló—. Yo, te ordeno, y tú, obedeces —asentí, quise decir que eso sería solo en el trabajo, pero no me dio tiempo a hablar antes de que él lo hiciera—. En el sexo me gusta tener todo el control, Cloe, y cuando digo todo, es todo, pequeña —retiró el dedo.

—Cómo, ¿todo? —murmuré, con un hilo de voz, mientras notaba el placer que me daba su pulgar en mi clítoris y sus dedos entrando y saliendo.

—Todo. Ordeno y quiero obediencia. Lo mío no es el sexo convencional, ¿entiendes? —preguntó y tragué con fuerza.

Porque no era tonta, y aunque no hubiera practicado demasiado sexo en toda mi vida, sabía a lo que se estaba refiriendo por lo que había leído en algunas novelas.

—Me gusta atar, azotar, usar geles y juguetes, hacerlo duro —dijo haciendo que me estremeciera—. Y quiero hacer todo eso contigo, pequeña.

—¿Por qué conmigo? Su esposa, sus amantes…

—Porque desde que te vi en mi despacho he imaginado cómo sería tenerte a mi merced.

—No sé si podría —incliné la mirada, muerta de vergüenza, y llevé una de mis manos sobre la suya tratando de apartarla de mi sexo.

s

—Quiero que lo pruebes, quiero que me dejes hacerte sentir lo que el sexo puede darte, pequeña.

—¿Por qué cree que disfrutaría dejando que me ate, o me azote?

—Porque lo veo en tus ojos cuando te toco, cuando te dejas hacer. Sé que mantienes una lucha contigo misma, que tu cabeza dice una cosa y tu cuerpo no obedece, que reacciona a mí de una manera extraordinaria. Prueba, pequeña, deja que te muestre esta noche un poco de lo que puedes sentir.

Tragué con fuerza y tal como acababa de decir, mi cabeza decía no, pero mi cuerpo pedía a gritos que dijera que sí.

Finalmente asentí, él sonrió de medio lado sabiéndose con la victoria, y me besó de un modo rudo y fiero mientras comenzaba a penetrarme más y más rápido al mismo tiempo que su pulgar torturaba aún más mi clítoris.

Solo que al igual que en las anteriores ocasiones, se detuvo antes de hacer que me corriera.

—Todavía no, pequeña —besó mi frente y se levantó llevándome consigo, girando para recostarme en la cama.

s

Capítulo 21



Me quedé allí desnuda y expuesta ante él, observando cómo se quitaba la chaqueta del traje, cómo deshacía el nudo de su corbata y la arrancaba rápido de su cuello para dejarla a mi lado. Uno a uno desabrochó los botones de la camisa y se la quitó como si le quemara, lanzándola al suelo. Desabrochó el pantalón y los bajó junto con el bóxer hasta quedarse completamente desnudo.

Ante mí no tenía a un hombre cualquiera ni mucho menos, tenía a un hombre poderoso y exigente, hambriento y fiero que me contemplaba con esos ojos oscuros y lascivos sin el más mínimo pudor.

Su cuerpo era fibroso, definido y cuidado, tenía brazos fuertes, abdominales trabajados en el gimnasio, y una erección que juraría no entraría en mí.

Cuando lo vi llevar su mano justo ahí, envolverla con decisión y comenzar a tocarse a sí mismo, observándome fijamente, me pareció un momento de lo más erótico y sentí que me excitaba, incluso noté que mis pezones se ponían un poco más erectos y duros de lo que ya estaban.

—¿Alguna vez te has tocado, pequeña? —preguntó con curiosidad, tragué con fuerza y aparté la mirada, mortificada por la vergüenza. No tardé en notar el peso de su cuerpo en la cama, y dos dedos en mi barbilla haciendo que lo mirara— No eres virgen, lo habría notado —aseveró—. ¿Qué te avergüenza?

—No me he tocado nunca —contesté aún con más vergüenza, pero es que era así, no tenía intimidad con la niña durmiendo en la misma habitación que yo, pero eso no podía decírselo—. Solo me han tocado a mí.

—Quiero que te toques —dijo sin apartar la mirada de mí—. Tócate como yo lo he hecho —y seguía tocándose a sí mismo de ese modo que me hacía excitar.

Llevé ambas manos a mis pechos, los acaricié despacio, pellizqué los pezones y tiré de ellos. En ese momento él llevó dos dedos a mis labios, separándolos para que los acogiera en mi boca, y lo hice.

Mientras los succionaba y él se tocaba, jadeando con la mirada fija en la mía, bajé mis manos despacio por el vientre hasta alcanzar esa zona húmeda, excitada y necesitada. Separé ligeramente mis labios vaginales con los dedos de una de ellas, y comencé a tocarme con la otra.

—Así, pequeña —gruñó, y cerré los ojos mientras notaba que me excitaba aún más.

Llevé el dedo a mi vagina y comencé a penetrarme sin la menor vergüenza ante sus ojos, gimiendo mientras él llevaba sus dedos al interior de mi boca al mismo ritmo que me penetraba a mí misma.

Aquello era mucho más de lo que alguna vez pensé que sentiría, y que me perdonase Dios por estar en ese momento tan fuera de mí, mostrándome más lasciva que nunca.

Estaba a punto de correrme, pero la orden de mi jefe hizo que me detuviera al momento y abriera los ojos para mirarlo.

—Todavía no —retiró los dedos de mi boca, dejó de tocarse y cogió la corbata que había dejado a mi lado.

Acto seguido sostuvo mis muñecas con una mano, uniéndolas, y las inmovilizó con la corbata, llevándolas por encima de mi cabeza.

—Las quiero ver ahí, ¿entendiendo?

—Sí —murmuré, y se inclinó para besarme con rudeza sin soltar aún mis manos.

Cuando se retiró, vi que comenzaba a moverse hasta que se detuvo con la erección, brillante por algunas pequeñas gotas de su esencia en la punta, a solo unos centímetros de mis labios.

—Ábrelos, pequeña —acarició mis labios mientras volvía a tocar su erección con la otra mano—. Quiero sentirlos alrededor.

Tragué con fuerza y obedecí esa orden al ver el deseo en sus brillantes ojos.

La acogí en mi boca y jadeó cerrando los ojos al sentir mis labios y mi lengua envolviendo su erección.

Continué dándole placer tal como él me lo había dado la noche anterior, contemplando cómo se movía, cómo dejaba caer la cabeza hacia atrás y gemía ante el placer.

Era la primera vez que hacía esto y saber que le gustaba, sentir que su erección palpitaba en mi boca ante el placer, me hacía sentir poderosa.

—Para, o esto acabará antes de empezar —me pidió al tiempo que se retiraba, y tras colocarse entre mis piernas haciendo que le rodeara con ellas por la cintura, se inclinó para besarme—. Pídemelo —dijo en apenas un susurro con sus labios junto a los míos—. Pídeme que lo haga, Cloe —tragué con fuerza sin poder dejar de mirarlo—. Sé que lo deseas, pequeña, sé que lo quieres tanto como yo —jadeé al notar la punta de su erección deslizándose

despacio sobre mi sexo—. Vamos, Cloe, dilo, pídeme que lo haga.

Cerré los ojos, moví las caderas hacia arriba y gemí al igual que él jadeó ante el roce de nuestros sexos húmedos y tremendamente excitados.

—Pídemelo, Cloe, pídemelo si no quieres que me vaya a mi habitación y te deje así.

—Yo… —jadeé, arqueando la espalda ante un nuevo roce de nuestros sexos, quería que lo hiciera, pero si se lo pedía, sería darle eso que quería tener, el control de todo.

—Vamos, pequeña —me mordisqueó el labio—. Dilo, quiero escucharte. Me muero por hacerlo —me besó mientras se rozaba de nuevo, llevándome al borde de la locura—. Dilo, Cloe, pídemelo. Pídeme que te folle, pequeña.

—Quiero que me folle —jadeé.

—Kirk —añadió—. Quiero que me folles, Kirk. Dilo —otro mordisco en el labio, y eso me catapultó al abismo.

—Quiero que me folles, Kirk —pedí entre jadeos mirándolo a los ojos.

—Ahora mismo, mi pequeña Cloe —susurró mientras se lanzaba de nuevo a mis labios en un beso rudo y posesivo.

Me penetró sin que apenas me diera cuenta de que iba a hacerlo, y entró con una embestida tan fuerte y ruda, llegando a lo más hondo de mí, que grité dejando caer la cabeza hacia atrás rompiendo el beso.

—No va a ser suave, Cloe —dijo con voz ronca, y sabía que estaba conteniéndose.

—Lo sé —gemí.

—Eres perfecta, perfecta —murmuró volviendo a besarme y comenzó a penetrarme una y otra vez.

Lo hacía rápido, con fuerza, con posesión, y no podía negar que me excitaba.

Se retiró e hizo que me arrodillara en la cama, con ambas manos extendidas sobre la almohada, elevó mis caderas cogió mi cabello con una mano y tras guiar su miembro duro y erecto a mi entrada, me agarró con fuerza por la cadera y me penetró con rudeza.

Mis gritos llenaban la habitación al igual que sus jadeos, y el sonido de nuestros cuerpos chocando lo acompañaba como si de una melodía se tratara.

Y entonces, cuando menos lo esperaba, un silbido cortó el aire y un leve escozor se apoderó de mi cuerpo.

—¡Ah! —grité mirándolo por encima del hombro, notando la punzada de dolor en la nalga.

—Te gustará, pequeña —dijo mientras acariciaba la zona que seguramente acabaría enrojecida—. El dolor también es placer en mi mundo —me miraba con los ojos completamente negros, y sabía que eso era lo que a él más le excitaba.

Podía notarlo mientras me penetraba y aún más cuando sentí el segundo azote, esta vez en la nalga contraria.

No se detuvo, mientras me penetraba con fuerza azotaba y acariciaba mis nalgas de manera alterna, tirando de mi cabello y haciendo que mi cuerpo temblara presa del placer que estaba sintiendo.

—¿Estás lista para correrte, pequeña? —preguntó con la voz entrecortada por los jadeos.

—Sí —jadeé.

—Sí, ¿qué?

—Sí, estoy lista para correrme.

—Sí, estoy lista para correrme, Kirk —me corrigió.

—Sí, estoy lista para correrme, Kirk. Fóllame, fóllame fuerte y deja que me corra —jadeé, y él comenzó a moverse más rápido.

Lo hacía con furia, desesperado, y no tardé en escuchar su orden y mi cuerpo liberó el clímax con intensidad al mismo tiempo que él descargaba el suyo.

Temblorosa, jadeante, con el cuerpo bañado en sudor y la adrenalina aun recorriendo mi cuerpo, así terminé con é sobre mi espalda, notando el modo en el que su corazón latía con fuerza en su pecho.

Dejó un beso suave en mi hombro, se retiró y quitó la corbata con la que había inmovilizado mis muñecas, las masajeó un poco aliviando la carne ligeramente enrojecida, y me hizo girar hasta quedar sobre mí, mirándome fijamente a los ojos.

—Quiero que seas mía, Cloe —me pidió acariciándome el cabello—. No me alejes de ti, de esto, por estar casado porque esta es mi vida, pequeña, y quiero tenerte conmigo en ella.

Me besó, giró llevándome consigo y acabamos abrazados en la cama, desnudos, y mientras notaba su cálido aliento en mi cabello, pensé en sus palabras.

¿Podría hacerlo? ¿Sería capaz de quedarme al lado de un hombre casado siendo tan solo una amante y compañera de cama esporádica como él quería?

l

,

¿Podría hacerlo? ¿Sería capaz de quedarme al lado de un hombre casado siendo tan solo una amante y compañera de cama esporádica como él quería?

Capítulo 22



Desperté notando un calor que no debía ser normal, por mucho que estuviéramos en una de esas calurosas mañanas de jueves de junio.

Y no, entendí que no era por el calor del día por lo que notaba mi cuerpo tan caliente, sino porque tenía a cierto jefe entre mis piernas, lamiendo despacio como si estuviera saboreando su postre favorito, si es que tenía un postre favorito.

Abrí los ojos y comprobé que estaba en la cama de mi habitación de hotel, desnuda bajo la sábana, y veía la cabeza de Kirk moverse bajo esta. Jadeé sin poder reprimirme y moví ligeramente las caderas, lo que hizo que escuchara una risa. Se detuvo, y no tardó en asomar la cabeza tras retirar la sábana.

—Buenos días, pequeña —sonrió de medio lado con la mirada brillante, y se inclinó para besarme en la ingle.

—¿Qué hace aquí todavía? —volví a tratarlo de usted, mortificada por lo que habíamos hecho la noche anterior y por el hecho de que me desinhibí por completo. Él, frunció el ceño como si no entendiera mi pregunta, así que, se lo aclaré— Pensé que se iría a su habitación después de… —tragué con fuerza, avergonzada y sin poder decir la palabra correcta.

—Después de follar —dijo él, y asentí—. Vamos a dejar un punto claro, señorita Davenport —comenzó a moverse al tiempo que retiraba la sábana, dejando mi cuerpo desnudo a la vista, y trepó separando mis piernas un poco más hasta quedar cernido sobre mí—. Si la otra noche me fui, lo hice porque no quería forzar nada, solo quería darle placer a usted —aseguró mirándome fijamente—. Anoche no me fui, no, porque como le dije, quiero esto con usted. Y sí, la vuelvo a tratar de usted, hasta que deje de hacerlo y me llame por mi nombre, al menos fuera de las oficinas. Ahora, si me lo permite… —susurró inclinándose hasta mi oído, ese que mordisqueó levemente mientras me tocaba el clítoris con el pulgar y sentí que me penetraba con el dedo— Voy a volver a estar aquí dentro en unos minutos.

Me estremecí y noté que me humedecía más cada segundo que él pasaba tocándome de ese modo mientras me besaba el cuello y lo mordisqueaba, hasta que apartó la mano y en un movimiento rápido, me penetró con fuerza.

Agarró mis muñecas con ambas manos y llevó mis brazos hasta la almohada, me miró fijamente y volví a ver la

lujuria en sus negros y oscuros ojos.

Se inclinó y me besó de ese modo posesivo y rudo que hacía que notara mis labios hinchados como la noche anterior, cuando se abalanzaba sobre mí del mismo modo.

Se movía rápido y entraba con fuerza, una embestida tras otra, haciendo que mi cuerpo se estremeciera de pies a cabeza y temblara por el deseo.

Tras retirarse unos instantes, hizo que girara sobre mí misma quedando recostada bocabajo. Sostuvo mis muñecas con una sola mano y tras separarme bien las piernas, volvió a penetrarme con fuerza de tal modo, que mi cuerpo se hundía bajo el suyo.

Noté el primer azote, después un segundo, unas suaves caricias y varios azotes más resonaron en la habitación mezclándose con mis gemidos y gritos mientras me estremecía de pies a cabeza, hasta que me llegó su orden.

—Puedes correrte, pequeña —susurró en mi oído y estallé en un orgasmo intenso al mismo tiempo que él liberaba su propio clímax.

Cuando acabamos, tras unos segundos allí tumbados y sin que saliera de mí, se apartó y cogió el teléfono para pedir el desayuno. Aproveche ese momento para entrar al cuarto de baño a ducharme, quedándome unos segundos con la frente apoyada en la pared, mortificada por lo vivido.

Noté sus manos en mi cintura y me sobresalté, abrí los ojos y al mirarlo por encima del hombro vi que me besaba justo antes de fijar su mirada en mi trasero, ese que acariciaba con cuidado y donde notaba un ligero escozor.

—No traje la crema para esto —frunció el ceño y me pareció verlo mortificado por lo que había hecho, ¿tan roja tenía la piel? —. En Nueva York será diferente —me dio un beso en los labios y vi que cogía el bote de gel, se ponía un poco en las manos y las frotaba haciendo espuma antes de comenzar a acariciarme las nalgas.

Me estaba enjabonando todo el cuerpo, mi jefe, el señor Blackwell, me estaba enjabonando en la ducha de una habitación de hotel donde nos habíamos alojado esos días por trabajo.

Y me había acostado con él.

Tras la ducha y un beso rápido en la frente, regresamos a la habitación y él lo hizo con una toalla anudada en las caderas. Fue así como abrió la puerta al servicio de habitaciones cuando trajeron el desayuno, ese que dejaron en el carrito junto a la mesa de la ventana.

Mi estómago decidió hacerse notar en ese momento y él sonrió al escucharlo, claro, no había cenado nada la noche anterior, así que tenía hambre.

Nos sentamos y mientras comíamos, hablamos de los borradores de los contratos que debían estar listos el lunes por la tarde, puesto que él no iría a las oficinas al día siguiente, que era viernes, y quería que los fuera preparando yo.

Regresábamos a Nueva York en apenas unas horas, por lo que después del desayuno fue a su habitación a vestirse y hacer el equipaje, igual que hice yo. Cuando acabé bajé a la recepción del hotel y lo vi esperándome, salimos juntos a la calle y subimos al coche que nos llevaría al aeropuerto.

Una vez allí subimos al avión y la misma azafata que nos había servido días atrás me miró con odio al vernos llegar. La ignoré, no quería conflictos de ningún tipo con nadie, y pasé el viaje trabajando en los borradores mientras escuchaba música.

Dio un par de golpecitos en la mesa para llamar mi atención y me avisó de que íbamos a aterrizar. El viaje se me había pasado rápido.

En el momento en el que bajamos del avión y nos sentamos en el coche donde nos esperaba Jim, me dijo que podía tomarme el resto del día libre, por lo que me llevaron a mi casa.

—Nos vemos el lunes, pequeña —dijo antes de que Jim me abriera la puerta del coche para bajar, y se apoderó de mis labios en un beso posesivo—. Si es que puedo esperar tanto —susurró mientras me miraba con sus oscuros y lascivos ojos.

Caminé arrastrando mi maleta hasta la puerta del edificio, entré y subí a casa donde me cambié de ropa y deshice el equipaje antes de volver a salir a la calle para ir a buscar a mi hija a casa de la tía Molly. Recordé que no le había comprado nada en Boston así que antes de llegar paré en una librería y compré un par de cuentos y un peluche que esperaba le gustara, se trataba de una bonita osa blanca con un vestido azul cielo y un par de lacitos en sus orejas del mismo color.

En cuanto entré en casa de la tía Molly escuché la risa de mi pequeña que venía de la cocina, y allí la encontré preparando galletas con ella.

—Seguro que esas galletas estarán buenísimas —dije, y ella me miró con los ojos muy abiertos.

—¡¡Mami!! —gritó lanzándose a mis brazos.

—Mi vida —se me saltaron las lágrimas, porque, aunque había hablado con ella esos días por teléfono, no verla me mataba—. ¿Has vuelto a crecer? Porque te veo más alta.

—No, mami —se echó a reír—. Sigo siendo igual de alta.

—Hola, cariño —la tía Molly me dio un abrazo y un beso—. No te esperábamos aún.

—Tampoco sabía cuándo volvería, pero ya terminamos las reuniones en Boston.

—¿Y me has traído algo? —quiso saber mi pequeña, sonreí y le di la bolsa que llevaba en la mano.

—¿Cómo iba a olvidarme?

No tardó en romper el papel y gritó feliz al ver sus cuentos y el nuevo peluche, ese al que abrazó con fuerza.

—Tengo el resto del día libre —le dije—, ¿te apetece que vayamos a algún sitio?

—¡Sí, mami! Vamos al zoo —me pidió emocionada.

—Pues un plan perfecto, cariño —le di un beso y ella me abrazó con fuerza.

—Te echaba de menos, mami —murmuró.

—Y yo a ti, mi niña.

Terminamos de hacer las galletas con la tía Molly y nos llevamos algunas para el camino.

—Tampoco sabía cuándo volvería, pero ya terminamos las reuniones en Boston.

—¿Y me has traído algo? —quiso saber mi pequeña, sonreí y le di la bolsa que llevaba en la mano.

—¿Cómo iba a olvidarme?

No tardó en romper el papel y gritó feliz al ver sus cuentos y el nuevo peluche, ese al que abrazó con fuerza.

—Tengo el resto del día libre —le dije—, ¿te apetece que vayamos a algún sitio?

—¡Sí, mami! Vamos al zoo —me pidió emocionada.

—Pues un plan perfecto, cariño —le di un beso y ella me abrazó con fuerza.

—Te echaba de menos, mami —murmuró.

—Y yo a ti, mi niña.

Terminamos de hacer las galletas con la tía Molly y nos llevamos algunas para el camino.

Capítulo 23



Cuando llegamos al zoo no me soltó la mano en ningún momento, y paseamos sacándonos fotos con todos los animales que íbamos encontrando en cada recinto.

—Mira, mami, qué cuello más largo tienen las jirafas —me dijo señalando una de ellas—. ¿Te imaginas que todos lo tuviéramos así? Podríamos ver lo que hace la tía Jane en su casa si nos asomáramos por la ventana —se le escapó una risilla.

—Muchas de las cosas que hace no querríamos verlas, te lo aseguro —sonreí.

—Oh, mira, una jirafa bebé. Pero qué grande es, ¿verdad?

—Sí.

—Mira, mira cómo va detrás de su mami, igual que yo cuando era pequeña, ¿a que sí?

—Sí, cariño. Todavía me acuerdo de cuando empezaste a seguirme por toda la casa correteando.

Seguimos recorriendo el zoo y paramos a comer en uno de los restaurantes cerca de los delfines, después quería ver el espectáculo.

Me llegó un mensaje de Jane y me di cuenta de que había olvidado avisarla de mi llegada.

Jane: *Ya estoy de vuelta en la ciudad, Jane. Yo recojo a la niña, Jane. Soy la peor amiga del mundo, Jane.*

Reí, pero podía imaginarla simulando imitar mi voz al mismo tiempo ponía los ojos en blanco.

Cloe: *Lo siento, se me olvidó por completo. Con el entusiasmo de la niña por venir al zoo…*

Jane: *Menos mal que te quiero, de lo contrario, lucharía por la custodia de mi medio hija. Es broma. ¿Qué tal el viaje? ¿Algo caliente que contarme? Si es que sí, nos vemos mañana, cenamos y me cuentas todo con detalle. ¿Te apetece una noche de chicas?*

Cloe: *Vale, me apetece mucho. ¿A las ocho y media en tu casa?*

Jane: *Mejor en el bar de Sam, hago reserva ahora. Divertíos, dale un beso a mi peque.*

Sonreí, le di un beso a mi niña, diciéndole que era de parte de su tía, y terminamos de comer para ir a ver el espectáculo de los delfines.

La verdad es que aquellos animales eran muy inteligentes, y hacían cada uno de los ejercicios que les pedían sus entrenadores con una habilidad increíble.

Cuando terminaron, le compré un libro sobre esos animales y un peluche al que decidió llamar Sky, como uno de los delfines del espectáculo que no solo era el más joven y desvergonzado en lo que a gastar bromas con los entrenadores se refería, sino que se había pasado casi todo el espectáculo saludando a los niños y no era de extrañar que se hubiera ganado su cariño.

Fuimos a una de las tiendas de chuches y helados y al salir vimos a un niño de unos dos años llorando, mi niña se acercó y le preguntó qué le pasaba, a lo que respondió un, "no, papi" que me hizo saber que se había perdido.

—Hola, cielo, ¿te has perdido? —pregunté, y él asintió sin dejar de sollozar— Ven conmigo, que vamos a buscar a tu papi —lo cogí en brazos y vi que Lily le ofrecía una de las botellas de agua que acabábamos de comprar, y que tenía una cabeza de elefante en el tapón.

Él la cogió diciéndole un gracias balbuceado y con la lengua de trapo propia de la edad, se la abrí, y dio unos sorbos.

Cogí a mi pequeña de la mano y fui hacia la zona de los empleados de seguridad más cercano. Les dije que lo habíamos encontrado llorando, le preguntamos el nombre y no tardaron en avisar por megafonía para que el padre supiera que estaba allí.

No nos fuimos a petición de mi pequeña, que no quería dejar al niño solo, ya que me dijo que no querría perderse y quien la llevara allí, se fuera sin más.

—¡Tomy! —nos giramos al escuchar la voz de un hombre llamándolo, y él, que seguía en mis brazos, sollozó de nuevo al verle.

—Papi —murmuró.

—Campeón, ya estoy aquí —lo cogió en brazos y le dio un beso en la frente—. ¿Es que querías irte sin mí, o qué? —sonrió quitándole importancia para que el niño dejara de llorar.

—No. Perdido —contestó.

—Ya lo sé, colega. A la que me descuidé un momento, ya no estabas.

—Siento.

—Lo sé —le dio otro beso.

—Ya estás con tu papi, Tomy —le dijo mi niña, sonriendo—. No llores más. ¿Quieres una chuche? Tengo muchas.

—Cariño, que es pequeño para comer demasiadas chuches —le puse la mano en el hombro, pero Tomy ya tenía la mano extendida.

—Pequeño o no, es un goloso —su padre volteó los ojos, y mi hija le dio unas poquitas en una bolsa.

—No te comas todas, guarda para mañana, o te pondrás malito de la tripa, ¿vale?

Y como si la hubiera entendido, el niño asintió llevándose una chuche a la boca, y guardando el resto en uno de sus bolsillos.

—Gracias por traerlo aquí y que me avisaran. Me llamo Nick —dejó al pequeño en el suelo y me tendió la mano, se la estreché.

—Cloe —sonreí.

—¿Puedo invitaros a tomar algo? Es lo menos, después de encontrar a mi hijo.

—No es necesario, no te preocupes.

—Diría que no van a querer separarse —señaló a los niños, y vi que el pequeño estaba viendo el libro de los delfines con Lily.

—Bueno, está bien —acepté, cogimos a los niños de la mano y fuimos a una de las cafeterías que había por allí cerca.

El hombre de cabello castaño y ojos marrones que tenía enfrente se mostraba avergonzado por haber perdido a su hijo de ese modo. Me dijo que le había llamado un cliente por teléfono, era abogado, y al darse la vuelta el niño ya no estaba a su lado.

—Te juro que me he desesperado, y se me ha pasado toda clase de escenarios por la cabeza —suspiró.

—Es normal, a esa edad son expertos en despistarse —sonreí—. ¿Tu mujer no ha podido acompañaros? —curioseé, a pesar de que no veía ningún anillo de casado en su dedo.

—Mi mujer falleció el año pasado.

—Lo siento mucho.

—Gracias —sonrió—. Y te aseguro que soy un buen padre, solo se me ha perdido una vez.

—Lamento decirte que es posible que aún vivas algunas malas experiencias como esta. Yo perdí de vista a mi hija una vez en el centro comercial, y después de poner a todos los de seguridad buscándola, el que se quedó revisando las cámaras nos avisó de que había entrado en una tienda de juguetes. ¿Te puedes creer que la encontramos dormida encima de un gran oso de peluche como si nada?

—¿En serio? —rio, y asentí.

—Sí. Acabé comprando uno de tamaño pequeño. Ella tenía tres años.

—Vale, eso quiere decir que dentro de un año seguiré temiendo perder a mi hijo. Lo que significa que puedo sufrir un infarto antes de cumplir los cuarenta. Creo que esta Coca Cola no me sirve, necesito un whisky —resopló.

—¿Cuántos años tienes? —curioseé.

—Treinta y cinco. ¿Y tú?

—Veintiséis.

—Vaya, fuiste una madre muy joven, por lo que veo.

—Me quedé embarazada en la universidad, tenía veinte años cuando ella nació —miré a mi niña, que seguía viendo el libro con Tomy.

—Oye, si alguna vez necesitas algo —dijo mientras sacaba su cartera y, de esta, una tarjeta que me entregó—, no dudes en llamarme.

—No osaría hacerlo, por si le pierdes por mi culpa.

—Por Dios, calla —rio—. Hablo en serio, Cloe. Soy abogado, si alguna vez necesitas uno, aquí me tienes —sonrió con amabilidad.

—Gracias, Nick, lo tendré en cuenta —me guardé la tarjeta.

Después de tomarnos el refresco, los niños se despidieron con un abrazo, nosotros con un apretón de manos, y mi pequeña y yo nos marchamos a casa, se acercaba la hora del baño y de cenar para irse a la cama.

Volvería a dejarla en casa de la tía Molly por la mañana para ir al trabajo, retomando así la rutina diaria que teníamos desde que trabajaba para Kirk Blackwell.

—Gracias, Nick, lo tendré en cuenta —me guardé la tarjeta.

Después de tomarnos el refresco, los niños se despidieron con un abrazo, nosotros con un apretón de manos, y mi pequeña y yo nos marchamos a casa, se acercaba la hora del baño y de cenar para irse a la cama.

Volvería a dejarla en casa de la tía Molly por la mañana para ir al trabajo, retomando así la rutina diaria que teníamos desde que trabajaba para Kirk Blackwell.

Capítulo 24



Entré en el bar de Sam donde ya me esperaba Jane y sonrió con los brazos abiertos para recibirme.

—Madre mía, parece que no me ves desde hace años —reí.

—Nunca nos hemos dejado de ver tanto tiempo —me dio un beso—. ¿Qué tal por Boston?

—Trabajando, ya sabes.

—Ajá, sí. Pero, ¿trabajando, de trabajar, o trabajándote al jefe?

—Por Dios, Jane, mira que puedes ser bruta.

—Nena, me tienes en ascuas. ¿Habéis o no habéis acabado en la cama? —me llevó hasta la mesa donde nos sentamos y pidió una botella de vino que no tardaron en servirnos— ¿Vas a hablar ya o sigo esperando?

—Sí —confesé—, me acosté con mi jefe, el oscuro y peligroso Kirk Blackwell.

—¡Aleluya! —dijo mirando al techo con las manos levantadas— Alabado sea el Señor que ha escuchado mis plegarias.

—Joder, Jane, ni que fuera tan terrible que no tuviera sexo desde hace…

—Una eternidad, Cloe, hacía una eternidad. Voy a ponerle un monumento a tu jefe. ¿Qué hay de la mujer? —preguntó y en ese momento que nos dejaron el vino, ella aprovechó a pedir unas tostas de salmón y carne para las dos.

—Tienen una relación de pareja abierta —contesté cuando nos quedamos solas.

—Oh —elevó ambas cejas.

—Me ha pedido que sea su amante, así, abiertamente y sin que le temblara la voz.

—Pues acepta, solo es sexo, ¿no?

—Sí —miré hacia mi copa.

—Uy, uy, esa mirada… ¿Te gusta tu jefe?

—¿A quién no le gustaría? Es decir, es un hombre atractivo, Jane.

—Eso salta a la vista, cariño, pero sabes que me refiero a si te gusta de verdad.

—Me ha metido mano dos veces sin llegar a más, y anoche me hizo gritar hasta la extenuación, ¿cómo puedes pensar que me haya enamorado de él así, en tan poco tiempo?

—Solo es sexo entonces, genial. Dile que sí, sé su amante, que a nadie le amarga un poquito de sexo prohibido —me hizo un guiño.

—Jane, ¿te estás escuchando? —La miré con la ceja arqueada.

—Perfectamente. Y deja que te diga algo, no serías ni la primera ni la última persona de la faz de la Tierra que tiene una aventura con una persona casada, y más si es consentido por las dos partes de ese matrimonio. Su mujer le deja follarse a otras, y ella hace lo mismo. Disfruta de tu oscuro y peligroso jefe, cariño —chocó su copa con la mía y le dio un sorbo.

—Es que no sé si podría.

—Anoche te acostaste con él, ¿qué sentiste?

—De todo —omití los detalles referentes a que mi jefe prefiere el sexo duro, atar y azotar a sus amantes, a unos pocos besos y caricias con sexo convencional.

—Ahí lo tienes, ese hombre te ha quitado las telarañas de ahí abajo. Estoy por mandarle unos bombones en agradecimiento.

—Estás loca —reí.

—Nada nuevo —se encogió de hombros.

Nos trajeron la cena y pasamos esas horas comiendo, hablando de mi pequeña, de Peter y la relación que tenían ellos, y no perdió la ocasión de volver a decirme que me dejara llevar con mi jefe el tiempo que fuera.

Tras la cena salimos del bar y fuimos caminando hacia un local de moda que había cerca. Apenas encontramos gente esperando en la entrada, pero ella conocía al portero y como era habitual en ella, un leve batir de pestañas y una sonrisa fueron suficientes para que nos dejara entrar.

Una vez en la barra, pedimos un par de chupitos de tequila y dos gin tonics. No tardó en empezar a bailar dejándose llevar por la música y arrastrarme con ella una de esas veces.

—Te están mirando —gritó en mi oído, y cuando fruncí el ceño, sonrió señalando hacia la barra.

Miré, y me quedé sin palabras al ver allí a mi jefe, apoyado en la barra, completamente vestido de negro como siempre, dando un sorbo a su whisky con los ojos fijos en mí.

¿Qué estaba haciendo él allí?

Dejó su vaso en la barra y vi que caminaba hacia mí, sin apartar la vista, con esa aura de peligro y autoridad que lo caracterizaban.

Llegó a mí, me rodeó por la cintura con un brazo y comenzó a balancearme en un baile que me estaba pareciendo de lo más sensual.

Sus ojos iban de los míos a mis labios, esos que me mordía sin ser consciente, consiguiendo que su mirada se volviera más oscura, más libidinosa.

—¿Qué hace aquí, señor Blackwell? —pregunté al fin.

—Vine a tomar una copa con Cody, y la encontré a usted —contestó mirándome con ese deseo que era más que evidente.

Seguimos bailando y cuando miré hacia la barra, vi que Jane estaba hablando con Cody, desde luego, mi amiga no necesitaba tener confianza con alguien para entablar una conversación.

Mientras mi jefe me seducía en la pista, porque sin lugar a dudas eso era lo que estaba haciendo, podía sentir el calor de sus fuertes manos en mi piel, el modo en el que apretaba mis caderas con los dedos, y el modo en el que parecía querer besarme.

—No deberíamos estar así, pueden reconocerlo y…

—¿Le preocupa mi reputación, señorita Davenport? Porque a mí, no —dijo mirándome de ese modo tan intenso que me hacía estremecer.

Tragué con fuerza y vi que me llevaba fuera de la pista, hacia un lugar apartado del local, y entrábamos en un

reservado vacío. Corrió las cortinas y me alzó en brazos pegándome a la pared mientras me besaba con rudeza.

De un solo tirón sentí que mi ropa interior desaparecía y sentí su mano en mi zona íntima. Tocaba y yo gemía, deslizaba el dedo entre mis húmedos pliegues y yo simplemente enloquecía más y más.

Comenzó a penetrarme con fuerza, una y otra vez, con dos dedos, y me agarré a sus hombros mientras notaba todo mi cuerpo tembloroso.

—No puedes correrte, pequeña —dijo en un susurro mientras retiraba la mano cuando se dio cuenta de que estaba llegando.

Me dejó en el suelo y no tardé en ver que se desabrochaba el pantalón y liberaba su prominente erección, esa que comenzó a tocar mientras me miraba.

No dijo nada, pero supe exactamente lo que quería de mí, así que me arrodillé ante él y lo acogí en mi boca. Lamí sin apartar los ojos de los suyos, me observaba y sentía que le gustaba lo que estaba pasando.

Enredó mi cabello en su mano y me fue guiando en los movimientos tal como a él le gustaba, haciendo que me apartara antes de que llegara al clímax.

Me giró haciendo que apoyara ambas manos en la pared, sostuvo mis muñecas con una mano evitando que pudiera moverme, y levantó la tela de mi vestido dejando la piel de mi trasero desnuda y expuesta.

Noté un azote y gemí cerrando los ojos.

—¿Me echabas de menos, pequeña? —preguntó en un susurro en mi oído— Porque yo a ti, sí —mordió el lóbulo de mi oreja y noté otro azote, volví a gemir.

Unos azotes después, me penetró desde atrás con una fuerte embestida y comenzó a moverse de un modo casi salvaje. Entraba y salía sin el más mínimo pudor, eso por no hablar de que parecía no importarle que alguien pudiera encontrarnos allí en ese momento.

Sin dejar de penetrarme volvió a darme unos azotes en las nalgas, esas que también acariciaba para aliviar un poco el dolor, y yo notaba que me excitaba más y más queriendo liberarme.

—Eres perfecta, pequeña —murmuró antes de darme un beso en el cuello, y siguió besando esa zona mientras me penetraba con fuerza y agarraba mi cadera con la mano, haciendo tanta presión con cada embestida que notaba cómo se clavaban los dedos en mi carne.

Siguió penetrándome una y otra vez, fuerte y hasta el fondo, haciéndome gritar envuelta en esa lujuria a la que solo él parecía saber llevarme.

Y no pude esperar más, lo miré por encima del hombro y me lancé a sus labios, besándolo con el mismo fervor y fiereza que él empleaba.

—Quiero correrme —jadeé, y sonó a súplica.

—Pues hazlo, pequeña, hazlo sin miedo —contestó apoderándose de mis labios en un beso aún más rudo que el mío, sin dejar de penetrarme con fuerza.

Liberé el clímax al unísono con él, dejándome llevar por todo lo que me hacía sentir en cada encuentro, y cuando acabamos, me dio un beso que me pareció tan tierno que no podía ser posible que fuera suyo.

—Vamos a mi casa, esto no ha hecho más que empezar —dijo mirándome fijamente a los ojos, y asentí.

Tras adecentarnos, pero dando mis braguitas por perdidas completamente, salimos del reservado y regresamos a la barra donde nos esperaban Jane y Cody tomando una copa.

Mi amiga sonrió al verme, me hizo un guiño y no dudó en darme un abrazo para susurrarme al oído.

—Disfruta, cariño, que ese cuerpo tuyo pide que le den otro buen meneo.

Se despidió de mí agitando la mano, Cody me dedicó una sonrisa y guiño que no dejaban lugar a dudas de que sabía lo que iba a hacer con su amigo y socio, y mi jefe entrelazó nuestras manos para sacarme de allí.

—¿Para qué quiere que vaya a su casa, señor Blackwell? —pregunté cuando subimos a su coche.

—Para poder oírte gritar, pequeña —contestó haciéndome un guiño.

Y no pude esperar más, lo miré por encima del hombro y me lancé a sus labios, besándolo con el mismo fervor y fiereza que él empleaba.

—Quiero correrme —jadeé, y sonó a súplica.

—Pues hazlo, pequeña, hazlo sin miedo —contestó apoderándose de mis labios en un beso aún más rudo que el mío, sin dejar de penetrarme con fuerza.

Liberé el clímax al unísono con él, dejándome llevar por todo lo que me hacía sentir en cada encuentro, y cuando acabamos, me dio un beso que me pareció tan tierno que no podía ser posible que fuera suyo.

—Vamos a mi casa, esto no ha hecho más que empezar —dijo mirándome fijamente a los ojos, y asentí.

Tras adecentarnos, pero dando mis braguitas por perdidas completamente, salimos del reservado y regresamos a la barra donde nos esperaban Jane y Cody tomando una copa.

Mi amiga sonrió al verme, me hizo un guiño y no dudó en darme un abrazo para susurrarme al oído.

—Disfruta, cariño, que ese cuerpo tuyo pide que le den otro buen meneo.

Se despidió de mí agitando la mano, Cody me dedicó una sonrisa y guiño que no dejaban lugar a dudas de que sabía lo que iba a hacer con su amigo y socio, y mi jefe entrelazó nuestras manos para sacarme de allí.

—¿Para qué quiere que vaya a su casa, señor Blackwell? —pregunté cuando subimos a su coche.

—Para poder oírte gritar, pequeña —contestó haciéndome un guiño.

Capítulo 25



Notaba doloridas zonas del cuerpo en la que ni sabía que hubiera músculos, aunque más que dolor eran agujetas, estaba segura.

La noche anterior Kirk me había vuelto a inmovilizar las manos, esta vez con una tela de lo más sedosa, y cumplió lo que dijo, me trajo a su casa para que pudiera escucharme gritar.

Ni siquiera vi su casa, sencillamente me cargó sobre el hombro nada más atravesar la puerta, y fuimos directos a la habitación.

No sabría explicar qué tenía mi jefe, pero no podía negarme a estar con él, era como si un imán nos atrajera constantemente el uno hacia el otro.

Abrí los ojos y vi que estaba sola en su enorme cama, desnuda bajo las suaves y sedosas sábanas negras y tras incorporarme, eché un vistazo a mi alrededor.

Paredes grises, suelos, muebles y ropa negra, sin duda el color de mi oscuro y peligroso jefe.

Además de la cama y una mesita de noche a cada lado de esta, la habitación contaba con una cómoda, una mesa con dos sillones junto al ventanal, un gran espejo que iba del suelo al techo y ocupaba media pared junto a lo que estaba segura que era el vestidor, y la puerta del cuarto de baño.

Respiré hondo, me estiré como un gatito mientras me incorporaba, y salí de la cama. No encontré mi ropa por ningún sitio, así que abrí uno de los cajones de la cómoda y encontré una camiseta negra que no dudé en ponerme era demasiado grande y me cubría a la perfección.

Me asomé por el ventanal y sonreí al ver aquel jardín, donde había una piscina y en la que mi jefe estaba nadando en ese momento. Ahora entendía por qué su cuerpo parecía esculpido como en mármol.

Decidí bajar, pero antes me pudo la curiosidad y me di mi propio tour por la casa.

Había varias puertas más en el pasillo al que salí, tres de ellas parecían habitaciones de invitados, todas con

paredes grises, muebles, suelos y ropa negra, una era un despacho y otra estaba acondicionada como gimnasio.

Bajé las escaleras y llegué al pasillo que daba al salón por el que se accedía al jardín. Tenía chimenea, un par de sofás amplios, una mesa de mármol negro en el centro, y otra con varias sillas para comer allí.

Fui hacia la cocina e incluso ahí predominaba el color negro.

En la encimera tenía una de esas cafeteras de cápsulas y preparé café para los dos, mientras se hacía, busqué en lo armarios hasta encontrar pan, cogí mantequilla y mermelada de la nevera, así como un poco de pavo y queso, y preparé zumo de naranja para nuestro desayuno.

Tenía el móvil conmigo, así que cociné a ritmo de música, esa que no dudé en cantar con susurros mientras contoneaba las caderas.

—Esto sí que son unas bonitas vistas —murmuró en mi oído al tiempo que apoyaba ambas manos en mis caderas, haciendo que me sobresaltara ligeramente, y me dio un beso en el cuello.

—Por Dios, qué susto.

—¿Pensaste que estabas sola? —sonrió cuando lo miré por encima del hombro.

—No, porque te vi nadando desde la ventana. Pero no esperaba que entraras ya.

—He oído la música —señaló mi móvil, y se inclinó para besarme en los labios—. ¿Cómo estás? —Noté su manc deslizándose por mis nalgas desnudas, acariciándolas.

No solo me había dado esos excitantes azotes en el reservado del local, sino que también los recibí en su cama, y cuando terminamos me puso un poco de la crema que tenía para aliviar un poco el escozor.

—Bien —sonreí—, no siento apenas dolor como la otra vez.

—Me alegro —volvió a besarme, y me estremecí al notar las yemas de sus dedos deslizándose desde mi nalga hasta las ingles, y una vez allí, me separó ligeramente las piernas con la rodilla, abrió mis labios vaginales con una mano y comenzó a tocarme con la otra—. Hum, mi desayuno está listo —murmuró, mordisqueándome el lóbulo de la oreja.

No tardó en cogerme en brazos y sentarme en la isla de la cocina, hizo que me recostara en ella y con sus oscuros y lascivos ojos puestos en mí, sonrió mientras hundía el rostro en mi sexo y comenzaba a lamer sin piedad.

—Oh, por Dios —gemí arqueando la espalda con los ojos cerrados, y tuve que agarrarme con todas las fuerzas de las que era capaz a la encimera de mármol.

Kirk seguía lamiendo con esa pericia que tenía, me penetró con dos dedos y noté su otra mano deslizándose por mi vientre, pasando bajo la tela de su camiseta hasta alcanzar uno de mis pechos, ese que masajeó y no dudó en jugar con el pezón hasta ponerle duro y erecto, pellizcándolo y haciendo que gritara ante esa mezcla de dolor y placer que ya conocía.

Siguió llevándome al límite con su húmeda lengua y sus juguetones dedos, y cuando se percató de que iba a correrme se detuvo, me bajó al suelo y tras hacer que me recostara sobre la encimera y elevara las caderas, me penetró con fuerza desde atrás.

—Puedes correrte cuando quieras pequeña —murmuró en mi oído y me dio un leve mordisco en el cuello.

No tardé en obedecer esa orden, y al mismo tiempo que yo liberaba mi clímax, él liberó el suyo. Ambos nos movíamos y gritábamos presa del placer, y cuando el último coletazo del orgasmo se alejó de nosotros, se dejó caer sobre mi espalda respirando agitadamente y besándome el hombro.

Se retiró poco después y noté que pasaba una toalla húmeda por mi zona antes de bajarme la camiseta y darme un leve azote en una de las nalgas.

—Quiero desayunarte todas las mañanas —me besó en los labios antes de coger su taza de café.

—Pues va a ser que no es posible —me encogí de hombros.

—Claro que es posible. No tienes más que instalarte aquí, ya ves que hay sitio de sobra.

—Sí, claro, dejo mi apartamento para mudarte a esta casa contigo, y tu mujer —volteé los ojos—. No me pidas que sea tan moderna.

—No vive aquí —dijo sin más antes de dar un sorbo a la taza mientras yo colocaba el desayuno en la isla, donde acabábamos de tener sexo.

—¿Cómo dices? —Fruncí el ceño.

—Mi mujer, no vive aquí. Ella vive en un ático en la Quinta Avenida.

No supe qué responder a eso, así que mejor guardé silencio y me senté a disfrutar de mi desayuno.

Era sábado y no había prisa por ir a las oficinas, pero no quería tampoco retrasarme mucho, ya que quería recoger a Lily para pasar el día con ella, habíamos estado separadas varios días y necesitaba ese tiempo con mi pequeña.

Estábamos terminando de comer, me acariciaba la mejilla con ternura mientras me miraba a los ojos, cuando

escuché unos tacones acercándose. Fruncí el ceño cuando lo vi cerrar los ojos y suspirar, y no tardé en ver a la recién llegada.

Su esposa estaba allí, entrando en la cocina como si nada, abrió los ojos y elevó las cejas al verme y se le dibujó una leve sonrisa en los labios.

—Oh, vaya, no sabía que estabas acompañado, amor —le dijo a él, se acercó y ante mis narices le dio un beso en la comisura de los labios—. ¿Es una nueva amiga? —preguntó sin perder la sonrisa mientras me observaba de arriba abajo, y yo no podía estar más incómoda.

Mientras que ella había llegado a la casa de mi jefe vestida con una falda lápiz azul marino y una blusa sin manga en color blanco, con esos zapatos de tacón que hacían ver sus piernas mucho más largas de lo que ya eran, el cabello suelto y bien peinado, con un maquillaje impecable, yo llevaba una camiseta de su marido, estaba descalza y sin ropa interior, tenía el cabello hecho un desastre recogido en un moño deshecho, y no llevaba ni siquiera brillo de labios.

Kirk tan solo asintió a esa pregunta, tenía la mandíbula apretada y vi que sus ojos se oscurecían. ¿Qué estaba pasando que no entendía?

Ella seguía observándome, sonrió mientras me miraba de un modo que nunca antes había visto en una mujer al fijarse en mí, y apoyó una mano en el brazo de Kirk.

—Es atractiva, y con buen cuerpo. Sin duda, gustará a los demás —dijo ella, y Kirk la miró con el ceño fruncido y los ojos completamente encendidos por algo que no entendía, ¿rabia, quizás? Pero, ¿por qué?

—¿A qué has venido, Catherin? —preguntó él, levantándose del taburete, con su torso desnudo y usando solo el bañador con el que había estado nadando en la piscina tiempo atrás.

—Necesitaba hablar contigo, amor —respondió acariciándole el pecho con la uña.

—Vamos al despacho —dijo pasando por su lado, y ella lo siguió.

Me quedé sola en la cocina ya sin apetito, recogí todo y mi mente no paraba de pensar en si en ese momento él estaría haciéndole a su mujer lo que me había hecho a mí poco antes.

No quería pensar en ello, así que fui de nuevo a la habitación y no paré hasta encontrar mi ropa, me vestí, recogí mi bolso y regresé a la cocina con el móvil en la mano y la intención de pedir un taxi.

En ello estaba cuando escuché los tacones de Catherin, pues ahora me enteraba de su nombre, y al girarme a mirar vi que aparecían los dos por allí.

—Ha sido un placer conocerte, querida —dijo con una sonrisa—. Espero verte pronto. Amor, debes llevarla, todo querrán conocerla —se puso ligeramente de puntillas con una mano sobre su hombro, y volvió a besarlo en la comisura de los labios antes de irse.

Kirk soltó el aire con fuerza y permaneció de espaldas a mí unos segundos que se me hicieron interminables. Hasta que al fin giró y me encontré con sus oscuros ojos, ya había pedido el taxi para que viniera a buscarme.

—¿Qué ha querido decir con eso? —pregunté.

—¿Con qué?

s

—Con todo lo que ha dicho. Eso de que voy a gustarles a todos y que me tienes que llevar a algún sitio. ¿De qué a hablaba?

—Pequeña, para explicártelo tendrías que firmar un contrato de confidencialidad.

—¿Cómo dices? —grité frunciendo el ceño. Él fue a contestar, pero no se lo permití, levanté la mano para detenerlo— Mira, déjalo, esto, todo esto ha sido un error. No debí venir aquí, y si ella no vive contigo, ¿por qué demonios tendría una llave? No, no quiero saberlo. Señor Blackwell, nos vemos el lunes en las oficinas y nos limitaremos a que nuestra relación sea meramente profesional. Me va a disculpar, pero no estoy acostumbrada, ni me siento cómoda desayunando como si nada delante de las esposas de mis amantes.

/ No esperé ni un segundo más y fui hacia la puerta de la casa, saliendo de allí, donde ni siquiera debería haber ido, y cuando vi aparecer el taxi me subí dándole la dirección del lugar donde quería llegar cuanto antes.

r

—Ha sido un placer conocerte, querida —dijo con una sonrisa—. Espero verte pronto. Amor, debes llevarla, todos querrán conocerla —se puso ligeramente de puntillas con una mano sobre su hombro, y volvió a besarlo en la comisura de los labios antes de irse.

Kirk soltó el aire con fuerza y permaneció de espaldas a mí unos segundos que se me hicieron interminables. Hasta que al fin giró y me encontré con sus oscuros ojos, ya había pedido el taxi para que viniera a buscarme.

—¿Qué ha querido decir con eso? —pregunté.

—¿Con qué?

—Con todo lo que ha dicho. Eso de que voy a gustarles a todos y que me tienes que llevar a algún sitio. ¿De qué hablaba?

—Pequeña, para explicártelo tendrías que firmar un contrato de confidencialidad.

—¿Cómo dices? —grité frunciendo el ceño. Él fue a contestar, pero no se lo permití, levanté la mano para detenerlo— Mira, déjalo, esto, todo esto ha sido un error. No debí venir aquí, y si ella no vive contigo, ¿por qué demonios tendría una llave? No, no quiero saberlo. Señor Blackwell, nos vemos el lunes en las oficinas y nos limitaremos a que nuestra relación sea meramente profesional. Me va a disculpar, pero no estoy acostumbrada, ni me siento cómoda desayunando como si nada delante de las esposas de mis amantes.

No esperé ni un segundo más y fui hacia la puerta de la casa, saliendo de allí, donde ni siquiera debería haber ido, y cuando vi aparecer el taxi me subí dándole la dirección del lugar donde quería llegar cuanto antes.

Capítulo 26



No sabía si Jane estaría sola en su casa o después de yo irme se vio con Peter, por lo que antes de subir me senté en uno de los bancos que había en el parque frente a su edificio, y la llamé.

—Buenos días, cariño —saludó sonriente.

—Buenos días. ¿Estás en casa?

—Ajá, sí, a punto de tomarme un café.

—¿Sola?

—Sí, a no ser que anoche se colara un fantasma en mi casa y me poseyera, estoy sola. ¿Por qué?

—Voy a subir, entonces —dije levantándome y fui caminando hacia el edificio.

—Espera, ¿estás aquí abajo? ¿Y por qué no has subido directamente, Cloe?

—Porque no quería interrumpir si estabas acompañada y teniendo sexo, por eso.

—Ay, por Dios —resopló, y colgué.

Abrí con mis llaves, subí en el ascensor y cuando salí de él ahí estaba ella esperándome con la taza de café en la mano y la vieja camiseta de la universidad que solía usar para dormir.

—¿Qué haces aquí, y llevando aún la ropa de anoche? —curioseó con la ceja arqueada.

—¿Hay café para mí? —inquirí.

—Sí, sí, por supuesto. Vamos a la cocina.

Una vez allí, y tras servirme el café, volvió a preguntar para qué había ido a verla, suspiré y le conté lo que

acababa de vivir en casa de mi jefe.

Ella me miraba con los ojos abiertos, fruncía el ceño de vez en cuando y abría la boca queriendo preguntar algo, pero finalmente, no lo hacía, seguía callada y escuchando.

—Y me he ido, sin más —me encogí de hombros.

—Cariño, lo tuyo no es jugar con fuego, es lanzarte de lleno a las llamas —soltó un leve silbido.

—No me lo recuerdes —apoyé el codo en la mesa y llevé la mano a mi frente.

—Bueno, vamos por partes. Te llevó a su casa porque ella no vive con él, y me interesaría saber qué motivos puede haber para que vivan separados, porque cuanto menos, es curioso.

—No le he preguntado, la verdad, pero supongo que será cosa de todas las parejas abiertas —me encogí de hombros.

—Lo dudo. Ahora la siguiente cuestión: ¿ella ha dicho que eres atractiva y vas a gustarles a los demás?

—Sí.

—Cariño, me da que te quiere follar hasta la mujer.

—¿Qué dices? —Abrí los ojos ante aquellas palabras.

—Es mi impresión, que igual me equivoco —levantó ambas manos como dando a entender que no estaba loca, que desde luego a mí me parecía que se había vuelto loca de repente—. Si son una pareja abierta… la posibilidad está ahí.

—Joder, Jane, pueden ser una pareja abierta, sí, pero, ¿tan abierta? Es decir, ¿llegarían a eso? ¿A compartir sexo con la misma persona?

—Sí, cariño —asintió, al tiempo que pestañeaba—. Hay parejas que lo hacen.

—Pues qué bien —levanté las manos al aire—. Con la de hombres que hay en el mundo, y después de tantos años sin pareja y sin sexo, tengo que cruzarme en el camino de un hombre casado que comparte sus amantes con su esposa. Es que no me lo puedo creer. Lo que no me pase a mí… —resoplé.

—Deja de pensarlo, anda, que seguramente no tengo razón.

—¿Y si la tienes? ¿Y si es eso lo que va a pasar?

—A ver, tranquila, Cloe. Dices que él parecía molesto cuando ella ha dicho aquello, ¿no?

—Sí.

—Pues vamos a pensar que él no quiere compartir a su nueva amiga con su esposa —me hizo un guiño al tiempo que sonreía.

—Esto es de locos, Jane, de verdad. ¿Cómo pude siquiera ceder a mis deseos y caer ante sus maquiavélicos encantos? No tenía que haberme acostado con mi jefe.

—Pero te has acostado, y ya no hay vuelta atrás para eso. Lo que puedes hacer es no seguir, decirle eso de: no soy yo, eres tú.

—No es así —volteé los ojos.

—En este caso sí, porque no eres tú la que está casada ni tiene una relación abierta, es él —rio—. Y, sobre todo, no olvides el famoso: "ha sido bonito hasta aquí".

—Dios mío, Jane, como psicóloga no tienes precio —resoplé.

—Debería cobrarte, si no lo hago es porque eres mi mejor amiga.

Mi móvil empezó a sonar en ese momento y vi que era él, mi jefe, pero no respondí.

—Ya tardaba en llamar —resoplé.

—Cariño, si llama es que le importas.

—¿Cómo le voy a importar, Jane? No soy más que una nueva amiga con la que folla, tal como ha dicho su mujer.

—Eso es discutible, cuestión de percepciones —se encogió de hombros y unos segundos después de que mi móvi dejara de sonar, volvió a hacerlo de nuevo—. Deberías cogerlo, cariño.

—¿Para qué? ¿Para qué me cuente alguna mentira? Si no firmo el contrato de confidencialidad que ha dicho, no me va a contar nada sobre lo que ha hablado su mujer, así que —me encogí de hombros—, no tenemos nada de lo que hablar.

Dejé el móvil en silencio sobre la encimera, y mientras nos tomábamos el café no dejó de vibrar por sus insistentes llamadas en ningún momento. Hasta que recibí un mensaje.

S. Blackwell: *Pequeña, por favor contesta mis llamadas, necesito hablar contigo. ¿Quieres saber a qué se refería ella? Vamos a hablar, no es necesario que firmes nada, te lo aseguro. Confío en ti, Cloe. Por favor, cógeme el teléfono.*

—Deberías cogerlo, cariño —Jane me acarició la espalda—. Quieres respuestas y él está dispuesto a dártelas, llámalo.

Miré mi móvil pensando en si marcar su número o no, pero no hizo falta puesto que él hizo una nueva llamada que no dudé en atender.

—¿Por qué sigue insistiendo, señor Blackwell? Si no respondo a la primera querrá decir que no quiero hablar con usted.

—Pero necesito que hablemos, por favor, Cloe.

—Le he pedido que nos ciñamos a lo profesional.

—No puedo, te juro que no puedo. Déjame que te hable de lo que quería decir ella, por favor —y sonaba sincero, como si de verdad necesitara contármelo para aclarar mis dudas, pero también para mostrarme esa parte de su mundo, aunque fuera a través de las palabras.

—En mi casa, a las cinco y media de esta tarde —contesté.

—Allí estaré, pequeña.

Colgué sin darle opción a hablar nada más, dejé el móvil en la encimera y Jane me estrechó la mano, cuando la miré estaba sonriendo.

—Has hecho bien, cariño, las dudas hay que aclararlas antes de que sea demasiado tarde.

—Quería pasar el día con Lily —suspiré.

—¿Quién dice que no puedas hacerlo? Ve a casa, date una ducha, ponte ropa cómoda, y vas a comer a casa de la tía Molly, así estás un rato con ella.

—¿Qué haría sin ti, Jane? —suspiré apoyando la cabeza en su hombro.

—Tendrías una de esas aplicaciones para consejos sentimentales, y una agenda en la que anotarlo todo.

—Gracias —le di un beso en la mejilla—. Eres mucho más que una amiga.

—Tú también, ya lo sabes —sonrió—. Por cierto, el socio de tu jefe es muy guapo, ¿no?

—¿Cody? —reí.

—No tiene más, ¿o sí?

—No, que yo sepa. Pero, ¿tú no decías que estabas bien con Peter?

—Ajá, pero eso no quita que no pueda mirar a otros, y si esos otros son como Cody… uf —se abanicó con la mano y solté una carcajada.

Desde luego que mi loca favorita no tenía remedio y no cambiaría jamás en la vida.

—Tú también, ya lo sabes —sonrió—. Por cierto, el socio de tu jefe es muy guapo, ¿no?

—¿Cody? —reí.

—No tiene más, ¿o sí?

—No, que yo sepa. Pero, ¿tú no decías que estabas bien con Peter?

—Ajá, pero eso no quita que no pueda mirar a otros, y si esos otros son como Cody… uf —se abanicó con la mano y solté una carcajada.

Desde luego que mi loca favorita no tenía remedio y no cambiaría jamás en la vida.

Capítulo 27



Faltaban solo un par de minutos para la hora a la que le había dicho a Kirk que lo esperaba en casa, y estaba que me comían los nervios.

Acababa de dar el último sorbo al té helado que me había servido, y al mirar de nuevo por la ventana vi su coche apareciendo por la calle, ese que aparcó en la acera de enfrente.

Conducía él, pues Jim solo era su chófer para los días de trabajo, y cuando bajó, con aquellos pantalones negros, así como la camiseta y las gafas de sol puestas, no parecía el CEO de una multinacional tecnológica, bien podría ser el guitarrista de un grupo de rock.

Llevé el vaso a la cocina y cuando escuché el portero, solté el aire antes de abrir.

Dejé la puerta entreabierta y regresé al salón, mirando por el ventanal, abrazándome a mí misma. Había guardado las fotos de mi pequeña para que no las viera, no quería darle explicaciones al respecto.

Escuché la puerta cerrándose y distinguí sus pasos mientras se acercaba, no tardé en percibir su aroma, ese que me hacía sentir en casa.

—Hola, pequeña —murmuró con una mano en mi cadera, y se inclinó para besarme la mejilla.

—¿De qué querías que habláramos? —pregunté apartándome y fui a sentarme en el sofá.

Él me siguió y se acomodó a mi lado, cogió mi mano entre las suyas y tras acariciarla, se la acercó a los labios para dejar un suave beso en ella.

—Primero quiero que te quede claro que no vivo con mi mujer en la misma casa.

—Eso no es de mi incumbencia —me encogí de hombros—. Como pareja abierta que sois, haréis lo que os plazca en cada momento. ¿Quién soy yo para cuestionar dónde vive cada uno y lo que hace en su casa, o a quién mete?

—Eres mi chica —dijo sosteniendo mi barbilla para que lo mirara a los ojos—. Y como tal, sí que te incumbe.

—¿Tu chica? Soy una más de tus amigas —le corregí poniéndome en pie—. ¿Y a quiénes se refería ella cuando dijo que iba a gustarles a los demás?

—Somos miembros del club.

—¿El club? —Fruncí el ceño cruzándome de brazos, de pie junto al ventanal mientras él seguía en el sofá.

—Lo llamamos así, es un local que podría parecer un hotel, pero no lo es, y es ahí donde tenemos sexo con otras personas.

—Donde atas, amordazas y prohíbes a tus amigas correrse sin permiso, entiendo. Y, ¿quiénes sois miembros?

—Mi mujer y yo, Cody, mi padre, y otros muchos.

—Dime una cosa, cuando ella dijo que les gustaría, ¿estaba pensando en que me compartirías con los demás? —pregunté.

—Sí —asintió—. Es lo que hacemos, pequeña.

—No me lo puedo creer. ¿Por eso me miraba de ese modo? ¿Tu mujer y tú folláis con las mismas personas? Dios, esto es de locos —me pasé ambas manos por la frente y comencé a caminar, hasta que noté que me rodeaba con sus brazos pegándome a su pecho.

—Cloe, no siempre es así —dijo manteniéndome quieta en un mismo sitio—. Admito que sí, que a veces me he acostado con una mujer y ella estaba conmigo, o que la he compartido con otro hombre, pero no siempre es así. Me gusta disfrutar de mis compañeras a solas, hacerlas disfrutar, darles placer, que me pidan más, que deseen más y anhelen lo que les ofrezco.

—Por favor, dime que nunca has compartido a una mujer con tu padre —me temía lo peor.

—No puedo decir algo que no es verdad, pequeña —me acarició la mejilla—. Algunas de las compañeras que he tenido en El club, también han estado con mi padre. Cloe, quiero que sepas que lo que pasa en ese lugar, es consentido por ambas partes. Jamás te obligarían a hacer algo que no deseas.

—Quieres que vaya allí —dije mirándolo por encima del hombro, y no era una pregunta.

—Me gustaría, sí —asintió—. Tengo mi propia habitación con todo lo necesario para hacerte disfrutar —susurró, dándome un leve mordisco en el cuello.

—¿Qué pensará tu padre si me ve?

—Sentirá envidia —sonrió de medio lado—. Ven esta noche conmigo, pequeña.

—¿Por qué quieres que vaya a un sitio así? No soy alguien acostumbrada a ese mundo. No podría estar con otra persona más y…

—Eso se irá viendo, no te preocupes. Deseo que seas mi compañera, por eso quiero que vayas allí conmigo.

—No sé si es buena idea. Deberías recurrir a alguna de tus amigas.

—No hay nadie más, Cloe —sostuvo de nuevo mi barbilla para mirarme fijamente a los ojos, como si tuviera la necesidad de hacerme saber que no estaba mintiendo.

—La azafata del viaje a Boston…

—¿Qué pasa con ella? —Me acarició la mejilla.

—Os habéis acostado.

—Sí, pero eso ya acabó, pequeña —me dio un beso suave en los labios—. Soy un hombre al que le gusta el sexo, lo admito, necesito estar al mando en ese momento, atar, azotar, dar placer con algo más que mis manos o mi boca. He estado con dos o más mujeres a la vez en muchas ocasiones, pero hoy por hoy te quiero solo a ti. Tú serás quien decida si quiere que haya más gente en nuestra cama, pequeña.

—Dios mío, esto no puede ser real —suspiré.

—Lo es.

—Me muero de vergüenza solo de pensar en qué pensará tu padre al verme en ese lugar.

—Que vas a disfrutar del placer que te ofrecen su hijo y el sexo —me hizo un guiño—. Cloe, en serio, te sorprendería la gente que es socia del club.

—Mientras no me conozcan a mí, ni yo a ellos, te aseguro que me daría igual a quién viera.

Miré por la ventana pensando en el modo en el que su mujer me había estado observando por la mañana, esa mirada indescriptible que me dedicó, pero sin duda imaginando lo que cualquier hombre que conociera a su marido querría hacer conmigo.

Dios, me iba a volver loca. ¿De verdad se me estaba pasando por la cabeza ir a un lugar donde la lujuria y la lascivia eran los invitados principales cada noche? ¿En qué momento me había desviado tanto del camino que

seguía en mi vida?

Yo no era más que una persona normal, una madre soltera que luchaba cada día para sacar adelante a su hija, que trabajaba para mantenerla y había tenido que ocultar que era madre para conseguir un trabajo.

—¿En qué está pensando esa cabecita? —curioseó y me dio un beso en la sien.

—No soy parte de ese mundo, no lo soy —murmuré—. No soy esa clase de mujer.

—Cloe, mírame, pequeña —me pidió con un tono para nada rudo, sino todo lo contrario, sosteniendo mi barbilla y acariciándola—. Eres la clase de mujer que yo quiero. Tu cuerpo reacciona a mí, de un modo que ningún otro lo ha hecho, ver tu placer, es el mío. Disfrutas de lo que te doy, pequeña, y yo al verlo.

Se inclinó para besarme, sin hacer nada más, sin tocarme, sin presionar con su pelvis en mis nalgas, sin que pudiera notar si comenzaba a excitarse y a que su miembro se pusiera erecto bajo la ropa. Simplemente me besaba y yo lo sentía todo, todo.

Cómo mi cuerpo se relajaba entre sus manos, cómo parecía anhelar que lo tocara y arder ante el suave y caliente contacto de las yemas de sus dedos, cómo mi deseo aumentaba, cómo necesitaba tocarlo yo a él, sentirlo…

Y entonces se apartó, apoyó la frente en la mía con los ojos cerrados unos segundos, acariciándome ambas mejillas, y cuando volvió a mirarme quedé una vez más cautivada por sus oscuros ojos.

—Esta noche vendré a buscarte —dijo—. Estaré esperando a las diez en la puerta, si no bajas, entenderé que no aceptas nada del mundo de placer que te ofrezco —me dio un beso rápido y se apartó.

Lo vi caminar hacia la puerta y salir de mi casa sin detenerse, sin girarse, sin dedicarme ni tan siquiera una mirada, nada.

Me quedé allí unos instantes hasta que fui hacia el ventanal y observé cómo cruzaba la calle, subía al coche y se iba.

¿Por qué sentía que, si no iba esa noche con él, podría perderlo para siempre? ¿Por qué no le había preguntado si sería eso lo que pasaría?

seguía en mi vida?

Yo no era más que una persona normal, una madre soltera que luchaba cada día para sacar adelante a su hija, que trabajaba para mantenerla y había tenido que ocultar que era madre para conseguir un trabajo.

—¿En qué está pensando esa cabecita? —curioseó y me dio un beso en la sien.

—No soy parte de ese mundo, no lo soy —murmuré—. No soy esa clase de mujer.

—Cloe, mírame, pequeña —me pidió con un tono para nada rudo, sino todo lo contrario, sosteniendo mi barbilla y acariciándola—. Eres la clase de mujer que yo quiero. Tu cuerpo reacciona a mí, de un modo que ningún otro lo ha hecho, ver tu placer, es el mío. Disfrutas de lo que te doy, pequeña, y yo al verlo.

Se inclinó para besarme, sin hacer nada más, sin tocarme, sin presionar con su pelvis en mis nalgas, sin que pudiera notar si comenzaba a excitarse y a que su miembro se pusiera erecto bajo la ropa. Simplemente me besaba y yo lo sentía todo, todo.

Cómo mi cuerpo se relajaba entre sus manos, cómo parecía anhelar que lo tocara y arder ante el suave y caliente contacto de las yemas de sus dedos, cómo mi deseo aumentaba, cómo necesitaba tocarlo yo a él, sentirlo…

Y entonces se apartó, apoyó la frente en la mía con los ojos cerrados unos segundos, acariciándome ambas mejillas, y cuando volvió a mirarme quedé una vez más cautivada por sus oscuros ojos.

—Esta noche vendré a buscarte —dijo—. Estaré esperando a las diez en la puerta, si no bajas, entenderé que no aceptas nada del mundo de placer que te ofrezco —me dio un beso rápido y se apartó.

Lo vi caminar hacia la puerta y salir de mi casa sin detenerse, sin girarse, sin dedicarme ni tan siquiera una mirada, nada.

Me quedé allí unos instantes hasta que fui hacia el ventanal y observé cómo cruzaba la calle, subía al coche y se iba.

¿Por qué sentía que, si no iba esa noche con él, podría perderlo para siempre? ¿Por qué no le había preguntado si sería eso lo que pasaría?

Capítulo 28



Había pasado más de una hora tratando de decidir qué ponerme para ir a ese club con mi jefe, y es que nada me terminaba de convencer.

Él era el CEO de una gran empresa, su socio, su padre, todos hombres elegantes acostumbrados a ir vestidos con traje y corbata, dudaba mucho que a un lugar así entraran con unos pantalones vaqueros y camiseta.

Eché un vistazo entre los vestidos que tenía y al final cogí uno del fondo del armario que hacía tiempo que no me ponía, concretamente desde que las últimas Navidades que pasé en casa de mis padres, y sí, después de haber tenido a Lily cogí algo de peso, pero el vestido aún me servía.

Era negro, entallado, a la altura de las rodillas y de tirantes no muy anchos con escote en V, y la espalda descubierta, el cual acompañaba con unos zapatos de tacón del mismo color y un bolso de mano que ni sabía que tenía.

Dejé la melena suelta, me maquillé con tonos naturales, los ojos ahumados con sombra marrón, y los labios en un bonito tono rojo que me regaló Jane unos meses atrás.

Estaba nerviosa, y con cada segundo que pasaba los nervios aumentaban.

Miré por el ventanal unos minutos antes de las diez, hora a la que dijo que estaría en mi puerta, y vi aparecer el coche de Kirk, que paró en doble fila tal como había dicho.

Había apagado todas las luces de mi casa por si él miraba hacia arriba, que no me viera. Lo vi salir del coche con uno de sus muchos trajes negros que tenía como vestuario, y miró hacia mi piso, por suerte no me iba a ver.

Sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta, miró la pantalla y se apoyó en el coche, con los tobillos cruzados y ambas manos en los bolsillos del pantalón.

Cerré los ojos, cogí aire, y al volver a abrirlos comencé a caminar decidida hacia la puerta de mi casa. Entré en el ascensor y por primera vez en mi vida aquel trayecto se me hizo interminable por los nervios que tenía.

Jamás pensé que iría a un lugar donde otras personas iban para tener sexo entre ellas, y ahí estaba yo, a mis veintiséis años, una mujer casi virgen como diría Jane, a punto de adentrarme en el mundo del sexo liberal. Dios mío, si mis padres supieran esto.

Suspiré, salí del ascensor, caminé hacia la puerta del edificio y cuando abrí, como si él supiera que era yo, miró hacia mí.

Estaba a una distancia en la que distinguir sus ojos sería imposible, pero según avanzaba hacia él, podía ver el brillo en ellos, así como una leve sonrisa en sus labios.

—Hola, pequeña —dijo apartándose del coche y me dio un beso en la comisura de los labios, y porque me aparté un poco por si había alguna mirada curiosa en ese momento.

—Te juro que no sé qué hago aquí —murmuré mirándolo al fin, notando su mano acariciando mi espalda desnuda.

—Sientes curiosidad, y eso no es malo —seguía sonriendo—. Estás preciosa esta noche.

—No sabía qué ponerme —me encogí de hombros—. Pero intuí que allí en vaqueros no me iban a dejar entrar.

—Yendo conmigo, entrarías incluso si tan solo llevaras una camiseta.

—¿Tan importante eres en ese lugar? —Fruncí el ceño.

—Soy socio, como te dije esta tarde.

—No serás socio fundador o algo así.

—No, pero mi padre, sí.

—Ay, Dios mío, estoy empezando a creer que esto es un error.

—No lo es —sostuvo mi barbilla para que le mirara—. Estarás conmigo, nadie te hará nada, ¿entendido?

Asentí, me dio un beso en la frente y abrió la puerta del copiloto para que me acomodara allí.

Mientras él caminaba delante del coche deseé tener la seguridad que él tenía para todo, quizás eso lo daba la edad, teniendo en cuenta que era doce años mayor que yo.

Tras poner el coche en marcha se incorporó al tráfico y condujo por las calles de Nueva York con la mano en mi rodilla, dando algún que otro apretón de vez en cuando, mirándome por el rabillo del ojo e incluso deslizando la

yema de sus dedos por mi más que sensible muslo.

Llegamos a las afueras de la ciudad media hora después y me encontré con un edificio grande, lujoso e imponente ante nosotros, desde luego no sería un hotel, pero sí que lo parecía.

Entramos en el recinto después de que los guardas de la puerta reconocieran a Kirk, llevó el coche hacia un aparcamiento subterráneo, lo dejó en una de las plazas y me cogió la mano para acercársela a los labios y besarla.

—No tienes que estar nerviosa, ¿de acuerdo? Y, sobre todo, veas a quien veas esta noche ahí arriba, nunca debes hablar de ello con nadie.

—Vale.

—Vamos.

Salió del coche y no tardó en venir a abrir mi puerta, se lo agradecí porque si hubiera tenido que salir yo sola, no lo habría hecho.

Caminamos hacia el ascensor, pulsó el botón y las puertas se abrieron ante nosotros, dejando a la vista una estancia acogedora, de paredes de espejo y suelos de un negro brillante en el que nos reflejábamos.

Lo vi pulsar el botón de la cuarta planta y me dijo que en la primera estaban las salas del personal de seguridad, así como sus habitaciones. En la segunda estaban las habitaciones del personal de servicio, y en la tercera, la cocina y las habitaciones de los empleados de la misma.

—Las cuatro plantas siguientes son habitaciones para uso de socios e invitados. En la última planta está la mía —dijo mientras me pasaba la mano por la espalda hasta llegar a mi cintura y rodearme con el brazo, justo en el momento en el que el ascensor llegó a la cuarta planta del edificio—. ¿Lista?

—No —contesté con un suspiro.

—No te van a morder, pequeña —me dio un beso en el cuello.

—No, si no me dejo, porque aquí se viene a que te muerdan, te aten, te azoten y te follen como si no hubiera un mañana —resoplé.

—Solo yo, puedo hacerte todo eso —dijo serio, mientras sostenía mi barbilla—. Nadie, Cloe, escúchame bien, nadie hará nada que no quieras, y no lo permitiré —se inclinó para besarme tras haberme observado con esos ojos negros llenos de lo que esperaba era sinceridad absoluta. Se apartó en el momento en el que se abrieron las puertas y salimos de allí caminando el uno al lado del otro.

Había hecho bien en ponerme ese vestido porque todas las mujeres que vi en cuanto puse un pie allí, iban elegantemente vestidas.

Aquí nadie parecía tener miedo de que los vieran, imaginaba que la cláusula de confidencialidad que habrían firmado para ser miembros de un club tan exclusivo como este, debía ser de esas multimillonarias en caso de hablar sobre a quién se había encontrado uno por allí, dado que todos iban con los rostros sin cubrir, como podría haber sido el caso procurando el anonimato de las personas.

Y hablando de rostros conocidos, en el momento en el que llegamos a una de las barras donde servían bebidas, vi el de mi otro jefe, Cody Prescott, que hablaba con el padre de Kirk, el señor Phillip Blackwell.

Pero no eran los únicos que reconocía, puesto que Nancy Black, la responsable de Recursos Humanos de *Industrias Blackwell*, también andaba por allí hablando y riendo con alguien.

—Tranquila, que estás temblando —murmuró en mi oído.

—¿Cómo no iba a estarlo? Tu padre está ahí, y soy tu maldita secretaria —protesté.

—Eres mi sexy y ardiente secretaria, esa a la que debo confesar, soy adicto —susurró dándome después un leve mordisquito en la oreja.

—Hola, hijo —lo saludó el padre—. Vaya, pero si es la señorita Davenport —sonrió al verme—. Deje que le diga que me sorprende verla por aquí, pero también me gusta tenerla entre nosotros esta noche.

—Yo… también me alegro de verlo, señor Blackwell —contesté mortificada por la vergüenza.

—No pensé que tuvieras una nueva compañera, hijo —Kirk ni siquiera contestó, pero noté que apretaba su mano en mi cadera y fruncí el ceño—. ¿Qué queréis tomar?

—Vino blanco para ella, whisky para mí —contestó Kirk, y su padre se lo pidió al camarero.

Iba a decir algo más, pero en ese momento escuchamos que un hombre lo llamaba.

—Hijo, ven conmigo. Tenemos que hablar de negocios con él —el padre de Kirk señaló al hombre que lo había llamado.

—Enseguida vuelvo —susurró besándome el cuello y se fue con su padre, con la copa en la mano, dejándome allí con la mía.

Capítulo 29



Tras verlo marchar mis nervios crecieron, hasta que fui consciente de la presencia de alguien conocido al lado.

—Esta noche estás preciosa, Cloe —me dijo Cody con una amable sonrisa, pues me había quedado sola con él, y aparte de besarme en la comisura de los labios sin el más mínimo pudor, noté su mano en mi espalda desnuda.

Lo miré y vi que me observaba de un modo muy diferente a como me miraba en las oficinas, y no entendía nada.

—¿Te ha hablado de este lugar? —preguntó, y supe que se refería a Kirk.

—Esta tarde, sí.

—¿Y estás de acuerdo con este aspecto de nuestras vidas? —dio un sorbo a su copa, y yo a la mía.

—Me ha dicho que no tengo que hacer nada que no quiera.

—Cierto —sonrió—. Pero ten por seguro que más de uno, y de una, se acercará para hacerte proposiciones.

—Catherin, dijo que iba a gustarles —murmuré.

—¿Has visto a su mujer? —frunció el ceño, y asentí— Acepta un consejo, preciosa —Me puso la mano en la cadera y eso hizo que me estremeciera, se notaba que en este lugar se le olvidaba que era algo así como su secretaria—. No dejes que ella te intimide —susurró, mirándome fijamente a los ojos.

—Mientras no intente llevarme a la cama, todo irá bien —susurré de vuelta, y Cody soltó una sonora carcajada.

—Si no intenta que su marido te comparta con ella esta noche, lo hará otro día, tenlo por seguro.

—¿Es habitual eso en ellos? Digo, están casados y se supone que tiene que haber amor entre amos.

—Preciosa, en nuestro mundo no hay cabida para el amor, solo es sexo —se encogió de hombros.

—Pero están casados, se amarían cuando decidieron hacerlo.

—Eso no me compete a mí hablarlo contigo, cuando él crea conveniente, lo hará. Por el momento, ¿qué te parece si vienes conmigo a un lugar más tranquilo? —propuso de lo más sugerente.

—No puedes estar diciéndome en serio que quieres acostarte conmigo —dije con los ojos muy abiertos.

—Pues sí, te lo estoy diciendo. Pero eso tan solo ocurrirá si tú y él queréis que alguna vez me una a vosotros en los juegos. Por el momento me conformo con que te sientes conmigo en una de las mesas —señaló una que había a unos pocos metros.

—Vale —sonreí aliviada.

Cody me hizo un guiño y no me soltó en ningún momento, me llevaba con la mano en mi cadera como había hecho Kirk y eso parecía que evitaba que otras personas se acercaran a mí.

Se sentó en uno de los sillones y cuando yo fui a hacerlo en el otro, tiró de mí hasta que me senté sobre su regazo.

—¿Qué haces?

—Evitar que otros se lancen a por ti como leones, preciosa.

—Pero se supone que eso debería hacerlo él, no tú.

—Así es, pero en este lugar Kirk y yo somos uno. Es decir, si él trae a una compañera que no quiere compartir co nadie durante un tiempo y se aleja, yo cuido de ella. Al igual que en el caso contrario.

—Dime que no vas a besarme —murmuré cuando su rostro quedó muy cerca del mío.

—Lamento decirte que sí —sonrió—, pero solo porque se acerca un socio que te aseguro no querrás que te haga una proposición.

Y sentí sus labios sobre los míos en un beso suave y breve que me dejó con cara de tonta, así, literalmente.

—Prescott, te veo bien acompañado —la voz de un hombre hizo que saliera de mi estupor y al mirar hacia él, vi nada más y nada menos que a uno de los congresistas más influyentes de Boston, uno que alardeaba de tener el matrimonio perfecto.

No era demasiado mayor, tenía la edad de Kirk, pero sus ojos eran mucho más lascivos y perversos de lo que nunca hubiera imaginado.

—Es compañera de Kirk, y, por ende, como bien sabe, mía —me dio un leve apretón en la rodilla y noté que subía la mano por mi muslo.

—Los hay con suerte, es una hermosa mujer sin duda.

—Y toda nuestra, congresista —le aseguró, dejando la mano bajo la tela de mi vestido, gesto que al congresista no le pasó desapercibido.

—Disfrutad de la noche entonces, los tres —el congresista sonrió levemente y se fue.

—No pinto nada aquí —murmuré—. Me ha dejado sola —miré hacia Kirk que seguía hablando con su padre y aquel hombre.

—Estás conmigo, preciosa, que es como estar con él —me sostuvo la barbilla y volvió a besarme.

Fui a decir algo, pero no pude, puesto que llamaron a Cody y se disculpó para ir a hablar con aquella camarera.

Me quedé sentada en el sillón bebiendo mi copa, vi a Nancy a unos pocos metros y sonrió al verme, saludándome con la mano, y le devolví el gesto.

Y si haber visto al congresista fue una sorpresa que no esperaba, estar viendo en ese momento a Peter, el Peter de mi amiga, me dejó de piedra.

—¿Cloe? —preguntó igual de sorprendido que yo al verme.

n

—Peter, ¿qué haces tú aquí?

—Yo iba a preguntarte lo mismo, pero imagino que has venido con Blackwell y Prescott —no respondí, me daba vergüenza, por lo que cambié de tema.

—Creí que tú y Jane estabais bien.

—Lo estamos, ella sabe que no es la única y está bien con eso.

—¿Alguna vez ella… ha estado aquí? —pregunté, y él sonrió con un leve asentimiento.

—Me alegra verte, y más aún ser uno de los pocos privilegiados que puede saludarte y que ya te conocía antes —apoyó la mano en mi brazo y me dio un beso rápido en la mejilla—. Si alguna vez necesitas ayuda aquí, házmelo saber —murmuró antes de apartarse, pero entendí a qué venía aquello.

Se fue hacia la barra y cuando iba a sentarme, apareció Catherin, la mujer de Kirk, toda sonriente.

a

—Querida, cuánto me alegro de que mi marido te haya traído esta noche. Muchos me han preguntado por ti, y están deseando conocerte, en todos los sentidos.

—¿Conocerme? —Fruncí el ceño.

ɔ

—Oh, sí, querida. Están impacientes por saber con quién te compartirá Kirk primero.

No, no podía ser, él me había dicho que no iba a compartirme con nadie sin que yo lo quisiera. Noté que me mareaba un poco, me disculpé con ella que frunció el ceño, y me alejé de allí.

Encontré un cuarto de baño donde entré y juraría que tenía hasta náuseas, pero solo eran los nervios.

Me refresqué el cuello y cuando estaba mirando mi cara, pálida como la de un muerto, en el espejo, se abrió la puerta.

—Cloe, cariño, ¿estás bien? —preguntó Nancy, que fue quien entró, y me frotó la espalda con cariño.

—No, Nancy, ni siquiera sé qué hago aquí.

—Ay, mi niña —me abrazó y me dije a mí misma que no iba a llorar, no podía hacer eso—. ¿Qué te ha dicho la mujer del jefe?

Suspiré, se lo conté y también lo que el propio Kirk me había dicho, a lo que ella sonrió.

—Entonces no le hagas caso a ella, sino a él. Conozco al jefe desde hace mucho, y no siempre ha compartido a su compañeras, ¿sabes? Así que hazle caso a él, que es quien te ha elegido —me acarició el pelo y sonrió—. Ahora vamos a tomar una copa de vino, ¿sí?

—No, yo me voy a mi casa. De verdad que venir aquí ha sido un error.

—Cloe, espera —dijo cuando salí al pasillo, pero me topé con él justo ahí—. Oh, hola jefe —sonrió—. Ya me voy, os dejo solos.

Y se fue, dejándome allí con Kirk, que me miraba de un modo al que no podría darle una descripción concreta.

Sin decir una sola palabra, entrelazó nuestras manos y me llevó por el pasillo hacia un lado de la sala donde nadie parecía mirar, de modo que nos movimos por allí hasta que abrió una puerta que daba a un pasillo y seguimos caminando hasta el fondo de este, pasando por delante de varias puertas hasta que se detuvo delante de una, justo al final.

s

Capítulo 30



Entramos en aquella habitación que resultó ser un despacho, y Kirk me apoyó en la puerta, manteniéndome acorralada entre esta y su cuerpo.

—¿Qué te pasa, pequeña? —preguntó acariciándome la mejilla.

—Me dijiste que no ibas a compartirme, y están todos deseando que decidas quién será el primero en estar con los dos.

—¿De qué hablas, Cloe? —Frunció el ceño.

—No te hagas el tonto, ni me trates como si yo lo fuera. Te lo advierto, no voy a ser la puta de nadie, ¿me oyes? ¡¡No voy a permitir que, ni tú, ni nadie en este sitio, me comparta y me use como si no fuera más que una jodida muñeca!! —grité apoyando ambas manos en su pecho para empujarlo, pero apenas se movió del sitio.

—Por el amor de Dios, Cloe, no entiendo nada —apoyó una mano en mi cadera y dio un leve apretón—. Te dije que no harías nada que no quisieras, y no, no entra en mis putos planes compartirte.

—¿Y por qué Cody me ha besado? ¡¡Dos veces!! —volví a gritar, estaba nerviosa y eso me afectaba más.

—Seguro que no lo ha hecho como yo, le conozco —sonrió levemente de medio lado.

—Ese no es el punto, maldita sea, es tu amigo, tu socio, ¡y me ha besado a mí! Como si no le importara que me estés follando tú.

Se lanzó a mis labios como un demente, con furia y rudeza, apretando mi cadera con la mano que tenía sobre ella y noté la otra mano en mi muñeca, llevándola sobre mi cabeza hasta dejarla apoyada en la puerta.

Cerré los ojos sintiendo todas esas cosas que solo él conseguía hacerme sentir con un simple beso. No, Cody no me había besado así, pero no dejaban de ser dos besos que no me esperaba, dado que él sabía que estaba con Kirk

Estaba perdiendo el control, el juicio también, y notaba que mi mente empezaba a ir por esos lugares por los que

no debía vagar.

Kirk acercó su pelvis a mí y no pude evitar jadear al notar la erección que había ya bajo sus pantalones.

Soltó mi muñeca y mi brazo cayó laxo, de modo que apoyé la mano en su hombro.

Llevó la suya a mi muslo, lo acarició despacio con las yemas de los dedos, abrasando la piel por donde pasaba, subiendo lentamente hacia mi ingle, y me estremecí al notar que me tocaba la entrepierna, cubriendo mi sexo por completo con su mano.

Comenzó a moverla despacio y el simple roce de la tela sobre mi clítoris me hacía estremecer y excitarme aún más. Hizo la tela a un lado y gemí en su boca al notar dos dedos juguetones y lujuriosos deslizándose entre mis pliegues, llevando consigo la humedad que ya se había formado allí.

Me penetró un par de veces y gemí en protesta cuando retiró la mano.

—Tócame también, pequeña —me pidió en un susurro ronco y bajo, cogió mi mano y la llevó a su erección, jadeando al sentir mi caricia aun por encima de la ropa—. Esto es por ti, ¿lo sabes? —Me miró fijamente y vi el brillo en sus ojos, ese brillo de deseo, la lujuria y la lascivia con la que me miraba haciendo que mi cordura se fuera a paseo— Eres mía, Cloe, y todos aquí lo saben —me besó.

—Cody… —tragué con fuerza.

—Solo ha hecho lo habitual entre nosotros, pequeña.

—Me lo ha contado —noté mis mejillas sonrojadas.

—He compartido a muchas con él —lo miré con los ojos muy abiertos y detuve la mano, tragando con fuerza mientras esperaba sus siguientes palabras—. Y sí, no voy a mentirte, me excita pensar que él te toque y te haga correr como yo mientras observo, pero eso no pasará si no deseas que pase —me acarició la mejilla—. Y ahora, mi preciosa y sexy secretaria, voy a hacerte gritar hasta que no puedas más.

Se lanzó de nuevo a mis labios, besándome con esa fiereza a la que estaba más que acostumbrada, y volví a sentir su mano en mi zona húmeda, deslizando dos dedos entre mis pliegues y penetrándome con ellos despacio.

Su pulgar comenzó a jugar con mi clítoris, dibujando círculos rápidos y perfectos, aquello me llevaba al límite de mi resistencia y él lo sabía, era consciente y le gustaba hacerlo.

Me estremecí entre sus brazos mientras movía las caderas al ritmo que iba marcando su mano, desabroché su pantalón y liberé su miembro erecto, envolviéndolo con la mía, acariciándolo de arriba abajo, notando lo duro y pesado que era, mientras él gemía en mi boca al igual que hacía yo.

Comencé a moverla más deprisa, siguiendo su ritmo, y tras unos minutos de locura y gemidos entrecortados mientras seguíamos besándonos, me sostuvo la mano para detenerme.

Me miró fijamente y no dudó en cogerme en brazos hasta llevarme a un sofá que había en aquel despacho, se desnudó rápidamente, me quitó el vestido y el tanga y tras sentarse en el sofá, se recostó en él, cogiéndome de la mano.

Hizo que me colocara a horcajadas sobre él, pero dándole la espalda, de modo que mi sexo quedaba expuesto ante su rostro.

—Voy a hacer que te corras así, pequeña —dijo, y noté su lengua lamiendo mi clítoris.

—Oh —jadeé.

Volvió a lamerme esa zona más que sensible y excitada, y me moví de manera espontánea, dejando que su lengua recorriera cada resquicio de mi sexo a placer, mientras gemía y gritaba con la cabeza dejada caer hacia atrás.

Kirk me apretaba con fuerza las caderas, notaba el modo en el que sus dedos se clavaban en mi carne, y sabía que eso dejaría marcas, pero no me importaba.

Al moverme de nuevo y abrir los ojos con la cabeza inclinada hacia delante, me encontré con su miembro erecto, brillante en el glande por su propia esencia, y en ese instante me sentí tan lujuriosa como él, por lo que me incliné lo envolví con una mano y comencé a moverla despacio de arriba abajo.

Noté una leve vibración en mi sexo debido a un sonido gutural que escapó de sus labios, y supe que le gustaba. Seguí moviendo la mano unos minutos más hasta que acogí su miembro en mi boca, eso hizo que Kirk me diera un leve mordisco en el clítoris.

Comenzó a mover las caderas mientras lamía toda su longitud dentro de mi boca, y el saber que le gustaba lo que estaba haciendo ocasionó que mi excitación aumentara aún más.

Empecé a moverme más y más rápido, hasta que el orgasmo me alcanzó y liberé su miembro para gritar con fuerza mientras él seguía lamiendo y yo moviéndome sobre su boca.

Cuando acabé, me hizo girar de nuevo y así, apoyando mis manos en su fibroso y sudoroso torso, me guio sobre su grueso miembro y ambos gemimos al conectarnos de ese modo tan íntimo.

Subía y bajaba las caderas penetrándome con fuerza al mismo tiempo que me movía a mí, para que sintiera aún más profundas cada una de sus penetraciones y me llevaba al borde del abismo de nuevo.

Tuve un segundo e intenso orgasmo apenas unos minutos después, y entonces me levantó, me colocó de rodillas con las piernas separadas en el sofá, inmovilizó mis muñecas sobre el respaldo, se pegó a mi espalda y me penetró de nuevo con fuerza, rápido y con unas embestidas salvajes que hasta ese momento no había experimentado. Noté un azote en una de las nalgas, después en la otra, y así varios más hasta que no pude contener más el clímax y lo liberé al unísono con él.

Los dos nos movíamos de manera frenética gritando y gimiendo mientras el orgasmo nos atravesaba como un maldito rayo. Me estremecí, notaba cada célula de mi cuerpo vibrar y cerré los ojos apoyando la cabeza en su hombro, momento que él aprovechó para hacer que girara el rostro y apoderarse de mis labios en un beso fiero y salvaje mientras nos corríamos.

Cuando todo acabó nos dejamos caer en el respaldo del sofá, me acarició las nalgas para aliviar un poco el leve escozor que sentía, y me besó el cuello y el hombro.

Mi respiración era entrecortada, aún notaba el cuerpo tembloroso y el corazón latiendo a mil por hora en mi pecho, como si de un caballo desbocado se tratase.

Tenía los ojos cerrados y estaba disfrutando de las caricias de Kirk y de esos suaves besos, y por un instante pensé que siempre sería así, hasta que la realidad me golpeó con fuerza.

Ese no era el sofá del salón de su casa, sino el de un despacho en aquel club donde él, su esposa, su padre y otras personas iban para tener sexo entre ellas.

Me removí haciendo que se retirara y cuando noté que se ponía en pie, me levanté yo también para coger mi ropa.

—Ey, pequeña, ¿qué pasa? —preguntó, cogiéndome por la muñeca para hacerme girar y de ese modo mirarme, pero evitaba encontrarme con sus ojos.

—Quiero irme a casa, por favor —murmuré.

—Cloe, mírame —me pidió, pero no fui capaz, tenía un nudo en la garganta y esas terribles ganas de llorar—. Cloe —susurró mientras sostenía mi barbilla haciendo que lo mirara al fin—. ¿Qué ocurre, pequeña?

—Me quiero ir, Kirk —respondí de nuevo en un susurro—. No encajo aquí, no sé qué hago contigo, con un hombre casado —aparté la mirada y él sostuvo mis mejillas entre sus manos.

—Estás donde debes estar, pequeña, te lo aseguro —me dio un beso en los labios que hizo que mis ganas de llorar aumentaran, pero las controlé todo lo que pude—. Te llevo a casa, ¿vale?

Asentí, y tras otro beso rápido ambos nos vestimos.

Salimos del despacho y Kirk me llevó de la mano todo el tiempo por el pasillo hasta una puerta que no era la misma por la que habíamos entrado antes desde la sala. Una vez la atravesamos vi que era el pasillo de los empleados del servicio, pues nos cruzamos con algunos que llevaban bandejas con bebidas.

Kirk sacó el móvil del bolsillo interior de su chaqueta y llamó a alguien, después de hablar supe que era Cody quien estaba al otro lado de la línea.

—Me llevo a nuestra chica a casa. Ajá, sí. Nos vemos —colgó y lo guardó de nuevo.

Llegamos a un ascensor, entramos y bajamos hasta el aparcamiento subterráneo, me llevó hasta el coche y una ve en él, lo puso en marcha para llevarme a casa.

Por un momento pensé que me llevaría a la suya, pero el camino que llevaba era hacia la mía.

Cuando paró frente al edificio minutos después, enredó los dedos en mi cabello y me atrajo hacia él con la mano en mi nuca. Nuestros labios se encontraron en un beso de esos que no dejaba lugar a dudas, los dos queríamos más, pero no podía.

Me aparté con una mano apoyada en su pecho, ni siquiera lo miré, no podía, me sentía avergonzada por ser su amante, a pesar de que él me pidió que lo fuera. ¿Pero cómo podía haber accedido a eso?

—Pequeña —murmuró.

—Gracias por traerme —dije abriendo la puerta, salí del coche y caminé todo lo rápido que podía hasta llegar a la puerta y entrar.

¿Cómo había llegado a eso? ¿Y cómo lo paraba ahora que sentía algo por ese hombre?

La realidad me impactó como un golpe en el pecho. Sentía algo por mi jefe, mi jefe oscuro y peligroso, un hombr casado y que nunca sería mío.

Salimos del despacho y Kirk me llevó de la mano todo el tiempo por el pasillo hasta una puerta que no era la misma por la que habíamos entrado antes desde la sala. Una vez la atravesamos vi que era el pasillo de los empleados del servicio, pues nos cruzamos con algunos que llevaban bandejas con bebidas.

Kirk sacó el móvil del bolsillo interior de su chaqueta y llamó a alguien, después de hablar supe que era Cody quien estaba al otro lado de la línea.

—Me llevo a nuestra chica a casa. Ajá, sí. Nos vemos —colgó y lo guardó de nuevo.

Llegamos a un ascensor, entramos y bajamos hasta el aparcamiento subterráneo, me llevó hasta el coche y una vez en él, lo puso en marcha para llevarme a casa.

Por un momento pensé que me llevaría a la suya, pero el camino que llevaba era hacia la mía.

Cuando paró frente al edificio minutos después, enredó los dedos en mi cabello y me atrajo hacia él con la mano en mi nuca. Nuestros labios se encontraron en un beso de esos que no dejaba lugar a dudas, los dos queríamos más, pero no podía.

Me aparté con una mano apoyada en su pecho, ni siquiera lo miré, no podía, me sentía avergonzada por ser su amante, a pesar de que él me pidió que lo fuera. ¿Pero cómo podía haber accedido a eso?

—Pequeña —murmuró.

—Gracias por traerme —dije abriendo la puerta, salí del coche y caminé todo lo rápido que podía hasta llegar a la puerta y entrar.

¿Cómo había llegado a eso? ¿Y cómo lo paraba ahora que sentía algo por ese hombre?

La realidad me impactó como un golpe en el pecho. Sentía algo por mi jefe, mi jefe oscuro y peligroso, un hombre casado y que nunca sería mío.

Capítulo 31



Le había pedido a Jane por la mañana que viniera a tomar café después de comer, necesitaba hablar con ella sobre lo que estaba pasando en mi vida.

No había dormido bien, a cada poco me despertaba y veía la hora en el reloj del móvil, lo que me llevaba a pasar otros minutos de incesante insomnio pensando en él, en mi jefe.

Suspiré después de preparar el café pues sabía que Jane no tardaría mucho en aparecer por la puerta, saqué algunas galletas para acompañarlo y cuando estaba llevándolo a la mesa del salón, llegó ella.

—Hola, cariño —sonrió dejando su bolso en el sofá y acercándose para abrazarme.

—Hola.

—Oh, galletitas de limón, cómo me conoces —dijo cogiendo una, y nos sentamos—. ¿Qué te pasa, nena? Te veo decaída —me acarició la espalda.

—Anoche estuve en ese sitio al que va mi jefe, bueno, él, Cody, su padre, su mujer. Incluso vi a… —me quedé callada— Mierda, ni siquiera he firmado el contrato de confidencialidad de las narices y ya he dicho quién había allí —suspiré.

—Ay, cariño, no te preocupes que sabes que yo soy como la tumba de los reyes egipcios, inescrutable.

La miré con la ceja arqueada y sonreí, no podía hacer otra cosa pues mi amiga era así, tenía ese humor que te arrancaba risas incluso cuando estabas más cabreada que un mono.

—Vi a Peter —dije y cuando la miré, vi que palidecía un poco.

—Lo sé —suspiró.

—Dijo que tú y él…

—Sí, hemos estado allí juntos un par de veces. Y sabía lo de tu jefe, cariño, pero no podía contártelo, el contrato y eso —se encogió de hombros—. Peter los conoce, alguna vez han tomado una copa mientras hablaban allí, y las veces que fui estuvo charlando unos minutos tras saludar a tu jefe y al socio.

—Por eso en el local el otro día, cuando los vimos, tú hablabas con Cody como si os conocierais de antes.

—No es que seamos grandes amigos puesto que fuera de ese club no me he relacionado con él, pero sí, tienes temas de conversación interesantes.

—¿Cómo puedes estar con Peter sabiendo que él…? Bueno, ya sabes.

—¿Sabiendo que se acuesta con otras? —sonrió— Lo acepto, cariño, porque sé que él no es el hombre de mi vida Nos divertimos juntos y ya.

—¿Te compartió? —pregunté un tanto cohibida, porque tener esta conversación no era algo que hubiera pensado vivir nunca.

—Sí —sonrió cogiéndome de la mano—, y no es tan malo. Era un conocido de él, ya habían estado con la misma mujer otras veces, y eso lo hizo más fácil para mí.

—Kirk me dijo que no me compartiría, que nunca haría nada que no quisiera hacer, pero su mujer… —suspiré— Ella me dijo que todo el mundo estaba deseando que él se decidiera a ver quién era el primero en estar con nosotros. Es de locos, Jane, en serio.

—¿Qué hay de Cody? Por lo que vi las dos veces que estuve allí, compartieron a las mismas chicas. Es decir, una de las veces la chica era la compañera de tu jefe, y la otra, de Cody.

Di un sorbo al café y sabiendo que ella había estado en ese lugar y que no contaría nada, le hablé de lo que Cody me dijo respecto a las compañeras de cada uno.

Ella sonrió al tiempo que asentía y dijo que ahora entendía que, a pesar de ser compañera de uno, el otro la tratara de igual modo como si fuera la suya.

—Cariño, no imaginas a quiénes podrías ver allí, hay empresarios, políticos, jueces, abogados, gente importante de todo Estados Unidos va allí los fines de semana a desinhibirse por completo. No diré nombres, pero cuando yo estuve con Peter, vi a un par de jueces que han dado que hablar en un caso gordo de narcotráfico, una diputada de Texas y dos congresistas de Chicago.

—Yo vi a un congresista de Boston anoche.

—Te dije que allí acude mucha gente, y la verdad es que a nadie le importa quiénes sean los demás, mientras no

revelen que ellos son socios de un club de sexo tan exclusivo como ese. Pero hablemos de ti, no de ellos. ¿Estuviste en alguna de las habitaciones? —curioseó cogiendo su café.

—No, Kirk me llevó a hablar a un despacho —le conté cómo empecé a encontrarme mareada después de que la mujer de mi jefe me insinuara que poco más iba a ser la puta del club y que pasarían casi todos ellos por la cama conmigo, y ella se echó a reír.

—Solo a ti se te ocurriría algo así, cariño —me colocó un mechón de cabello tras la oreja—. No conozco en profundidad a tu jefe, ni quiero —me aseguró, cuando la miré con los ojos muy abiertos—, pero estoy segura de que si te dijo que no te pensaba compartir con nadie si tú no quieres, es porque lo decía en serio.

—Lo hicimos en el despacho —me sonrojé.

—Uy, pero qué guarrilla —rio—. Yo tengo una curiosidad —comenzó a darse leves golpecitos en la barbilla con el dedo índice—. ¿Qué tal es tu jefe en la cama? Porque lo que se escuchaba en El club, es que uno de los mejores amantes.

—Pues no es que yo tenga mucho donde comparar, Jane —volteé los ojos.

—Cierto, prácticamente eres virgen —suspiró y reí, sabiendo que diría aquello.

—Pero sí puedo decirte que, aunque es dominante y exigente, también procura que yo quede satisfecha. Y algunas veces me sorprende siendo un poco más tierno de lo habitual.

—Te gusta, ¿a qué sí? —sonrió, dándome un leve apretón en la mano.

—No debería, Jane, ni siquiera tendría que haber pasado esa primera vez en su despacho, está casado —me pasé la mano por la frente—. ¿Cómo he llegado a esto? ¿Cómo es posible que me haya convertido en la amante consentida de mi jefe? No me puedo creer que me esté pasando esto a mí.

—¿Puedo darte mi opinión, sin que te enfades?

—Pues no sé, si empiezas diciéndome eso…

—Creo que ese hombre te gusta desde el primer día, pero no te habías dado cuenta.

—Tiene algo, eso es cierto, pero de ahí que me guste…

—Dime una cosa, cariño —se sentó de lado en el sofá, mirándome, así que hice lo mismo—. ¿Piensas en él a menudo? —asentí— ¿Y qué sientes cuando estás con él?

—Él me hace sentir muchas cosas, Jane, cosas que antes no había sentido. No sé explicarme mejor, lo siento.

—No tienes que sentir nada, cariño —sonrió—. No voy a decirte que ames a ese hombre, pero sí que te gusta y que, si no estuviera casado, no darías tantas vueltas a todo. Solo deja que te dé un consejo, vive el ahora, el mañana ya llegará —me dio un beso en la mejilla.

Sabía que tenía razón, pero jamás pensé que mi vida cambiaría de ese modo y que acabaría convirtiéndome en la amante de un hombre casado.

Jane se quedó conmigo el resto de la tarde, le había pedido a la tía Molly que cuidara de Lily, así que no la vería hasta el día siguiente cuando fuera a recogerla por la tarde, después del trabajo.

Después del café hicimos palomitas y pusimos una de esas películas de miedo que le gustaban a ella, apenas si le presté atención pues mi cabeza no dejaba de pensar en él y en todo lo que estaba viviendo.

Y no, no iba a negar que tenía un poco de curiosidad sobre eso de estar con él y con otra persona, pero no había sido educada así. Siempre vi el amor como el que tenían mis padres, uno en el que ambos se respetaban y no necesitaban a nadie más para sentirse completos.

Mi jefe estaba casado y mantenía relaciones con otras mujeres, había compartido a su propia esposa con otros hombres y ahora yo estaba metida en ese mundo, uno donde el placer se anteponía al amor.

Era algo de locos, sí, pero no podía obviar el hecho de que sentía curiosidad por ese mundo.

—Él me hace sentir muchas cosas, Jane, cosas que antes no había sentido. No sé explicarme mejor, lo siento.

—No tienes que sentir nada, cariño —sonrió—. No voy a decirte que ames a ese hombre, pero sí que te gusta y que, si no estuviera casado, no darías tantas vueltas a todo. Solo deja que te dé un consejo, vive el ahora, el mañana ya llegará —me dio un beso en la mejilla.

Sabía que tenía razón, pero jamás pensé que mi vida cambiaría de ese modo y que acabaría convirtiéndome en la amante de un hombre casado.

Jane se quedó conmigo el resto de la tarde, le había pedido a la tía Molly que cuidara de Lily, así que no la vería hasta el día siguiente cuando fuera a recogerla por la tarde, después del trabajo.

Después del café hicimos palomitas y pusimos una de esas películas de miedo que le gustaban a ella, apenas si le presté atención pues mi cabeza no dejaba de pensar en él y en todo lo que estaba viviendo.

Y no, no iba a negar que tenía un poco de curiosidad sobre eso de estar con él y con otra persona, pero no había sido educada así. Siempre vi el amor como el que tenían mis padres, uno en el que ambos se respetaban y no necesitaban a nadie más para sentirse completos.

Mi jefe estaba casado y mantenía relaciones con otras mujeres, había compartido a su propia esposa con otros hombres y ahora yo estaba metida en ese mundo, uno donde el placer se anteponía al amor.

Era algo de locos, sí, pero no podía obviar el hecho de que sentía curiosidad por ese mundo.

Capítulo 32



Llegué esa mañana de lunes a las oficinas con cierto temor, y es que no había sabido nada de él desde que me dejó el sábado por la noche de vuelta en mi casa.

A pesar de que Jane estuvo conmigo hasta después de cenar, no pude evitar pensar en él y mirar hacia la pantalla de mi móvil, que tenía sobre la mesa de café, cada cierto tiempo.

Una llamada, un mensaje, cualquier cosa que hubiera recibido y que me hiciera saber que, al igual que yo, se acordaba, aunque solo fuera un poco de mí.

—¡Cloe! —giré antes de llegar al ascensor al escuchar mi nombre, y vi a Nancy corriendo hacia mí con una sonrisa— Buenos días, cielo —me dio un abrazo—. ¿Cómo estás?

—Buenos días, Nancy. Bien, estoy bien.

—¿Seguro? Entiendo que todo esto es nuevo para ti, y, bueno, qué calladito tenía el jefe que eras su compañera —sonrió haciéndome un guiño—. ¿Cómo empezó?

—No sabría decirte cómo, ni por qué, pero en Boston…

—Lo imaginaba —sonreía con cariño cuando entramos en el ascensor, por suerte no había nadie más—. Me preocupé al verte así, ¿sabes? Es normal, por otro lado, si no es un mundo en el que lleves cierto tiempo metida. Con los jefes puedes estar segura de que no te pasará nada.

—Yo no estoy con los dos —fruncí levemente el ceño.

—Lo sé, pero siempre comparten a sus compañeras. Lo cual no quiere decir que vaya a pasar contigo, cielo. No me mires así que parece que vas a acabar vomitando.

—No es eso, es que… No sé si yo podría… ya sabes.

—Cloe, para eso hay que verse en esa situación. Yo tampoco creía jamás que estaría con dos hombres, y no

siempre, pero a veces estoy y es algo diferente. Normalmente no van solo a su propio placer, ¿sabes? Se centran en el tuyo primero, quieren complacerte, y se esmeran en conseguirlo —sonrió, y escuchamos el aviso de llegada a su planta—. Esta es mi parada. Nos vemos luego para tomar café, ¿sí?

—Claro —sonreí.

—Adiós, cielo —me dio un beso en la mejilla y salió del ascensor cuando se abrieron las puertas.

Nancy era como Jane, sin duda, viviendo su sexualidad sin miedo ni pudor alguno. Y que me hablaran de ello con esa tranquilidad y haciendo que no me sintiera molesta ni cohibida, era de agradecer, la verdad.

Salí del ascensor y encontré la planta en total silencio. La puerta de su despacho estaba abierta, me asomé, pero estaba vacío, aún no había llegado.

Dejé el bolso en el cajón de mi escritorio, saqué la Tablet y el móvil del maletín y fui a prepararme un café. Al regresar seguía estando sola, por lo que mientras me tomaba el café revisé la agenda.

Kirk tenía una reunión a primera hora por lo que no vendría por el momento, la debió anotar el día anterior porque no recordaba que estuviera ahí el viernes.

Tras una hora sola y trabajando en los borradores de los contratos para las clínicas y el hospital de Boston, sin que Cody tampoco apareciera por las oficinas, supuse que estarían juntos en esa reunión.

Después de prepararlos e imprimirlos, los coloqué cada uno en una carpeta y fui a dejarlos en el escritorio de Kirk. Cuando regresaba a mi puesto escuché el ascensor y al mirar, vi aparecer a Phillip Blackwell, el padre de Kirk.

—Buenos días, señor Blackwell, su hijo y el señor Prescott no están, tenían una reunión a primera hora —dije con una leve sonrisa.

—Buenos días, señorita Davenport. Eso me pasa por no llamar primero a mi hijo —chascó la lengua—. ¿Tardarán mucho?

—No lo sé, señor —encogí los hombros levemente.

—Esperaré en el despacho entonces.

—¿Quiere tomar un café mientras espera?

—Esa es una buena idea, señorita Davenport —sonrió.

—¿Con leche, crema…?

—Solo, por favor, y un terrón de azúcar.

—Enseguida se lo traigo.

Él entró en el que una vez fue su despacho, y yo fui a la pequeña cocina que teníamos en la planta para prepararle el café. Cuando regresé, encontré al señor Blackwell echando un vistazo a los borradores.

—Aquí tiene —lo dejé sobre el escritorio.

—Gracias —me miró con una leve sonrisa—. ¿Estos son los contratos de las clínicas de Boston?

—Así es, señor.

—¿Los ha redactado usted? Veo palabras que mi hijo no suele emplear.

—Sí, yo… Procuro hacer que suenen atractivos para los clientes.

—Eso me gusta. Tengo entendido que Nancy fue quien la escogió a usted de entre varias candidatas.

—Sí.

—Me ha hablado bien de usted, y creo que es buena para mi hijo. En lo profesional, obviamente.

—Gracias, supongo.

—Es una secretaria eficiente, señorita Davenport, de eso no tengo duda. Pero como bien sabe, mi hijo está casado

—Soy consciente, señor Davenport —noté que me sonrojaba.

—Como le dije la otra noche, me sorprendió verla en El club, pero entiendo que mi hijo ha visto algo en usted — se puso en pie y caminó hacia mí.

Era casi tan alto como su hijo, por lo que su sola presencia imponía e infundía un ligero temor, así como mucho respeto.

—Nunca me he interpuesto en la vida de mi hijo, puede follarse a quien quiera, pero su matrimonio está y estará siempre por encima de todo. ¿Entiende eso, señorita Davenport? —preguntó mirándome con los ojos fijos en los míos.

—Sí, señor Blackwell.

—¿Cuándo la veré de nuevo por El club? —curioseó, y noté su mano en la parte baja de mi espalda— La otra noche causó sensación, y muchos quieren disfrutar de su compañía —me estremecí, tragué con fuerza y lo miré.

—No me va a compartir —dije en apenas un hilo de voz.

—Si cree que eso es cierto, señorita Davenport, es que es más ingenua de lo que imaginaba. Mi hijo comparte a todas sus compañeras y amantes, incluso a su esposa. Dudo que con usted sea diferente.

—Él me dijo que no me obligaría.

—Una cosa es lo que diga, y otra bien distinta lo que deba hacer. Todos en ese lugar compartimos, señorita Davenport, absolutamente todos.

—¿Se ha acostado con la mujer de su hijo? —me atreví a preguntar frunciendo el ceño.

—Así es, incluso antes de que se casaran. Ella fue mi compañera algún tiempo. Quién sabe, tal vez usted acabe siendo mi esposa —me acarició la mejilla y por Dios que me entraron unas terribles náuseas.

Phillip Blackwell podría ser mi padre, por muy atractivo que fuera y que no aparentara los sesenta y dos años que tenía, ese hombre podría ser mi padre, ¿cómo me decía que tal vez me convirtiera en su esposa?

—Tengo trabajo que hacer —dije apartándome, y caminé hacia la puerta.

—Señorita Davenport —me cogió por la muñeca y sentí que me faltaba el aire, no podía mirarlo, ¿y si se atrevía a hacerme algo? — Espero no haberla asustado, solo digo algo que ocurre a menudo.

.

—No le entiendo —lo miré al fin, y él sonrió.

—A veces, las compañeras de unos se convierten en las esposas de otros con las que han sido compartidas, solo eso.

—Yo no…

—¿Me tiene miedo? —Frunció el ceño y se acercó aún más a mí, quedando a unos pocos centímetros— No tiene por qué —me miró fijamente a los ojos y vi que sonreía—. Ahora veo lo que mi hijo ha visto en usted. Y eso no es bueno —suspiró.

—No sé a qué se refiere.

—Tal vez un día lo entienda —me soltó—. Vamos a hacer como que no le he dicho que mi hijo podría

compartirla conmigo, pero creo que no seré uno de esos afortunados.

—Señor Blackwell, no estoy entendiendo nada.

—Vaya a trabajar, señorita Davenport. Y como le he dicho, espero verla pronto en El club.

Se giró y fue hacia el escritorio donde volvió a sentarse y siguió revisando los borradores de los contratos que yo había redactado.

Regresé a mi puesto y durante la siguiente media hora trabajé en la agenda y revisé el correo, hasta que escuché d nuevo el ascensor y Kirk y Cody aparecieron hablando.

—Buenos días, preciosa —me dijo Cody, con una de sus habituales sonrisas.

—Buenos días, señor Prescott —respondí, y él arqueó la ceja—. Su padre está en el despacho, señor Blackwell — miré a Kirk.

—Ahora lo entiendo —rio Cody, y fue hacia allí.

—Cloe, quiero que hablemos —murmuró Kirk, y asentí.

Entró en el despacho junto con Cody y cerró la puerta, Nancy me envió un mensaje para decirme que no iba a poder tomar café conmigo pues estaba entrevistando a algunos nuevos posibles becarios para la empresa, así que fui a la cocina a prepararme un café y aproveché para llamar a mi niña.

—Hola, mami —descolgó ella, por lo que la tía Molly le habría dado el móvil al ver mi nombre.

—Hola, cariño. ¿Qué haces? —curioseé mientras me sentaba en una de las sillas.

—Ahora mismo estamos en la cocina, la tía Molly va a preparar canelones de carne.

—Hum, qué ricos.

—Sí —rio—. Vamos a guardar para que nos llevemos para la cena. ¿No tienes trabajo?

—Estoy en el descanso, cariño.

—Ah, entonces podemos hablar un ratito.

—Sí, mi vida —sonreí.

Ella era mi mundo, la razón por la que cada mañana me levantaba y sonreía. Me estuvo contando todo lo que habían hecho ella y la tía Molly durante el fin de semana, y como no podía ser de otro modo, su tía favorita le había comprado un pijama nuevo en el centro comercial después de salir del cine de ver una película que llevaba tiempo esperando ver.

Mi hija era, sin lugar a dudas, la niña más mimada y consentida de la ciudad. Pero no era para menos, las tres, no solo yo, sino también Jane y la tía Molly, queríamos darle todo cuanto pudiéramos.

Cuando mi descanso llegó a su fin me despedí de ella y regresé a mi puesto, momento en el que la puerta del despacho se abrió y vi salir al padre de Kirk, seguido de Cody y, por último, él.

Me senté sin decir nada mientras terminaban de hablar, se despidieron y Cody fue a su despacho. En cuanto el padre de Kirk desapareció en el ascensor, escuché su voz llamándome.

—Ven a mi despacho —me pidió, y asentí.

Cogí la Tablet, la libreta de notas y un boli, y entré cerrando la puerta tras de mí.

—Dejé los borradores en la mesa —comenté, y él asintió.

—Lo sé, mi padre me ha hablado de ellos. Pero no es por eso por lo que te he llamado, pequeña —se acercó a mí y me quitó las cosas de las manos para dejarlas en el escritorio, no tardó en llevarme hasta él y rodearme por la cintura colocándome entre sus piernas—. ¿Cómo estás?

—¿A qué te refieres?

—Al sábado, quiero saber cómo estás.

—Ah, eso, bien —me encogí de hombros.

—Cloe, nunca antes habías estado en un sitio como ese.

—Tampoco vi gran cosa, así que no es como si me hubiera explotado la cabeza. Solo vi a algunas personalidades conocidas de las que no voy a hablar con nadie.

—Sabes que querré volver a llevarte allí, ¿verdad? —me atrajo aún más hacia él y me besó el cuello— Me encanta tu olor a vainilla, pequeña —susurró.

—Tu padre me ha dicho que compartes a todas tus amantes, incluso con él —noté que se tensaba.

—¿Mi padre ha hablado contigo? —Frunció el ceño— ¿Qué más te ha dicho?

—Que tu mujer fue su compañera antes de que os casarais. Y que al parecer es algo habitual que una mujer que ha sido compartida con otro hombre, se acabe casando con él.

—Cloe, no dejes que mi padre te meta cosas en la cabeza.

—Hablando como Jane, tu padre lo que realmente quiere es meterme otra cosa.

—No lo va a hacer —me acarició la mejilla.

—También me ha dicho que tu matrimonio es lo primero, y sí, ya lo sabía. Solo quiero entender por qué estás casado con alguien a quien no amas, y te acuestas con otras mujeres.

—Mi matrimonio es así, Cloe, no hagas más preguntas al respecto —me miró fijamente y asentí.

—Si no quiere nada más, señor Blackwell, debo volver al trabajo —me aparté de él, que frunció el ceño.

—Cloe.

—Oh, y, si no tiene inconveniente, dado que los borradores están terminados, necesito la tarde libre, tengo cita en el médico para una revisión —mentí, porque no era mi revisión, sino de Lily, y a pesar de que la cita era para mucho después de mi salida del trabajo, utilicé eso como excusa para tomarme unas horas lejos de él.

—¿Está todo bien? —parecía preocupado.

—Sí, es un simple chequeo.

—Vale, tómate la tarde libre sin problema.

—Gracias.

—Por cierto, el viernes debo asistir a una cena, y quiero que me acompañes.

—¿Será una cena como la de la última vez, donde estará su esposa?

—No, Cloe, quiero que vengas solo tú.

Asentí antes de salir del despacho, pasé esas últimas horas de la mañana trabajando y recogí mis cosas para irme a comer. Sabía que mi pequeña se llevaría una sorpresa.

Capítulo 33



No me equivoqué al pensar que mi pequeña daría saltos de alegría al verme, y aún más cuando le dije que después de comer iríamos al parque de bolas que tanto le gustaba antes de ir a su revisión médica.

Después de comer y mientras ella se echaba una siesta, ayudé a la tía Molly con la mesa y preparamos café. Cuando nos sentamos en el sofá a tomarlo, preguntó si estaba bien.

—Sí, ¿por qué?

—No sé, cariño, últimamente noto que estás distinta. ¿Hay alguien en tu vida? —curioseó con una sonrisa.

—Tía Molly, es… complicado.

—Otra como Jane —suspiró—. ¿Acaso estáis saliendo con mafiosos, narcotraficantes o asesinos? Qué misterio.

—No, no es nada de eso —sonreí, y di un sorbo a mi café—. Es mi jefe.

—Vaya, la cosa se pone interesante —dio un sorbo al café.

—Y… —suspiré cerrando los ojos al tiempo que dejaba caer la cabeza hacia atrás para apoyarla en el respaldo del sofá, hasta que la miré a ella— Está casado.

—Oh —la tía Molly me miró con ambas cejas elevadas—. Vaya, pues entonces sí que es complicado, sí.

—Mucho.

—¿Habéis…?

—Varias veces, sí —sonreí ruborizada.

—Entonces es algo por parte de los dos.

—No lo creo.

—Me estoy perdiendo —entrecerró los ojos.

—Tienen un matrimonio abierto, ¿entiendes?

—De esos en los que cada uno se acuesta con otras personas y no pasa nada —respondió.

—Sí.

—Entiendo. Lo que te preocupa es que no eres algo especial para él, como puede serlo para ti, sino que eres otra más de esas amantes que tiene con el consentimiento de su esposa.

—Tía Molly, yo no lo habría dicho mejor —suspiré.

—Cariño, voy a confesarte algo —dijo dejando la taza de café en la mesa, y me cogió la mano—. Yo estuve dónde estás tú, una vez, hace mucho tiempo. Fue en mi último año de universidad, conocí al dueño de una clínica privada amigo de mi profesor, fue a la universidad buscando chicos y chicas para hacer las prácticas con ellos, y acabé enamorándome de él. Tenía diez años más que yo y cuando supe que estaba casado, ya sentía algo por él. Puedes imaginar lo mucho que me sorprendió que un día se interesara en mí. Estuvimos juntos durante un tiempo, pero él nunca dejaría a su mujer así que… simplemente acabé con aquello.

—¿Jane sabe esto? —Fruncí el ceño.

—Se lo conté no hace mucho —sonrió—. Y puso la misma cara que tú. No soy una santa —volteó los ojos—. El caso, cariño, es que a veces hay que saber distinguir si la persona que nos ha escogido lo hace solo por placer, o hay algo más.

—Bueno, hasta el momento le mueve el placer.

—¿Qué sientes tú, Cloe?

—Además de que me gusta mi jefe, y que con él me siento cómoda, al menos ahora, porque al principio me cortaba un poco, eso sin mencionar que me sacaba de quicio —resoplé—. Claro que era mutuo, según él.

—Ya eres una mujer adulta y no voy a decirte lo que tienes que hacer, cariño, solo te daré un consejo. Si no puedes evitar que este de aquí sufra —dijo señalando con el dedo la zona donde estaba mi corazón—, déjalo antes de que seas tú la que lo pase mal. Te lo digo por experiencia.

—¿Por eso nunca has tenido pareja?

—No, cariño —sonrió—. Ese hombre me marcó, sí, pero tanto como para no querer tener pareja. Las he tenido, soy discreta y no habéis sabido nada, pero solo porque no he encontrado a la persona que realmente me haga senti ese amor del que tanto hablan muchas parejas. Y quizás nunca lo encuentre, pero, ¿sabes? Con vosotras tres, teng el amor que necesito —me dio un apretón en la mano.

Permanecimos en silencio tomándonos el café y cuando terminamos, recogimos todo y preparé la bolsa de Lily, mientras ella guardaba los canelones para la cena que me llevaría.

Desperté a mi niña, la aseé un poco y nos despedimos de la tía Molly hasta la mañana siguiente antes de salir de casa.

Fuimos al parque de bolas tal como le había dicho y mientras preparaban nuestros gofres y batidos para la merienda, ella se zambulló en la piscina jugando con otros niños que había allí.

Me encantaba verla así, feliz y sonriente, pero también me sentía mal en muchas ocasiones porque sabía que quería un hermanito o hermanita y no lo tenía. Si su padre hubiera sido de otro modo, ahora tal vez estaríamos casados y felices con un hijo más, pero él no quería esa vida, al menos no conmigo.

Volví a leer una noticia el día anterior en la que se hablaba del éxito que tenía, no solo en los negocios sino entre las mujeres solteras, y por la sonrisa que él mostraba a la cámara se podía intuir que estaba encantado de ser uno de los solteros jóvenes y exitosos más codiciados de Nueva York. Ojalá algún día encontrara a alguien que realmente le hiciera valorar el amor no solo de pareja, sino también el de familia.

Llamé a Lily cuando nos sirvieron los gofres y los batidos, y vino corriendo a la mesa.

—Hum, qué rico —dijo tras llevarse el primer bocado de gofre a la boca—. ¿Qué me va a hacer hoy el doctor Stone, mami? —preguntó después de dar un sorbo al batido.

—Lo de siempre, cariño —sonreí—. Comprobará cuánto mides y si has crecido en este último año, cuál es tu peso, y te pondrá la vacuna correspondiente.

—*Iug*, odio las agujas.

—Lo sé —reí—, pero tienen que usarlas para poner vacunas.

—¿Después podemos ir a la tienda de juguetes? Quiero comprar un puzle para llevarlo mañana a casa de la tía Molly. Me gusta hacerlos con ella.

—Claro que sí, cariño, podemos ir donde quieras.

Terminamos de merendar y fuimos a la clínica donde pasaba consulta el doctor Stone. Era un conocido de la tía

Molly de cuando estuvo haciendo unas prácticas en un hospital y no había ningún pediatra mejor que él, adoraba a rlos niños y les tenía una paciencia infinita.

Esperamos en la sala a que la enfermera Constance nos llamara, y mientras lo hacíamos mi pequeña estuvo leyendo un cuento mientras yo revisaba el correo del trabajo.

Encontré la invitación a la cena de la que me había hablado mi jefe para ese viernes, y resultó ser la entrega de premios a los empresarios que se celebraba cada año desde hacía décadas.

Había asistido a muchas de esas cenas con mis padres, y dado que John Davenport seguía siendo uno de los empresarios más reconocidos del país, no me cabía duda de que asistiría a esa cena.

Le mandé un mensaje a Jane para comentárselo y pedirle consejo al respecto sobre qué excusa podría dar para no asistir.

Jane: *¿Qué es eso de esconderte, Cloe Davenport? No, ni hablar. Vas a asistir a esa cena con tu jefe, un hombre importante y que, si me lo permites, aunque esté casado se ve que te tiene en alta estima, y vas a restregarles a tu padres en las narices que has llegado a tener un buen empleo por méritos propios, y que no los necesitas para nada. Eso en el caso de que asistan, que a lo mejor como tu padre ya tiene heredero para la empresa, solo va él. No lo pienses, y si los ves, actúa con normalidad. ¿Ya ha visto el doctor a la peque?*

Cloe: *Qué fácil haces que se vea todo, en serio. Todavía estamos en la sala esperando.*

Jane: *No es que lo vea fácil, cariño, es que quiero que te des cuenta de que no tienes que temer a tus padres. Ellos deberían sentirse avergonzados por lo que hicieron, que es diferente. ¿Qué vas a ponerte para esa cena?*

Cloe: *No sé qué ponerme, ya veré qué hay en mi armario.*

Jane: *Mejor me encargo yo de tu atuendo, por si estuvieran tus padres. Buscaré algo que los deje sin palabras.*

Cloe: *Jane, que nos conocemos, y me das miedo. Que no sea algo exagerado, por favor.*

Jane: *Tranquila, algo recatado y de niña buena.*

Acabó el mensaje con un emoji de esos que parecía poner los ojos en blanco, y sonreí.

La enfermera llamó a Lily en ese momento y entramos a la consulta, donde, como siempre, el doctor Stone se mostró encantador con mi pequeña y procuró que no le doliera el pinchazo de esa nueva vacuna anual.

Capítulo 34



La semana había pasado rápida, apenas había visto un par de días a mi jefe en las oficinas pues tuvo varias reuniones a las que acudir con Cody, y en lo que a mi pequeña se refería, pude pasar todas las tardes con ella.

Jane me había enviado enlaces y fotografías de una cantidad insana de vestidos que, según ella, eran perfectos para mí y con los que me vería realmente increíble en la cena a la que debía asistir esta noche. Al final opté por uno de esos vestidos que me pareció elegante a la vez que discreto, tampoco es que quisiera convertirme en el centro de atención.

—Mami, estás muy guapa —dijo mi hija, cuando entró en la habitación por su mochila.

—Gracias cariño —sonreí, y la abracé dándole un beso—. ¿Ya ha llegado la tía Jane?

—Aquí estoy —contestó ella—. Pero qué belleza de mujer, por favor —silbó acercándose—. Te queda perfecto, cariño.

—Parece una reina —sonrió mi pequeña.

—Tanto no, hija —reí.

—Te falta la corona, nada más —añadió Jane—. En serio Cloe, estás espectacular.

Me miré una vez en el espejo y no pude evitar sonreír. El vestido era de gasa en un bonito color rojo coral, tenía un solo tirante ancho cubriendo el hombro derecho de modo que el izquierdo quedaba descubierto, era largo casi hasta el suelo y tenía una apertura en el lateral izquierdo, de modo que al caminar se veía la pierna.

Jane compró unas sandalias de tacón plateadas que combinaban con el cinturón que llevaba el vestido, y un bolso de mano en el que guardé el móvil, las llaves de casa y mi documentación.

Llevaba un maquillaje sutil y natural con los labios de un tono muy similar al de la tela del vestido, y me había recogido el cabello en un moño bajo.

Estaba lista para irme en cuanto mi jefe pasara a recogerme, y eso sería en apenas cinco minutos.

—Nosotras nos vamos ya —dijo Jane, cogiendo a Lily de la mano—. Te esperamos mañana para comer en casa.

—Sí —sonreí—. Pórtate bien, mi vida.

—Sí, mami —me lanzó un beso y salió de la habitación con mi mejor amiga.

Me retoqué un poco los labios, comprobé que tenía todo en el bolso y fui hacia el salón para mirar por el ventanal hasta que llegara él. No tardé en ver su coche aparecer por la esquina y caminé hasta la puerta, justo cuando entraba en el ascensor me avisaba de que estaba esperando ya en mi puerta.

Salí a la calle con decisión y lo vi, como siempre vestido de un impecable negro, apoyado en el coche. Al escuchar el repiqueteo de mis tacones levantó la vista del móvil y abrió la boca al verme, pasándose la lengua por los labios.

—Hola —sonreí.

—Estás increíble esta noche, pequeña —dijo posando la mano en mi cintura, y me dio un beso en la comisura de los labios—. Voy a ser la envidia de la cena.

—No será para tanto —volteé los ojos y me abrió la puerta del coche.

—Te aseguro que sí es para tanto.

—¿Estará Cody? —pregunté sentándome.

—Sí, nos va a acompañar.

—Y… ¿tu esposa? —tragué con fuerza, presa de los nervios.

—No, pequeña, ella no estará allí —me dio un beso en la mejilla antes de cerrar la puerta.

En cierto modo eso me hacía sentir aliviada, apenas había tratado con esa mujer un par de veces, pero no sabía por qué, había algo en ella que no me gustaba. Aparte del hecho de que posiblemente me viera como una distracción para su marido.

Kirk subió al coche, lo puso en marcha y condujo hasta el hotel donde tendría lugar aquella cena.

No quedaba muy lejos de las oficinas de su empresa, estaba en Manhattan y era uno de los más lujosos y exclusivos de la ciudad de Nueva York.

Un empleado abrió mi puerta mientras otro se la abría a Kirk y se llevaba el coche al aparcamiento. En cuanto se unió a mí cerca de la entrada, noté el calor de la gran palma de su mano en la parte baja de mi espalda y eso hizo que me estremeciera.

Hacía casi una semana que nos habíamos acostado y debía ser sincera conmigo misma, deseaba volver a estar a solas con él.

Caminamos hacia el gran salón en el que iban a celebrar la cena y la entrega de premios, y nada más entrar fue como volver a esos años en los que acompañaba a mis padres a estos eventos.

Cientos de hombres y mujeres hablando en grupos, bebiendo y sonriendo mientras la mayoría de ellos seguramente pensaran en acabar con sus competidores más directos.

—Ahí está Cody, vamos —dijo Kirk volviendo a poner la mano en mi espalda, y caminamos hacia una de las barras donde servían la bebida.

—Al fin llegáis, pensé que me quedaba solo el resto de la noche —comentó tras dar un sorbo—. Cloe, estás espectacular —sonrió y me dio un beso en la mejilla.

—Gracias —me sonrojé.

—¿Qué te apetece beber, pequeña? —me preguntó Kirk, llamando a la camarera.

—Vino blanco.

Él asintió, pidió mi copa de vino y un whisky para él, y allí pasamos unos minutos charlando mientras observábamos a los invitados.

Señalaron a algunos de sus competidores más directos, empresarios que al igual que ellos se dedicaban al diseño de dispositivos médicos innovadores y que estaban en constante lucha por tener lo mejor y que sus empresas fueran mucho más importantes que *Industrias Blackwell*.

r Conocía bien eso de lo que hablaban, en la empresa de mi padre no había demasiada competencia porque no diseñaban nada innovador, pero en muchas otras sí, al igual que estaba el caso de las eternas luchas de precios.

Si una empresa bajaba sus precios, aunque fuera unos pocos centavos, las demás hacían lo mismo con tal de conseguir más ventas.

Como mi padre decía, la ley de la oferta y la demanda.

—Disculpadme, voy a saludar a un conocido —dijo Kirk, y con la mano en mi espalda se inclinó para susurrarme al oído—. No tardo, pequeña.

Asentí, di un sorbo a mi copa y vi a Cody acercarse cuando Kirk se fue.

—No sé vosotros, pero yo en cuanto den los premios, me voy a casa —susurró.

—No eres fan de estas cosas, por lo que veo —sonreí.

—No, prefiero otro tipo de fiestas —me hizo un guiño.

—Ajá, más privadas, ya entiendo.

—Chica lista. Pero no me digas que no sería mucho más divertido que nos fuéramos los tres a una fiesta privada, en vez de estar aquí rodeados de gente, gente muy mayor en algunos casos —señaló a un hombre que debía tener unos noventa años, el pobre caminaba con bastón y ayudado por un chico joven, tal vez de mi edad—. Ese es Steven Ferguson, el más longevo de los empresarios. Está jubilado y las riendas de su imperio las tomó su nieto Owen hace un par de años, cuando tenía veintiocho años. Es él quien lo ayuda a llegar a la mesa. Y aun pareciendo una pobre momia andante, aquí sigue, asistiendo año tras año a estos eventos.

—¿Alguna vez la empresa ha recibido un premio? —curioseé.

—Oh, sí, desde que Kirk está al mando, hace ya siete años, ha recibido dos. Pero voy a compartir contigo una teoría que tengo desde que soy la mano derecha de ese capullo —se inclinó más para susurrar—. Cada cierto tiempo le dan un premio a una empresa concreta, y si mis cálculos no fallan, este año le toca a *Morrison Enterprise* —señaló a un hombre de unos cuarenta años que hablaba con un hombre cerca de la puerta de entrada al salón—. A él se lo dieron hace cuatro años, por lo que, si no me equivoco, ya le toca.

—¿Me estás diciendo que esto está amañado? —Fruncí el ceño.

—No he dicho tal cosa, solo he compartido contigo una teoría.

—Pues si está amañado, mi padre debe estar que trina —murmuré.

—¿Tu padre? —frunció el ceño, y entré en pánico porque pensé que no me había escuchado— Joder, espera un momento. No me digas que tienes algo que ver con John Davenport, el dueño de la petrolera —el hecho de no contestar fue suficiente respuesta para él—. ¡Eres su hija!

—Baja la voz, por favor —le pedí—. Sí, soy hija de ese Davenport.

—Pero, no lo entiendo, si eres su hija, tú deberías dirigir la empresa en un futuro, ¿por qué ha nombrado a otro

para ser su sucesor?

—Es una historia muy larga, pero resumido, dejamos de hablar cuando yo estaba en la universidad. Y no —levanté la mano cuando vi que iba a hablar—, no me gusta hablar de ese asunto y no quiero hacerlo.

Vi a Kirk acercándose, sonrió al encontrarse con mi mirada, y posó la mano en mi espalda mientras decía que fuéramos a sentarnos en la mesa.

En ese momento se formó un poco de revuelo en la puerta, miré, y mi cuerpo se quedó completamente paralizado. Sabía que podía ocurrir, que lo más probable es que me encontrara con ellos, y ahí estaban, John y Esther Davenport entrando sonrientes a la sala acompañados de Nick Stanton, el futuro CEO de la petrolera que mi abuelo levantó años atrás.

para ser su sucesor?

—Es una historia muy larga, pero resumido, dejamos de hablar cuando yo estaba en la universidad. Y no —levanté la mano cuando vi que iba a hablar—, no me gusta hablar de ese asunto y no quiero hacerlo.

Vi a Kirk acercándose, sonrió al encontrarse con mi mirada, y posó la mano en mi espalda mientras decía que fuéramos a sentarnos en la mesa.

En ese momento se formó un poco de revuelo en la puerta, miré, y mi cuerpo se quedó completamente paralizado. Sabía que podía ocurrir, que lo más probable es que me encontrara con ellos, y ahí estaban, John y Esther Davenport entrando sonrientes a la sala acompañados de Nick Stanton, el futuro CEO de la petrolera que mi abuelo levantó años atrás.

Capítulo 35



Eso era lo que siempre le gustó a mi padre, llegar el último y ser el centro de atención, que todos supieran que el gran John Davenport había hecho su triunfal entrada.

Hacía años que no los veía, y a pesar de que el tiempo pasaba para todos, seguían manteniendo el mismo aspecto que entonces, solo que con alguna arruga más por aquí y por allá, y alguna que otra cana.

Yo quería pasar desapercibida, pero una de las veces que mi madre miró hacia donde estábamos nosotros, me vio y se le abrieron los ojos con sorpresa.

Me escabullí como pude y Cody no tardó en seguirme, igual que Kirk.

—Pequeña, ¿qué pasa? Te has puesto pálida —dijo Kirk.

—Son sus padres —contestó Cody.

—¿Quienes? —Kirk frunció el ceño.

—Vamos, colega, que eres el listo de los dos —Cody volteó los ojos, y Kirk miró de nuevo hacia donde estaba el recién llegado matrimonio Davenport.

—¿Ellos? —me miró y asentí— ¿Y se puede saber qué hace la heredera una petrolera, siendo mi secretaria?

—No soy la heredera de nada, perdí ese derecho hace años.

—Estaba en la universidad —dijo Cody—. No sé qué pasó porque no ha querido contármelo.

—¿Cloe?

—No quiero hablar de eso, Kirk, por favor —lo miré con los ojos suplicantes, y debió ver en ellos el dolor que ese me causaba, pues se limitó a asentir y me dio un suave beso en la frente.

Todas las mesas fueron ocupadas y comenzaron a servir la cena, había caviar, tostas, marisco y carne, todo delicioso, pero yo tenía el estómago cerrado y apenas probé un poco de cada plato.

Estar en ese lugar, con mis padres y el futuro CEO de la petrolera de mi abuelo tan cerca, no me estaba sentando bien. Tenía miedo de que mis padres dijeran algo delante de Kirk y Cody que me delatara, que revelara ante ellos que era madre soltera y que había mentido para conseguir el trabajo.

Tras la cena entregaron los galardones, y por sorprendente que pudiera parecer, Cody tenía razón con su teoría y se lo habían entregado a Morrison.

Me excusé para ir al cuarto de baño y procuré pasar desapercibida por aquella concurrida sala, evitando que mis padres me vieran. Llegué a mi destino sonriendo al no haber sido vista, y permanecí allí unos minutos después de usar el excusado, retocándome el labial.

Al salir, mientras echaba un vistazo al móvil y veía una foto de mi hija que me acababa de enviar Jane, completamente cubierta de harina, escuché la voz de alguien a mi espalda.

—¿Cloe Davenport? —Me giré y vi a Nick Stanton, con la ceja arqueada— Vaya, qué sorpresa. Tu padre no me dijo que fueras a asistir.

—No lo sabía —me limité a contestar.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, como… ¿siete, ocho años?

—Muchos —no dije número, tampoco era algo relevante—. Así que, serás tú quien tome las riendas de la petrolera cuando él lo deje —ni siquiera me pasó por la cabeza llamarlo padre.

—Sí, pero podríamos hacerlo juntos —se acercó más a mí, con las manos aún en los bolsillos, mirándome fijamente.

—Créeme, eso no les haría felices a ellos —sonreí con ironía.

—No tendrían ni voz ni voto, Cloe —me acarició la mejilla sin apartar la vista de la mía—. Serías mi mujer y dirigirías la petrolera.

—¿Todo bien? —la voz gutural y amenazante de Kirk hizo que me girara al mismo tiempo que Nick Stanton se apartaba dejando caer la mano.

—Tranquilo, amigo, solo estaba hablando de un posible acuerdo con ella —contestó él.

—¿Qué clase de acuerdo? —Kirk arqueó la ceja.

—Es una Davenport, y yo seré el CEO de la petrolera en unos años, solo le ofrecía la posibilidad de dirigirla conmigo.

—Puedes olvidarte de ella —contestó Kirk acortando la distancia, me rodeó por la cintura con un brazo y no perdió en ningún momento esa mirada gélida que tenía—. Es mía.

Nick Stanton frunció el ceño, me miró queriendo entender algo, pero estaba claro que no podía. Todo el mundo allí conocía a Kirk Blackwell y sabían que estaba casado, lo que imposibilitaba el hecho de que me reclamara como suya.

—Cloe, ha sido un placer volver a verte —dijo al tiempo que hacía un leve gesto con la cabeza antes de irse.

—No debiste decirle eso —murmuré cuando nos quedamos solos.

—Pequeña, ese tipo no quería precisamente que dirigieras la empresa de tu abuelo en un futuro. Vamos, están a punto de entregar los últimos premios y podremos irnos.

Regresamos al salón, y noté las miradas de mis padres y de Nick Stanton desde el momento en el que puse un pie allí.

Nos sentamos a la mesa con Cody, aplaudimos a los últimos galardonados, y tras eso decidimos marcharnos.

Alguien llamó a Kirk para hablar con él, Cody y yo nos quedamos esperando y, en ese momento, los vi acercarse.

Mis padres venían flechados hacia mí, ella con la cara desencajada y él, con los ojos inyectados en la misma rabia que vi cuando les dije que estaba embarazada.

—Cody, vámonos fuera, por favor —le pedí, agarrándolo del brazo.

—¿Qué pasa, preciosa? —me miró preocupado, pero no me dio tiempo a responder.

—¿Es que lo que hiciste hace años no fue suficiente humillación para nuestra familia? —dijo mi padre, visiblemente enfadado.

—Creo que esas no son formas de hablarle a su hija, señor —Cody dio un paso adelante.

—Eres una vergüenza para el apellido Davenport —siguió él, ignorándolo—. ¿Cómo se te ha podido pasar por la cabeza enredarte con un hombre casado?

—¿Qué ocurre aquí? —la voz de Kirk me hizo estremecer, mi padre se giró a mirarlo de arriba abajo y negó.

—Un hombre de su posición, y casado, mostrándose en público con su amante, qué vergüenza —le soltó mi padre, con desprecio.

—La señorita Davenport es mi secretaria —contestó él—, y como tal, nos acompaña a mi socio y a mí a algunos de estos aburridos eventos donde estúpidos con usted reciben premios de consolación que, sin duda, están amañados. ¿Cuánto ha pagado por el de este año, señor Davenport?

—¿Cómo se atreve a insinuar…?

—No insinúo, constato lo que es un hecho. Me llamaron preguntado cuánto estaba dispuesto a pagar por consegui mi tercer premio. Sin duda los dos primeros sí los dan a los mejores de cada sector, a partir del tercero ya hay que tirar de talonario. Vengo por la comida y la bebida, pero no necesito mendigar ningún premio. Ahora, si nos disculpan —pasó por su lado como si nada, noté su mano grande y caliente en mi espalda, y salimos de allí los tres.

No dijimos una sola palabra hasta llegar a la calle, donde Cody se despidió de nosotros con un guiño. Subimos al coche de Kirk cuando lo trajeron y puso rumbo fuera de allí.

—Lo siento —murmuré, mirando por la ventana.

—¿Por qué, pequeña? ¿Por tener un padre gilipollas? Tranquila, la familia en la que nacemos no se elige —me cogió la mano y se la llevó a los labios para darme un beso—. Te llevo a casa, aunque me encantaría que vinieras a pasar la noche conmigo, pero tengo que ir a Chicago, estaré fuera el fin de semana.

—No te preocupes.

—Oye —me sostuvo la barbilla para que lo mirara—. El próximo fin de semana te quiero solo para mí, ¿entendido?

Tragué con fuerza al ver el modo en el que me miraba, y tan solo pude asentir.

Poco después me dejó en la puerta de mi edificio y se despidió con un beso en los labios de esos que nos hacían querer más.

—El lunes no iré a la oficina —me acarició la mejilla—. Pero te dejé ayer por la tarde algo de trabajo para hacer.

—Vale.

—Me muero por ver lo que hay debajo de ese vestido —recorrió mi cuerpo con esa mirada lasciva que me hacía estremecer.

—Kirk.

—Dime, pequeña.

—Tu padre dijo algo que… Bueno, he estado dándole vueltas y…

—¿Y?

—¿Tanto disfrutas cuando compartes a una mujer con otro hombre?

r

—Para el resto del mundo puede sonar pervertido, pero sí, disfruto mucho. No solo por el placer de ver que otro te toque y te haga excitar, sino por el placer que los dos podemos darte. Pero como te dije, no te obligaré a hacer nada que no quieras. Y ahora váyase a casa, señorita Davenport, antes de que le arranque el vestido y la folle aquí mismo —dijo con ese tono ronco y sensual que me erizaba por completo.

Me acerqué a él, acaricié su mejilla sin dejar de mirarlo a los ojos, y lo besé.

—Voy a echarle de menos, señor Blackwell —susurré.

—Yo también a ti, pequeña —me acarició de nuevo la mejilla.

Bajé del coche y caminé hasta la puerta, le dije adiós con la mano mientras entraba y se fue poco después.

No había mentido, lo iba a echar mucho de menos.

—Kirk.

—Dime, pequeña.

—Tu padre dijo algo que… Bueno, he estado dándole vueltas y…

—¿Y?

—¿Tanto disfrutas cuando compartes a una mujer con otro hombre?

—Para el resto del mundo puede sonar pervertido, pero sí, disfruto mucho. No solo por el placer de ver que otro te toque y te haga excitar, sino por el placer que los dos podemos darte. Pero como te dije, no te obligaré a hacer nada que no quieras. Y ahora váyase a casa, señorita Davenport, antes de que le arranque el vestido y la folle aquí mismo —dijo con ese tono ronco y sensual que me erizaba por completo.

Me acerqué a él, acaricié su mejilla sin dejar de mirarlo a los ojos, y lo besé.

—Voy a echarle de menos, señor Blackwell —susurré.

—Yo también a ti, pequeña —me acarició de nuevo la mejilla.

Bajé del coche y caminé hasta la puerta, le dije adiós con la mano mientras entraba y se fue poco después.

No había mentido, lo iba a echar mucho de menos.

Capítulo 36



El fin de semana lo pasé con mi pequeña en casa, ordenando armarios y cajones, preparando bolsas con ropa que ya no usábamos o que a ella le había quedado pequeña para donarla a una asociación que ayudaba a madres solteras, limpiando y horneando toda clase de galletas y dos bizcochos.

Además de ver algunas de sus películas favoritas, y comer pizza y hamburguesas caseras.

Me encantaba poder disfrutar de mi hija, y sí, seguía pensando que era una pena que mis padres estuvieran perdiéndose todo eso. Pero no los necesitábamos en nuestras vidas, y no iba a dejar que lo que pasó el viernes me afectara.

Esa mañana en las oficinas trabajé en los borradores que Kirk me había dejado en mi escritorio, tal como me dijo al dejarme en casa después de la cena, además de preparar unos informes que me pidió urgentes con un mensaje de texto.

Paré a tomar café con Nancy, hablamos del club y su noche de lujuria del sábado con sus dos habituales compañeros, y de nuevo sentí la curiosidad de cómo sería estar con dos hombres.

No era algo que me hubiera planteado nunca, la verdad, pero ahora… Ahora mi vida había dado un gran cambio y me planteaba cosas que antes jamás se me habrían pasado por la cabeza.

Como el hecho de ser la amante de un hombre casado. Y es que debía estar loca.

Salí a comer algo rápido a la cafetería y regresé al trabajo para dejarlo todo acabado. En ello estaba cuando escuché la llegada del ascensor y pensé que sería Kirk, pero al mirar hacia allí, vi a su mujer.

Sonriendo, mirándome fijamente, con paso firme y sin titubear lo más mínimo, con un vestido blanco ajustado qu definía perfectamente su figura, y si pretendía intimidarme, por Dios que lo estaba consiguiendo.

—Buenas tardes, señora Blackwell —saludé—. El señor Blackwell no está aquí.

—Buenas tardes, querida —sonrió y miró hacia el despacho—. ¿Podríamos hablar? —Señaló la puerta del

despacho— Allí hay sillas para mí —volvió a sonreír.

—Claro.

Me puse en pie, alisé mi falda lápiz de color azul marino, cogí el móvil por si me llamaba mi jefe, y la seguí al despacho.

—¿Te veremos este fin de semana por el club? —curioseó, dejando su bolso en el escritorio, y se apoyó en él, mientras yo me quedaba allí de pie, preguntándome por qué esa mujer no se sentaba.

—No… no lo sé —titubeé frunciendo ligeramente el ceño.

—Deberías asistir, mi marido tiene que llevarte y escoger ya un compañero con el que compartirte.

—No hará eso.

—Oh, querida, puedes apostar a que sí. Mira —se apartó del escritorio y caminó hacia mí, observándome como si ella fuera una leona y yo un simple tentempié, incluso noté una de sus uñas deslizándose por mi brazo—, Kirk es como todos en El club, y mujer que lleva, mujer que debe compartir.

—Pero si él no quiere… No pueden obligarnos a estar con otra persona allí.

—No, no es obligación, es lo que todos tenemos que hacer. ¿Acaso crees que, si yo llevo a uno de mis amantes, n lo comparto con otra mujer? O incluso llevo a mi marido a esa habitación donde ve a otro hombre follarme y se excita con ello —susurró demasiado cerca de mi oído—. Eres preciosa, y hasta yo estoy deseando poder disfrutar de tu compañía, ¿sabes? —Noté su mano en mi trasero y di un leve respingo cuando la acarició— ¿Te gusta cuando te azota, querida? Es algo que le vuelve loco, ver la piel enrojecida en esa zona.

La noté en mi espalda y empecé a ponerme nerviosa cuando tocó mis muslos con las manos y acercó sus labios a mi oído.

—Ahora mismo, yo te azotaría, es algo que también me vuelve loca —susurró, mientras subía la tela de mi falda.

—Señora Blackwell —dije con la voz casi estrangulada—. Se está equivocando conmigo, yo…

—¿Nunca has estado con una mujer? —preguntó y negué— Hum, me encantaría ser la primera.

—¿Cloe? ¿Dónde estás preciosa? —escuché la voz de Cody, quise hablar, pero ella me cubrió la boca con una mano.

—¿Cloe? —ese era Kirk, ya había vuelto y ni siquiera escuché el ascensor.

—Hum, la cosa se pone interesante. Deja que nos encuentren aquí, querida —susurró, haciendo que girara de tal modo que quedamos las dos mirando hacia la puerta.

Cuando escuché los pasos acercándose también noté la mano de la mujer de mi jefe deslizándose por mi muslo, me estaba incomodando que me tocara de ese modo, solo había una persona que podía hacerlo, y no era ella.

Kirk apareció ante nosotras, y ella sonrió con la mejilla apoyada en la mía. Era unos centímetros más alta que yo, tanto con tacones como sin ellos, de modo que notaba que estaba ligeramente inclinada.

—Catherin, ¿qué haces aquí? —preguntó con el semblante serio, me miró a los ojos y sentí unas ganas de llorar que me obligué a tragarme, pero no pude evitar cerrar los ojos mortificada.

—Hola, amor. Vine a hablar con nuestra chica —seguía deslizando la mano hacia mi ingle—. Tiene una piel muy suave, estoy deseando probarla.

—Catherin, déjala y vete de aquí —entró en el despacho con Cody a su espalda, que miró hacia la escena que tenía delante con los ojos muy abiertos, y se cernió sobre nosotras—. Aparta tus manos de Cloe —le pidió con ese tono autoritario y los ojos inyectados en sangre.

—¿Por qué? Es nuestra compañera, ¿no?

—No, no es tu compañera.

—Vamos, amor, siempre compartimos a tus chicas, igual que dejo que te unas a mí y mis chicos.

—Catherin, aparta tus manos de ella —dio un paso más hacia nosotras y vi lo furioso que estaba.

—Eres un aguafiestas, Kirk, ahora que llegaba a la zona buena —suspiró, apartando la mano de mi muslo y también la de mi boca—. Querida, mi marido no quiere que me divierta ahora contigo, una auténtica pena. Pero eso tiene que cambiar, amor —le señaló—. ¿Tú las has probado, Cody? —le preguntó a él, inclinando la cabeza hacia un lado para mirarlo.

—No va a contestarte —dijo Kirk—. Vete, Catherin, y no vuelvas cuando sepas que yo no estoy aquí.

—Te lo advierto, amor, llévala el sábado al club y compártela, no quieras quedártela para ti solo, porque ese, no e tu estilo —exigió tras coger su bolso del escritorio y al pasar por delante de él le dio un par de golpecitos en el pecho, entonces me miró a mí—. Que sepas que me voy con muchas ganas de que nos divirtamos, querida.

—Vete, joder —le pidió Kirk, y vi que tenía los puños apretados—. Cody.

—Sí, socio —contestó, y vi que cogía a Catherin del brazo para sacarla del despacho.

Cuando nos quedamos a solas, Kirk me miró y acarició mi mejilla.

—¿Pequeña, estás bien?

—Ha sido incómodo, nunca he estado con una mujer.

—Ni lo vas a estar, joder —me sostuvo ambas mejillas entres sus manos para volver a besarme—. No va a volver a ponerte un solo dedo encima.

—Podría lidiar con una esposa celosa que quisiera arrancarme el pelo, pero, ¿con una esposa que quiere follarme? Dios, no —resoplé.

—Nadie, salvo yo, va a follarte, ¿me oyes? Nadie.

—Ella, al igual que tu padre, insiste en que tienes que compartirme.

—Y yo digo que no voy a hacerlo —contestó, mirándome fijamente y acariciando mis mejillas con los pulgares.

—¿Ni siquiera si yo te lo pidiera? —murmuré.

—¿Qué quieres decirme, Cloe?

—Tú sabías que mi amiga había ido a ese club, ¿verdad?

—Sí, pero no podía decírtelo.

—Vale, ella tampoco. El caso es que ella, al igual que Nancy, me han contado cosas y, bueno, yo…

—¿Sientes curiosidad? —preguntó, y vi que sus ojos brillaban de repente.

—Un poco sí, la verdad —dije, notando cómo me sonrojaba de pies a cabeza.

—Cloe, no es algo a lo que quiera obligarte.

—Si yo te lo pido, no me estás obligando.

—Cierto —sonrió de medio lado—. Entonces, ¿te gustaría ir al club el sábado y probar?

—Listo, socio —miramos a la puerta y vi entrar a Cody—. Ella se ha ido y yo he bloqueado el ascensor para que no pueda subir nadie a esta planta. Me voy al despacho… ¿Por qué me estás mirando así, preciosa? —Frunció el ceño.

—¿Con él? —preguntó Kirk volviendo a mirarme, y asentí.

—Mi amiga dijo que es mejor si la otra persona es alguien de confianza para tu compañero.

—Esto… ¿Qué me he perdido? —Cody arqueó la ceja con ambas manos en los bolsillos.

—Mi chica quiere que la comparta —respondió él, sin apartar los ojos de los míos—. Y quiere que sea contigo.

—¿Qué? —la sorpresa en la voz en la voz de Cody hizo que me empequeñeciera por unos minutos.

—¿Vas a rechazarla? —Kirk frunció el ceño.

—No, joder, ¿cómo podría? ¿Tú la has visto bien? —Kirk arqueó la ceja— Ok, pregunta estúpida. No te estoy rechazando, preciosa —dijo caminando hacia nosotros, y me acarició la mejilla—. Es solo que me ha sorprendido ¿Te gusto yo también?

—Me pareces atractivo, sí.

—Espero que menos que yo —protestó Kirk.

—Ah, ya le hemos dañado el ego al hombre de negro —Cody suspiró.

—Yo solo… siento curiosidad —dije mirando a Cody.

—Pues estoy dispuesto a ser tu conejillo de indias, preciosa —me hizo un guiño, sonreí, y vi que se inclinaba para darme un beso en los labios—. ¿Cuándo quieres que sea?

—¿Ahora? —murmuré.

—¿Ahora? —hablaron al unísono.

—Antes de que me arrepienta y mande mi curiosidad a paseo —volteé los ojos.

—Ahora, entonces —dijo Cody, y no tardó en cogerme por la cintura, haciendo que le rodeara con ambas piernas la suya, y me apoyara en sus hombros.

Posó sus labios en los míos en un beso suave y cálido, como si le diera miedo romperme, y cuando noté la punta

de su lengua separándolos para abrirse paso en mi boca, se lo permití.

No besaba como Kirk, él lo hacía un poco más suave que él, aunque también había algo de rudeza y urgencia.

—Capullo con suerte, los besos de tu chica son adictivos —le dijo a Kirk, y él sonrió de medio lado.

—Pequeña —noté la mano de Kirk en mi espalda, y lo miré—. ¿Estás segura de que quieres esto? —asentí.

—¿De verdad, preciosa?

—Sí, lo quiero, y lo quiero ahora.

—Socio, vamos a estrenar el despacho —dijo Cody, que volvió a lanzarse a mis labios, pero esta vez, de un modo un poco más rudo.

.

ı

de su lengua separándolos para abrirse paso en mi boca, se lo permití.

No besaba como Kirk, él lo hacía un poco más suave que él, aunque también había algo de rudeza y urgencia.

—Capullo con suerte, los besos de tu chica son adictivos —le dijo a Kirk, y él sonrió de medio lado.

—Pequeña —noté la mano de Kirk en mi espalda, y lo miré—. ¿Estás segura de que quieres esto? —asentí.

—¿De verdad, preciosa?

—Sí, lo quiero, y lo quiero ahora.

—Socio, vamos a estrenar el despacho —dijo Cody, que volvió a lanzarse a mis labios, pero esta vez, de un modo un poco más rudo.

Capítulo 37



Estaba nerviosa, no iba a mentirme a mí misma, pero quería aquello, quería vivir por una vez la experiencia que había hecho que Jane y Nancy sonrieran de ese modo tan particular al hablarme de ello.

Kirk me miraba fijamente mientras tenía a Cody a mi espalda. Ambos se habían quitado la chaqueta, y el rubio estaba desabotonado mi camisa para quitármela.

—Esto es algo que no esperaba vivir, preciosa —susurró en mi oído, y me dio un beso en el cuello—. Si en algún momento te echas para atrás, lo entenderemos.

—No —lo miré por encima del hombro—. No voy a echarme para atrás.

—Estás temblando —sonrió con cariño.

—Es por los nervios —me sonrojé.

—Tranquila, que enseguida te los quitamos nosotros —se inclinó y comenzó a besarme.

Cerré los ojos mientras le correspondía al beso, llevé mi mano a su nuca y acabé enredando los dedos en su cabello, era casi tan suave como el de Kirk.

No, no tenía que compararlos, cada uno tenía su manera de ser y yo quería estar con ambos en ese momento.

Noté las manos de Kirk apartando la tela de mi blusa mientras Cody terminaba de desabotonarla, y no tardó en cubrir mis pechos con ellas, acariciándolos por encima de la tela del sujetador, haciendo que me excitara ante aquel roce.

Cody cogió la tela de la blusa y comenzó a bajarla por mis hombros, haciendo que retirara la mano de su cabello.

Cuando cayó al suelo sentí sus manos en los costados, acariciando mi piel haciendo que se erizara a cada paso de las yemas de sus dedos, hasta que subió a la espalda y desabrochó el sujetador, ese que también me quitó.

Kirk comenzó a besarme el cuello mientras tocaba mis pechos y pellizcaba los pezones, gemí en la boca de Cody y noté que él bajaba la cremallera de la falda hasta hacerla caer al suelo.

Me estremecí al contacto de sus grandes y cálidas manos en los muslos, esos que acarició despacio subiendo hacia la cintura. Las llevó hasta mi vientre y bajó con ambas por él hasta alcanzar mi entrepierna, esa zona íntima que hasta el momento solo Kirk había visto y disfrutado.

Noté sus dedos deslizándose por los lados de la braguita hacia el interior, y volví a gemir cuando sentí que me tocaban entre los pliegues.

—Joder, socio, está muy mojada —lo escuché decir y llevó sus labios a mi cuello para besarlo, tal como estaba haciendo Kirk.

—Mi chica es muy receptiva —contestó Kirk, no tardó en buscar mis labios y apoderarse de ellos.

Otro gemido y un escalofrío me recorrieron el cuerpo entero, y fue ese momento el que Cody eligió para penetrarme con uno de sus dedos.

—Ah —jadeé arqueando la espalda al tiempo que dejaba caer la cabeza hacia atrás, apoyándola en el hombro de Cody.

Kirk bajó dejando un camino de besos hacia mis pechos, lamió un pezón y después el otro, para acto seguido llevarse mi pecho a la boca. Succionaba con deleite, con fuerza, y al mismo tiempo pellizcaba y tiraba del otro haciéndome gemir.

—Preciosa, esos ruiditos me están afectando mucho —murmuró Cody, que me penetró un poco más fuerte con el dedo mientras deslizaba el otro entre mis pliegues, y se detenía en mi clítoris para hacer fricción en él o pellizcarlo.

Movió las caderas y noté la erección que tenía bajo la ropa, rozando en mis nalgas, por lo que gemí de nuevo.

Kirk seguía atendiendo mis pechos, yo tenía las manos libres y pensé que debía darles un poco de ese placer que ellos me ofrecían.

Desabroché con ambas sus pantalones, y llevé cada una de ellas a su entrepierna, envolviendo esas gruesas y palpitantes erecciones.

—Joder, preciosa —Cody jadeó y buscó mi boca para besarme, en ese instante me sentí poderosa.

Ellos iban a hacer conmigo aquello que desearan, y yo era la que había provocado sus erecciones.

Kirk gimió mientras seguía lamiendo y succionando mi pecho, Cody me besó aún más rudo y comenzó a mover las caderas al unísono con Kirk, como si estuvieran follándome a la vez.

Mi mente comenzó a divagar y me los imaginé justo así, penetrándome ambos a la vez, haciéndome gemir y gritar, y eso me excitaba.

Gemí de nuevo en la boca de Cody, empecé a moverme al notar sus dedos llevándome a la locura, y entonces…

—No puedes correrte —me ordenaron los dos al unísono, con ese tono serio y autoritario.

Asentí y ambos se lanzaron a mi cuello, besando esa zona sensible que me hacía estremecer y desear más.

Cody llevó una de las manos hacia atrás, y mientras jugaba con mi clítoris entre dos de sus dedos, me penetró desde atrás con otros dos.

Yo seguía tocándolos, queriendo llevarlos a ese estado de locura en el que yo misma me encontraba. Jamás me pasó por la cabeza hacer algo así, y aquí estaba, a punto de follar con mis dos jefes.

Cody retiró ambas manos y noté que me quitaba la braguita, subió deslizando la lengua por una de mis piernas y noté que hundía el rostro en mi sexo y comenzaba a lamer con más fuerza e intensidad.

—Oh, Dios —jadeé mientras temblaba y él me agarraba por las caderas.

—¿Te gusta, pequeña? —preguntó Kirk en un susurro cerca de mis labios, y lo miré fijamente.

—Sí —jadeé.

—No tenías por qué hacerlo, Cloe, pero gracias —sonrió, y fui yo quien busqué sus labios para besarlo.

Aquello resultaba tan excitante, que sentía que en cualquier momento acabaría corriéndome, pero no debía hacerlo.

Cody seguía lamiendo mi zona con avidez, con gula me atrevería a decir, y empecé a moverme mientras él aumentaba el ritmo de su lengua y me penetraba con ella.

Cuando intuyó que iba a correrme se apartó, subió besándome la espalda pegó su erección libre a mis nalgas. Rozó con ella en esa zona y volvió a llevar la mano a mi entrepierna, acariciándola despacio.

Kirk seguía besándome y yo tocándolo a él, hasta que cogió mi mano y la apartó.

Cody me llevó hasta el escritorio, hizo que me apoyara en él con las piernas separadas y comenzaron a quitarse el

resto de la ropa delante de mí.

—Tócate, preciosa —me pidió Cody, y lo hice.

Llevé una mano a mi sexo, deslicé el dedo entre mis pliegues y cerré los ojos mientras sentía esa oleada de nueva excitación.

Volví a mirarlos y ambos me observaban con los ojos brillantes, llenos de lascivia.

Cuando se quedaron completamente desnudos los vi tocarse, y eso hizo que, de manera inconsciente, me pasara la lengua por los labios.

Dejé de tocarme, me acerqué a ellos, besé a Kirk con pasión y lujuria tocando su erección, y después hice lo mismo con Cody.

Hasta que me arrodillé entre ellos, sin apartar la mirada de sus ojos, y acerqué la erección de Kirk a mis labios. Deslicé la lengua por toda su longitud y lamí despacio. Luego, hice lo mismo con el miembro de Cody.

—Joder —jadeó este, y me acarició la barbilla.

Volví a mirar a Kirk y acogí su miembro en mi boca, lamiendo y succionando, mientras envolvía la de Cody con la mano imitando los movimientos de mi boca.

Ambos jadearon, yo me estremecí y noté que me excitaba un poco más, y entonces cambié de chico.

Empecé a darle a Cody las mismas atenciones que le había dado a Kirk, y fue él quien me apartó poco después.

—Preciosa, esto es una puta locura —dijo mientras me cogía en brazos, y no tardó en sentarme en el escritorio de Kirk, donde hizo que me recostara, y comenzó a penetrarme.

Cerré los ojos, gemí, me agarré con fuerza a la madera, y entonces volví a abrir los ojos al notar las manos de Kirk atrapando mis muñecas.

Se inclinó mientras me observaba y besó mi frente.

—¿Lo estás disfrutando? —preguntó, y asentí— ¿Qué sientes?

—Placer, mucho placer —contesté entre jadeos.

—Si alguna vez nos dejas penetrarte a la vez, sentirás mucho más placer, te lo aseguro —me besó con esa fiereza que tan bien conocía, y gemí en su boca mientras Cody me penetraba una y otra vez, rápido y hasta lo más hondo

de mi ser.

Poco después se detuvo, Kirk rompió nuestro beso y ocupó el lugar de Cody, separó un poco más mis piernas y empezó a penetrarme despacio, inclinado sobre mí para besarme.

Lo siguiente que noté fue que me cogía en brazos y me lo hacía así, de pie, mientras me agarraba con fuerza a sus hombros, y sentí a Cody en mi espalda.

Lo miré por encima del hombro y nos besamos, se bebió mis gemidos y pude notar que se estaba masturbando con fuerza.

Dejó de besarme y fue Kirk quien se apoderó de mis labios en un beso apasionado y sumamente posesivo, como si de ese modo me dijera a mí, y a su socio, que era suya y de nadie más.

—Kirk —jadeé cuando sus labios fueron a mi cuello, me besó y después noté que me mordisqueaba el hombro.

—Córrete, pequeña, córrete con nosotros —ordenó, y no tardé en liberar el clímax al mismo tiempo que sentía que lo hacía él, y el calor de la liberación de Cody en mi espalda.

Jesús, aquello había sido… indescriptible.

Intenso, excitante, lascivo, lujurioso y carnal.

—Preciosa, ha sido sencillamente alucinante —dijo Cody, buscando mis labios para besarme, y noté que limpiaba mi espalda con un pañuelo—. Os dejo solos —me hizo un guiño y mientras Kirk me llevaba aún en brazos hasta el sillón de su escritorio, vi que recogía su ropa y salía del despacho.

—¿Estás bien? —me preguntó Kirk acariciándome la espalda, yo tenía la cabeza apoyada en su hombro.

—¿Qué acabo de hacer? —murmuré, y lo miré.

—¿Disfrutar de un sexo libre y sin ataduras? —sonrió de medio lado.

—Jamás pensé que haría algo así.

—Pero los has hecho.

—Sí —volví a dejar caer la cabeza en su hombro—. Esto para mis padres es como buscarme un sitio en el Infierno, seguro.

—¿Qué pasó entre ellos y tú? —curioseó, acariciándome el pelo.

—No quiero hablar de ello.

—Está bien —me besó el hombro—. ¿Has disfrutado hoy?

—Sí, por increíble que parezca.

—¿Repetirías?

—Tal vez.

—Me alegra oír eso, pequeña —volvió a besarme el hombro.

Nos quedamos allí sentados en silencio, abrazados, y pensé que cuando Jane supiera lo que había hecho, no se lo iba a creer.

Kirk propuso que fuéramos a cenar y acepté. Nos vestimos, dejé mi coche en el aparcamiento y fuimos a un restaurante chino que había a la vuelta de la esquina.

Hablamos del trabajo, me dijo que tenía varias reuniones el resto de la semana, y después de cenar regresamos a las oficinas. Me acompañó al coche y volvimos a besarnos de ese modo que a los dos tanto nos gustaba.

—Eres perfecta, Cloe, perfecta —dijo mientras me acariciaba la mejilla, mirándome fijamente.

Subí al coche y llamé a Jane para decirle que ya iba de camino, pero me dijo que me fuera a casa, que la niña se había quedado dormida y no había necesidad de despertarla. Quedé en verla al día siguiente y me despedí.

En el camino pensé en lo que había hecho, algo que nunca pensé que haría, pero que había disfrutado desde el minuto uno.

—No quiero hablar de ello.

—Está bien —me besó el hombro—. ¿Has disfrutado hoy?

—Sí, por increíble que parezca.

—¿Repetirías?

—Tal vez.

—Me alegra oír eso, pequeña —volvió a besarme el hombro.

Nos quedamos allí sentados en silencio, abrazados, y pensé que cuando Jane supiera lo que había hecho, no se lo iba a creer.

Kirk propuso que fuéramos a cenar y acepté. Nos vestimos, dejé mi coche en el aparcamiento y fuimos a un restaurante chino que había a la vuelta de la esquina.

Hablamos del trabajo, me dijo que tenía varias reuniones el resto de la semana, y después de cenar regresamos a las oficinas. Me acompañó al coche y volvimos a besarnos de ese modo que a los dos tanto nos gustaba.

—Eres perfecta, Cloe, perfecta —dijo mientras me acariciaba la mejilla, mirándome fijamente.

Subí al coche y llamé a Jane para decirle que ya iba de camino, pero me dijo que me fuera a casa, que la niña se había quedado dormida y no había necesidad de despertarla. Quedé en verla al día siguiente y me despedí.

En el camino pensé en lo que había hecho, algo que nunca pensé que haría, pero que había disfrutado desde el minuto uno.

Capítulo 38



Un mes después…

Los días habían pasado rápidos y sin darme cuenta entre trabajo, informes, reuniones, comidas y cenas con Kirk, noches de lujuria y pasión en su casa, algún que otro encuentro rápido en el despacho, las risas con Cody y esas miradas que me dedicaba de lo más sensuales y pícaras, por no hablar de las peticiones de volver a dejarlo jugar con Kirk y conmigo alguna vez.

También disfruté de mi pequeña, habíamos ido al parque de atracciones, a pasar un fin de semana en California disfrutando de la playa con Jane, salíamos al parque, al centro comercial, cocinábamos y veíamos películas mientras cenábamos, una rutina que nunca había perdido ni quería perder con ella.

En esos días me di cuenta de que me estaba enamorando más y más de Kirk, que esperaba una llamada o un mensaje y cuando lo recibía, sonreía como una adolescente ilusionada.

Y no, no me había llevado al club porque decía que me quería solo para él. En su casa tenía un cajón lleno de objetos que le gustaba usar en el sexo, y con los que me hizo descubrir otras formas de placer.

Esa mañana me había levantado un poco indispuesta, pero no tan mal como para quedarme en casa. Solo que no contaba con que acabaría el resto del día, casi todo el tiempo encerrada en el cuarto de baño vomitando, jurando que no volvería a cenar picante.

Kirk y Cody no vinieron por las oficinas, todo lo que hablé con ellos fue a través del móvil, cuando me pedían algún informe que les hiciera llegar por e-mail, o que anotara una nueva cita con quienes se habían reunido para verse la semana siguiente.

Fue después de comerme un sándwich cuando sentí que aquel malestar estaba yendo demasiado lejos, y llamé a Kirk para pedirle si podía irme a casa, ya que no me encontraba bien.

De camino, y aún no sabía bien por qué, se me pasó por la cabeza que aquel malestar podría deberse a algo en concreto, hice una parada antes de llegar a casa y aquí me encontraba ahora, sentada en el sofá con la prueba de mis pequeñas sospechas.

Estaba embarazada, llevaba poco más de un mes con mi jefe, y me había quedado embarazada.

Sentí el calor de las lágrimas deslizándose por mis mejillas y el miedo atenazándome el cuerpo. Esto no era nada bueno, él era un hombre casado, y mi jefe.

Me quedé ahí sentada mirando la prueba que había sobre la mesa, pensando en todos los escenarios posibles que podría encontrarme al darle aquella noticia, y por un segundo quise creer que era algo bueno para él también, no como cuando supe que estaba embarazada de Lily.

Iba a llamar a Jane para hablar con ella, cuando me llegó un mensaje al móvil del trabajo.

S. Blackwell: *La quiero en el despacho, ya.*

Era una orden, lo que no sabía era si se trataba de una de trabajo, o personal.

Me lavé la cara retirando aquellas lágrimas, recogí mis cosas y bajé hasta el coche para ir a las oficinas.

Iba pensando en que tenía que aprovechar ese encuentro para contárselo, debía decirle que iba a ser padre y saber qué opinaba al respecto. Si al igual que el padre de Lily él tampoco quería saber nada del bebé, lo aceptaría y le firmaría lo que fuera necesario para que se quedara tranquilo, sabiendo que nunca le pediría nada.

Si había conseguido sacar adelante a una hija estando sola, con la única ayuda de mi mejor amiga y su tía, podía hacerlo una vez más.

Saludé al chico de seguridad del aparcamiento, dejé el coche en mi plaza y tras coger aire, salí del coche temblando como una maldita hoja.

Y así salí del ascensor al llegar a la última planta del edificio, esa que encontré vacía y en la que escuché algunos leves gritos que no entendí saliendo del despacho de Kirk.

Caminé sintiendo los nervios agarrados a mi estómago como si fueran garras, cogí aire una última vez y me asomé a la puerta, donde vi a Cody sentado en una de las sillas frente al escritorio, mientras Kirk se paseaba de un lado a otro delante del ventanal con ambas manos en la cabeza.

—Ya estoy aquí —dije, y ambos me miraron.

—¿Se puede saber qué cojones has hecho? —gritó Kirk andando a grandes zancadas hasta mí, y entré en pánico a ver sus oscuros ojos cargados de furia.

—No sé de qué hablas —di un par de pasos hacia atrás en un acto reflejo.

—No juegue conmigo, señorita Davenport —dijo con los dientes apretados mientras me agarraba con fuerza del brazo.

—Kirk, me haces daño —miré su mano y vi que apretaba un poco más.

—Señor Blackwell para usted —estaba furioso, no había duda.

—Socio, tranquilo —le pidió Cody, levantándose y caminando hacia nosotros.

—No me digas lo que tengo que hacer o cómo tengo que comportarme —contestó mirándolo.

—Vamos a dejar que se explique.

—¿Explicarme? No entiendo nada, Cody.

—Sabía que escondías algo, intuía que lo hacías, pero esto —Kirk me miró con desprecio de arriba abajo—. De ti no me habría esperado jamás algo así.

—Yo… —estaba temblando, y seguía sin saber a qué se refería. ¿Acaso había descubierto lo de Lily?

—Cloe, hace semanas que alguien le pasa información sobre nuestros proyectos y diseños a empresas de la competencia —miré a Cody, aún más descolocada por lo que acababa de decir.

—Alguien no, ¡ella! —gritó Kirk señalándome, pues me había soltado y estaba a unos pasos de mí.

—¿Qué? —abrí los ojos de tal modo que pensé que se me saldrían, miré a Cody, y asintió— Yo no he pasado información a nadie.

—Hay pruebas, preciosa —Cody cogió algunos papeles de la mesa y me los entregó—. Estos e-mails se han enviado desde tu correo corporativo, lo hemos comprobado.

é

l —¿Cómo? —fruncí el ceño— No es verdad —Miré aquellos papeles en mi mano, temblando.

—¿Vas a seguir negándolo, maldita sea? —Kirk estaba furioso y no dejaba de gritarme— Los enviabas y después los borrabas, pero de todos los correos de esta jodida empresa queda rastro. No eres tan lista como pensabas. ¿Quién demonios te pagó para que buscaras trabajo aquí?

l

—Busqué en más empresas cuando despidieron a toda la plantilla en mi antiguo trabajo —murmuré, leyendo aquellos correos en los que además había planos e informes como archivos adjuntos, según podía ver.

—¿Me estás diciendo que es una puta casualidad?

—Kirk, no he enviado nada de esto, te lo juro —se me estaban saltando las lágrimas.

—Es que ni con las pruebas delante admite la verdad. Está despedida, señorita Davenport. La quiero fuera de mi empresa.

—Kirk, por favor, tienes que creerme, yo no he enviado nada de esto —agité los papeles.

—Preciosa, no ha habido muchas incorporaciones nuevas a la empresa desde que te contratamos a ti, y hemos revisado los correos corporativos de los demás. Solo en el tuyo había esas pruebas.

—No he sido yo, Cody, te juro que no he sido yo.

—¿Y qué escondes entonces? Porque sé que hay algo que nos has ocultado desde el principio. Ni siquiera sabía que eras hija de John Davenport hasta aquella cena. Por qué trabajas aquí y no con él, ¿eh?

—¡Porque me repudiaron como hija! —grité dando un paso hacia adelante, quedando a pocos centímetros de él— Por eso. Ellos fueron quienes me dieron la espalda, quienes me quitaron mi derecho de ser algún día quien dirigiera la petrolera de mi abuelo. Se suponía que tenía que casarme con alguien para que él tomara las riendas, mi padre nunca quiso que una mujer lo hiciera. Y entonces me quedé embarazada estando en la universidad, y me dieron la espalda.

Los dos fruncieron el ceño y Cody se acercó a mí, con una mirada tierna que me estaba partiendo el alma.

—Preciosa, ¿tienes un hijo?

—Ese era mi secreto —me retiré las lágrimas de las mejillas—. Tengo una hija de seis años que oculté a la empresa porque se supone que una persona con cargas familiares no rinde lo suficiente y no queríais eso. Pero mi hija es mi mundo, y lo único que he hecho estos años sola, con la ayuda de mi mejor amiga y su tía, es sacarla adelante trabajando tanto como he podido.

Cody miró a Kirk, que estaba allí parado mirándome con los ojos abiertos ante la sorpresa de mis palabras, pero sin decir nada.

—¿Y el padre? —me preguntó Cody.

—No tiene, y tampoco lo necesita.

—Se desentendió —no preguntaba, simplemente lo afirmaba, y yo asentí.

—¿Y sabéis lo mejor? —sonreí con amargura— Que el día que me entero que estoy embarazada, el padre me despide porque cree que soy una maldita espía en su empresa.

—¿Embarazada? —preguntaron ambos al unísono.

—Sí, por eso me sentía mal hoy.

—No es mío —las palabras de Kirk me dolieron como una puñalada en el pecho—. Ese bebé no es mío.

—¿Acaso crees que soy como la Virgen María y me he quedado embarazada por obra y milagro del Espíritu Santo? Llevamos más de un mes teniendo relaciones.

—Y yo le digo que ese bebé no es mío, señorita Davenport, porque soy estéril —sí, esas palabras dolieron aún más.

Entonces los dos miramos a Cody, el tercero en discordia en nuestra relación y con quien habíamos estado una vez.

—Me cago en la puta —dijo él, dejándose caer en la silla, mirándome fijamente.

Pero no podía ser, no podía haberme quedado embarazada de Cody con una sola vez, ¿cierto? Noté que me fallaban las piernas y sin previo aviso, estas hicieron que cayera de rodillas al suelo. Cody no tardó en levantarse y agarrarme antes de que eso ocurriera.

—Preciosa —murmuró mirándome, y yo seguía llorando.

—No es tuyo —dije en un leve susurro.

—Pero, ¿y si lo es? —Me acarició la mejilla.

—Sé que no.

—Señorita Davenport, la quiero fuera de la empresa, ya. Y se lo advierto, no se atreva a interponer una demanda de paternidad contra mí, porque tiene todas las de perder.

Me incorporé haciendo que Cody me soltara, sequé mis lágrimas y miré por última vez al hombre del que me había enamorado, con toda la rabia que tenía en ese momento.

—No se preocupe, señor Blackwell, jamás haría algo así. Soy suficientemente capaz de sacar a dos hijos adelante yo sola, se lo aseguro.

Giré sobre mis talones y salí del despacho con el corazón hecho pedazos. ¿De verdad estaba embarazada del hombre equivocado? No podía ser, de verdad que no, estaba segura de que el padre era Kirk.

—¡Espera! —escuché el grito de Cody cuando ya estaba llegando al ascensor, pero no me detuve, pulsé el botón y deseé que las puertas se abrieran pronto— Cloe, preciosa —Cody me abrazó desde atrás y cerré los ojos a punto de volver a llorar de nuevo—. No voy a dejarte sola, ¿me oyes? No contaba con ser padre, pero, si voy a serlo…

—No —lo interrumpí haciendo que me soltara y miré, sus ojos, sus bonitos ojos azules parecían atormentados, llevé la mano a su mejilla y sonreí—. Sé que no eres el padre, Cody, en lo más profundo de mi ser, lo sé. Y no voy a permitir que cargues tú con ello.

—Pero, preciosa, él no puede tener hijos —murmuró.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque tiene unos informes médicos al respecto —me colocó un mechón de cabello tras la oreja—. Ese bebé es mío, a no ser que te hayas…

—No he estado con nadie más —le corté.

—Entonces, preciosa, creo que vamos a ser padres —apoyó la frente en la mía y cerré los ojos.

—No es tuyo, Cody, lo sé.

—No quiero perderte de vista, ¿me oyes?

—Según tu socio soy una maldita espía —sollocé.

—Entiéndelo, todo apunta a ti.

—Yo no he sido, Cody. Y cuando él descubra la verdad, será tarde —me aparté de él, eché la cabeza hacia atrás para mirarlo, y vi que se inclinaba para besarme en la comisura de los labios—. Adiós, Cody.

Entré en el ascensor llorando y él se quedó allí, mirándome con los ojos de un hombre atormentado, no tenía duda

Cuando las puertas se cerraron derramé aún más lágrimas, llegué al aparcamiento y cogí el coche para ir al único lugar en el que no me tratarían como a una maldita delincuente.

Capítulo 39



Entré en casa de Jane y escuché a mi niña cantando, desde luego que el famoso *Hakuna Matata* me venía en ese momento de perlas.

Las vi en el salón y se me saltaron las lágrimas, de nuevo tenía que volver a enfrentarme sola a un embarazo sin padre, pero no iba a dejarme vencer, no iba a permitir que esta vez mi mundo se desmoronara por completo.

—¡Mami! —gritó al verme, y corrió hacia mí.

—Hola, mi niña —la abracé y besé.

—Mami, ¿por qué lloras? —Frunció el ceño y me acarició las mejillas.

—Porque te quiero mucho, cariño.

—Lily, siéntate a ver la película mientras tu mami y yo preparamos la pizza para cenar, ¿vale?

—Vale, tía Jane —sonrió y fue al sofá a sentarse.

—¿Qué pasa, cariño? —me preguntó Jane muy preocupada.

—Qué no pasa —suspiré.

No podía dejar de llorar, me senté en la cocina y ella me sirvió una taza de té helado, sentándose conmigo.

—Nena, me estoy preocupando, porque tengo la sensación de que esto ya lo he vivido antes.

—Y lo has hecho, Jane, la tarde que me presenté en casa de tu tía con mis cosas diciendo que estaba embarazada.

—Ay, mi madre —se llevó las manos a la boca—. ¿Estás…? —no terminó de hacerme la pregunta pues no la dejé, asentí antes de que lo hiciera— Cloe, cariño —me cogió la mano—. ¿Qué dice Kirk?

—Pues resulta que dice que es estéril, y como estuvimos aquella vez en su despacho con Cody, asegura que es de su amigo, y no suyo.

—No me jodas —se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—Sé que no es de Cody, Jane, me da igual que tenga unos papeles médicos donde digan que es estéril, yo sé que este bebé es de Kirk Blackwell.

—Vamos, tranquila, cariño.

—No estoy así solo por eso, Jane —me sequé las mejillas—. Kirk me culpa de espionaje, al parecer se han enviado unos e-mails desde mi correo corporativo a otras empresas del sector, adjuntando planes, informes y dato de los dispositivos que están diseñando. Hace semanas que ocurre y de entre todos los nuevos empleados que ha contratado *Industrias Blackwell*, soy la única que ha enviado esos e-mails a la competencia.

—Pero, ¿cómo coño puede pensar eso? ¿Es que se ha vuelto loco o qué? Vamos, que, según tu jefe, le has seducido para vender información a la competencia. Ni que fueras la Matahari esa —resopló.

—Sé que esos e-mails me inculpan, pero no he sido yo. ¿Quién enviaría esa información desde el correo de la propia empresa y después los borraría? No tiene sentido.

—Esto es un despido improcedente, vamos, tienes que denunciarlo.

—¿Y cómo le hago ver que no he sido yo? Ellos tienen pruebas, yo solo tengo mi palabra.

—Algo se podrá hacer, cariño, hablamos con un abogado y que nos asesore.

—Por mucho que se pueda hacer, él es el CEO de una gran multinacional, y yo una madre soltera que se ha quedado embarazada de él, o de su socio, y no tendría credibilidad alguna.

—Yo te creo, y seguro que mucha otra gente también te creería —me dio un apretón en la mano.

—No hay nada que hacer, Jane —negué—. Kirk Blackwell tendrá una legión de abogados que acabarían conmigo antes de entrar en un juzgado. Y no quiero más guerras, de verdad que no. Estoy embarazada y sin empleo, otra vez, así que voy a buscar trabajo donde sea, y de lo que sea, con tal de poder seguir pagando el alquiler y manteniendo a mis hijos. Ahora sé que no tengo a nadie que me ayude, y es con lo que debo vivir.

—Me tienes a mí, y también a la tía Molly, siempre nos tendrás a las dos, cariño, y lo sabes.

—Y os lo agradezco, porque de no ser por vosotras no sé qué habría sido de mí hace años.

—Va a estar todo bien, ¿sí? Vamos a salir adelante, y como hicimos entonces, vamos a cuidar de ti, y de ese bebé, y no le va a faltar nada, como tampoco le falta a Lily. Puedo buscarte un empleo en mi empresa.

—Gracias, Jane, pero no quiero que hagas eso. Volveré a enviar mi currículum a un sinfín de empresas, visitaré oficinas de trabajo temporal y haré lo que sea, da igual si no es como secretaria, mientras tenga un sueldo y pueda cuidar de mi familia.

—Y pensar que en estas últimas semanas cuando te veía con Kirk, me daba la sensación de que ese hombre se estaba enamorando de ti —suspiró.

—Eso sí que es imposible, Jane, es un hombre casado y el amor, tal como me dijo su padre, no es para gente como ellos. No sé por qué motivos seguirá casado con ella, pero ya no me importa. Y no, no se ha podido enamorar de mí, porque si lo hubiera hecho no me habría mirado con el odio que me miraba cuando me culpaba de algo que no es cierto, me habría creído a mí y no a esas malditas pruebas que cualquiera puede haber falseado.

—Lo que está claro es que tienen a alguien en la empresa trabajando para la competencia.

—Sí, pero ese ya no es mi problema —me encogí de hombros.

—¿Qué ha dicho su socio al saber que podrías estar esperando un bebé suyo?

—Que no se iba a desentender, pero no voy a permitir que se haga cargo de un hijo que no es suyo.

—¿Tan convencida estás de que es de Kirk, cariño? —preguntó con tristeza.

—Sí, Jane, lo estoy. No me preguntes por qué, pero lo estoy.

—Pero, si un médico ha certificado que es estéril…

—Lo sé, puede que sea así, pero créeme, algo aquí dentro me dice que este bebé es de Kirk, y no de Cody —me llevé la mano al corazón, ese que se había hecho pedazos en apenas unos minutos.

—Ay, Cloe —me abrazó al verme llorar de nuevo, y el modo tan maternal con el que me acariciaba el cabello hizo que cerrara los ojos para dejarme mimar unos segundos—. Qué mala suerte has tenido, cariño. Para una vez que abres tu corazón de nuevo al amor, te lo rompen.

—Sabía que no era una buena idea dejarme llevar con mi jefe, Jane, lo sabía, pero…

—Lo hiciste, y te enamoraste de él, y ahora te va a costar olvidarlo —suspiró y asentí—. No estás sola, Cloe, me tienes a mí, tienes a la tía Molly y también a Lily. Saldremos de esta, cariño, como hacemos siempre —me dio un beso en la sien y seguí llorando.

No tenía consuelo, me volvía a ver de nuevo en una situación en la que mi mundo se desmoronaba por completo, pero esta vez no iba a caer, y si lo hacía, me levantaría de nuevo como hacía años.

—Cuando la tía Molly se entere de tu embarazo, se va a quedar de piedra. Tenemos que planificar una cita con la ginecóloga y que te haga un chequeo, hay que comprobar que mi sobri está perfectamente —dijo mirándome.

—Vale, mañana pido una cita.

—Genial. Y pasado mañana empiezas a mandar currículums a las empresas, ya verás que antes de lo que imaginas, estás trabajando otra vez.

—Ojalá, Jane, ojalá —suspiré.

—Bueno, voy a preparar la pizza —me dio un beso en la mejilla—. Tú, quédate aquí haciéndome compañía.

Se levantó, asentí, y di gracias una vez más a Dios por haber puesto a esa mujer en mi camino hacía ya tanto tiempo. Sin ella, me habría derrumbado aquella vez y ahora, ahora también.

Le había asegurado a Kirk que no interpondría una demanda de paternidad contra él, y no lo haría.

Y aunque no se lo quisiera creer me preocupaba por él, me preocupaba el hecho de que tuviera a alguien trabajando en su empresa que en realidad trabajaba para alguien de la competencia, y deseaba que pudieran resolver ese asunto cuanto antes.

Sí, a pesar de que me había tachado a mí de espía y de mala persona, me preocupaba por él. Pero de manera egoísta también quería que dieran con el verdadero culpable, o culpables, porque se iba a arrepentir de haberme tratado de ese modo, olvidando lo que habíamos vivido. Como si lo que había tenido conmigo jamás hubiera existido.

No tenía consuelo, me volvía a ver de nuevo en una situación en la que mi mundo se desmoronaba por completo, pero esta vez no iba a caer, y si lo hacía, me levantaría de nuevo como hacía años.

—Cuando la tía Molly se entere de tu embarazo, se va a quedar de piedra. Tenemos que planificar una cita con la ginecóloga y que te haga un chequeo, hay que comprobar que mi sobri está perfectamente —dijo mirándome.

—Vale, mañana pido una cita.

—Genial. Y pasado mañana empiezas a mandar currículums a las empresas, ya verás que antes de lo que imaginas, estás trabajando otra vez.

—Ojalá, Jane, ojalá —suspiré.

—Bueno, voy a preparar la pizza —me dio un beso en la mejilla—. Tú, quédate aquí haciéndome compañía.

Se levantó, asentí, y di gracias una vez más a Dios por haber puesto a esa mujer en mi camino hacía ya tanto tiempo. Sin ella, me habría derrumbado aquella vez y ahora, ahora también.

Le había asegurado a Kirk que no interpondría una demanda de paternidad contra él, y no lo haría.

Y aunque no se lo quisiera creer me preocupaba por él, me preocupaba el hecho de que tuviera a alguien trabajando en su empresa que en realidad trabajaba para alguien de la competencia, y deseaba que pudieran resolver ese asunto cuanto antes.

Sí, a pesar de que me había tachado a mí de espía y de mala persona, me preocupaba por él. Pero de manera egoísta también quería que dieran con el verdadero culpable, o culpables, porque se iba a arrepentir de haberme tratado de ese modo, olvidando lo que habíamos vivido. Como si lo que había tenido conmigo jamás hubiera existido.

Continuará…


LIBRO
2
CLOE
BRILLANTE OSCURIDAD
Bilogía Tú y Yo
DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Continuará…


LIBRO
2
CLOE
BRILLANTE OSCURIDAD
Bilogía Tú y Yo
DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

---

[1] Traducción: Estaba viva contigo… Desearía nunca haberte conocido… Mi corazón simplemente se derrumbó – Canción: *Fire for you* – Cantante: Cannons

[2] Traducción: Rompiendo cada cadena que me pusiste… Porque nunca seré lo que querías… Haciéndome creer que no podía hacerlo sin ti – Canción: *Keeping me alive* – Cantante: Jonathan Roy

[3] Traducción: No puedo detener el sentimiento. Así que solo baila, baila, baila…

[4] Traducción: Me siento bien, bien, deslizándome encima de ti – Canción: *Can't stop the feeling* – Cantante: Justin Timberlake

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

---

[1] Traducción: Estaba viva contigo… Desearía nunca haberte conocido… Mi corazón simplemente se derrumbó – Canción: *Fire for you* – Cantante: Cannons

[2] Traducción: Rompiendo cada cadena que me pusiste… Porque nunca seré lo que querías… Haciéndome creer que no podía hacerlo sin ti – Canción: *Keeping me alive* – Cantante: Jonathan Roy

[3] Traducción: No puedo detener el sentimiento. Así que solo baila, baila, baila…

[4] Traducción: Me siento bien, bien, deslizándome encima de ti – Canción: *Can't stop the feeling* – Cantante: Justin Timberlake